

World of Darkness - Mundo de Tinieblas:
**LA MÚSICA DE LAS LENGUAS
MUERTAS**

(Trilogía: "Vampiro. La Alianza del Grial", vol.2)
David Niall Wilson

To Speak in Lifeless Tongues
Traducción: Carlos Lacasa Martín

PRIMERA PARTE

_____ 1 _____

La noche cayó lentamente sobre los muros del Convento de Nuestra Señora de las Lágrimas Amargas. Contra un horizonte anaranjado y nubes coloreadas, el edificio guardaba silencio sobre la cima de una pequeña elevación frente a las inmensas cumbres de las Montañas Cambrianas. Los últimos rayos surgieron entre los picos, proyectándose en ángulos extraños y produciendo enormes sombras alargadas sobre las viejas murallas de piedra, como si trataran de descubrir secretos enterrados hace mucho.

No había movimiento en los jardines, y la campana de la pequeña capilla estaba en silencio. Había llegado la hora de la meditación, llevando a las hermanas a la comunión con su Señor. Cada una se había retirado a su celda, aguardando expectantes. Todas esperaban que acudieran Él o su sirviente, y todas creían en lo más profundo de su corazón que aquella vez les tocaría a ellas.

Tras las pesadas puertas de roble de la cámara de la Madre Superiora el silencio era roto por una pesada respiración entrecortada que surgía de una de las esquinas oscuras. La pequeña mesa que se encontraba frente a la ventana (desde la que se dominaba todo el valle) estaba servida con la cena intacta. Las moscas zumbaban sobre los restos putrefactos de la comida, y un enfermizo hedor inundaba el aire.

A medida que las últimas luces escapaban de la habitación, una silla crujió. Los viejos huesos protestaron mientras los miembros inmóviles volvían una vez más a la vida. Una tos frágil y áspera fue seguida por el sonido brillante del pedernal. La mecha de una esbelta vela comenzó a arder, temblando suavemente ante la brisa proveniente de la ventana. Un rostro asustado se hizo visible.

La Madre Agnes estaba sentada con las dos manos en la base de la vela, ignorando la cera caliente que resbalaba por los laterales hasta sus manos. Observó directamente la ventana, esperando. Como hacían las hermanas que ya no seguían su consejo, pensó que podría venir, y aquella idea le produjo un escalofrío. En su espera no había calor. La muerte llega para todos los que la aguardan, y Agnes sentía que su hora estaba cercana. No había otro modo de explicar la locura, y su Dios no respondía a sus plegarias. Habían pasado tantas noches desde que acudiera por primera vez a ellas, tantas noches oscuras e interminables... Tal belleza... Nunca en todos sus años de servicio a su Redentor se había sentido tan irremediamente atraída hacia un hombre. Debería haberlo sabido, haberse dado cuenta de que sucedía algo malo. Nada importaba cuanto posaba sus ojos en ella; nada salvo agradarle. Incluso su fe desaparecía. Había tomado sus creencias y las había retorcido, devolviéndolas solo cuando estaban ajadas e inútiles.

Más allá de la ventana un lobo aulló, provocando un nuevo escalofrío que estuvo a punto de dar con los huesos débiles de la mujer en el suelo. La luz que pudiera haber en la noche había desaparecido por completo. La luna aún no se había alzado hasta su trono blanco, dejando al mundo envuelto en un manto negro, un manto fúnebre. No había modo de saber qué había ahí afuera, pero Agnes estaba segura. Lo sentía en su corazón de corazones: la llegada de la eternidad y la ausencia de la luz.

Rezó entrecortadamente, un gemido grave y lastimero apenas más comprensible para ella que para cualquiera que hubiera podido oírla. Los versos estaban cambiados y errados, mezclándose y

fundiéndose mientras intentaba conservar un pensamiento coherente. Logró un ancla para la cordura al aferrarse a la paciencia de los condenados y desesperados.

La caravana de suministros llegaría pronto. Habría hablado con las aldeas bajo las montañas, y el Padre Joseph estaría con ellos. Llegaría, Dios lo quisiera, durante el día, y Agnes encontraría el modo de hacer que su lengua funcionara correctamente. Reuniría la fuerza para acercarse a él y describirle el Infierno que había caído sobre el convento. Lograría que el padre expulsara el mal o perecería en el intento, pero para todo eso quedaba menos de un día.

Del exterior de la ventana llegó el roce de la tela contra la piedra, lo que hizo que la mujer se acurrucara aún más en las sombras, deseando que su corazón se detuviera y asustándose ante el mero sonido de su propia respiración. Sintió la madera de la silla y la piedra fría del muro a su espalda, y se imaginó como parte de ellos, inanimada e invisible para cualquiera que le buscara. Vana esperanza. La sombra surgió del alféizar de la ventana y se deslizó hasta quedar en pie, dentro de la cámara. Ni siquiera le quedaban fuerzas para gritar.

La figura surgió repentinamente junto a ella. Agnes no había registrado movimiento alguno en su mente, pero había aparecido a su lado, inclinándose para rozar su oreja con los labios. Le habló y trató de retirarse. Las palabras de la plegaria se hicieron más caóticas e incoherentes, y la fuerza sangró de su cuerpo mientras se apretaba contra el respaldo de la silla, clavando las uñas en la madera hasta rompérselas. Alzó la mirada hacia el techo evitando la del visitante, pero las palabras se filtraban por la muralla que había erigido tan fácilmente como el viento por una puerta desencajada. Sintió el sabor de la anticipación, aunque siguió rezando.

—He estado esperando este momento —dijo el Oscuro, susurrando a su oído y enviando corrientes de energía por los brazos débiles de la mujer que le erizaron el vello. Nunca había estado tan íntimamente cerca de un hombre, no desde que sus votos le habían apartado de la vida normal. Sentía la atracción magnética de la carne, y a punto estuvo de gritar de vergüenza y deseo.

—Déjame... —susurró, sorprendiéndose a sí misma con la fuerza de sus palabras—. Regresa a la sombra que te ha engendrado. Déjame... —déjanos en paz.

—No puedo hacerlo, Agnes —siguió la sombra suavemente—. Significas demasiado para mí. He aprendido de ti, pero he compartido

muy poco. Ya es hora de que aprendas lo que tengo que ofrecer, como han hecho tus pequeñas hermanas. Así lo deseas, ¿no, Agnes?

La mujer apartó aún más la cabeza, consciente de que el movimiento desnudaba su garganta, y apartó los rizos encanecidos con el mismo movimiento, aun sabiendo que no era decoroso. No hubo contacto, ni del aliento ni de dolor. Lo único que sentía era su cercanía, pero eso bastaba para devastar su control mientras él seguía hablando.

—Rezas a un salvador que dejó hace mucho la tierra —dijo—. Malgastas tu vida y tu amor en alguien al que solo verás después de que te hayas convertido en polvo, si es que alguna vez lo conoces. Fuiste una mujer bella. Agnes... llena de vida.

—Sirvo a mi Señor —susurró desesperada—. Permaneceré junto a él en la Gloria, y esto no será más que un momento oscuro en el tiempo... una nada sin significado.

—Te equivocas —dijo él, poniéndole una mano gentil en el hombro—. Seguirás en pie cuando él regrese, en la carne que ahora te constriñe, y se dará la vuelta.

Entonces llegó el dolor, el mordisco de algo afilado penetrando en su garganta, seguido por una oleada tras otra de placer. Agnes tembló, y sus brazos cayeron a los lados con una liberación repentina, aferrándose inmediatamente a la silla. Sintió cómo la vida huía de su cuerpo envejecido, y notó el robo de una vida de fe. Era demasiado.

Una pequeña llama aún ardía en su interior, una luz que podía percibir a través de la oscura neblina de sensaciones que comenzaba en la mano del Oscuro sobre su hombro, extendiéndose en oleadas que amenazaban con consumir su humanidad. Puso en blanco su mente y cesó en su lucha, concentrándose en la luz.

Había otras presiones. El hombre asaltaba su carne, pero también trataba de violar su mente, sus recuerdos. Estaba buscando algo, y la repentina idea de que negarle aquella información sería una victoria le dio el foco necesario para acercarse a la llama de su propio ser. Podría tener su sangre (sabía que era eso lo que le estaba robando), pero no lograría su alma. No le arrastraría a la pesadilla de su existencia siniestra, y no obtendría la respuesta que buscaba en su interior.

A medida que las fuerzas desaparecían y la luz crecía hasta llenar su mente, sintió un repentino influjo de energía. No la tendría. La carne era la jaula que le ataba al mundo, pero dentro de la luz que crecía y latía ante ella sintió las manos de su Redentor, acercándose a ella.

La movió en sus brazos, levantándola y apartándola de la silla, inclinándola hacia atrás para que viera el techo. Los ojos oscuros del hombre inundaban su visión, amenazando por un momento con engullir la luz interior y difuminándose después como una sombra en los límites de la conciencia. El mundo se replegó, pero el Oscuro hacía algo... importante. Tenía una muñeca sobre ella, a la que acercó la otra mano para abrirse una herida con una uña demasiado larga como para ser real, y demasiado real como para ser pura. Agnes abrió la boca y observó los pozos insondables que debían ser sus ojos, pero no lo vio.

Las intenciones del Oscuro eran claras, y mientras situaba la herida abierta sobre su boca, con la sangre manando en un flujo constante por su antebrazo, ella hizo uso de la sorprendente fuerza de la luz que le llamaba. Se liberó del mundo, huyendo de su carne para escapar.

Desde lejos, desde muy arriba, vio su propio cuerpo convulsionarse en los brazos del Oscuro. Vio el flujo carmesí de la sangre mientras caía sobre los labios del cascarón que le había albergado, pero no sintió emoción alguna ante el espectáculo. Ni disgusto, ni violación, ni victoria.

Había perdido su cuerpo, pero él también. Sentía que las palabras del hombre no habían sido metafóricas. Había una cualidad intemporal en el brillo de sus ojos, y una soledad distante en su voz que indicaba un conocimiento superior al de los meros años humanos. También había hambre, y no toda depositada en su sangre, aunque sí gran parte.

Mientras se alejaba, Agnes sintió que también él luchaba contra sus cadenas. Buscaba respuestas, pero la esencia de su ser llevaba otros asuntos a su mente, robándole tiempo y concentración. Se alimentaba porque lo necesitaba, pero quería algo más de la Madre Agnes del Convento de Nuestra Señora de las Lágrimas Amargas. No obtendría nada.

Sintió otras voces llamándole, musicales e incitadoras, y la luz se hizo tan grande que todo lo demás desapareció de sus pensamientos. Se dirigió hacia el fulgor y su esencia se mezcló con la energía. Era una verdadera comunión, una unión, y las voces se hicieron las suyas, o ella se hizo las voces. Las cámaras y los muros de piedra del convento se derrumbaron hasta que no quedó nada.

La figura oscura sintió cómo la vida escapaba del cuerpo envejecido de su víctima, y maldijo. No maldijo a Dios, ni a sí mismo,

sino a la eternidad en general. Montrovant sintió la sangre que manaba de su carne y se maldijo por no haber forzado la herida contra los labios de la mujer antes de que se le escapara. Se había marchado, y el líquido que se derramaba sobre el rostro arrugado y silencioso de la mujer no era más que fuerza y sustento malgastado.

La herida se curó rápidamente, y con un gesto de desprecio arrojó el cascarón que había sido la Madre Agnes al otro lado de la habitación. Los huesos se quebraron con el impacto y la carne produjo un sonido seco cuando se desplomó sobre el suelo, inerte y vacía. No pretendía lanzarla tan violentamente, pero había sido su mejor esperanza y ahora tendría que desplazarse e intentarlo de nuevo.

Se dirigió hacia la ventana, limpiándose la sangre de la Madre Superiora de los labios con la manga. Había compartido los suficientes pensamientos antes de que escapara como para saber que su estancia en el convento había llegado a su fin. Eso significaba que él, o le Duc, tendrían que buscar una respuesta, cualquiera, esa misma noche.

La caravana de suministros llegarían por la mañana, o a la mañana siguiente. No importaba. Estaría allí pronto, y eso bastaba. Sabía que él y le Duc podían tomar precauciones que alejaran con pistas falsas a los recién llegados de la verdad. Podían hacer creer que los bandidos habían asaltado el convento en busca de comida y alojamiento, o quizá para saborear la virtud de las buenas hermanas, pero antes o después se descubrirían cosas que no encajaban con los motivos o actuación de los bandidos de las montañas.

Notarían las heridas en el cuello de las mujeres. Verían el cascarón roto y vacío de la Madre Superiora, y se preguntarían qué clase de hombre podía perpetrar una violencia tal con tanto desprecio por el Señor. Unirían los hechos y sabrían qué buscar. Debían marcharse antes del amanecer y buscar un lugar en el que a nadie se le ocurriera buscarlos; de otro modo, podría ser la última noche de su existencia.

Observó la oscuridad por la ventana. Tenía una vaga idea de dónde podría haber ido la Hermandad, de dónde podía haberla enviado Kli Kodesh, pero su presa siempre parecía adelantarse a sus movimientos. Siempre parecía varios kilómetros por delante, siempre más allá de su alcance mientras seguía una pista falsa detrás de otra. Montrovant no había sido paciente en vida, una virtud que seguía siendo ajena a él al tiempo que su mente maduraba y su cuerpo ignoraba el paso del tiempo. Y ahora aquello. Otro retraso.

Se había mantenido adrede lo más lejos posible de las ciudades. Los clanes empezaban a cobrar fuerza, y cualquier señal de interferencia de una fuerza exterior atraía atenciones no deseadas. Montrovant no tenía paciencia para los juegos de política que involucraban al poder de los demás. Tenía sus propias preocupaciones.

Ansiaba alcanzar el tesoro que buscaba... el Grial... para devolvérselo a su sire, para beber de la más poderosa de las copas y sentir un poder más allá de cualquier otra cosa que hubiera podido experimentar. Para gobernar...

Sin duda, uno que bebiera de la sangre de un cáliz tal regiría el mundo, y mientras siguiera vivo Montrovant se aseguraría de que nadie más lograra esa posición. Quizá incluso Eugenio se sorprendiera una vez triunfara.

Se sintió tentado de marchar a por le Duc en aquel instante para dejar atrás el convento. Se habían demorado demasiado allí, disfrutando de la soledad y de la atención de las hermanas, que habían llegado a verlos como ángeles o dioses en carne humana. Solo la Madre Superiora había escapado a su control. Hacía muchos años que Montrovant no encontraba una fe tan completa e implacable. Su propia devoción era fuerte, pero la vertía sobre dioses más oscuros y sobre sus instintos antinaturales. Estos instintos le decían que era el momento de cambiar de táctica.

Extendió su mente y sintió la sutil presencia de le Duc. Habían pasado varios años desde que Abrazara al francés, y aunque echaba de menos tener a un servidor vivo que atendiera sus necesidades durante el día, agradecía tener un compañero. Desde el comienzo de su búsqueda se había alejado voluntariamente de Claudius y del resto de su clan. Había habido comunicación, por supuesto, informes mutuos, pero no había visto a ninguno de los otros desde que abandonara Jerusalén hacía ya varias décadas. Parecía que había pasado una vida, e incluso para alguien que había vivido varias se trataba de una pesada carga.

Su compañero se estaba alimentando. Durante un instante Montrovant mantuvo el contacto, saboreando la belleza de la sensación, de la unión. Sabía que Jeanne se apartaría antes de que la hermana muriera, dejándola débil y temblorosa en su cama para que despertara con visiones de las que nunca podría escapar. Le Duc era más melodramático con los humanos que él. Se preguntó por un instante si se sentía hastiado. Había habido un tiempo en el que había

disfrutando de la caza y la muerte tanto como ahora le Duc, pero eso estaba desapareciendo. Su obsesión le costaba la cordura.

Barrió con el brazo la mesa en la que descansaba la comida rancia, intacta. Los platos y alimentos podridos se estrellaron contra el suelo. Moviéndose con sorprendente velocidad registró la celda. Se quedó con algunos objetos valiosos, como un crucifijo de plata y varias piezas de joyería que delataban una etapa anterior en la vida de Agnes. Eran elegantes, el tipo de cosas que un padre entrega como dote a su hija.

Breves recuerdos robados de la vida de la mujer inundaron la mente de Montrovant. Una Agnes a la que ninguna de las hermanas reconocería, vestida para una fiesta, aguardaba en los escalones de una fortaleza el regreso de su padre de la guerra. Captó imágenes fugaces de la madre, de los hermanos que habían cuidado de ella. Una anciana le leía y le enseñaba a ser una señorita. Nada de ello importaba ahora. El padre había perdido a una hija, la vieja a una pupila.

Ahora no era más que un saco de huesos muertos, una vida dedicada a la búsqueda de algo que un padre ya muerto nunca llegó a entender. Una dedicación como la de Agnes no era común en un mortal. Montrovant metió las joyas en una bolsa colgada de su cinturón y siguió con la destrucción del cuarto. No quería dejar nada de ella atrás. Había logrado escapar de él.

Cuando ya no quedaba nada en pie se dio la vuelta, dejando a la Madre Agnes y a su vida atrás. Se dirigió con rapidez hacia el vestíbulo y la siguiente planta del convento, donde las celdas de las hermanas ocupaban dos muros. Se trataba de cuartos pequeños y austeros, con un catre para descansar y una mesita en la que cada monja guardaba sus efectos personales. Todas eran iguales, pero sabía por las semanas anteriores que cada una tenía su propio "sentimiento". El sabor de cada mujer, su sangre, sus pensamientos y sus pasiones empapaban las paredes de piedra fría.

María. Una pequeña mujer pálida, como un esbelto fantasma con rizos de oro derramándose sobre sus hombros. Su celda tenía un aire asustado y delicado. Sus pensamientos eran furtivos, siempre en busca de la aprobación y temiendo la retribución. Había pasado una larga noche sosteniéndola, sin alimentarse ni aprovecharse de ella, solo apretando su cuerpo tembloroso contra su pecho, dejando que el tambor de su corazón le golpeará. Posiblemente fuera el humano más vulnerable que había conocido jamás, y en su fe buscó la respuesta a

esa vulnerabilidad, una protección que un Dios frío y severo nunca le concedería.

Había otras, y Montrovant deseó que su tiempo entre ellas no hubiera terminado. Había algo que aprender de cada experiencia, y había aumentado su fuerza considerablemente desde que él y le Duc aparecieran por primera vez ante las hermanas.

Una imagen de Eugenio surgió claramente en su cerebro. Quizá por primera vez desde que su sire se encerrara en un convento cerca de Roma, empezaba a comprender el motivo de su reclusión. La intimidad y la seguridad eran tentaciones difíciles de resistir en un mundo donde uno de su raza siempre debía estar en guardia.

La última vez que Montrovant había visitado a Claudius había dejado a su sire en la muralla del monasterio, observando la oscuridad. Montrovant había tenido mucha prisa por marchar, por dejar su huella en el gran plan cósmico para traer poder y gloria a su clan. Apenas parecía ahora que ese mismo clan existiera dentro del ámbito de su mundo. Todos sus pensamientos se centraban en la Hermandad a la que buscaba, y en el tesoro que guardaba... El tesoro, el Grial. Pronto todo llegaría a su fin.

Dobló una esquina para encontrarse con le Duc, que cerraba delicadamente una de las puertas. Se volvió sonriente y Montrovant se sintió atrapado por su expresión.

--Debemos marchar --dijo rápidamente, sin querer perder tiempo alguno.

Jeanne se limitó a asentir como respuesta. Llevaban tanto tiempo juntos que parecían compartir muchos de sus pensamientos. Montrovant se volvió y le Duc le siguió al exterior. El convento solo tenía una entrada, y hacia ella se dirigían. No habían dormido durante el día dentro de las murallas, y tardarían un poco en cabalgar hasta las montañas donde ocultaban sus cosas.

--Iré a los establos --se ofreció Jeanne.

--Esperaré --Atravesaron las enormes puertas de madera y salieron al exterior, dejando la entrada abierta. Las hermanas supervivientes terminarían recuperándose, y si tenían suerte los suministros llegarían a tiempo para salvarlas y aliviar su pérdida. Montrovant dudaba de que alguna de ellas se librara algún día de su imagen, y la idea le agradó. Era bueno dejar una marca en el mundo, por fugaz que ésta fuera.

--Dormid bien --dijo por encima del hombro--. Dormid bien, mis damas, y hasta siempre.

Después saltó hacia arriba y se convirtió en una pequeña mancha oscura, extendiendo sus brazos al tiempo que se transformaba en sombras. El viento nocturno lo elevó hacia el cielo, hacia el rostro abierto de la montaña, y su espíritu rugió. Ya era hora de seguir; con suerte, la próxima parada sería la última.

_____ 2 _____

Le Duc estaba saliendo de los establos con dos de las mejores monturas de las hermanas cuando una suave voz de mujer le llegó desde las sombras.

—¿Os... os vais? —La voz era familiar, pero tenía un tono quejumbroso y lastimero que le impedía asociarla con un rostro—. Como el otro. Os marcháis para no regresar jamás.

La Hermana Madeline. Ahora la reconocía, lo que le hizo volver la vista hacia la izquierda, distinguiéndola entre las sombras. Estaba en pie observándole, con las manos unidas frente a ella y los ojos tan abiertos que creía poder ver las profundidades de su alma.

—¿Otro? —preguntó, acercándose hasta quedar muy cerca de la temblorosa muchacha.

—Sí —respondió ella con respiración pesada. Su expresión era una mirada vacía y carente de toda esperanza. No parecía concentrada en lo que decía, sino que dejaba fluir sus palabras según el momento. Fascinado, le Duc no quiso interrumpirla—. Llegó como vos habéis llegado, en las horas oscuras. Era tan hermoso... La Hermana Sarah pensaba que debía ser un ángel, pero al decírselo se limitó a reír. Su nombre era Owain. ¿Le seguiréis?

—¿Owain? —repitió le Duc pensativo. Le sonaba familiar, pero no era capaz de localizarlo exactamente.

—Owain —afirmó Madeline—. No sois tan alto como él —siguió, acercándose—, pero sí más hermoso. —Se arrojó hacia los brazos de le Duc, atraída por una imagen que había creado en su mente... sin ver realmente al vampiro. Temblando avergonzada, apretó su cuerpo lasciva contra él e inclinó el cuello para permitirle un mejor acceso.

—Sé lo que queréis —siguió, trémula—. Fue igual cuando vino a mí. Os lo daré libremente si no me dejáis. Quiero ir con vos.

Le Duc podía ver la batalla tras sus ojos... sentir la tensión. Años

de piedad y fe luchando por unos momentos robados de oscuridad... por sueños de aventuras y otros lugares, corazones más salvajes.

–No es posible, amor –dijo le Duc, alejándola lo suficiente como para encontrar su mirada–. Adonde vamos, nadie puede seguirnos.

Hubiera seguido protestando, pero el vampiro se inclinó hacia ella, hendiendo la blandura de su garganta y dejando que la sangre cálida se derramara sobre sus labios. Se había ofrecido y él había aceptado, a pesar de que no tenía intención de cumplir con su parte. Necesitaría fuerzas para lo que les aguardaba, y el aroma era tan cercano que había despertado su hambre.

No perdió tiempo, vaciándola lo más rápida y completamente que se atrevió, llevando después su cuerpo inerte con delicadeza hacia un montón de heno, donde la depositó. No recordaría mucho: otro ángel que había llegado y marchado en la noche. Hasta que no viera a la Madre Agnes, o hasta que llegara la caravana de suministros, no comenzaría a comprender la verdad de lo que le había sucedido. Aun entonces, pensó Jeanne, le recordaría con amor. Así era la maldición.

Mientras desaparecía en la noche con los caballos detrás, siguió preguntándose por aquel Owain. Era extraño que ninguna de las hermanas le hubiera mencionado hasta ahora, especialmente a Montrovant, cuyos poderes de persuasión hacían que los suyos no significaran nada. Se preguntó si ese Owain tendría algo que ver con su búsqueda, o si no era más que una coincidencia que otro Cainita de paso hubiera hecho uso del suministro de sangre del convento. Tenía la esperanza de que Montrovant reconociera también el nombre, y de que significara más para él de lo que el propio le Duc recordaba.

Se abrió paso rápidamente por la ladera de la montaña hacia las cuevas que había compartido durante las últimas semanas, sumido en sus pensamientos. Sabía que Montrovant ya estaría preparado, esperando en la entrada y quejándose por su tardanza. También sabía que reconocería el olor de la sangre fresca, por lo que los motivos de su demora serían claros. Le agradaba tener noticias de otro Condenado con las que distraer la furia de su sire.

Los largos años en la carretera no habían pulido las aristas de Montrovant, pero le Duc sí había madurado considerablemente. Había sido un hombre iracundo en busca de algo que nunca llegó a comprender. Otros habían desconfiado de él, incluyendo a Hugues de Payen, que hacía muchos años le había admitido en los Caballeros Templarios. Aquella desconfianza estaba bien fundada, no porque le Duc no respetara a de Payen, sino porque Montrovant era el más

fuerte. Nunca había llegado a ser un verdadero dilema, y no lamentaba sus decisiones. Estaba allí porque debía hacerlo. Eso era lo que creía. El que Montrovant se riera de su lógica no le apartaba ni un palmo de sus ideas.

Se había dirigido hacia Tierra Santa como parte de una caravana, junto a otros como su entonces aliado Pierre, responsable en parte de su entrada en los Templarios. Los bandidos turcos habían caído sobre su grupo, atrapándolos contra un afloramiento rocoso en el desierto. Jeanne había luchado con salvaje abandono, rindiendo su mente a la furia rojiza que había gobernado su juventud y su brazo, sin fatigarse y enviando a un sarraceno tras otro con Alá.

En aquellos días solo se preocupaba por sí mismo, y vivía para la batalla. Cuando de Payen y sus caballeros aparecieron y les rescataron, Jeanne y Pierre habían sido los dos únicos que habían presentado una verdadera resistencia. Más tarde, tras comprender quién era su salvador, se habían comprometido a unirse a las filas de aquellos caballeros, cada uno por sus propios motivos.

Pierre había sido sincero. Era el tipo de hombre que necesitaba estructuras y reglas, y si algo era la orden de de Payen, era una organización estructurada. Jeanne dudaba si acudir ante Hugues cuando Montrovant había aparecido de las sombras, prácticamente obligándole a hacerlo. Se había convertido en su hombre en el interior, el agente del vampiro dentro del templo.

Los dos, Montrovant y el propio le Duc, habían abandonado Jerusalén cuando el primero descubrió que los tesoros que buscaba, en especial el Santo Grial, se le habían escapado de las manos. El viejo al que le Duc solo conocía como Santos había sido expulsado de los túneles bajo el Templo de Salomón, y Kli Kodesh, el más antiguo vampiro que Jeanne había conocido jamás, había enviado lejos los tesoros con un grupo de seguidores, atrayendo después a Montrovant a la Ciudad Santa lo suficiente como para que el rastro se enfriara.

Desde entonces habían estado buscando. El propio Abraso de le Duc se había producido en el camino, y era la única experiencia que pudiera recordar en la que sintiera que estaba cumpliendo con su destino. Siempre había sido un cazador que tomaba lo que quería de los demás sin pensárselo dos veces. Ahora su naturaleza estaba mucho más exacerbada y su ser consistía únicamente en el hambre y la caza, y todo se lo debía a Montrovant. Éste parecía necesitar algo más, buscar su fin. Jeanne se había encontrado a sí mismo en la Sangre, y se conformaba con seguir las órdenes de su maestro.

Dobló el último recodo del camino y vio a su compañero, caminando de un lado a otro justo como había imaginado, con la mirada ardiente. Acelerando el paso, guió a los caballos los últimos metros, tratando de impedir que una sonrisa asomara a sus labios.

–No debías haberte detenido –le dijo Montrovant, con voz furiosa–. No tenemos mucho tiempo para ponernos a salvo... A no ser, por supuesto, que quieras arriesgarte a vértelas con los que encuentren el cadáver de la Madre Agnes.

Le Duc ignoró el ataque. Le entregó las riendas de uno de los caballos y se volvió hacia el otro en silencio, cogiendo sus pertenencias empaquetadas de donde Montrovant las había dejado.

–Estaba reuniendo información –dijo tras unos momentos de silencio–. ¿Significa algo para ti el nombre de Owain?

–Ventrue –fue la respuesta, una mezcla de complejas emociones. La principal era el odio–. Owain es un Ventrue... muy antiguo. ¿Por qué lo preguntas?

–Madeline, la hermana con la que perdí unos minutos, me habló de él. Me dijo que había estado allí antes que nosotros, aunque no me comentó cuándo. Dijo que la abandonábamos, igual que Owain había hecho, como ángeles oscuros.

–¿Owain estuvo allí? –La ira de Montrovant quedó reemplazada inmediatamente por la curiosidad–. Quizá no andemos tan lejos del camino como empezaba a temer. Owain lleva más tiempo que yo buscando los antiguos secretos cristianos, aunque por motivos completamente diferentes. Si estuvo allí...

–Pero no tenemos ni idea de adonde se dirigió después –señaló le Duc mientras subía a su caballo–. ¿Cómo puede ayudarnos el saber que pasó por el convento?

–Ayuda que te recuerden el mundo más allá de nuestro pequeño círculo –respondió Montrovant, saltando con elegancia a su silla y espoleando a la montura para alejarse del convento–. Me ensimismo tanto que en ocasiones olvido que no estamos solos.

–Yo no he estado solo ni una noche –dijo le Duc, aventurando una sonrisa.

–Sabes a qué me refiero –respondió Montrovant. Trataba de conservar su mal humor, pero por algún motivo las noticias del paso de Owain le habían animado–. Conozco diversos lugares a los que podría haberse dirigido. Hay una abadía en Glastonbury donde sé que ha estado en una ocasión. Quizá podamos recuperar allí el rastro. Si no es así, al menos daremos con un modo de comunicarnos con

Euginio, de ver si se ha tenido alguna noticia de la orden.

–¿Lo crees inteligente? –preguntó le Duc con cautela–. ¿No debíamos permanecer lejos de los demás?

Esperó ansioso la respuesta. Aunque Montrovant era su sire, también sentía la llamada de su clan, y durante la mayor parte de su estancia entre los Condenados se había visto obligado a ignorar esta llamada. Su camino era diferente al del resto, pero deseaba conocerlos. No era algo de lo que hablaran, no desde la primera vez que le Duc había sacado el tema.

Por lo general, Montrovant era un compañero intrigante. Su astucia había sido afilada por siglos buscando conceptos e ideales más allá de su estado actual. Había ocasiones en las que su crueldad innata brillaba como un faro, y la amarga frustración de los años en la carretera le arrebataban el control. Jeanne había sacado antes el tema del clan Lasombra. Quería viajar entre ellos, conocer a otros de los suyos y saber de las intrigas y las emociones que les motivaban. Parecía un impulso natural, y había sentido la necesidad de compartirlo con Montrovant.

El vampiro había estallado de furia. Jeanne se encontraba de pie, con las manos cogidas tras la espalda y el ceño fruncido, buscando las palabras exactas para expresar su inquietud. Cuando quiso darse cuenta se vio en el suelo, aturdido. Montrovant estaba sobre él, con una mano sujetándole la garganta como si fuera un niño, o un perro molesto. Por mucho que luchara no podía zafarse, y su sire había comenzado a apretar lentamente los dedos en una presa mortal.

Con las caras a meros centímetros, Montrovant había escupido sus palabras como veneno.

–No desearás nada, Jeanne, no te lo recomiendo. No buscarás a nadie sin mi bendición, y nunca la recibirás. Estoy separado de ellos, y tú eres mío.

No había modo de contestar con aquella mano en el cuello. Tampoco hubiera habido palabras adecuadas. Le Duc sintió cómo el control de su nueva existencia estaba al borde del abismo, yendo de un lado para otro según los caprichos de su sire. Entonces pasó el momento. Jeanne no dijo una palabra, y una hora después parecía que todo aquello no hubiera sucedido. Al menos así fue para Montrovant. Aquel instante de incertidumbre en el que la muerte le había mirado a la cara una segunda vez, las arrugas talladas en su rostro, permanecerían con le Duc hasta el día de su destrucción.

–Podemos arriesgarnos a tener algún contacto –respondió

Montrovant lentamente, sin saber de las cavilaciones de Jeanne--, pero deberemos ser discretos. Las ciudades no son como antaño. Antes podía vagar por sus calles sin miedo. Había peligros, por supuesto, pero solo para los menos precavidos. Nos cuidábamos de nuestros asuntos y los demás hacían lo propio. Ha cambiado. Glastonbury es una ciudad de los Ventrue; hay presente algunos de los nuestros, pero no ostentan el poder y deberemos recordar que nos encontramos en terreno peligroso.

--¿Qué encanto hay en una existencia segura y aburrida?

--preguntó le Duc enarcando una ceja. En realidad se preguntaba qué ventajas o desventajas podría representar para su situación este giro de los acontecimientos. Había pasado muy poco tiempo en ciudades desde su Abrazo, y mucho menos en una en la que tuvieran planeado quedarse más de una hora o dos. Para Montrovant sería algo viejo, pero para él era una experiencia totalmente nueva.

--No perdamos más tiempo --dijo Montrovant con firmeza. Volvió su montura y se alejó al galope.

La luna estaba prácticamente llena, y la falda de la montaña estaba iluminada por un brillo similar al del día, aunque los colores eran plateados y grisáceos. Era una buena noche para viajar, y Jeanne pensó que habían pasado demasiado tiempo en el convento. Habían perdido el foco temporalmente, pero ahora lo estaban recuperando.

Avanzaron por la montaña en silencio, perdidos en mundos separados y satisfechos con que así fuera. El camino se estrechaba a medida que ascendían y era evidente que era mucho menos transitado, pero Montrovant apenas frenó el paso, atravesando zonas rocosas y saltando grietas y simas a una velocidad endiablada. No necesitaban los caballos para moverse, y de hecho viajarían más rápido sin ellos. Cabalgaban para mantener las apariencias, y a Montrovant no le preocupaban tanto éstas como para temer por la salud de sus monturas. Si alguna tenía un problema la abandonaba. Le Duc lo sabía por experiencia.

No tenía el talento de su sire para asumir otras formas, pero podía moverse muy rápido en caso de necesidad. Se acercaron a la cima de la primera quebrada, momento en el que Montrovant frenó a su caballo, mirando el camino por el que habían venido.

--No quiero seguir subiendo. Deberíamos estar lo bastante lejos como para que no puedan alcanzarnos antes del anochecer, ya que tardarán en descubrir lo que dejamos atrás. Aquí hubo en tiempos una

aldea... allí.

Señaló por la empinada ladera hacia un grupo de sombras confusas. Le Duc pudo discernir la forma de edificios derruidos, pero no había señales de vida. Se volvió perplejo hacia Montrovant.

–Allí encontraremos lugares seguros –se limitó a decir–. Ya he estado antes... hace muchos años. Acamparemos.

Le Duc estaba sorprendido. Aún quedaban muchas horas antes de que el sol surgiera por encima de la montaña, y creía que Montrovant hubiera deseado poner la mayor distancia posible entre ellos y el convento antes de buscar refugio.

Salieron de la carretera y comenzaron un resbaladizo camino hacia abajo. Jeanne sintió trastabillar a su montura, que se deslizó y gimió, pero recuperó el equilibrio y conservó la vida. Siguió a Montrovant en silencio, pero lleno de preguntas. Debía haber algo importante en aquellas ruinas a las que se acercaban. La pregunta era: ¿cómo sacar el tema sin saber la naturaleza de la unión de su sire con aquel lugar? No tenía ninguna gana de volver a ser atacado.

El terreno se niveló y avanzaron por lo que en su día fue otro camino, aunque ahora estaba cubierto de roca y grava. Se dirigía directamente hacia el centro del pueblo en ruinas, y Montrovant cabalgó sin siquiera mirar a izquierda o a derecha. Se acercó al centro de la plaza y se detuvo, mirando alrededor como si viera cosas que ya no estaban allí.

–Era diferente la última vez –dijo suavemente–. Vine una vez con Eugenio, antes de que se encerrara y se convirtiera en príncipe. En aquella época pasamos mucho tiempo en la carretera; no tanto como tú y yo ahora, pero lo normal era dormir entre refugios. Vinimos aquí una noche, a una posada que se encontraba entre aquellos dos árboles –dijo señalando a la izquierda del camino.

»Había una mujer, Gwendolyn, que vino a mí la primera noche que estuvimos. Tenía algo diferente, lo vi desde el principio, aunque no conseguía captar la conexión. Me reconoció inmediatamente como uno de los Condenados, pero no era una de nosotros. La sangre que corría por sus venas era roja y cálida como tantas otras que había catado, y era suya. Eran los ojos lo que le apartaba de los demás. No podía haber visto más de veinte veranos, pero aquella mirada me bebía como si hubiera conocido mi espíritu durante toda la eternidad.

–¿Qué pensó Eugenio? –preguntó le Duc en voz baja–. ¿Lo aprobó?

–Eugenio era mucho más salvaje aquellos días. No vio nada de

todo esto. Si fue consciente de ella, y tengo que creer que así fue, no le importaba que estuviera presente. Mientras no tuviera intención de descubrirnos a los mortales, Claudius no tenía problema en dejarla en paz, y a mí también.

Le Duc estaba realmente intrigado. Desde luego, aquel era un lado de Montrovant que nunca había esperado ver, aunque sabía que debía haberlo sospechado.

—¿Quién era?

—Nunca lo descubrí —suspiró Montrovant—. Solo pasé gran parte de una noche en su compañía, bailando y hablando. Sabía lo que quería de ella, y yo era lo bastante arrogante como para creer que lo tomaría cuando llegara el momento. Se convirtió en uno de aquellos momentos que tanto le gusta a Claudius recordarme cuando me importuna con sus sermones sobre la precaución.

—¿Quieres contarme la historia?

Montrovant se giró en la silla, con una ligera sonrisa.

—Creía haberlo hecho ya.

Desmontaron y Montrovant se dirigió hacia los restos de lo que debió ser un establo. Aún quedaba la suficiente pared como para ocultar a las monturas y protegerlas en caso de que el tiempo empeorara.

Después, el vampiro se dirigió por una de las calles laterales hasta llegar a la parte trasera de la posada de la que había hablado antes. Había una entrada que conducía hacia abajo, peldaños rotos y el olor de la tierra húmeda. Montrovant no dudó un momento, y le Duc le siguió. Un instante después se vieron rodeados por una cómoda oscuridad, y se adentraron aún más hasta alcanzar una puerta.

Era extraño. La losa se mantenía en pie, a pesar de los muchos años pasados desde que Montrovant decía haber estado allí. Se trataba de una piedra con una argolla metálica. Tenía el aspecto de necesitar a dos hombres grandes para moverla, pero con Montrovant al lado a le Duc no le importaban esas cosas.

Sin embargo, para su consternación su sire tomó la argolla con un solo dedo y tiró. El único sonido fue un silbido suave, y la piedra se deslizó fácilmente. Se volvió hacia su chiquillo y sonrió abiertamente.

—Aquí es donde me llevó, Jeanne. Aquí es donde comienza la verdadera historia.

Le Duc se agachó y entró, observando los catres de piedra en las paredes y las antorchas embebidas. Había estantes que debían haber contenido cientos de botellas de vino, así como dos nichos menores

que podían haber servido para almacenar alimentos, aunque la sala principal parecía el recuerdo arruinado y putrefacto de unas cámaras privadas.

Montrovant cerró la puerta, introduciendo una barra metálica en una abrazadera, asegurando la entrada. Se sentó en uno de los bancos de piedra, cruzó las piernas y alzó la mirada, dejando ver a Jeanne un brillo que nunca antes había contemplado.

Le Duc se sentó también, esperando. Un instante después Montrovant comenzó a hablar.

_____ 3 _____

Montrovant era vagamente consciente de que Jeanne se reclinaba para escuchar, pero su mente se encontraba a miles de kilómetros y a cientos de años de distancia. Aún podía pintar las imágenes de la aldea sobre sus restos. Los muros y edificios, las calles y plazas habían estado en pie entonces. Vivían y respiraban, y él había llegado a ellos como un príncipe borracho. Habló, y las palabras se llevaron el presente hacia los rincones de su mente.

Claudius sabía desde hacía un tiempo de la posada a la que se acercaban. El sire de Montrovant no era conocido por vivir en el pasado, y no era precisamente amable con nadie que tratara de forzarle a hablar del tema. A Montrovant no le importaba. Estaba contento con vivir el presente y dejar que los huesos y las sombras se enterraran solos.

En cualquier caso, no tenía ni idea de que la posada fuera algo más de lo que aparentaba, un lugar de reunión para los aldeanos de las montañas que querían una buena jarra de cerveza y aún más diversión. Los sonidos de los cantos y las risas llegaban más allá del propio pueblo, y Montrovant los bebió como un príncipe disfrutaría de un buen vino. Vida. Podía sentirlos, podía captar sus aromas al viento, cada uno sutilmente distinto, todos magníficos.

Claudius estaba de un humor extraño. Su paso se había ido acelerando a medida que se acercaban a la posada, y en su mirada había un brillo que su chiquillo no había visto en muchos meses. Ansiaba codearse con los mortales, y aquello era aún más fascinante para Montrovant que la anticipación de la caza. Claudius era una criatura de costumbres, pero aquella noche parecía dispuesto a

romper sus propias reglas.

–Debemos ser cautos –advirtió mientras entraban en la plaza–. Estarán borrachos, y todos irán de un lado a otro en las sombras... pero no son estúpidos. Conocen perfectamente el tipo de peligros que ocultan las tinieblas, y saltarán aún antes de que haya motivos para ello. Debes vigilarlos. Se darán cuenta de que algo va mal, y debemos tener cuidado para que no lo adviertan hasta que estemos lejos, hasta que no quede de nuestro paso más que la bruma en los pastos.

Montrovant asintió. Conocía todo aquello tan bien como su propia mente. No era propio de Claudius instruirle, pero sabía que era mejor no llevarle la contraria. Su sire tenía un aire de distracción que le ponía nervioso, y no quería tener ningún encontronazo con él hasta que supiera exactamente lo que sucedía.

La luz se derramaba desde las ventanas de la posada, y el aroma de la sangre inundaba el aire. Los dos fueron recibidos cerca de la entrada por un viejo que tomó las riendas de sus monturas. Su sonrisa era ladeada, y la parte izquierda de su rostro parecía paralizada, pues caía fofa e inerte. Su expresión era... *incompleta*. Tomó las riendas del corcel de Montrovant.

–Cuidaré bien de ellos, señores –dijo arrastrando las palabras con su boca arruinada–. Los cuidaré muy bien, vaya que sí. Vayan a tomar un trago o dos, lo mejor para una noche como ésta. Lo mejor para cualquier noche.

La sonrisa cacareante del viejo flotaba aún en el aire cuando los dos atravesaron la puerta de la posada y entraron. La luz del fuego era brillante, y Montrovant necesitó unos instantes para ajustar sus sentidos. Se movió rápidamente hacia la parte trasera, ignorando el repentino silencio y las miradas de los parroquianos. Claudius le siguió, algo más lento.

Mientras se sentaban en una mesa en la parte trasera de la posada, los sonidos regresaron poco a poco. Estaba claro que no iban a ser una diversión inmediata, así que de momento habían sido valorados y olvidados. Montrovant sabía que su sire había tenido algo que ver en ello, haciendo que parecieran inofensivos y ocultándolos a los ojos de los clientes.

Era una precaución necesaria. Montrovant medía poco menos de dos metros y era muy delgado, aunque al mismo tiempo nervudo y poderoso. Claudius tenía un largo cabello gris y ojos capaces de robar el alma. Los dos constituían una imagen imponente, totalmente anormal para el establecimiento. Si querían desviar la atención era

necesario sacrificar algo de estilo.

Unos instantes después de sentarse llegó una delgada jovencita. No podía tener más de dieciséis años, pero el guiño del ojo y el movimiento de sus caderas decían mucho sobre su experiencia.

–¿Qué será? –preguntó, echándose el pelo sobre un hombro y posando sus ojos más tiempo del necesario sobre Montrovant. Estaba claro que se ofrecía como postre del menú, y el joven vampiro tuvo que esforzarse para no sonreír. Claudius no tenía esos problemas.

–Queremos vino caliente. E intimidad. Nos dejarás y no volverás, salvo para traer la bebida. ¿Lo comprendes?

Era una pregunta retórica, y la chica no tenía muchas opciones. No beberían el vino, por supuesto, pero podrían deleitarse con su aroma y soñar, y su imagen con una bebida en las manos, vaciada discretamente de vez en cuando para rellenarla, les serviría para conservar el anonimato.

La muchacha se volvió, no sin antes detenerse otro instante para mirar deseosa a Montrovant. Sintió algo en él. Le atraía, y revoloteaba alrededor de la llama que era su esencia como una polilla indefensa y atrapada. Eugenio liberó su mente y la envió corriendo a la barra con una mirada. Observó a Montrovant, casi con un gruñido.

–Te advertí que fueras cuidadoso. Es la hija del posadero, y son muchos los que echarían de menos su presencia. No es para nosotros.

Montrovant estaba aturdido. Había disfrutando del instante de control sobre la joven, pero no pretendía seguir aquel camino. También él podía sentir su mente, y ya había eliminado su nombre del menú. ¿Qué *demonios* preocupaba a Eugenio?

–No soy un niño –dijo al fin, consciente del error que podía estar cometiendo al no saber mantener el silencio–. Sé lo que es seguro y lo que no. Lo que no sé es por qué has olvidado tan repentinamente que ya conozco estas cosas, ni sé por qué me has insultado cuando no he hecho nada para merecerlo.

Claudius estuvo a punto de levantarse de la silla, pero al final lo evitó. La furia desapareció de su expresión tan rápido como había llegado, pero Montrovant se quedó clavado en su asiento por el miedo. Habían reaparecido escenas de un pasado en el que hacía décadas que no pensaba, y por un segundo había imaginado cómo sería la verdadera muerte. El momento había pasado.

–He venido aquí a trabajar –dijo al fin Claudius–. Es un asunto delicado, y no estoy seguro de cómo terminará. Este lugar no es

exactamente lo que parece. Te haría un gran servicio aprender a mirar así todos los nuevos lugares que visites. Tengo que hablar con un viejo conocido, y tú te quedarás solo.

–¿Un conocido? ¿Uno del clan?

–No --respondió Claudius casi con demasiada premura--. Te diré más cuando estamos lo bastante lejos de aquí. Baste decir que nuestra senda puede cambiar para siempre después de esta noche.

–Estás asustado. --No se trataba de una pregunta, sino de una expresión de incredulidad.

–No tengo miedo --saltó Claudius--. Estoy nervioso. Hay una diferencia.

Montrovant no pudo evitar un bufido, pero después guardó silencio. Sabía que ya había traspasado las fronteras del buen juicio, y sabía cuándo retirarse. Ya tenía mucho sobre lo que pensar, y no tenía sentido seguir molestando a su sire.

–Estaré bien --le aseguró a Claudius--. Estoy seguro de que puedo comportarme durante unas horas, y de que soy capaz de procurarme mi propio alimento sin afectar a tu encuentro, sea lo que sea. Aléjame de tus pensamientos.

Claudius se quedó mirándolo durante lo que pareció una eternidad. Montrovant sabía que estaba sopesando los peligros de la situación. Si su sire sabía que las cosas no eran lo que parecían, eso significaba que también tenía una idea de lo que eran *en realidad*. Se preguntó qué prueba estaba superando o fallando a ojos de su hacedor.

–Ten cuidado --dijo Claudius al fin--. Ésta es una noche importante.

Fue entonces cuando la muchacha regresó con el vino. También trajo un trozo de pergamino, que depositó nerviosa sobre la mesa frente a Claudius. Se quedó mirándolo, como si esperara que fuera a revelar todos sus secretos en su presencia.

Impulsivamente, Montrovant tomó la mano de la joven con la suya, buscando su mirada con una sonrisa. También observaba a Claudius con el rabillo del ojo.

La respuesta fue repentina y definitiva. La chica se llevó la mano al pecho, volviéndose con un repentino temor. Claudius sonrió, girándose para encontrar los ojos de su chiquillo. En aquella mirada había ira y promesas de dolor, pero Montrovant no se amilanó. Trató de mantener su propia sonrisa fría e ininteligible.

–Espero que todo vaya... bien --dijo suavemente.

El sire volvió su atención al pergamino y lo desenvolvió rápidamente, observando el mensaje para ocultarlo después bajo su túnica. Montrovant esperó, como había hecho la joven, pero ninguno de los dos obtuvo respuesta alguna. Al final, cansado, fingió desinterés y comenzó a observar la estancia.

–Muy pronto sabrás más de lo que quisieras –le susurró Claudius, de repente tan cerca de su oído que sintió la exhalación en la oreja–. Confía por una vez en que hablo en serio y actúa en consecuencia.

Antes de que Montrovant pudiera responder, se quedó solo. Miró rápidamente por la estancia, pero nadie pareció notar la desaparición del vampiro.

En una esquina de la taberna se produjo una breve pelea, pero un golpe bien apuntado del enorme brazo del posadero, que alcanzó a uno en la mandíbula y a otro en la garganta, lanzó a los dos contendientes contra la pared. Montrovant observó, cogido por sorpresa por primera vez en décadas.

–Eso os bastará por ahora –gruñó el encargado–. La próxima vez no seré tan benévolo.

Ninguno de los dos parroquianos se levantó, aunque uno sacudía la cabeza y trataba confuso de tumbarse boca arriba. El poder de aquel golpe había sido increíble.

El posadero se giró hacia Montrovant y capturó su mirada un instante. Le guiñó un ojo y señaló de modo imperceptible con la cabeza a los dos aldeanos en el suelo, encogiéndose después de hombros.

Este lugar no es exactamente lo que parece.

Las palabras de Eugenio regresaron en aquel momento y Montrovant revisó la estancia con más detenimiento, y con renovado interés. De momento, gran parte de la atención estaba centrada en la breve trifulca, de modo que pudo observar a cada cliente sin miedo a que le vieran. En lugares remotos como aquel era mejor no mostrar un interés indebido en los asuntos de los demás.

Había tres hombres más en aquella esquina, pequeños e hirsutos, vestidos con las ropas toscas de los granjeros. Hablaban entre ellos y cada uno tenía delante una pinta de cerveza. No alzaban la voz, y tenían los ojos oscuros fijos en sus bebidas. Montrovant examinó más profundamente ejerciendo una mínima energía mental, pero no halló nada.

Pasó al siguiente reservado, en el que había un hombre y una

mujer sentados el uno frente al otro. Él era alto y delgado, con el cabello rubio y largo y un sombrero calado sobre un ojo. Estaba tan inclinado sobre la mesa que su pecho parecía tumbado sobre la superficie, y el pelo casi se le metía en la bebida. Ella era más baja, pero de complexión similar. No estaba inclinada como su compañero, pero tampoco recostada. Attendía a cada palabra de su amigo, que se inclinaba cada vez más.

Antes de que Montrovant pudiera seguir investigando, el hombre dejó de hablar y se giró. El vampiro bajó la mirada a la mesa justo a tiempo. Sabían que les había estado observando. Más cosas en las que pensar, más peligros que evitar. Esperó hasta volver a oír el débil murmullo del hombre y siguió revisando la estancia.

Ninguno de los otros le llamó la atención. Un par de cazadores, dos guardias de descanso de un señor gales. Charlas sobre las guerras en el Este, rumores de Francia y las Islas Británicas. Nada nuevo o siquiera interesante. Estaba a punto de empezar a pensar en lo que podría suceder en un lugar como aquel cuando un susurro de seda y el aroma de los jazmines anunciaron a una figura esbelta sentada frente a él.

–Espero que no me consideréis precipitada –dijo la mujer sonriendo. Su voz era profunda y cautivadora... sensual. Se inclinó hacia atrás, de modo que los pliegues de su túnica revelaron la curva sutil de sus pechos. El corazón le latía descarado.

Montrovant no habló inmediatamente. Se deleitó en su cuerpo delgado y musculoso, claramente visible a pesar de las ropas sueltas. Tenía una sonrisa juguetona, y sus ojos hacían promesas que ningún mortal podría rechazar.

–Hermosa –dijo, susurrando la palabra de forma tan suave que no fuera audible. Quería que ella le oyera, pero no los demás clientes. Muchos de ellos ya habían demostrado ser más de lo que parecían, y no tenía la menor intención de darles motivos para que se fijaran en él.

Lanzó una rápida ojeada al lugar. Nadie parecía haber reparado en ella, o estaban demasiado ocupados en sus asuntos como para preocuparse por ello. Montrovant devolvió la atención a su nueva acompañante.

–¿Tenéis la costumbre de abordar extraños en su mesa?

–Tengo la costumbre de hacer lo que me place –respondió tan rápidamente que el vampiro quedó sorprendido.

–Un hábito interesante –dijo al fin–. Me temo que no hará mucho por prolongar vuestra vida, pero desde luego la hará mucho más

interesante.

Sonriendo, la mujer alzó su vaso, en el que Montrovant reparó por primera vez. Estaba lleno, como el suyo. Tomó su propio vaso y lo alzó de forma refleja para encontrar el de la mujer.

–Por los tiempos interesantes –dijo ella, bebiendo un rápido sorbo. Montrovant asintió, llevando el vino a sus labios y dejando que su calor descansara sobre sus labios antes de depositarlo sobre la mesa. Fingió tragar, pero no sabía si la mujer había detectado su engaño. Había estado pensando en la víctima perfecta, y había aparecido en su mesa sin invitación. Solo esperaba que los asuntos que habían llevado a Claudius hasta allí se desarrollaran sin problemas.

–Hace calor –dijo la mujer, separándose un poco las túnicas. Montrovant aferró la mesa para calmarse cuando ella giró la cabeza, permitiéndole ver su garganta pálida. Una oleada de calor lo atravesó, y tardó más tiempo del que hubiera deseado en recuperar el control de su voz.

–¿Os gustaría salir a pasear? –preguntó con voz áspera, maldiciéndose por la debilidad del tono.

–Me gustaría –dijo ella tomando su mano–, si nos dirigiéramos a mis aposentos...

Montrovant se puso en pie sin más palabras. Dejó unas monedas sobre la mesa y buscó una última vez la mirada del posadero. El hombre tenía una expresión indiferente, pero Montrovant hubiera jurado que en el fondo de aquellos ojos pudo ver algo. Parecía que se estuviera riendo por dentro de alguna broma que nadie más conociera. Quizá fuera así. Quizá todos rieran.

Dejó que la mujer le guiara por las mesas hasta salir fuera, apenas consciente de los murmullos levantados por su partida. El sonido fue cortado por el ruido de la puerta al cerrarse a su espalda. Era como salir a un mundo diferente.

La mujer rodeó la cintura del vampiro, que no se resistió. Su calor era fascinante, y la tentadora cercanía de su sangre fresca y dulce terrible. Dejó que las sensaciones le llevaran. Claudius lo había dejado solo durante el resto de la noche, y no conseguiría una invitación mejor que aquella. Nadie en el bar había mostrado el menor interés en ellos, y no había habido protestas por verla abandonar el local en compañía de un completo extraño. Al parecer era un hábito. Sabía que ya estaría lejos cuando alguien notara su ausencia la noche siguiente, si es que alguien se percataba.

Las campanas de alarma sonaron en su mente, pero ésta tenía poco que decir en todo lo que le sucedía. Su hambre había suplantado cualquier pretensión de pensamiento coherente. La bestia en su interior salía a la superficie, y no podía ser encerrada.

La mujer parecía no detectar los cambios que tenían lugar en el interior de su acompañante, pero Montrovant no era ningún idiota. La leve tensión en el brazo que rodeaba su cintura, la mayor velocidad, todo indicaba que era consciente de que algo era diferente. Incluso en aquella realidad emborronada por la sed de sangre, el vampiro sabía que algo era... distinto. Las víctimas no corrían para llevar al lobo a su hogar. Las víctimas luchaban y sangraban, pero no sonreían, besuqueando el cuello de sus asesinos y susurrando ternuras a su oído. Las víctimas no hacían nada que no se les ordenara, y aquella mujer hacía cuanto le placía.

Parecía más impaciente por llegar a su destino que él mismo, y aquello fue lo que le hizo comprender. Estaba ansiosa. La mujer era consciente del peligro que corría (posiblemente conociera su naturaleza), pero a pesar de todo le arrastraba hacia delante como si fuera ella, no él, la cazadora. Montrovant aceleró un poco el paso, luchando para recuperar el control de sus sentidos. Estaba dispuesto a proceder con los planes, fuera lo que fuese lo que aquella mujer creyera que iba a conseguir, pero necesitaba hacerlo con la mente alerta.

Su acompañante dudó durante un instante, girándose para observar los ojos del vampiro. Él permitió que regresara la expresión vidriosa, inclinándose un poco sobre ella para apoyarse en su fuerza. Pareció satisfecha, y momentos después bajaba por unas escaleras tras la posada, riendo y tirándole del brazo como si fuera una jovencita con un nuevo amor. Dejó que le guiara. La oscuridad le serviría mucho mejor a él que a ella.

Ahora que Montrovant hacía un esfuerzo consciente por aclarar la situación, algo comenzaba a reconcomerle. Trató de olvidarlo, pero fuera lo que fuese, no estaba dispuesto a marchar. Sentía algo familiar en la muchacha que le acompañaba... algo en su olor, en sus ojos. No entendía qué podía ser tan importante en un mortal, pero sabía que tenía que descubrirlo.

Ella tenía ideas propias. Abrió con dificultades la cerradura de la puerta y entraron en una estancia inundada por las sombras. La visión de Montrovant no se veía afectada por la falta de luz, pero se obligó a tropezar con una botella vacía en el suelo, manteniendo así una

fachada humana. Ella se giró y le miró extrañada. Su paso no vacilaba, y aunque cerró casi inmediatamente la puerta tras ellos, no dejó de mirarle a los ojos. Podía ver perfectamente, igual que él. El juego había comenzado.

—¿Quién eres? —preguntó él, alejándose un poco y apoyando la espalda contra la pared.

Debía tener un aspecto cómico, pues la mujer se tapó la boca con una mano delgada y se rió de él, sin ofrecer respuesta. Dio un paso lento, abriéndose un poco más la camisa. Su mirada estaba fija en la de Montrovant, que ejercía su voluntad esperando que ella rompiera el contacto, o al menos que se revolviere. La extraña se apoyó en la mente de él, liberándose y arrojándose en sus brazos en un movimiento repentino.

Montrovant se sintió asaltado al mismo tiempo por el calor de su piel y por la lasciva oferta de su garganta. La mujer había girado la cabeza a un lado mientras avanzaba, casi empalando su piel suave con la punta de sus colmillos antes de que el vampiro pudiera cerrar la boca y alejarla. Era rápida. Antes de que lograra deshacerse de ella ya estaba otra vez apretada contra él, hablando con dulzura.

—Por favor —murmuró, volviendo a su abrazo—. Por favor, lo deseas... sé que quieres la sangre. Tómalala. Hazme como tú. Ardo en deseos. Mis noches me consumen. Hazme como tú y te serviré por toda la eternidad... Cazaré por ti, gozarás de mí...

Montrovant se agachó bajo su brazo y cruzó la estancia como un relámpago oscuro. Ella le siguió, pero volvió a alejarse lo suficiente como para que el pulso caliente de la sangre no nublara su juicio.

Ella lo sabía. Aquello era lo primero, la idea más importante que acuchillaba su mente confusa. Lo sabía, y no podía dejarla salir de allí con aquel conocimiento. Además, tenía razón. La deseaba... la ansiaba. Era algo más que la sangre, ya que podría haber regresado a las sombras tras la posada para encontrar alimento más adecuado. No quería eso. La quería a ella. Eternamente.

Era una sensación que no le había acosado desde su Abrazo. Nunca había pensado en llevar a otro bajo la sombra. Eugenio era su compañero y su sire. ¿Cómo podía buscar a otro? Desde luego, nunca aceptaría a alguien que había suplicado ese Abrazo. Maldita fuera, ¿cómo podía saberlo? Aún quedaba algo que no conocía, algo que apartaba a esa mujer de los demás y que no alcanzaba a ver.

La joven se acercó a él con precaución. Sabía que podía esquivarle si lo deseaba, de modo que intentó un nuevo truco. Bajó la

cabeza, dejando que los rizos oscuros cayeran sobre sus hombros y se movieran hacia él, sin levantar la mirada para ver si el vampiro seguía allí o si se había ido. Llevaba las manos por delante, cruzándolas en sumisión.

–Tómame –dijo dulcemente–. Oh, por favor, tómame...

La decisión de Montrovant se hacía pedazos. La piel desnuda de ella brillaba con la vida que recorría sus venas. Sus movimientos eran sensuales, elegantes hasta el punto de estar más allá de muchos mortales. El aroma de su sangre se mezclaba con el de cien años de vinos, el de la cerveza envejecida en sus barriles y el de las especias conservadas en recipientes sobre los estantes.

–¿Quién eres? –murmuró al fin Montrovant cuando la mujer llegó hasta él, arrodillándose y derramando su cabello sobre sus botas. No hablaba, y tampoco necesitaba más respuestas.

Con un rugido de deseo y frustración, la agarró y la levantó, inclinándole la cabeza de forma brusca a un lado.

–¡Oh! –gritó la mujer. El vampiro creía que estaba comprendiendo la temeridad de sus actos, pero cuando sus miradas se encontraron lo que vio fue deleite... deleite y triunfo. Eso no hizo más que aumentar su hambre, por lo que descansó sus labios sobre la garganta desnuda.

Nunca llegó a tocar su piel. Se produjo un fuerte golpe arriba, y al tiempo que sentía una corriente de aire, Montrovant se vio alzado por los aires. Algo le arrojó al otro lado de la estancia como si fuera un saco de grano, y aunque giró con un gruñido al golpear el muro, no fue lo bastante rápido. Unas fuertes manos le aferraron la garganta, apretándolo contra el suelo mientras él no podía pensar en otra cosa que en la sangre de la muchacha. Era un último pensamiento digno.

–¡Alphonse!

La palabra rompió el silencio como el hielo quebrándose contra la piedra. Era la voz de Claudius, y la presa sobre la garganta de Montrovant desapareció tan rápida como había llegado.

–Claudius, es mío. La hubiera tomado... hubiera tomado su alma.

–Sabes la verdad, Alphonse. No te pediré dos veces que le dejes.

Montrovant giró sobre un costado. Podía ver una figura delgada y nervuda agazapada cerca de él, y la sombra de Claudius delineada en la entrada contra la luz de la luna. Gwendolyn se había arrastrado hasta una esquina y estaba sentada, aferrándose las rodillas. No parecía preocupada por lo que sucedía. Si Montrovant tuviera que apostar por sus pensamientos y su expresión, hubiera dicho que estaba haciendo pucheros. ¿Qué demonios estaba sucediendo?

–No es para ti –escupió el delgado Cainita, girándose para enfrentarse a él. No avanzó, pero tampoco se retiró, aunque Claudius hubiera dado unos pasos para interponerse entre los dos.

–Creí haber oído que podías cuidarte solo –dijo Claudius suavemente. El tono de su voz traicionaba su calma–. Te dije que lo que tenía que hacer era importante. ¿No podías haberte ido a los campos a buscar a un campesino?

–Me encontró ella –dijo Montrovant, deseando por un instante poder controlar mejor su lengua–. Me conocía.

–Claro que te conocía –gruñó Alphonse–. Gwendolyn es mi hija. Ha probado mi sangre. Era necesario para su protección. Tú... tú la hubieras Abrazado.

Montrovant no respondió, pero se giró hacia Gwendolyn, acurrucada en la esquina.

–Hubiera compartido su Abrazo de haber podido –dijo al fin la muchacha, alzando la mirada–. Me tientes, me muestras tus poderes y luego me los niegas. Dices amarme, pero me torturas noche y día, sin escapatoria. Si no puedo ser como tú prefiero estar muerta.

Claudius no le prestaba atención. La ira enfriaba sus ojos, pero una distracción en sus movimientos señalaba que tenía otras preocupaciones.

–Ven –dijo al fin.

Montrovant salió del sótano siguiendo a su sire. Tras él pudo oír la voz de la chica alzarse hasta convertirse en un chillido de furia. La imaginó lanzándose contra su padre, arañándole fútil los ojos, suplicando y recibiendo todo, salvo lo que deseaba. Era una situación peligrosa. Si alguna vez cesaba en sus empeños, podría volverse contra él. Era mejor que, como había sugerido ella misma, Alphonse la dejara morir.

–Me has defraudado –escupió Claudius–, pero no tengo tiempo para ello. Grandes fuerzas están operando y llegan acontecimientos históricos, y parece que tendremos un importante papel en ellos. Al menos debo... Grondin ha muerto. Hay pocos tan antiguos como yo, y el equilibrio del poder del clan está cambiando.

Montrovant se detuvo. Sabía que su sire era viejo, pero nunca se había parado a pensar hasta qué punto.

–¿No fueron lo bastante claras mis palabras? –saltó Claudius–. Tendrás decisiones que tomar en los días venideros. No tendré libertad para viajar, y no puedo retenerte en un lugar. A partir de ahora deberás decidir tú mismo tu destino.

Sonrió siniestro y prosiguió.

»Estarás bien, Oscuro. Te llamo así, pues aun bajo mi control eres arrogante; frente a la cordura, le escupes y te das la vuelta. Allá donde los demás no irían, tú viajas libre y sin miedo. Eso te llevará a la muerte eterna, pero a partir de ahora será por tu propia decisión.

Montrovant no se atrevía a decir nada. Ya habían sucedido demasiadas cosas para una sola noche. Libertad. Había soñado con ella, había hablado de ella... la había ansiado. Ahora, enfrentado a las preguntas que Gwendolyn había despertado, sabía lo que implicaba además. Separación. Soledad. La eternidad se alzaba oscura e interminable.

--Ven --dijo Claudius, volviéndose y elevándose en el aire en una corriente de viento y sombras--. Alimentémonos. Mañana al anochecer partiremos hacia Francia.

* * *

Le Duc estaba hechizado. Hasta que sintió firmemente el peso familiar del sol alzándose en el cielo más allá de los muros que los protegían, no comprendió cuánto había hablado Montrovant. Nunca antes su sire se había explayado tanto sobre tema alguno.

El vampiro mayor sacudió la cabeza repentinamente, como si acabara de comprender todo cuanto había dicho.

--Debes haber pensado mucho en Gwendolyn --dijo Jeanne-- para recordarla con tanta claridad.

--No fue nada --respondió Montrovant rápidamente, poniéndose en pie y dirigiéndose hacia la base de los escalones que conducían a la superficie--. Ayúdame a comprobar el sello de la puerta. Una vez caiga el sol deberemos movernos rápido.

Le Duc no insistió en el asunto, pero sonrió a espaldas de su sire. ¿Un lado sensible? No era probable, pero sí interesante. Se puso rápidamente en pie y se unió a su compañero, comprobando con cuidado cualquier posible entrada de luz. No era más que un gesto vacuo, algo con lo que dispersar la tensión que había seguido al relato de Montrovant.

--Seguiremos a Owain --dijo al fin, rompiendo el silencio--. Es posible que no nos lleve a ninguna parte, pero no es un camino peor que los demás. Por las calles de Holywell pasa mucha información, y hay quien la compartirá con nosotros... y a quien habrá que convencer para que lo haga.

–¿Y el resto? --preguntó Jeanne.

–Ya veremos cuando lleguemos allí --respondió Montrovant. Se acercó a uno de los catres en las paredes y se tumbó en silencio.

Le Duc le imitó. Tenía mucho en que pensar, pero podía esperar a la noche. El sol se estaba alzando, y su mente se perdía en la oscuridad fresca y segura.

* * *

Más allá de la entrada sellada de la bodega, la luz del día se alzaba lentamente sobre las ruinas de la aldea. Las sombras se acortaban, y entre ellas se movía lentamente una figura solitaria que se acercaba a los restos de la posada. El viento tomaba su cabello y lo hacía bailar a su alrededor, y su forma delgada y esbelta estaba vestida con unas perneras de cuero ajustadas y una larga túnica verde que brillaba en la creciente luz. Sus ojos estaban ocultos bajo los pliegues de la capucha, pero en la comisura de su boca asomaba una sonrisa.

Vio el lugar donde Montrovant y le Duc habían dejado sus caballos. Con un rápido silbido llamó a su propia montura y la aseguró junto a las demás. Quedaban muchas horas para el anochecer, y tenía que encontrar alguna sombra en la que dormir. La luz del sol no le provocaba el mismo terror que a los de abajo, pero tampoco le resultaba agradable. Prefería la luna y la caricia de las sombras.

Había una casa en ruinas cerca de la que le quedaban las cuatro paredes y parte del tejado, y hacia ella se dirigió. Su mochila serviría de almohada, y tenía un lienzo con el que cubrirse. Bloquearía lo peor del sol, y su tendencia natural a dormir durante el día se encargaría del resto. Aún no había sido capaz de liberarse de la atracción de la tierra, como le había asegurado su sire. Por supuesto, él había tenido muchos más siglos que ella para experimentar.

Gwendolyn se tumbó con una sonrisa y cerró los ojos. Iba a ser una reunión interesante; una noche que recordar. Abrió impulsivamente la mochila y sacó la carta, sellada con cera y la marca de su sire. La apretó contra su pecho. Hacía mucho que no veía a Montrovant y aquella noche le había fallado, pero estaría bien comprobar lo que los años habían hecho de él. Algo de lo que le había dicho su sire había sido cierto: enfrentados a la eternidad, era mejor hacer las cosas interesantes.

Cuando despertaron y salieron de la bodega les estaba esperando, sentada en una losa de piedra que en su día había sido la esquina inferior de una de las casas. Tenía la cabeza agachada, de modo que sus ojos no eran visibles. Montrovant se detuvo en seco, alzando una mano para que Jeanne parara también. Ninguna mujer normal podía haberse acercado tan fácilmente a ellos. La hubieran oído, olido, sentido de mil formas distintas. Montrovant sintió una inquietud familiar, pero no era capaz de localizarla.

Cuando la mujer levantó la cabeza y sus ojos se encontraron, el silencio se hizo tenso. Sonreía, pero en su mirada no había humor alguno. No parecía contemplarlo, sino que lo atravesaba, como si viera algo muy lejano.

–Ha pasado mucho tiempo –dijo al fin Montrovant–. No has cambiado mucho. Debiste encontrar a otro más dispuesto que yo poco después de mi marcha.

Al principio la mujer no respondió, y Jeanne estuvo a punto de romper el silencio para preguntarle a su sire qué demonios sucedía, cuando empezó a hablar.

–Él me encontró a mí. Por eso estoy aquí. Me ha enviado para traerte un mensaje.

Montrovant la observaba y Jeanne le vio fruncir el ceño. Algo iba mal.

–Gwendolyn –dijo el vampiro en voz baja–, ¿qué te ha sucedido?

En cuanto le Duc comprendió de quién se trataba y las preguntas comenzaron a inundar su cabeza, el primer destello de emoción apareció en los ojos de la mujer, que se levantó repentinamente con una gran elegancia.

–Lo sabes perfectamente, pero no me advertiste. –Sus palabras eran frías, distantes–. Lo hubieras hecho tú mismo, ¿no? Me hubieras convertido en... en esto... sin pensar en otra cosa que en saciar tus deseos y tu sed.

–Tienes muy mala memoria –respondió rápidamente Montrovant–. No te ofrecí nada. Tú lo *pediste*. No te hubiera abrazado. Me hubiera alimentado de ti y te hubiera abandonado.

–Mientes –respondió ella sin pasión. Vocalizaba las palabras,

pero no parecía haber nada tras ellas. Toda emoción, incluso la repentina chispa de furia que le había llenado totalmente un instante antes, había desaparecido.

–No tengo necesidad de mentir --respondió Montrovant con calma--. ¿Qué ganaría con ello? ¿Quién te ha hecho esto, y por qué no te conserva a su lado?

Gwendolyn se volvió, pero siguió hablando.

–No tiene una verdadera necesidad de compañía como la mía. Me tomó porque le interesó en aquel momento. Su único miedo es el aburrimiento.

–¿Aburrimiento? --Montrovant se quedó totalmente quieto mientras la palabra resonaba como un trueno.

Gwendolyn se volvió hacia él, con un ligero toque de curiosidad ardiendo en los pozos negros de sus ojos.

–Kli Kodesh --susurró Jeanne. Montrovant no había dicho nada. No necesitaba palabras para reconocer el peso de la emoción, de la furia, del odio y del deseo que el nombre del anciano conjuraba.

La mujer miraba ahora a le Duc, y la chispa de curiosidad se había convertido en una llama.

–¿Cómo conoces ese nombre?

–"Nuestro mayor enemigo --recitó Montrovant de memoria-- es el aburrimiento. Debemos tratar de mantener las cosas... interesantes". Así que Kli Kodesh te ha enviado en mi busca. ¿Conoce tu pasado? ¿Fue enviarte aquí, a este preciso lugar, un comentario jocoso, una diversión momentánea? ¿Ha caído de verdad tan bajo?

–Vine porque quise hacerlo --saltó ella, situándose frente a Montrovant desafiante--. Podía haber enviado a muchos otros. Sabía que eras tú y le pedí que me dejara transmitir el mensaje. No sabía que te encontraría aquí, pero esperaba que así fuera.

–¿Por qué? --preguntó fríamente Montrovant--. Todo lo que estuvo a punto de suceder fue un error... algo que nunca debió pasar. ¿Por qué ibas a regresar arrastrando ese trozo de nuestros pasados para acosarnos?

–Entonces me fascinabas, y aún... aún me persigue tu recuerdo --respondió con sinceridad--. Eras una criatura hermosa, Montrovant. Lo sigues siendo. Pensé que quizá, si volvía al lugar donde todo estuvo a punto de comenzar para mí, podría recuperar parte de lo que me hizo perseguirte.

Envalentonado, Jeanne intervino.

–Vaya coincidencia, ¿no creéis? Me cuesta creer que justo

anoche nos sintiéramos atraídos por este lugar, y que supieras que estaríamos aquí. Debes haber pasado mucho tiempo esperando.

Montrovant se volvió para perforar a le Duc con la mirada, pero la idea estaba expuesta. Era una coincidencia demasiado grande que necesitaba una explicación.

–Te llamé –dijo al fin Gwendolyn–. Envié imágenes de aquella noche, recuerdos que te acercaran. Me conoce, Montrovant. Me posee, y sabe cosas de mí que nadie jamás ha comprendido. Sabía que vendrías, y tenía razón. Él quería que nos reuniéramos aquí.

–Porque era más interesante –terminó Montrovant, apretando los dientes tan fuerte que el sonido fue audible en toda la ciudad–. Siempre porque es más interesante.

Gwendolyn dejó que el mentón le cayera hasta el pecho, incapaz de negarlo. Parecía que, de nuevo, Kli Kodesh había manipulado la vida de Montrovant, y por tanto también la de le Duc. Una vez más los había llevado de vuelta a un juego en el que ni siquiera eran capaces de ver la mano del antiguo.

–Dame el mensaje –dijo Montrovant con voz fría y distante, mientras le Duc observaba nervioso.

Sin una palabra, la mujer se acercó y buscó algo entre los pliegues de su túnica. Sacó un pergamino enrollado de aspecto oficial. Montrovant lo tomó, observándolo como si se tratara de una serpiente a punto de atacar. Era evidente que no quería leerlo, pero también que era incapaz de resistir la tentación.

Con un repentino gruñido, rompió el sello que lo protegía y lo desenrolló. Le Duc observó el rostro de su sire, buscando alguna señal del mensaje, pero no vio nada. Ni siquiera asomó el menor indicio de emoción. Revisó rápidamente el contenido, devolvió la mirada al comienzo y lo leyó de nuevo, con más lentitud. Sin decir una palabra, volvió a enrollar el pergamino y lo metió ausente en su cinturón.

Le Duc miró un instante a Gwendolyn. No prestaba atención a Montrovant, pues parecía absorta en su mundo de depresión y decepción. No pudo ver nada en ella. Quizá ni siquiera supiera lo que decía el mensaje, o no le importara. Volvió a mirar a Montrovant.

–Habrá un ligero cambio en nuestros planes –dijo su sire repentinamente–. Viajaremos a Francia. Parece que viejas obligaciones nos requieren a los dos.

Las preguntas debieron aparecer en la mirada de Jeanne, porque Montrovant siguió hablando.

–Es de Kli Kodesh. De Molay tiene problemas. La Iglesia ha

declarado una guerra santa contra los Templarios... han sido declarados proscritos.

–¿Por qué este repentino interés por nuestros "hermanos"? –preguntó le Duc–. Hemos viajado largos años sin mencionarlos en absoluto. Creía que cuando dejamos a de Payen y a los otros atrás había sido el fin.

–Yo también –asintió Montrovant, volviéndose para escudriñar las sombras–. Parece que otros no han sido tan lazos en sus relaciones con el Templo. Kli Kodesh me dice que ciertos tesoros, reliquias que en su día se ocultaron bajo el Templo de Salomón, han sido llevados a la fortaleza de de Molay. Están en peligro de caer en manos de los hombres del rey o, peor aún, de la Iglesia. Una vez más recurre a mí cuando no puede alcanzar lo que busca.

–¿No puede –musitó Jeanne–, o encuentra más divertido no poder? ¿Puedes confiar en él?

–No puedo permitirme no confiar en él. No tenemos pistas. Si debemos regresar con los Templarios para completar nuestro viaje, que así sea. Yo los formé, y debería estar allí en su fin.

–Hay otros –dijo Gwendolyn con suavidad, pero atrayendo la atención con sus palabras–. No sois los únicos. Los caballeros que dejasteis en Jerusalén no son los que encontraréis en Francia.

–¿Qué quieres decir? –preguntó rápidamente Jeanne.

–Son siniestros. Los hay entre ellos que median con poderes que no deberían existir. Es parte del motivo por el que son destruidos. Ellos mismos lo provocaron.

Montrovant frunció el ceño. Trató de imaginarse al alto y poderoso Hugues de Payen, o al delgado y anguloso Pierre, involucrados en ritos oscuros. Era incapaz, era demasiado increíble.

Adivinando sus pensamientos, Gwendolyn siguió.

–No son los hombres que conociste, Montrovant. Han pasado generaciones, y tienen maestros que les ayudan. La Iglesia no tenía las respuestas que buscaban.

–Tantos años –musitó le Duc–. ¿Cómo pueden haber cambiado tanto?

–El cambio es la única constante del universo –respondió Montrovant, dirigiéndose después hacia Gwendolyn–. Si lo que dices es cierto, tenemos menos tiempo del que habíamos sospechado. Debemos partir inmediatamente. ¿Piensas volver con nosotros, o solo trabajas como mensajera?

Los ojos de la mujer ardían.

–Hago lo que me place. Quizá viaje un trecho con vosotros.
Quiero ver qué me he estado perdiendo todos estos años.

Montrovant guardó silencio mientras comenzaba a preparar a su caballo. Le Duc observó a Gwendolyn durante un tiempo. La mirada de la mujer no abandonaba a Montrovant, y por un instante creyó ver una profunda añoranza inmortal.

Mientras la luna se alzaba esplendorosa en el cielo, tres formas sombrías descendieron rápidamente por la falda de la montaña hasta la llanura. La oscuridad los engulló lentamente, y la aldea en ruinas quedó en silencio y soledad.

SEGUNDA PARTE

5

Los muros de la fortaleza de Jacques de Molay, Gran Maestro de los Caballeros Templarios, se extendían hacia la montaña a su espalda. Las torres siempre tenían vigías y el terreno era patrullado constantemente. Aún no había avanzado ninguna fuerza hostil contra el castillo, pero era solo cuestión de tiempo... y de muerte: la de sus hermanos.

Todos los ocupantes habían oído las historias. Cada día recibían nuevos visitantes, caballeros refugiados de las ciudades y provincias exteriores. Sus relatos eran siniestros, narrados entre maldiciones con labios temblorosos y gritos indignados.

El Rey Felipe había ordenado su captura. Serían juzgados como herejes y adoradores del diablo, sufriendo tortura hasta que confesaran. Se hablaba de demonios y órdenes secretas dentro de sus filas, pero para la mayoría de los que no conocían bien a de Molay o a sus consejeros, estas acusaciones eran una locura. Eran una orden sagrada dedicada a Cristo. Habían luchado y muerto desde Francia hasta Tierra Santa, y si algún loco había, murmuraban los

refugiados entre copas de vino, eran Felipe y sus hombres.

En la Iglesia había quien protestaba contra los Templarios por diversos motivos, como su riqueza y su influencia. El brazo de la orden era muy largo y presto a reaccionar a los cambios políticos y económicos. De este modo habían logrado un gran poder, pero también muchos enemigos, y parecía que éstos eran más importantes de lo imaginado en un principio.

Felipe en especial se lamentaba de su fuerza, y era este resentimiento el que había terminado convirtiéndose en el fin de la orden. La Iglesia también se había vuelto contra ella. Al principio los dos grupos, Templarios e Iglesia, se habían complementado perfectamente. El Vaticano deseaba una organización propia que no estuviera atada a más señor o rey que Cristo. Esa era la orden que Hugues de Payen había imaginado, formada por mojes guerreros que dedicaran sus vidas a mantener Tierra Santa libre y protegida de los enemigos del Señor. Un noble intento.

Las cosas habían cambiado. A medida que los refugiados seguían llegando, las historias que les habían sacado de sus hogares tomaban nuevas y terroríficas proporciones. Figuras oscuras vagaban por los pasillos de la fortaleza, y había cámaras y pasadizos en los túneles inferiores vedados a todos, salvo al Gran Maestro y a sus ayudantes de mayor confianza. Un aura de terror, de antiguo mal y de corrupción descansaba justo bajo la superficie de aquel lugar. Los rumores corrían como el fuego en las filas, sin llegar a mostrar la realidad, pero siempre extendiendo la duda y la incertidumbre.

Guerreros antaño orgullosos vigilaban con cuidado los movimientos de sus camaradas. Las miradas inquietas reemplazaron a las sonrisas. La vida se derrumbaba a su alrededor, y la podredumbre que los devoraba parecía más fuerte en su corazón.

Junto con los refugiados, los tesoros de la orden también se apilaban en las cámaras de de Molay. Con el mayor de los secretos, y más rápidamente de lo que los nobles de los imperios combinados de Europa hubieran imaginado, el éxodo proseguía. Documentos, joyas, oro, objetos de poder, todo lo que contribuía a la infraestructura de los Templarios había sido reunido en un mismo lugar, dejando solo cascarones vacíos y preguntas para los saqueadores y profanadores. Habían recibido la orden de desbandarse, pero no era posible eliminar fácilmente espíritus tan grandes del mundo.

Resistirían. Sobrevivirían mediante reuniones y tradiciones secretas, posiblemente para ver a la Iglesia y a los imperios en

cenizas. La pregunta para muchos, a medida que asimilaban su situación en la fortaleza y buscaban sus propias respuestas, era qué sobreviviría. ¿Cuáles eran los secretos que sus líderes buscaban con tanto ahínco? ¿Lograrían mejorar, o terminarían corrompidos? ¿Quién lo sabía? De momento no les quedaba más que el tiempo como amigo y el misterio como compañero de cama. Jacques de Molay podía haber contestado a sus preguntas y había otros capacitados, pero no decían nada y Felipe se acercaba más cada día, con la muerte en su corazón y la Iglesia a su espalda. Era una época siniestra que no rezumaba más que desesperación.

* * *

La cámara estaba a oscuras, tanto que el único modo que tenían los hombres congregados ante Santos de encontrar su lugar era seguir al que tenían directamente enfrente, guiándose por las sombras confusas proyectadas por la única vela. La llama ardía fuera de la vista en un nicho, reflejando su luz inquietante en la superficie de piedra. A pesar del poco espacio y de la falta de luz, nadie se confundía. Aquel era un ritual practicado desde hacía tiempo, la sumisión de la energía de muchos a la voluntad de un solo hombre.

Santos los observaba en sombrío silencio, esperando a que alguien se equivocara. Disfrutaba especialmente torturando a los que erraban en el ritual, y había pasado un cierto tiempo desde la última vez que pudo disfrutar.

Tras él se encontraba el altar, cubierto con un terciopelo negro con símbolos cuidadosamente cosidos que solo él podía entender por completo. Solo había enseñado algunos secretos a unos pocos miembros selectos de sus seguidores, pero ninguno sabía lo suficiente como para representar un serio peligro para otros que no fueran ellos mismos. Santos había tenido más cuidado allí del que había tenido en cualquier otro lugar que hubiera considerado su hogar en sus muchos años de existencia. En tiempos más felices se había encargado de su deber, realizando los servicios para los que había sido creado. No tenía razón alguna para la amargura.

Las cosas habían cambiado. No había puesto los ojos en los tesoros que debía proteger desde hacía demasiados años; no había trazado sus viejas líneas con sus dedos cansados. A pesar de sus esfuerzos y de los poderes y herramientas de los que disponía, el antiguo conocido solo como Kli Kodesh había logrado eludirle. Tuvo

que dar pasos que pusieran las ruedas en movimiento, y estos pasos siempre conllevaban un peligro. Había vivido durante mucho tiempo en muchos lugares, y si no tenía cuidado había quien reconocería su mano.

Ahora sus hombres estaban reunidos ante él, arrodillados en silencio. Todos vestían una túnica marrón que cubría sus cabezas con una gran capucha. Todos se movían con cuidado y precisión. La energía era preciosa, una lección que todos habían aprendido. Nunca había que malgastarla. Cada uno disponía de una cantidad limitada, y el uso sabio de la misma era la única tarea digna que debían realizar. Malgastarla era un pecado.

Era sorprendente la facilidad con la que aquellos hombres habían dejado que su idea del pecado fuera manipulada y retorcida. Si se les preguntaba, todos dirían que eran hombres temerosos de Dios. Como unidad, eran la fuerza de combate más impresionante de Europa: los Caballeros Mendigos del Templo de Salomón, los Templarios.

Santos se permitió una sonrisa. Si Bernard, el "santo" de habla feroz y débil brazo que los había convertido en un ejército pudiera observarlos ahora, su expresión sería digna de verse. Si Montrovant, cuyas acciones eran tan diferentes de las de otros de su especie... más enigmáticas, más arrogantes incluso que las de los antiguos a los que Santos había conocido (tan diferentes que incluso sus hermanos le llamaban el Oscuro, y cuya intromisión había hecho perder a Santos todo lo que amaba), si él pudiera verlos, también se sentiría sorprendido, aunque probablemente menos molesto. Era especialmente satisfactorio llegar a aquel lugar y retorcer lo que habían creado. Era una triste venganza por las pérdidas sufridas, pero al menos era algo en lo que concentrarse.

Ante él, casi postrado, se encontraba Jacques de Molay. De todos ellos, de Molay era el más ansioso por aprender. Era él el que había luchado por la admisión de Santos en la orden como maestro y consejero. Era el que había escudado de la Iglesia los actos de Santos, y más tarde los suyos propios y los de sus compañeros. Le había conseguido tiempo, y aunque no era algo que el guardián necesitara con urgencia, la paz y tranquilidad que le proporcionaba eran un respiro bienvenido.

Santos había reconstruido su fuerza, renovando la búsqueda de lo que Kli Kodesh le había robado. Ahora tenía los recursos de los Templarios en sus manos, recibidos a cambio de ciertas enseñanzas y pequeños poderes, insignificantes pero increíbles para un ignorante.

Habían olvidado tan pronto... Ni siquiera se había cambiado el nombre, aunque por sentido común había dejado a un lado el "Padre". Como Padre Santos había estado a punto de destruir a la orden que tenía ahora delante, casi antes de su nacimiento. No habían pasado muchas generaciones desde aquellos sucesos, pero parecía que los nuevos miembros no sabía nada de él, y los que eran lo bastante viejos habían olvidado, o no se preocupaban. Montrovant les había abandonado y de Payen estaba muerto. El poder era algo que todos buscaban, y Santos era capaz de proporcionarlo... a su propio ritmo.

Se liberó del peso de los recuerdos y cerró los ojos, alzando las manos frente a él y dando una fuerte palmada. Dejó caer la cabeza hacia atrás, hasta que su largo cabello oscuro tocó la espalda de su túnica y sus ojos apuntaron directamente al firmamento. Separó los labios y comenzó a cantar, suave al principio, pero ganando volumen e intensidad con cada sílaba que se extendía por toda la estancia.

Otras voces se le unieron casi de inmediato. Ninguna conocía el cántico entero, pero cada una tenía una parte en la que resonar, repitiendo palabras y cadencias. Las manos aplaudían creando ritmos sutiles que se integraban en el sonido general. Aún no estaban preparados, pero no les quedaba mucho. Solo tenía que enseñar unas cuantas lecciones más y podrían completar el ritual. Habían pasado muchos años desde que el portal de energía y conocimiento se abriera, y sentía el júbilo crecer en su interior. Se le había negado demasiado poder.

Las imágenes llegaron repentinas a su mente, cuadros de su pasado. Vio los túneles bajo el Templo de Salomón en rápidos destellos. Vio los ojos ardientes y arrogantes de Montrovant y el semblante decidido de Hugues de Payen. Surgieron otros rostros. El enfrentamiento bajo la ciudad con el Nosferatu, Kli Kodesh, y su sonrisa loca e insolente. Los tesoros, ahora perdidos salvo uno. Vio la Tierra como había sido, alejándose de él. Oyó el verdadero nombre del águila ratonera que había resonado en su mente, sintió las alas poderosas que le habían elevado a los cielos, la cabeza retraída y las garras como clavos de acero. Vio a Montrovant con su forma patética de sombras, aleteando incapaz a su espalda. Demasiado tarde y demasiado pronto para evitar la fuga de Santos. Un final y un comienzo.

Sacudió violentamente la cabeza, devolviendo su concentración al cántico. Ya era suficiente que aquellos con los que trabajaba necesitaran tanto de su tiempo para aprender su parte, como para

fallar por su culpa. Había un momento y un lugar para todo, y el de la venganza llegaría pronto. De momento tenía que aumentar sus fuerzas y entrenar a sus seguidores. Los Templarios estaban a punto de caer, y necesitaba asegurarse de que tanto él como aquellos a los que decidiera conservar estuvieran preparados para huir de una pieza. Necesitaba tener las manos libres y disponer de los medios para desarrollar la búsqueda que le impulsaba hacia delante.

Santos no necesitaba compañía. Viejos tomos, secretos enterrados hacía mucho y otros por descubrir, esos eran sus compañeros de cama. No necesitaba conversación, ni requería respeto o amistad. Había dedicado una larga existencia a un único propósito, y había fracasado. Ya era demasiado tarde para redimirse por el fallo, pero no para rectificar la situación. Necesitaba recuperar lo que le correspondía por derecho. Los secretos que se le habían confiado no estaban en sus manos, pero el puesto de guardián era únicamente suyo. Era su derecho y su responsabilidad, y sin ésta no era nada; esa era una verdad que había tejido sobre él una telaraña de amargura. Las tinieblas que en ocasiones devoraban su razón se habían hecho más frecuentes desde su partida de Jerusalén, y necesitaba recuperar el control que le permitía alejarlas.

Hubo una época en la que había tenido en consideración a algunos de sus compañeros. Había pensado incluso en enseñarles los secretos que les podrían haber dado un semblante de su propio poder, sus "dones". Los que tenía ahora frente a él no merecían más que su desprecio, aunque se cuidaba de no demostrarlo. Para ellos era su "Maestro Oscuro". Creían que los guiaría hacia la pureza espiritual y la fuerza que su patética y desorganizada Iglesia no les había logrado proporcionar.

No sentía nada por ellos. Eran herramientas que usar para lograr un fin, y la muerte de su corazón le decía que siempre sería así. Había confiado demasiado en otros en el pasado, y le habían fallado. Aunque no lo había perdido todo en su huida de Tierra Santa, sí había dejado atrás más de lo que quería admitir. Aquella derrota le había arrebatado algo a lo que se había aferrado durante siglos: sus últimos jirones de humanidad.

Tras él podía sentir la fría mirada sin vida de los ojos vidriosos. Le atravesaban hasta el centro de su ser, exigiendo su liberación. No se amilanó. Pronto llegaría el momento y obtendría las respuestas. Cuando supiera lo necesario, esos estúpidos serían arrojados como carnaza al rey de Francia y él partiría con unos pocos en la mayor

aventura de una vida muy, muy larga. Recuperaría lo que se le había robado y encontraría el modo de hacer pagar a Kli Kodesh. Si el antiguo no podía ser destruido, nadie dijo que la eternidad tuviera que ser soportable.

Con un profundo suspiro para calmar sus nervios, devolvió toda su atención al asunto que le ocupaba. Los demás se balanceaban a un lado y al otro al ritmo del cántico, y se dejó llevar por el movimiento. Liberó su mente y cabalgó la corriente del sonido generada por las antiguas palabras. Cerca. Estaba muy cerca de su objetivo. No quedaba demasiado para que todo terminara.

6

La noche prácticamente había acabado cuando Jacques se dirigió hacia las plantas superiores de la fortaleza, evitando el contacto con los pocos que había despiertos a aquellas horas. Se dirigía tambaleante a sus aposentos. Estaba agotado, tanto física como anímicamente. No le quedaba energía para conservar el equilibrio, y las heridas en los hombros y en las piernas por golpearse contra los muros y puertas daban testimonio de ello.

Había despedido a los sirvientes antes de deslizarse hacia los sótanos para reunirse con Santos, de modo que no había testigos que presenciaran su estado debilitado. En su mente se arremolinaban imágenes con extrañas palabras, ritmos y encantamientos que solo comprendía en parte. No tenía el control absoluto del poder que estaban liberando, pero a pesar de todo podía sentirlo. Sabía cuándo estaba a punto de suceder algo importante, y quería dar con un modo de abrir esa puerta.

El fuerte aroma del incienso se había pegado a su pelo y sus ropas, y sus ojos eran dos pozos enrojecidos por el agotamiento. Entró dando tumbos en su cuarto y se acercó a la mesa junto a su cama, buscando inmediatamente la botella. Con manos temblorosas, llenó una copa con el vino rojizo y lo apuró de un trago. La bebida le abrasó la garganta malherida, pero ignoró el dolor y se sirvió una segunda copa, que vació con la misma despreocupación.

Tras la tercera, el temblor se calmó y fue capaz de erguirse con más tranquilidad. Se acercó a la ventana, donde la luz del amanecer

estaba comenzando a filtrarse por el horizonte, y miró la carretera que se acercaba a la fortaleza. No había señal de Felipe. No se veía movimiento alguno, lo que le ayudó a serenarse.

Todo había cambiado. Nada volvería a ser como antes. Jacques cuidaba de la tierra que era suya por derecho de sangre y de nacimiento. Sabía que el tiempo que le restaba como gobernante se podía contar en latidos, y solo le quedaba una cosa; el extraño que vivía en los niveles inferiores de la fortaleza era su llave. Santos era muchas cosas, mago, maestro, pero Jacques nunca se había engañado en una cosa. Era malvado. Representaba el poder, pero no uno puro y espiritual.

Si Jacques quería encontrar un modo de salvar a sus caballeros y su vida, tendría que ser mediante el uso de ese poder. El temblor amenazó con regresar a sus manos, y lo mitigó con otra copa de vino. Sus pensamientos comenzaban a nublarse, pero luchó por conseguir algunos momentos más de coherencia. Quería esos minutos para él. Santos había comenzado a salir de las mazmorras para sus asuntos diarios, sus pensamientos y sus sueños. A Jacques no le gustaba la sensación de que otro controlara sus actos.

Alguien llamó suavemente a la puerta, y pensó en despedir a quien fuera con un grito. Necesitaba descansar. No podía luchar contra Felipe, ni resistir el control de Santos, si no podía mantener los ojos abiertos y la mente despierta. Demasiados caballeros habían sido malgastados en la oscuridad y las sombras con poco resultado, y necesitaba apagar su mente sobrecargada antes de que la perdiera.

–¿Quién es? –dijo.

–Louis –llegó rápidamente la respuesta. Con un gruñido, Jacques se apartó del alféizar, logrando aferrar la botella de vino mientras se volvía.

–Entra –dijo.

Louis de Chaunvier obedeció de inmediato, cerrando firmemente la puerta a su espalda. Mostraba muchas de las señales de fatiga de su señor, pero su hermosura ocultaba más fácilmente las bolsas bajo los ojos. Aunque el agotamiento era evidente en su expresión, el fuego de sus ojos ardía brillante. Demasiado.

–¿Qué quieres, Louis?

–No puedo dormir, Jacques. No puedo pensar. ¿Sabes qué va a ser de nosotros?

–No lo sé, amigo mío –respondió Jacques, inclinándose hacia delante para poner la mano en el hombro del recién llegado, más bajo

que él. El vino se combinaba rápidamente con la fatiga para robarle la razón—. Encontraremos un modo de salir de esto. Lo juro. Siempre ha sido así, y siempre lo será.

—Puede ser --protestó Louis--, pero en realidad nunca ha sido así.

Sacudió la cabeza y se acercó a la mesa para tomar una copa.

Culpable, Jacques se sirvió otra vez mientras su amigo le daba la espalda. La botella se estaba vaciando.

Louis se volvió.

—Nunca ha habido nadie como él.

—Si crees en las crónicas, así ha sido --respondió Jacques—. Los mismos cimientos de nuestra orden descansan en la leyenda. El propio Hugues de Payen hablaba, cuando había bebido lo bastante, de un hombre conocido solo como Montrovant. Este hombre tenía poderes más allá de toda comprensión, y hay otros. No eres tan ingenuo, Louis. Santos puede no ser todo lo que asegura, pero sí más de lo que nosotros creemos.

—Tus palabras no tienen sentido --saltó de Chaunvier. Cogió la botella y la vació en su copa—. Hablas de leyendas y fantasmas cuando las mismas murallas de nuestra fortaleza van a ser asaltadas por un ejército. Ese ejército es muy real, Jacques, y muy grande. No creo que Felipe esté de humor para negociar.

—Has visto a Santos --susurró gravemente de Molay, apurando su copa. Se apartó los rizos rebeldes de la cara para poder mirar a su amigo—. Has visto lo que puede hacer, y has sentido el poder al que convoca. ¿Cómo puedes negarlo?

—No niego nada, pero no alcanzo a ver cómo puede ayudarnos. ¿Te ha dado algún plan? ¿Te ha explicado cómo esos "grandes secretos" logran nuestra salvación del destino que nos aguarda? No. Lo veo en tus ojos, y lo sé en mi corazón. No ofrece nada, pero devora nuestras propias almas. Debemos prepararnos para la guerra, Jacques, y debemos librarnos de esta carga oscura.

—No --Jacques se volvió para que Louis no pudiera ver el miedo que asomaba a rostro, el temor de que se le negara lo que Santos le había prometido, el miedo a que detrás de las palabras del extraño no hubiera nada. El miedo a que se hubiera arrojado él mismo y a todos sus seguidores a una senda oscura que llevara a caminos que nadie deseaba recorrer.

—Jacques... --Louis le miraba directamente, pero el caballero levantó una mano como advertencia.

—Ya está más allá de nuestro control, Louis. Sabes que es así. No

puedo expulsarlo. Tengo que saber qué es lo que ofrece, saberlo claramente. Somos hombres condenados, venga él o vaya. Le dejamos entrar en nuestras murallas y en nuestras mentes, y el único modo de librarnos de él es comprenderlo, y para ello tenemos muy poco tiempo.

–Ya no te entiendo –espetó Louis, bebiendo el vino de un trago.

De Molay no respondió. Luchaba entre la furia y la inconsciencia, y empleó la poca fuerza que le quedaba para acercarse a su cama. Cayó boca abajo sobre el colchón mientras Louis se quedaba en pie, observando y esperando a que se levantara. Cuando se hizo evidente que no sería así, se volvió hacia la ventana y arrojó su copa por la abertura hacia el patio con una maldición.

Giró sobre sus tobillos y dejó a De Molay con su silencio y su sueño. Mientras salía vio a una sirvienta de Jacques cerca, esperando nerviosa con una bandeja de comida y bebida. Había una única botella de vino, que tomó ante la mirada sorprendida de la muchacha.

–No la necesitaré –dijo–, ni a ti. Al menos no durante unas horas. Creo que el "maestro" se ha vuelto a quedar dormido.

Se volvió y se dirigió hacia su cuarto, con la botella firmemente aferrada. No miró atrás.

* * *

Uno de los sirvientes era un joven de mirada penetrante y cabello tan rubio que brillaba como la plata. Se deslizó de vuelta por donde había venido en cuanto De Chaunvier desapareció de la vista. Los otros susurraban entre ellos, aún preguntándose si debían ver si De Molay les necesitaba, o si debían dejarle en paz. No echaron de menos al joven rubio, que se movía silencioso como el humo, doblando la esquina.

Una vez fuera de la vista, Ferdinand no perdió un instante. Siguió las escaleras curvas hasta el nivel principal de la fortaleza y se dirigió al ala sur. Mantenía la mirada en el suelo y sus movimientos eran ágiles. A su alrededor, todos comenzaban con sus actividades diarias, yendo a rezar o a preparar la comida, hablando en pequeños grupos y preguntándose qué traerían las siguientes horas.

No había nadie entre los congregados, caballeros o sirvientes, que no temiera que el día fuera el último de sus vidas. De Molay no había explicado plan alguno, ningún medio por el que escapar del destino que Felipe les tenía reservado. La única esperanza estaba en

olvidar su orgullo y sus creencias, desapareciendo en las sombras. Sorprendentemente, pocos optaban por este modo de prolongar sus vidas.

Ferdinand no comprendía sus motivaciones. Sabía que morirían. Su maestro, el Padre Kodesh, lo había visto y lo había proclamado. Por supuesto, no se lo había dicho a de Molay, ni a los demás caballeros. Para ellos era un simple sacerdote que recitaba la misa cuando le placía y tomaba confesión si alguien lo deseaba. Bendecía sus armas y sus corazones y los despedía. Jugaba con ellos como con trebejos en un gran juego de ajedrez, esperando ansioso cualquier contramovimiento que le presentara el reto que tanto ansiaba. Por eso Kodesh fascinaba a Ferdinand... atrayéndole como una polilla necesitada y famélica a la llama.

Nadie en la fortaleza tenía importancia alguna para el Padre Kodesh. Había llegado a ellos como emisario de la Iglesia, pero con la misma facilidad podía convertirse en el foco de sus pesadillas. Ferdinand lo sabía. Había visto las dos caras de su maestro, la luz y la oscuridad. Había quedado marcado por ambas, pero a pesar de todo no podía alejarse.

Dobló una última esquina y entró en la pequeña capilla que se encontraba en el extremo sur de la fortaleza. El interior estaba oscuro. Solo el brillo apagado del sol matutino asomaba por las ventanas para tantear los límites de las sombras. Sabía que allí encontraría al Padre Kodesh. Era en aquellos momentos, perdido entre la luz y la oscuridad, entre la noche y el amanecer, cuando el sacerdote caminaba con mayor libertad. Ferdinand sabía que le interesarían sus noticias, aunque a veces se preguntaba por qué no se limitaba a extender su mente y tomar lo que buscaba. Otra parte del complejo juego que era la vida del Padre Kodesh.

–Buenos días, Ferdinand –dijo el sacerdote surgiendo de las sombras. No había visto movimiento alguno, pero allí estaba como si siempre hubiera sido así. El muchacho se arrodilló y bajó la mirada.

–Buenos días, padre.

–Confío en que tengas algo de interés para mí.

Ferdinand asintió, poniéndose lentamente en pie y manteniendo la mirada gacha. Solo en parte se debía al respeto. Se había sentido cautivado por la profundidad de los ojos de su maestro demasiado a menudo como para conocer los peligros que allí se ocultaban. Era mejor arriesgarse a recibir un golpe en la cabeza que en el alma.

–De Molay ha regresado de las mazmorras, padre. Volvió a sus

aposentos hace una hora, y desde entonces ha vaciado una botella de vino y se ha quedado dormido.

–¿Eso es todo?

Antes de que la consternación en la voz del Padre Kodesh alcanzara niveles peligrosos, Ferdinand siguió.

–Louis de Chaunvier estaba con él. Salió cogiendo el vino del desayuno de de Molay y murmurando que no lo necesitaría en las siguientes horas. No parecía muy contento.

–Y no tiene motivos –respondió el Padre Kodesh, entrelazando sus dedos largos y delgados tras la espalda, volviéndose para caminar lentamente hacia el altar frente a la capilla–. De Molay se está debilitando. Su control sobre la fortaleza, y sobre sus caballeros, está disminuyendo. No podrá mantener este lugar durante mucho más tiempo.

–Lleva las tinieblas envueltas a su alrededor como un manto –dijo Ferdinand, observando con cuidado cualquier posible reacción del sacerdote–. Está tan atrapado por los hechizos del oscuro de abajo que no puede ver cómo el lobo lo devora entero. –Entonces, comprendiendo de repente su audacia, calló y se sonrojó.

–No infravalores a de Molay –dijo rápidamente el Padre Kodesh, volviéndose y levantando el mentón de Ferdinand con una uña larga, obligándole a encontrar su mirada. Esta vez el muchacho no pudo impedir la atracción de aquellos ojos–. Ya se ha cometido ese error con estos caballeros en el pasado, y ese es el motivo por el que el Oscuro ha venido otra vez. Quizá no sea la segunda ocasión en la que la Iglesia disfruta de mi consejo, pero es importante. De Molay es más consciente de lo que está sucediendo de lo que nadie le concede. Puede que yerre en el modo de salvar a su orden, pero su corazón es fuerte. Va a ser una lucha de lo más interesante.

Ferdinand sintió las palabras que quería decir llegar a su mente, y no era capaz de tragárselas. Esta vez la curiosidad le venció.

–Padre, ¿quién sois? En realidad. Necesito saber a quién sirvo.

Temblando, cayó de rodillas sobre el suelo de piedra. Había temido aquel momento, el instante en que su resolución flaqueara. Ni siquiera lo había previsto.

No sintió un dolor inmediato, y el Padre Kodesh no gritó furioso. Al principio no se produjo reacción alguna, y después llegó la risa. Fue como un lago helado que se rompiera ante la llegada de un devastador rayo de sol. Ferdinand no se atrevió a apartar los ojos de la piedra, no hasta que oyó al Padre Kodesh hablarle suavemente.

Alzó la cabeza lentamente para descubrir que el viejo sacerdote no le estaba mirando. Hablaba en voz tan baja que, a pesar de su miedo, tuvo que acercarse más para poder oírle.

–Te contaré una historia –comenzó el Padre Kodesh–. Es una historia de amor y odio, de traición y salvación. Es la historia de un trato y de una maldición. Te la contaré, y cuando termine te sentarás conmigo y me ayudarás a decidir si debo matarte por lo que sabes.

Ferdinand se quedó completamente quieto. El Padre Kodesh se había quedado en silencio mientras ordenaba sus ideas. El joven podía oír su corazón latiendo en su pecho, y por un momento creyó que se le saldría por la boca. Sintió un fuerte murmullo en los oídos, y su visión se hizo rojiza y confusa. Tenía dificultades para respirar. Nada de todo aquello importaba. Se olvidó de las preocupaciones de su cuerpo y se inclinó hacia delante un instante que pareció una eternidad. Al fin logró erguirse y alzó la mirada para encontrar la de su maestro.

El Padre Kodesh le miró directamente a los ojos y asintió, como si hubiera encontrado lo que buscaba. Sin más demoras comenzó a hablar, y mientras lo hacía sus manos se movieron hacia la bolsa que siempre colgaba a su costado, desatando ausente el nudo de cuero que la mantenía cerrada.

–Conocí a un hombre que un día fue rey –comenzó–. Me dio muchas cosas: una familia que nunca había tenido, un propósito que me serviría por toda la eternidad y un amor que nunca había pedido. Me dio estas cosas porque esa era su naturaleza. Yo no las hubiera tomado. No era como me ves ahora. Nada es nunca dos veces del mismo modo. Recuérdalo, Ferdinand, esa es una lección importante.

Al tiempo que hablaba sacó algunos objetos de la bolsa. Mientras el joven observaba, atrapado por la poderosa voz y la magia del momento, el Padre Kodesh dejó caer una moneda de plata en el suelo, entre ellos.

Con un giro de la cabeza que le permitió pasarse el pelo canoso por encima del hombro, sonrió a Ferdinand sin humor.

–Ésta es mi historia.

»En mis días de juventud había grandes hombres como nunca volverá a conocer este mundo. Hombres con un objetivo. Hombres con honor. Había poderes más oscuros también, y fue a ellos ante los que caí. Se me había dicho que me alejara de ciertas ruinas. Mis padres me habían hablado de las leyendas, pero yo era fuerte y feroz, nacido para ser un guerrero. No escuchaba a nadie que me dijera lo que tenía

que hacer. Por ello morí por vez primera hace muchísimos años, tantos que tus antepasados hablaban una lengua diferente y vivían en una tierra muy lejana a la mía. Eso no importa. Fui a las ruinas un día, mientras cazaba. Me dije que era porque había visto caza en la zona, y que las leyendas solo servían para mantener alejados a los muchachos. Me dije que solo lo hacía por llevar alimento a mi familia y honor a mi nombre. No era así. Fue el estúpido orgullo y la satisfacción de la curiosidad infantil. La satisfacción, desde aquel momento, se convirtió en algo muy subjetivo. Podía haber ido por la mañana. Podía haber tomado a un amigo, o a una decena, pero acudí solo. Estaba anocheciendo cuando me acerqué a aquel lado de la montaña, y supe que si no regresaba pronto sería demasiado tarde, que tendría que acampar y esperar a la mañana. Con rumores o sin ellos, en la noche había peligros mucho más naturales, y tenía el suficiente seso (o eso parecía) como para temerlos. Tomé mi decisión y espoleé a mi montura para acercarme a las ruinas mientras aún quedara luz. Era un lugar mágico. Había torres de piedra medio derruidas por el tiempo y por los codiciosos que buscaron sus secretos enterrados. La coronación de las murallas había desaparecido, y estaban cubiertas de enredaderas. Había lugares donde aún se abrían puertas y ventanas, dando paso a secretos oscuros. No tenían mucho interés para un hombre, pero para un muchacho era toda una aventura. Me acerqué al mayor de los edificios que aún seguía en pie. Debía haber sido el más importante, porque había escaleras que se hundían en el suelo y muchas estancias habían conservado casi todas sus paredes, proporcionando un cierto cobijo. Encontré un lugar especialmente bien conservado. Había una chimenea que no había sido usada en muchos años, y una sección del tejado aún protegía de lo peor del viento y de la lluvia. Perfecto. Mientras aún quedara luz no había mucho que temer. Deposité los suministros y el equipo que llevaba en mi campamento y reuní madera rápidamente. Hecho esto, me preparé para la caza que me había llevado allí. No era muy tarde, y en la zona *había* muchos ciervos. Recuerdo claramente la pieza que me cobré aquella noche. La muerte de aquella magnífica bestia llegó hasta mi interior. La arrastré de vuelta al claro mientras la oscuridad crecía, y logré colgar al animal de un árbol cercano. Lo destripé rápidamente y dejé que se vaciara mientras encendía un fuego con la leña que había reunido, pensando en la muerte del animal. Aún tengo esa imagen grabada en mi mente. Encontré al macho en la ladera de la montaña. Se había detenido en una roca, orgulloso, mientras

olfateaba el peligro. Solo llevaba encima un arco corto, pero era muy hábil. Lo contemplé durante más tiempo del que debía, obnubilado por la imagen. En algún momento tensé la cuerda y dejé volar la flecha. No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado allí antes de disparar. Lo único que vi fue al animal delineado contra el cielo, el vuelo de la saeta, el macho retrocediendo y derrumbándose, cautivándome con su mirada mientras sucumbía a la muerte. No creo que pensara con claridad desde aquel momento hasta que encendí el fuego. Habían pasado tantas cosas aquella noche que no estoy seguro de recordarlas todas con claridad. Mientras cocinaba parte de la comida observé la escalera que se abría por lo que antiguamente había sido un portal, no lejos de la hoguera. Aquel agujero era hipnótico al contemplarlo a través de las llamas danzantes. Recuerdo que, a pesar del fuego, sentí un escalofrío. Me acerqué tanto al calor como pude, y cuando el cansancio terminó venciendo a mi miedo nervioso aparté la mirada de la abertura y quedé dormido. Soñé con ojos rojos y ciervos chillando, con sombras que surgían de las paredes que me rodeaban y que me impedían ver el fuego. Se movían a mi alrededor, me tocaban, me susurraban y jugaban con mis sentidos y con mi mente. Nunca llegué a despertar realmente, pero sabía que lo que veía estaba sucediendo en realidad, que no era un sueño, y que mientras yo yacía indefenso ellos... se alimentaban. Tocaron mi garganta con sus horrendos labios y bebieron de mí, como si fuera un odre de vino. No tomaron todo lo que podía ofrecerles, solo un poco. Ahora sé que probablemente ni siquiera lo necesitaran. Algo en mí les llamaba. Desperté tan solo como había estado la noche anterior, pero todo había cambiado. La luz me molestaba a los ojos y la cabeza me dolía como si acabara de despertar después de una borrachera. Me puse como pude en pie y cogí mis cosas, recordando entonces dónde estaba y lo que había hecho. El ciervo aún pendía del árbol en el exterior de las ruinas, pálido e inmóvil, con un aspecto más muerto aún del que tenía cuando lo colgué. Mientras me acercaba vi que no había sangre. Nada. Estaba seco. Los rescoldos de mi fuego aún ardían brillantes en la antigua chimenea. No había señal de las sombras, pero, como he dicho, todo había cambiado. Contemplé durante mucho tiempo la entrada a los sótanos. Deseaba fervientemente darme la vuelta, huir para no regresar jamás, pero algo en mi interior no lo permitía. Tampoco me atrevía a bajar. Era una especie de empate, o eso me hice creer. Me volví y me marché, llevando la caza a mi familia y aceptando sus alabanzas sin atención.

Nada importaba, aunque la comida sabía deliciosa cuando mi madre la sirvió aquella noche para cenar. Esperaba algo diferente, ya ves. Ese algo no llegó hasta mucho tiempo después, pero el saber que *llegaría* me marcaba como alguien extraño. Pasaba mucho tiempo solo, paseaba bajo la luna cuando mi familia dormía. Me presentaba voluntario para las guardias nocturnas y para cacerías que me mantenían alejado durante semanas. Cuando me acerqué a los veintisiete años se hizo demasiado fuerte. Llevaba mucho tiempo fuera de casa, y ansiaba con todo mi ser regresar a aquellas ruinas. No acudí a cazar. El recuerdo del ciervo, de su sangre y de aquellos ojos perforándome hasta el alma habían matado ese placer. Tomé solo mi mochila y una manta. No le dije a nadie a dónde iba, pues hubieran protestado y sabía que nunca podría explicar aquello. Las ruinas estaban igual a como las recordaba. Los restos de mi hoguera habían sido barridos por el viento, pero la escalera aún aguardaba acechante, y los muros y el tejado seguían en su lugar, como si me estuvieran esperando. Preparé rápidamente un fuego y me senté, hirviendo un té de hierbas que mi madre me había preparado. Me puse a pensar. No tenía ni idea de por qué había regresado, ni qué esperaba conseguir. Sabía que mi vida cazando y persiguiendo mujeres en la sociedad de mi familia era cada vez más aburrida. Incluso entonces la tendencia hacia el aburrimiento era parte de mi ser. Era una época diferente, un lugar diferente, pero era yo y era infeliz. Destellos de mi primera noche en aquellas ruinas me habían acosado desde entonces. Soñaba con los ojos rojos y brillantes, con las sombras esquivas. Soñaba con un umbral a las tinieblas que no podía atravesar, pero que de todos modos me llamaba. Me senté, bebiendo el té y esperando, preguntándome qué sería de mí. Llegaron cuando estaba a punto de caer rendido. Esta vez lo hicieron abiertamente, uno a uno, surgiendo del umbral y formando un círculo a mi alrededor. No me puse en pie, pues no hubiera tenido sentido. No deseaba huir, aunque mi corazón latía salvaje y mi mirada les recorría inquieta, aguardando, buscando. Nunca me hubieran dejado marchar. Había tomado mi decisión, aunque ellos me había llamado. Había regresado y era suyo. No hubo palabras. Quizá hablaran dentro de sus mentes, o quizá llevaban tanto tiempo en las tinieblas, tanto tiempo juntos, que habían olvidado la palabra. Nunca lo sabré. Uno de ellos, quizá el líder, se arrodilló frente a mí, acunando mi rostro en sus manos e inclinando la cabeza con curiosidad, observando mis ojos. Al principio traté de devolver la mirada, y después intenté en vano liberarme. Sentía mi energía

desaparecer, cómo el letargo se adueñaba de mí. Se acercaron más, rozándome con sus manos y sus labios. Me perforaron tantas veces que sentí mi sangre derramarse sobre el suelo y restaurar mi comunión con la Madre Tierra. No era así. No malgastaron una sola gota. Con cada dolorosa caricia me debilitaba más, pero las imágenes se hacían más claras, la belleza de sus ojos y su piel pálida y luminiscente... Desperté solo una vez más, pero esta vez en la oscuridad. Hacía frío, más que en cualquier lugar en el que hubiera estado, pero de algún modo parecía algo natural. Aunque estaba oscuro podía ver claramente, y el fondo de la escalera me llamaba. Me puse en pie como en un trance y me acerqué dando tumbos a la abertura. Sentí los rayos del sol llegar desde arriba y sonreí. Todo quedaría claro a la luz del día. Di un paso, luego otro, y mi fuerza pareció regresar. Fue al dar el tercer paso cuando mi pierna tocó la luz del sol. El dolor era inenarrable y la pierna me falló, derribándome sobre el suelo de piedra. Me aferré la herida con las manos y me arrastré hacia las sombras como un cangrejo, aterrado. Me quedé allí hasta que el increíble peso del sol, que oprimía mi corazón, me sumió en la bendita oscuridad; me quedé quieto.

Ferdinand había estado sentado, fascinado, con los ojos fijos en el Padre Kodesh. Mientras las palabras desaparecían y el extraño sacerdote quedaba en silencio, el aire abandonó al joven en un largo suspiro.

—Un vampiro —susurró.

La mirada del Padre Kodesh era distante, pero sus palabras eran gélidas y afiladas como fragmentos de hielo.

—No usarás esa palabra. No reconocerás que soy otra cosa que lo que parezco. Si no es así, lo sabré. Si me traicionas, recuerda que solo yo sobreviviré. Hablaremos más de esto.

Ferdinand se tragó las palabras que se amontonaban para salir. No podía expresar lo que sentía, y sabía que tampoco era necesario.

—Déjame —dijo suavemente el Padre Kodesh—. Déjame para que piense en nuestros próximos movimientos.

Asintiendo, el muchacho casi saltó para ponerse en pie, saliendo apresuradamente de la habitación. Kli Kodesh le vio marchar, preguntándose por la estupidez que acababa de cometer. Había pasado mucho tiempo desde que había podido hablar con alguien, o al menos con alguien que quisiera escuchar. Demasiado. Durante un instante dejó que su mente vagara hasta Gwendolyn y su búsqueda. Esperaba que pudiera completar su misión antes de que el Rey Felipe

apareciera y arrasara la fortaleza. De ese modo sería mucho más... interesante.

_____ 7 _____

La ciudad de Holywell no era grande ni demasiado próspera, pero Jeanne podía sentir un aura de antigüedad que era al mismo tiempo sobria e intrigante. Sabía que tras sus murallas había otros como él, otros que sabrían qué era en realidad. También sabía que no podía esperar una bienvenida, especialmente en compañía de alguien como Gwendolyn. Kli Kodesh era conocido por todos, y nadie tardaría en reconocer a una elegida del antiguo.

Había notado que, a pesar de su depresión inicial, la mujer se acercaba cada vez más a Montrovant durante el viaje. Ahora Jeanne se veía obligado a proteger la grupa de sus dos compañeros, que hablaban en voz baja. Había sentido celos, pero no le había servido de mucho. Si iba a haber problemas con Gwendolyn, sabía que era él el que tenía que mantener los ojos bien abiertos. Montrovant estaba distraído por su búsqueda... y por la mujer.

No era propio de su sire lanzarse a una situación con la mente confusa, y eso era lo que más preocupaba a le Duc. Una o dos veces había estado a punto de decir algo, pero se había refrenado. Se podía aprender mucho de Gwendolyn y era interesante tener otro compañero... aunque concentrara casi todas sus atenciones en su sire.

También significaba que Jeanne tenía más libertad para explorar por su cuenta, una bendición mayor de lo que podía haber imaginado. Sabía que, con toda seguridad, la imagen de desatención de Montrovant era falsa, pero era agradable sentir, al menos por un momento, que controlaba parte de su propio destino. Llegaría el día en que habría que tocar ese tema, pero aún no era el momento.

Llegaron a la ciudad justo después del anochecer. Los mercaderes y vendedores estaban terminando de guardar sus carros y mercancías, y los moradores de las horas más oscuras surgían de las sombras. Gritos y silbidos sonaban en la noche, y las mujeres cantaban y reían. La música y la vida de las posadas y tabernas rebosaba en el aire frío. Las antorchas iluminaban pequeñas zonas y

los niños se escabullían, algunos hacia sus casas y otros en busca de aventuras y diversión lejos de los ojos atentos de sus padres. Jeanne quedó inmediatamente atrapado por los sonidos y los olores, las luces y el desfile de humanidad, el latido rítmico de la sangre recorriendo venas calientes. Pasó de largo la puerta de La Violeta Llorosa antes de notar que Montrovant y Gwendolyn habían entrado.

Maldiciendo, se volvió y dio marcha atrás, apartando la pesada cortina que cubría el umbral y entrando en silencio en una estancia con poca luz. Vio a sus compañeros casi de inmediato.

Montrovant estaba conversando con un hombre bajo y achaparrado tras la barra, y Gwendolyn interpretaba bien el papel de su mujer, sobre todo para ser alguien que había asegurado no tener interés alguno en él. Estaba colgada de su sire, con un brazo pasando por el hombro y cayendo sobre su pecho. Tenía la cabeza apoyada contra su cuello, derramando el pelo sobre él como una cascada.

Era la pareja más increíble que le Duc había visto jamás, pero no era capaz de mantener en ellos su atención. Había estado cerca de las hermanas en el convento, pero entonces él había tenido el control. Había estado con otras, pero solo para tomarlas, para alimentarse. Desde su Abrazo no se había sentido inundado con la variedad e intensidad de las sensaciones que le asaltaron en aquella taberna atestada. Trastabilló y se recuperó con dificultad, chocando con un hombre enorme con el pelo negro y sucio y un parche en un ojo. Trató de presentar una disculpa, pero su lengua parecía confusa. En cualquier caso, el hombre no le dio ocasión.

Se giró para encararse con Jeanne, y en el mismo movimiento extrajo una daga y la puso contra el pecho del vampiro. Su único ojo brillaba peligroso.

La escena perdió coherencia y todo se ralentizó de forma extraña. Le Duc vio a los demás clientes volverse ante la trifulca, los hombres sonriendo ampliamente pero sin moverse para intervenir, las pocas mujeres presentes gritando de alegría. El brazo de su atacante trazó un amplio arco hacia su rostro, pero capturó con calma y elegancia la muñeca, deteniendo el golpe en seco. No tuvo que pensar. Sucedió tan rápido que todo el local quedó en un atónito silencio. No había llegado la sangre prometida.

Le Duc se mantuvo así un instante, sosteniendo el brazo inmóvil del hombre antes de liberarlo y dar un paso atrás.

—Iba a pedirte disculpas, amigo mío —dijo suavemente. El tuerto dio un paso adelante, como si no comprendiera lo que había sucedido

y quisiera volver a intentarlo. Fue entonces cuando intervino Montrovant.

–Creo que mi amigo se ha disculpado –dijo. Su voz era como el hielo–. También creo que te matará si no apartas ese estúpido juguete y le dejas ir. Si no lo hace él, te mataré yo.

Aquello bastó. El hombre se volvió y miró a sus compañeros, que se habían puesto tras él cuando le Duc le había aferrado el brazo y que ahora se retiraban a una distancia segura. Se giraron como si no le conocieran y el tuerto salió por la puerta. Estallaron las risas, fuertes y burlonas. Parecía que el ambiente había cambiado. Los que habían querido ver derramada la sangre de Jeanne habían vuelto su humor contra el atacante.

Montrovant asió a le Duc del brazo y lo arrastró hasta un reservado en la parte trasera de la taberna, tratando de apartarse del centro del establecimiento sin más incidentes. Sin embargo, el daño estaba hecho. Gwendolyn asintió hacia la entrada trasera y Jeanne vio la desaparición de una sombra en la noche. Cualquier esperanza de una entrada rápida y sigilosa en la ciudad había desaparecido.

–¿Qué creías estar haciendo, estúpido? –siseó Montrovant muy cerca del oído de Jeanne, de modo que nadie pudiera oírlos–. Has montado un espectáculo que no olvidarán fácilmente. ¿Creías que podías matar y beberte a ese hombre delante de toda la taberna?

Jeanne negó con la cabeza. En realidad no había pensado en lo que haría. No recordaba haber pensado nada. Solo había una cosa cierta: fuera lo que fuera lo que le había motivado, no lo había planificado bien. Aún se sentía un poco abrumado, pero estaba comenzando a controlar sus emociones. La primera era la furia. Montrovant le había mantenido alejado de las sensaciones, de todo aquello, del increíble pulso de la sangre, de la interacción con los demás, durante demasiado tiempo. ¿Cómo no había anticipado los efectos que tendría?

–¿Nunca habías estado en una taberna? –intervino Gwendolyn, con los ojos brillantes y disfrutando claramente. Al parecer, su comprensión de la situación era mayor que la de Montrovant, o al menos de lo que éste daba a entender–. Casi le arrancaste el brazo.

–Me atacó –respondió le Duc–. No podía dejar que me apuñalara y marcharme como si nada hubiera pasado.

–Tienes mucho que aprender –dijo Gwendolyn riendo–. ¿Tanto le has alejado del mundo, Montrovant? ¿Era esto lo que me habría esperado a mí?

Montrovant no se dejó arrastrar por las burlas. Estaba ensimismado, y su mirada seguía los movimientos del hombre detrás de la barra. Después de unos momentos, se inclinó entre Jeanne y Gwendolyn, al parecer olvidado el incidente anterior. Les susurró con voz grave.

–Ese es Bertrand. Sirve a Bastian, y ha llevado esta taberna, de un modo u otro, desde la fundación de Holywell. Son Brujah, y Bastian es muy viejo. No le gustará tu pequeña demostración, Jeanne, una vez Bertrand le informe. Hace todo lo posible por mantener la neutralidad de su establecimiento.

–Lo siento –se limitó a decir le Duc–. Nunca había experimentado algo tan... abrumador. Podías haberme advertido.

Montrovant se giró hacia él, casi levantando una mano para golpearle en la cabeza, pero se detuvo. Miró a le Duc durante un largo instante y entonces, de repente, rompió a reír. Palmeó a su chiquillo en la espalda con la fuerza suficiente para hacer caer a un hombre menor, y después se volvió hacia la barra.

–Que podría... que podría... A veces me olvido de mí mismo. Otra ronda para mi amigo –dijo más fuerte, haciendo un gesto al camarero, que le observaba sombrío.

Bertrand se acercó hacia ellos con una jarra de vino en la mano. Se movía lentamente y con precisión, como si pensara cuidadosamente cada movimiento. Se inclinó sobre la barra mientras Montrovant le pagaba.

–Otro incidente como el anterior y nunca abandonaréis esta ciudad. ¿Comprendido?

Montrovant no se sentía intimidado, pero asintió sin decir palabra.

–Al amanecer estad en los establos. Allí hay alojamiento seguro y tendremos un momento para hablar. Se trata de algo más que una reunión social, pues no tolero que se realice transacción alguna sin mi conocimiento.

–Por supuesto –aceptó Montrovant, extendiendo una enorme mano sobre la barra. Bertrand la tomó a regañadientes, estudiando cuidadosamente al recién llegado. En el aire había una tensión que hasta el más obtuso de los clientes podría haber visto, pero pasó cuando el tabernero sonrió.

No dijo nada, pero la tensión quedó rota. Mientras el hombre se volvía, Montrovant hizo lo mismo. Asintió hacia la parte trasera del bar y se dirigió hacia la puerta por la que se había escabullido al figura sombría. Jeanne lanzó un suspiro de alivio cuando salieron al aire de

la noche.

Se encontraban en una estrecha callejuela. En el extremo más cercano estaba la calle por la que habían llegado. El callejón se extendía en la otra dirección hasta que se curvaba entre dos viejos edificios de piedra. El suelo estaba lleno de escombros, y había una figura tumbada, apoyada contra una pared en las sombras.

Montrovant avanzó con agilidad, con Jeanne y Gwendolyn detrás. La figura recostada contra el muro no se movió ni reconoció su presencia, pero le Duc sintió que el hombre (si es que era eso) estaba vivo y consciente.

–Así que el cachorro errante regresa a la civilización –dijo una voz grave, resonando siniestra en el espacio confinado–. ¿Ha acortado Eugenio la correa, o estás olfateando por tu cuenta?

Montrovant se lanzó repentinamente hacia delante, y segundos después tenía al hombre colgando de su enorme mano, oprimiéndole la garganta. Sus rostros estaban muy cercanos, pero el extraño no mostraba miedo alguno. Jeanne pensó que sería un loco o un ciego.

–Hará frío en el más allá de tu maestro cuando responda a perros como tú –dijo al fin Montrovant, liberando su presa hasta que el hombre se derrumbó en el suelo–. Confío en que ya hayas informado de mi presencia a todos los que corresponde... y a los que no.

–No digo nada a nadie sin que antes pague el precio –respondió el extraño, poniéndose en pie y sacudiéndose la ropa con cuidado. Era delgado, algo mayor, pero tampoco viejo. Una cualidad gris e intemporal le indicaba a Jeanne que era más de lo que aparentaba–. Esperé aquí para ver si tu precio era mejor que el de los otros –siguió.

Montrovant le observó durante un instante, y después negó con la cabeza sonriendo abiertamente.

–Te conozco demasiado bien como para pagarte para que no hables, Michel –dijo con suavidad–. Igual podría pagarte para que no respiraras, y obtendría el mismo resultado.

–Eres injusto –respondió Michel, también sonriendo–. Me alegro de verte, Oscuro. La ciudad no ha sido tan divertida desde tu última, digamos... marcha apresurada.

Le Duc se sentía realmente confuso. Montrovant debía saber que ese hombre les estaría esperando. Ahora, después de estar a punto de arrancarle la cabeza como saludo, conversaban como si fueran los mejores amigos.

–¿Qué hizo? –Gwendolyn había avanzado, interesada. Jeanne observaba sorprendido.

–No le digas nada –dijo rápidamente Montrovant– Esos días han quedado atrás.

–No era eso todo lo que tenía detrás –sonrió Michel–. Le perseguía la mitad de la guardia privada del Duque mientras escapaba de la ciudad. Estaban enfadados. Tardaron quince años en criar a una nueva princesa...

–¿Princesa? –dijo Gwendolyn enarcando una ceja. Le Duc se volvió sonriente hacia su sire.

–Basta –dijo Montrovant–. Tenemos cosas más importantes que hacer que recordar errores pasados.

–Oh, los hemos recordado muchas veces desde que te marchaste –siguió Michel, cada vez más sonriente– Sondra regresó, ya sabes. Menudo acontecimiento.

–¿Sondra? –preguntó Jeanne.

–La princesa, por supuesto –rió Michel–. O al menos lo era cuando nuestro amigo la conoció. Cuando volvió era algo más, y no estaba muy contenta al ver que su padre le había olvidado y había ascendido a su hermana menor, bastarda, a la legitimidad.

–¿Reconoció a Seline? –preguntó Montrovant, súbitamente interesado–. ¿A pesar de mi advertencia?

–Nadie prestó mucho caso a tus advertencias pasado un año de tu marcha, amigo –dijo jocoso Michel–. Podrían tenerte miedo, pero desde luego no mucha memoria. Una vez las cosas se calmaron, no tardaron en comenzar a preocuparse otra vez por sus propios asuntos.

–¿Y Seline?

–Sí, Seline... Ya puedes imaginar el revuelo que se armó. No tenía heredero, y era la única esperanza que le quedaba dentro de las líneas de sangre para mantener la casa intacta.

–¿Y ella...? –preguntó Montrovant.

Jeanne estaba fascinado, observando la conversación y tratando de unir las piezas de lo que se decía para formar un todo comprensible. Montrovant se sentía atrapado en la historia, y eso bastaba para hacerla interesante.

–Claro que no –rió en alto Michel–, pero podría haberlo hecho. Era una de las mejores mozas del palacio, como bien recordarás. Si Sondra no hubiera regresado, ¿quién sabe?

Volviéndose hacia Jeanne y Gwendolyn con expresión de disculpa, Montrovant se explicó.

–Sondra era la hija de un hombre con el que tuve un... problema. Estaba enamorada de mí, y me temo que dejé que la pasión del

momento me llevara.

–¿Le Abrazaste? –La voz de Gwendolyn era tensa, y Jeanne dio un paso atrás.

–Lo hice por venganza. –Montrovant se enfrentó a su mirada—. No me suplicó, pero su padre me había perjudicado. Era bella, joven y vital, y estaba allí cuando tenía hambre. Un modo muy conveniente de igualar una vieja y cansada disputa.

Gwendolyn no respondió, pero estaba claro que el asunto distaba mucho de haber terminado.

–Sondra regresó casi un año después de su... transformación –siguió Michel, retomando ansioso la historia en cuanto Montrovant flaqueó. Su mirada era animada y divertida, y la luz se reflejaba brillante en sus ojos. Era evidente que había comprendido la conversación entre Montrovant y Gwendolyn, y sumó rápidamente dos y dos—. Visitó primero a su padre, que pasó varias semanas enfermo. Cada vez que los galenos pensaban que estaba camino de recuperarse, palidecía y se debilitaba.

–¿Lo mató? –preguntó Jeanne, incapaz de contener su curiosidad.

–No –sonrió Michel–, pero los galenos sí. Determinaron que tenía un veneno en su interior que era necesario sangrar. Lo hicieron, y le vaciaron por completo. Un día después de la muerte fueron encontrados degollados; sospecho que lo hizo Sondra, iracunda por el derroche.

–¿Sigue aquí, entonces? –preguntó Montrovant—. ¿Sondra?

Gwendolyn se acercó un poco, como si protestara por su interés, pero de repente la expresión de Michel perdió el humor. La vampira dio un paso atrás.

–No. Está muerta, y por eso debo advertirte. Los Brujah han tomado esta ciudad como propia. Acuden de otras líneas de sangre, pero solo con la aprobación de Bastian.

–Entonces... ¿Syd ya no está aquí? –exigió Montrovant—. He recorrido un largo trecho para hablar con él.

–Sí, está aquí –respondió rápido Michel—. Siempre ha estado aquí. Ni siquiera Bastian hizo intento alguno en ese sentido. Syd le deja en paz y Bastian pretende que Syd no podría acabar con él en cuanto quisiera. Bastante precario, pero funciona.

Cuánta intriga. Jeanne se había acostumbrado a esas cosas en vida, como correspondía a alguien con sangre noble, pero aquello era diferente... más profundo. Los poderes involucrados llevaban mucho

tiempo existiendo, y las raíces de las "familias" habían tenido muchos años para enraizarse. Allí había algo más que un hijo menor matando a su hermano, o un duque envenenado a su heredero legal.

–Esta Sondra... –intervino le Duc–. Dices que está muerta. ¿Fue destruida por otro de los Condenados?

–Pareces sorprendido –observó Michel–. No hay duda de que el Oscuro te ha mantenido protegido. Hace cien años una pregunta como la tuya hubiera arrugado la frente de mi abuelo. Ahora es común. Los Brujah no aceptan reto alguno a su supremacía en este lugar sin lucha. Bastian se ha proclamado gobernante, y sus tácticas no son sutiles. Solo los verdaderamente viejos se le oponen, y como he dicho, a ellos los deja en paz.

–Debo ver a Syd –repitió Montrovant–. ¿Puedes llevarme hasta él, Michel?

–Ya sabes el precio que eso pondría a mi cabeza –respondió el hombre, enfrentándose a Montrovant.

–Haré que merezca la pena, y también te ofreceré la protección que podamos brindarte nosotros tres. Puedo no tener la edad de Syd, pero conozco algunos trucos. Bastian no es tan viejo que no pueda recibir una lección.

Michel dudó. Parecía estar sopesando las consecuencias contra la diversión, y Jeanne pensó repentinamente en Kli Kodesh, esperando en un camino que apenas habían comenzado a recorrer. ¿Quién era aquel Michel, y cómo hablaba tan libremente y con tanto conocimiento? Cada vez era más dolorosamente obvio que Montrovant le había ocultado muchas cosas con sumo cuidado. Otra cosa en la que concentrarse. Casi deseó estar de vuelta en la carretera, donde las cosas eran mucho más sencillas. Casi.

–Puede que tengas razón, amigo mío –dijo al fin Michel, asintiendo–. Te acercaré todo cuanto me atreva, y te indicaré el resto del camino. No estoy seguro de cómo te recibirá Syd, ya que también centrarás la atención sobre él.

–Ese es un camino que recorreré cuando llegue –respondió Montrovant–. Syd me verá. No hay otra posibilidad. Si no se alegra de verme, tendré que encontrar un modo de animarlo, ¿no?

–Ya has obrado esa magia en mí –sonrió Michel–. No recuerdo la última noche que se prometió tan interesante. Me alegro de verte, viejo amigo. Pasas demasiado tiempo vagando. Alguien como tú podría poner las cosas muy calientes a Bastian y sus secuaces.

–Ya sabes, compañero, que soy el único para el que la ciudad no

es un hogar. El Oscuro... la llamada de la caza, los lobos... Debe ser algo en mi sangre. Tengo mis propios caminos que recorrer. Dejaré a Bastian su sedentaria vida, igual que a Eugenio.

Mientras Montrovant hablaba, Michel se dio la vuelta y corrió hacia el extremo del callejón que se alejaba de la calle. Jeanne estaba a punto de preguntar hacia dónde se dirigía, cuando el hombre dio un salto prodigioso, superando un muro de cinco metros a su izquierda y corriendo por los tejados sin perder un solo paso.

Montrovant le siguió con facilidad, como si esperara el movimiento, y Gwendolyn no se quedó muy atrás, aunque Jeanne le oyó maldecir mientras corregía su equilibrio y escalaba torpemente el muro. De nuevo se quedaba muchos metros atrás, antes de que su mente comprendiera totalmente que los demás se habían marchado.

Otra lección. Michel podría ser humano, pero no era alguien con quien jugar. Le Duc dejó escapar un suave gruñido y saltó al tejado, levantándose lo antes que pudo para perseguir a las tres sombras que se perdían en la distancia. Mientras alcanzaba a sus compañeros una nube atravesó la luna, sumiendo a la ciudad en la total oscuridad. Las tinieblas les devoraron en silencio.

_____ 8 _____

Michel los guió rápidamente por diversos tejados, bajando a un segundo callejón y deteniéndose en la entrada trasera de un establo, en el límite sur de la ciudad. Montrovant no se molestaba en preguntar, y se movían con tal velocidad y decisión que le Duc tenía problemas para seguirles el paso. Corría tras su sire con Gwendolyn al lado, sumida en sus propios pensamientos. Sabía que tendría que hacer algunas preguntas más tarde sobre Michel, pero de momento se concentró en su alocada carrera por Holywell, y en vigilar sus espaldas lo mejor posible.

Tenía mucho que aprender sobre la política de la ciudad, pero ya sabía que tenían enemigos inherentes. Era mejor guardarse las preguntas y mantener los ojos y los oídos atentos allá donde Montrovant no observaba. Michel se acurrucó inmediatamente contra el muro trasero del establo, como si se concentrara; Montrovant estaba a su lado, en silencio. Gwendolyn se acercó a ellos,

observando. No prestaba atención alguna a Michel, y tampoco a le Duc. Solo Montrovant le cautivaba. Otra razón para mantener la vigilancia, otra responsabilidad. Parecía que, aun siendo el más joven, era el único al que le quedaba un poco de sentido común.

Michel se alejó de la pared. Jeanne no sabía si había estado escuchando o si sentía algo por otros medios, pero parecía satisfecho. Se volvió una vez más hacia Montrovant.

–El camino está libre, de momento. Hasta aquí es hasta donde iré, viejo amigo.

–¿No me llevarás hasta Syd? –preguntó el vampiro.

–Ya lo he hecho, aunque aún no lo sepas –respondió el hombre suavemente–. Debo marcharme, Oscuro, pero te volveré a ver pronto. Me deberás una, ya sabes.

–Puede ser cierto, mi huidizo compañero, pero está por ver qué te deberé –respondió Montrovant.

Sin más palabras, Michel volvió a saltar a los tejados y se dirigió en una dirección diferente a la que habían tomado para llegar. Le Duc hizo ademán de seguirle, pero su sire le detuvo con una mano en el hombro.

–Espera –dijo. Jeanne se disponía a protestar, pero vio a Gwendolyn tensarse súbitamente y apretarse contra la pared. Unos segundos después los sintió, aunque no le sirvió de mucho. Estaban rodeados.

–Has venido desde muy lejos –dijo una voz silbante que llegaba desde las sombras.

Estaban solos, mirando alrededor alarmados, y entonces apareció. Era alto y delgado hasta el raquitismo, con los ojos brillando con un profundo fuego dorado. Le Duc dio un paso atrás, pero Montrovant mantuvo el terreno.

–Hola, Syd –dijo en voz baja–. Parece que nos esperabas, a pesar de nuestra travesía.

–No es una ciudad muy grande –respondió el otro– Las noticias viajan rápidas en ciertos círculos. Los míos y yo nos movemos en todos esos círculos.

–Eso parece. Nos has ahorrado el esfuerzo de encontrarte.

–Has cometido un error, Montrovant –respondió Syd rápidamente–. Se te dijo que te mantuvieras alejado de nosotros, que no nos arrastraras a tu pequeño juego. Has decidido ignorar la advertencia y has elegido el momento y el lugar erróneos para equivocarte.

–¿Qué modo es este de saludar a un viejo amigo? –respondió Montrovant tranquilo.

Le Duc captó la ligera aspereza en el tono de su sire. El aire estaba tan cargado por la tensión que cada movimiento, cada inhalación para hablar era sobrenatural. Todos ellos eran inmortales hasta cierto punto, y ese punto era una delgada línea por la que ahora caminaban, y cuyo filo se deslizaba lentamente por la espalda de Jeanne.

–Amigo –Syd repitió la palabra como si no la conociera, como si le fuera desagradable pronunciarla–. Los amigos no se ponen en peligro –siguió–. Los amigos hacen largos viajes para dejar sus problemas a los demás. Los amigos no ignoran las instrucciones de sus antiguos.

–No he ignorado nada –respondió Montrovant–. He venido a ti en busca de respuestas, pero no he hecho nada que te ponga en peligro.

–No comprendes cómo están las cosas ahora –respondió Syd–. Vienes aquí después de vagar quién sabe dónde, arrastrando a una puta y a un cachorro, preguntando y saltando por los edificios en medio de la noche, y me dices que no has hecho nada que me ponga en peligro. Las cosas ya no son como antes. Los Condenados ya no somos poderes solitarios; los clanes se han reunido en algunas de las principales ciudades, y se habla de otras menores. Hay lugares donde grupos de los nuestros han tomado el control. ¿Sabes quién manda aquí, Montrovant? ¿Te importa?

–Sé más de lo que crees –respondió dando un paso al frente–. Sé que Bastian da las órdenes y que los demás obedecen, y eso me avergüenza. Estas aquí. Eres más viejo y fuerte que él, pero te acobardas en las sombras y amenazas a los tuyos.

–No eres de los míos.

–Fuiste Abrazado por Eugenio, como yo –señaló Montrovant–. Eres mi hermano. Si decides negarlo es tu problema, pero no dejará de ser cierto por ello.

Le Duc sintió crecer la tensión, y supo que las siguientes palabras no serían tan amables. Montrovant era arrogante, y aquel no siempre era el mejor modo de acercarse a un posible aliado. Visto el resultado, había dado igual. El aire a su alrededor estalló de repente y sombras oscuras aparecieron de los muros y se filtraron desde las calles y callejones. Bastian había caído sobre ellos.

–Les has guiado hasta mí –musitó Syd.

–Si crees eso es que eres más estúpido aún de lo que pensaba

--escupió Montrovant, girando hacia el atacante más cercano. Levantó la mano con un gesto natural, produciendo un aullido de furia y dolor en la sombra.

Jeanne se movió sin pensar. Era joven en la Sangre, pero su mente era la de un guerrero. La neblina rojiza no le había abandonado tras su Abrazo. El mundo se ralentizó y su espada apareció en su mano mientras se retiraba hacia la pared. Era un movimiento instintivo que protegía su espalda mientras trazaba un rápido arco con la hoja que alejara a cualquier posible rival.

Notó que Gwendolyn había desaparecido. No le había visto marchar, ni creía que hubiera sido destruida tan fácilmente. Otra pregunta para después, suponiendo que sobreviviera.

Estaban rodeados, pero no eran tantos como había pensado en un principio. Los seguidores de Syd habían surgido de las sombras ante la menor señal de problemas, y Montrovant había entrado en la batalla como un ángel vengador. Las probabilidades se habían nivelado en un parpadeo. Una sombra pequeña y robusta saltó de la oscuridad, moviéndose hacia la espalda de Montrovant con un paso extraño. Jeanne se separó de la pared sin pensarlo, saltando sobre el vampiro y marcando un terrible golpe con la espada.

Su blanco se movía de forma rara y quebrada. Le Duc se preparó en medio del salto, inclinando su hoja. Cuando le vieron se produjo un gruñido y sintió silbar el aire junto a su garganta, mientras largas garras como cuchillas rozaban su piel. Vio unos ojos feroces y amarillentos brillar y girar alocados cuando la espada separó la cabeza del cuerpo. Montrovant se volvió, se agachó para evitar a Jeanne y sonrió salvaje. Momentos después todo terminó.

Le Duc regresó lentamente a la realidad. Era consciente de que la batalla había concluido, y de que había otros moviéndose hacia él, hablando en voz baja y apresurada. Se inclinó contra la pared y esperó a que su visión se aclarara. Rezaba por que nadie le atacara, por que nadie le tocara. Le hubiera matado, y sería una pena malgastar la segunda vida. El rojo desapareció de sus ojos y las voces se hicieron coherentes. Sintió cómo alguien se acercaba, y se preparó ante un toque que nunca llegó.

--Luchaste bien --dijo Gwendolyn. Le Duc se volvió lentamente, trastabillando al abandonar la protección de la pared. Se sintió sorprendido una vez más.

--¿Adónde fuiste? --logró responder--. Llegaron y desapareciste. ¿Dónde estabas?

–Estaba aquí –respondió sonriendo enigmática–. Hay algunos trucos que aún no conoces, amigo mío. No sabía quiénes o qué eran, y pensé que sería mejor que uno de nosotros fuera... menos obvio.

Jeanne la observó durante un largo instante, valorando las emociones que veía guerrear en sus ojos. Intentaba decidir si debía llamarle cobarde o aplaudir su ingenio, pero no tuvo la posibilidad de hacer nada, ya que Syd apareció a su lado.

El brillo de sus ojos era aún mayor que antes. Sus movimientos eran más rápidos, más precisos. Sonreía, y la transformación de sus rasgos era sorprendente.

–¿Estáis bien? –preguntó. Aunque las palabras eran amistosas, había un fulgor en la mirada del antiguo que hacía a Jeanne preguntarse si tenía sentido responder.

–Estoy bien –dijo Gwendolyn inmediatamente. Le Duc solo alcanzó a asentir con la cabeza. Su mente seguía en el borde entre la furia asesina y la realidad. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se había visto atrapado por el calor de la batalla, y nunca había sido así. Más lecciones. Más que Montrovant podía haberle contado, pero que no había hecho. ¿Lo había sabido?

–Debemos movernos –decía Syd–. Debemos salir de aquí antes de que Bastian comprenda que no estabais solos. Estos vampiros fueron enviados a por vosotros, no a por mí. No eran suficientes... ni mucho menos.

Se volvió y Jeanne le siguió. Gwendolyn se situó a su lado y le permitió que le sujetara los primeros pasos y le dirigiera en la dirección correcta.

–Tendrás que hablarme de ese lugar dentro de tu mente, ese lugar al que vas cuando peleas –susurró la mujer mientras atravesaban la puerta de los establos–. Parece que hay muchas cosas que puedes contarme.

No respondió, pero sabía que la conversación distaba mucho de haber terminado. Syd los guió rápidamente hacia los establos. Montrovant había entrado hacía ya un tiempo, sin siquiera perder un instante para interesarse por su estado. La puerta se cerró tras ellos con un sonido fatídico.

Atravesaron el pasillo central del establo en una columna silenciosa. Los animales se apartaban de ellos, bufando y coceando desaprobatorios, aunque no llegaron a crear ningún altercado grave. Parecía que aquella no era la primera vez que un séquito con olor a sangre pasaba por allí a esas horas. La mayoría de los animales

hubiera enloquecido.

En la pared del fondo se abría un oscuro pasadizo, y Jeanne observó con interés mientras todos los que le precedían desaparecían. Cuando él y Gwendolyn llegaron a la entrada dudó un instante, ajustando su visión a la oscuridad antes de bajar las escaleras que tenía delante. Los que marchaban detrás también entraron, cerrando el portal.

Mientras descendían en la oscuridad, Jeanne sintió el peso de unos ojos sobre ellos. No veía a nadie, pero no había duda de que les vigilaban; no se trataba de una mirada cálida.

—Mantente cerca —dijo, inclinándose hacia delante para susurrar al oído de Gwendolyn—. Que nos hayan invitado no quiere decir que no pretendan matarnos.

Ella asintió casi imperceptible. La vampira no necesitaba advertencia alguna, pero dar voz a su preocupación le hacía sentirse más seguro. Casi de inmediato comenzó a preguntarse si le habrían oído. Maldiciéndose, siguió avanzando.

Lo primero que vio al regresar a la luz fue el rostro de su sire, iluminado por el brillo de una vela. Estaba junto a Syd, cuya espalda se apoyaba en una puerta como una figura etérea y escuálida al lado del inmenso Montrovant. Éste parecía relajado, y Jeanne lanzó un suspiro de alivio. Podrían no estar del todo a salvo, pero si Montrovant estaba dispuesto a arriesgarse, lo más probable es que creyera poder salir con bien de aquello.

—Sigues habiéndote equivocado al acudir —dijo Syd—. Cuantos más años pasan, más importante es que ocultemos nuestra naturaleza a los mortales. Ahora nos escondemos los unos de los otros, y no tardará la noche en que los jóvenes comiencen a codiciar nuestra propia sangre. Ahora las cosas son diferentes.

—Más motivos para ayudarme —respondió Montrovant—. Lo que estoy haciendo, lo que podré ofrecerte a ti y a los otros... merece la pena el riesgo.

—Para ti, todo compensa los riesgos —respondió Syd, negando con la cabeza. Se volvió hacia la pared para no encontrarse con los ojos de su hermano.

»Corren historias —siguió—. Compartiré lo que sé. No te ofreceré ayuda, ni te daré mi bendición, pero tras acusarte erróneamente de traer a la basura de Bastian hacia mí, y tras la diversión que han resultado ser, creo que te lo debo. Además, sé poco de tus caballeros que no haya oído ya en las calles.

Montrovant dio medio paso hacia delante como si fuera a protestar, pero se detuvo cuando Syd se volvió hacia él.

–No insistas, Oscuro –susurró–. Sé de tus métodos... Sé de tu mente, más de lo que crees. Alégrate por lo que te ofrezco. No eres tan siniestro como lo que acontece.

Durante un largo instante los dos se enfrentaron en silencio, hasta que Montrovant sonrió. No agachó la mirada ni miró atrás, pero la sonrisa llevaba la respuesta que necesitaba. Syd la devolvió.

–Ha pasado mucho tiempo, Oscuro.

Los dos rompieron entonces a reír, transmitiéndose algo mediante su mirada; la tensión en la estancia se alivió. Otras figuras aparecieron de nichos ocultos y cayeron de perchas cerca del techo de la caverna, pues eso era el lugar: una inmensa catedral vaciada en el vientre de la montaña.

Ahora que los límites del encuentro estaban delimitados, Jeanne pudo tomar un momento para revisar el lugar. Era un espectáculo impresionante. Las paredes estaban cubiertas de tapices, y una observación más detallada le permitió distinguir pasadizos oscuros que surgían en todas direcciones. Se trataba de un inmenso laberinto de los condenados. Se arremolinaban alrededor del pequeño grupo en el centro, formando círculos menores desde los que observaban. Al parecer no recibían muchas visitas, o al menos ninguna que viniera por su propio pie y con opciones de salir.

–Entonces –dijo Syd al fin, una vez intercambiados los saludos informales–, perseguiste a ese perro de Santos desde Tierra Santa, y ahora sigues el Grial hasta la fortaleza de esos caballeros, cuya orden es resultado de tus propias maquinaciones. ¿Qué te hace pensar que han encontrado lo que buscas?

Montrovant introdujo una mano en su capa y sacó la carta. No dijo palabra alguna, sino que le entregó el papel y esperó la reacción. No tardó en llegar.

–Maldito sea –espetó Syd, revisando rápidamente la carta–. ¿Cómo puede seguir burlándose de nosotros de este modo?

–Es muy viejo –respondió Montrovant–, y parece que tiene la suerte de los dioses de su lado.

–No son dioses –dijo Syd, devolviéndole la carta–. Si así fuera, nunca soportarían esta traición.

Jeanne se sorprendió ante la violencia de la reacción de su anfitrión. Las acciones de Kli Kodesh eran difíciles de comprender (dementes, en algunos casos), pero, ¿traición? ¿Qué podía deberle

alguien tan viejo a Syd que mereciera una emoción tan profunda?

Gwendolyn había dado unos pasos atrás hasta quedar cerca de él.

–No parece un gran admirador de mi sire --susurró.

Jeanne asintió aprobatorio. Al parecer Syd le había oído, aunque la vampira había hablado en voz muy baja. Se volvió para enfrentarse a ella, estudiando cuidadosamente sus rasgos y devolviendo la mirada a Montrovant.

–No es de los nuestros --dijo--. ¿Por qué está contigo?

–Fue enviada en mi busca --respondió con calma Montrovant--. Los dos tenemos... un pasado común. Fue otro mensaje de Kli Kodesh.

–Creí reconocer el aroma de esa sangre --asintió Syd. Estaba temblando--. ¿Por qué la has traído aquí, Oscuro? Nada bueno puede haber entre su raza y nosotros. Nada. ¡Y mírala! ¡Es *su* sangre! Es una Nosferatu, mas solo muestra pequeños síntomas de las cicatrices, de las deformaciones. No es para ti.

–Hay más entre nosotros de lo que puedes comprender --respondió Montrovant--. Viaja bajo mi protección.

–Nadie podría protegeros a ninguno de no ser por mi voluntad --dijo Syd--. Partiréis de aquí con mi bendición, o moriréis. Harías bien en tenerlo en cuenta.

–Soy bien consciente de la situación --dijo Montrovant, aún sonriendo--. Me gustaría que hubieras podido hablar con el anciano la última vez que estuve con él. Tenía algunas cosas interesantes que decir sobre Eugenio... cosas que podrían hacerte cambiar de opinión sobre lo que compartimos.

Syd se movió tan rápido que Jeanne solo vio un borrón. El delgado vampiro tomó la garganta de Montrovant y comenzó a levantarlo del suelo antes de que quedara claro que no había sido tan rápido como creía. El propio Montrovant sostenía en la mano una daga que apuntaba al corazón de Syd.

–No hablarás de ese modo sobre nuestro sire en mi presencia --dijo, temblando. Era evidente que luchaba contra el deseo de aplastar al Oscuro con todas sus fuerzas y arriesgarse a las consecuencias.

–Hablaré como me plazca, en el momento y lugar que considere adecuados --dijo Montrovant, esforzándose por hablar a pesar de la mano de Syd, y apretando la daga para hacer retroceder a su hermano.

Jeanne se acercó y Gwendolyn le siguió, pero los alejó con un gesto. --Tú nos has invitado a tu refugio. Me has ofrecido información, y por eso te doy las gracias. No lo ensucies con tu estúpido orgullo. Euginio no es ningún santo, y ni siquiera conocerías el nombre de Kli Kodesh si no se lo hubieras oído pronunciar a él.

--No me importa la verdad --espetó Syd--. Me preocupo por la familia. Eso no era ningún problema cuando tú y yo éramos jóvenes. Vuelvo a decirte que los tiempos han cambiado.

--Diferentes tiempos con la misma historia, amigo mío --respondió Montrovant, liberándose de la presa y bajando la daga--. No hay mejor maestro que el pasado.

--Encontrarás al ejército de Felipe en el camino --dijo Syd--. Partieron para asediar a de Molay hace días. Muchos de los caballeros han abandonando, renunciando a sus votos y regresando a la seguridad de la Iglesia. Dudo de su sinceridad, pero la renuncia es todo lo que se les pide. Los del templo no son tan fáciles de convencer. Otra advertencia. No son tus caballeros. De Payen era su fundador, pero otros se unieron a él antes de tu marcha, y no todos eran exactamente lo que parecían.

--¿A qué te refieres? --dijo Montrovant, con rostro sombrío.

--Hay rumores sobre tres caballeros que legaron al templo tras tu partida, caballeros con habilidades especiales. Magos, se decía, y si las historias son ciertas, tenían capacidades que desde luego se acercaban demasiado a las de tu amigo Santos para mi gusto. A tu regreso encontrarás una orden diferente. No quiero que partas equivocado.

--De repente parece muy preocupado por mi bienestar --sonrió Montrovant--. Tendré que aprender lo que pueda de ellos en la carretera, pues, y cambiar mi plan. Al menos descartaré la idea de cabalgar con la librea de los Templarios.

--Al menos sería una batalla interesante --respondió Syd, sonriendo débilmente--. No dudo de que a Felipe le gustaría encontrarse algo tras las murallas de la fortaleza con lo que descargar su furia.

--Sin duda --dijo Montrovant empezando a caminar--. Ahora tenemos que encontrar un modo de salir de este lugar, coger nuestras cosas y partir sin más incidentes con Bastian. De haber sabido que la situación aquí era tan mala, nunca hubiera entrado en esa taberna.

--Tus cosas estarán a salvo si logras llegar hasta ellas --respondió Syd--. Bastian ha creado una norma que incluso él cumple

escrupulosamente, y es la de la neutralidad de la posada. Es una estación de paso, nada más. Si logras llegar y pretendes salir, no habrá problemas. No me enfrentaría allí con él de ser tú, pero ese es otro asunto. Podéis permanecer aquí hasta el anochecer.

Montrovant extendió la mano y tomó la de Syd.

–No lo lamentarás, amigo mío –dijo–. Haré lo que debo, y Eugenio sabrá que acertó al poner en mí su confianza... igual que tú.

–No ponemos ninguna confianza en ti, Oscuro –dijo Syd con una sonrisa más amplia–. No hacemos más que animarte para que te alejes lo más posible de nosotros antes de que logres cargar con todo el peso del mundo a tus espaldas.

–Te perderás momentos muy entretenidos –replicó Montrovant–. Consigo mantener las cosas interesantes.

Syd hizo un gesto a uno de sus seguidores, una mujer oscura con túnicas de color verde. Sus ojos eran profundos e hipnóticos, e hizo un gesto para que Montrovant, Jeanne y Gwendolyn le siguieran. El primero intercambió algunas palabras más con Syd, pero en un tono que nadie pudo oír, liberando después la mano de su hermano para seguir a los demás.

Jeanne miró dubitativo a Gwendolyn, que observaba a Montrovant atentamente. No dudó a la hora de seguir a la mujer, y ocupó la retaguardia una vez más, pensando en todo lo que había visto y oído. ¿Nuevos caballeros? ¿Magos? No eran palabras que solieran unirse en una conversación casual. ¿En qué se estaban metiendo, y qué tenía que ver Kli Kodesh en todo ello? Se sentía tentado de preguntarle a Gwendolyn, pero sabía que no respondería, al menos con la verdad.

Recorrieron sombríos pasadizos hasta que llegaron a una serie de umbrales que se abrían en el pasillo principal. La mujer abrió una puerta y les indicó que entraran, pasando a una estancia con dos cuartos. No había luz, y junto a una pared se encontraba una mesa tosca con cuatro sillas. Por supuesto, no había ventanas. De una cadenas colgaba del techo un único catre.

Jeanne se acercó al umbral que conducía a la segunda cámara, más lujosa. Había una gran cama en el centro, lo bastante grande como para albergar a un grupo en caso de necesidad. Las paredes estaban cubiertas de libros, y había incluso instrumentos musicales cubiertos por el polvo del desuso.

–De vez en cuando tenemos otros visitantes –dijo la mujer, hablando por primera vez–. Éste era el cuarto de un grupo de músicos

vampiros ambulantes... una mujer pelirroja y sus seguidores. Espero que sea de vuestro agrado.

–Será perfecto –le aseguró Montrovant. La mujer se quedó un instante, valorándolo, y después gritó sobre sus talones y se marchó, dejándolos solos por primera vez desde que llegaron a La Violeta Llorosa.

–¿Confías en él? –preguntó inmediatamente Jeanne.

Montrovant le observó largamente como si fuera a estallar, pero al final sonrió feroz.

–Claro que no, pero de momento estaremos a salvo. No tiene nada que ganar haciéndonos daño, y nos debe una por la ayuda con Bastian.

–Bien –dijo Gwendolyn–. Supongo que pasaremos aquí la noche. ¿Dónde dormirá cada cuál? –Dio un paso hacia Montrovant, situando una mano posesiva sobre su hombro y dejando que su mirada se deslizara hacia la gran cama en la segunda estancia.

–Ya lo tengo todo pensado –respondió el vampiro.

* * *

Mientras Jeanne notaba el peso del sol aplastar su conciencia y nublar sus pensamientos, sintió a su sire a su lado, sobre la cama. Casi podía oír a Gwendolyn resoplando en el otro cuarto. Entretenido. Siempre.

9

Syd terminó cumpliendo su palabra. Cuando el sol comenzó a ponerse, la misma mujer vestida de oscuro apareció en la puerta, y aunque estaban preparados contra cualquier traición fueron guiados por los túneles y dejados en el lugar exacto en el que se habían encontrado con Syd.

–Yo no me quedaría mucho tiempo aquí –advirtió la mujer–. Bastian no se alegrará de lo que sucedió aquí anoche.

–Yo no lo haría –asintió Montrovant–. Vámonos.

Saltó al tejado más cercano y desapareció, obligando a Jeanne y a Gwendolyn a seguirle como mejor pudieran. No tenían problemas

para mantener el ritmo una vez recuperado el terreno, pero les había robado la posibilidad de despedirse con elegancia. Frente a ellos oían su profunda risa.

Jeanne no le había preguntado por sus planes, ya que hubiera parecido muy evidente. Coger sus cosas y escapar antes de que Bastian terminara con sus no-vidas. Posiblemente no fuera tarea fácil, pero tampoco complicada.

No alcanzaba a distinguir las zonas por las que pasaban, ya que se movían a demasiada velocidad. Montrovant se estaba arriesgando mucho para ser tan temprano, moviéndose abiertamente tan rápido. Si los mortales les vieran habría problemas. Si Bastian, o incluso Syd, se enteraran, se enfurecerían ante el riesgo para su propia seguridad. A Montrovant no le importaba. Se deslizaron como sombras por los últimos edificios y descendieron hasta el callejón tras la posada, moviéndose en silencio.

De nuevo no hubo titubeos. A Jeanne le hubiera gustado disponer de unos instantes para ordenar sus ideas y preguntar por los planes una vez dentro, pero Montrovant no estaba de humor para precauciones. Entraron tan rápido que su repentina aparición por la puerta trasera provocó un completo e incómodo silencio. Todas las miradas se volvieron en su dirección antes de regresar lentamente a sus asuntos. Todas salvo la de Bernard.

–¿No dormisteis? –preguntó tranquilamente, limpiando el mostrador con un trapo viejo–. Envié a alguien a despertaros, pero no encontré a nadie.

–Visitamos a unos viejos amigos –respondió Montrovant–. Lamento haber causado cualquier... molestia. Nos marcharemos esta noche. Pagaré por el cuarto, por supuesto, aunque no lo empleáramos.

–Por supuesto –respondió Bernard.

–Si fuerais tan amable de enviar a alguien a por nuestras cosas –siguió Montrovant–, os estaríamos muy agradecidos. Siento una repentina aversión por los espacios cerrados. Supongo que he estado demasiado tiempo en la carretera.

–Eso es cierto –respondió Bernard, a punto de perder el control–. No sabéis nada de las costumbres de este mundo, al parecer. Haré que traigan vuestras cosas y os marcharéis. Si os paráis aunque solo sea para mirar por encima del hombro dejaréis algo más que mi posada. Dejaréis la vida.

Montrovant sonrió ampliamente.

–Nos entendemos perfectamente, pues –dijo–. No hay mucho aquí para mirar atrás, y yo al menos seré feliz de nuevo en los caminos.

Se observaron fijamente unos instantes, pero ninguno de los dos tenía nada más que decir. Bernard fue el que se retiró primero, señalando a una de las muchachas que atendía las mesas para que se acercara. La envió a por el equipaje y se dio la vuelta sin más palabras. Jeanne le observó cuidadosamente, pero con la excepción de una cierta tensión en sus músculos no había señal de que recordara la presencia de Montrovant y sus compañeros.

–Creo que tendremos que vigilar nuestras espaldas –susurró Gwendolyn, haciendo que Montrovant y Jeanne se acercaran más–. La muchacha fue a por nuestras mochilas, pero también salieron otros dos, Cainitas, y con el hedor de Bastian pegado. Lo sentí en cuanto entraron. No creo que sea una coincidencia que salieran al mismo tiempo que ella.

–Los vi –respondió Montrovant–. Probablemente quieran asegurarse de que nos marchamos como he prometido, pero tienes razón. No hay que dejar nada al azar. Debe parecer que tengo mucho que aprender sobre este mundo, aunque lleve varios siglos recorriendo sus caminos.

–Lo único que no cambia jamás es el cambio –dijo Jeanne secamente–. Aquí está la chica.

Levantaron la mirada para ver a la muchacha llegar trastabillando por el peso de todo el equipo. Montrovant tomó un puñado de monedas de su bolsa y las dejó en la barra sin una palabra. Se volvió hacia Jeanne, asintió en la dirección de la joven y comenzaron a moverse. Bernard no se volvió, ni siquiera para asegurarse de que el pago era el correcto.

Le Duc tomó sus cosas, sonriendo a la chica mientras lo hacía. La joven temblaba, pues era una mortal que se sentía al borde de descubrir algo que no deseaba. Comenzaron la marcha y Jeanne siguió a Montrovant hacia la puerta. Esta vez era Gwendolyn la que vigilaba la retaguardia, y parecía aún más nerviosa que le Duc. Si así era la vida urbana en esta época, deseaba no haber dejado nunca las montañas. Si hubiera querido esta clase de intrigas no hubiera abandonado su hogar en busca de Tierra Santa, para empezar.

Sus monturas les esperaban en el establo, y antes de que el caballerizo se percatara totalmente de su presencia ya estaban ensillados y se dirigían hacia las puertas de la ciudad. No había señal

de movimiento en la oscuridad que les rodeaba, y Jeanne extendió sus sentidos cuanto pudo, aunque no logró captar nada. Era extraño, pero parecía que los habitantes se habían marchado para dejarles el paso franco. ¿Sentían el peligro, o les había advertido Bernard?

Sabía que el silencio no indicaba nada. Al que había que vigilar era a Montrovant, que era quien detectaría cualquier ataque. El problema era que su sire no les avisaría hasta el último momento, para no alertar a los posibles atacantes. Por ello cabalgaban en silencio, hombro con hombro, a toda velocidad.

Montrovant marchaba sin dificultad. Su figura estaba tan unida a la del caballo que su silueta a la luz de la luna parecía la de una única criatura oscura y poderosa.

Doblaron una esquina y de repente Jeanne sintió a los otros. Estaban agazapados junto a la carretera, tras unos arbustos y árboles bajos. Montrovant giró de repente, dirigiéndose hacia ellos directamente. Con un suspiro. Jeanne le siguió. Sus propios instintos le decían que los hombres solo estaban allí para vigilar su marcha, pero, ¿quién iba a discutir las decisiones de su sire?

De los arbustos llegó un intenso miedo, y dos formas oscuras surgieron detrás de la maleza. Montrovant desenvainó su espada y pasó cerca del primero, sin dejar que su montura perdiera un solo paso. Trazó sin entusiasmo un arco con el arma, arrancando limpiamente la cabeza del vampiro antes de que pudiera siquiera defenderse.

El otro encontró un final igual de rápido. Gwendolyn lo aplastó, sin titubear mientras los cascos de su caballo le destrozaban primero los tobillos y después el cráneo. Dio media vuelta y regresó, haciendo que su montura se encabritara y cayera sobre la espalda del enemigo derribado, que quedó retorciéndose y gimiendo en el fango.

Jeanne saltó de la silla y sacó su espada. Mientras Gwendolyn se retiraba para tratar de calmar a su caballo, atacó y cercenó una segunda cabeza que rodó algunos metros antes de detenerse con una mirada acusadora.

—¿Crees que dos así se hubieran atrevido a atacarnos?

--preguntó con suavidad--. No hubiera sido... prudente.

--Solo estaban aquí para asegurar nuestra marcha --dijo Montrovant--. Quería enviarle un mensaje a Bastian.

--Esto servirá --dijo le Duc, envainando su hoja y saltando de nuevo a su silla--, asumiendo que fueran los únicos.

--No hay otros. --No había modo de saber con certeza cómo lo

sabía, pero Jeanne se encogió de hombros y se reunió con sus compañeros.

–Recuérdame que no planee visitas en esta zona –dijo con una sonrisa–. Algo me dice que no sería bienvenido.

–No olvides a Syd tan fácilmente –respondió sombrío Montrovant–. Creo que podemos haberle dado el sabor de la victoria que necesitaba para lanzarse a la acción. Si volviéramos, creo que encontraríamos una ciudad muy diferente. Syd y yo divergiremos en muchas cosas, pero la sangre que corre por nuestras venas es vieja y poderosa.

Montrovant se volvió y Jeanne supo que los recuerdos volvían a la mente de su sire. Ansiaba pedirle que los compartiera, que aclarara sus dudas, pero sabía que era mejor olvidar el asunto. El tiempo no era algo que les faltara. Montrovant le diría lo que necesitara cuando estuviera preparado. Siempre había sido así.

Gwendolyn no se rendía tan fácilmente.

–¿Cómo le conociste? –preguntó, espoleando a su caballo hasta situarse junto a Montrovant–. Oí que Eugenio era su sire.

–Eugenio es muy viejo –respondió el Oscuro, apartándose de ella bruscamente–. No soy el primero al que Abrazó, ni el último.

–¿Quizá el más difícil...? –insistió.

Montrovant sonrió sombrío, pero no respondió. Gwendolyn captó por fin el mensaje y cabalgaron en silencio, ahora más lentamente aunque aún al galope. Holywell se convirtió en un débil brillo en el horizonte y terminó por desaparecer completamente de la vista.

Montrovant siguió cabalgando sin más comentarios y Jeanne se situó a su grupa. Gwendolyn marchó junto a su líder durante un tiempo, pero al final se decidió por la compañía de le Duc. Avanzaban con constancia pero sin una velocidad excesiva, y aún quedaban horas para el amanecer cuando Montrovant se hizo a un lado y ordenó que le siguieran.

–¿No deberíamos alejarnos más antes de detenernos? –preguntó Gwendolyn–. No enviaste a Bastian un mensaje precisamente amistoso...

–No nos seguirá –respondió, haciendo un gesto con la mano–. No tiene tiempo que perder en persecuciones ahora que hemos sacudido el nido de las avispas. Tenemos otros asuntos que discutir.

Montrovant bajó fácilmente de la silla y llevó a su caballo hasta una pequeña arboleda a un lado de la carretera. Al principio solo parecía un buen lugar para un descanso momentáneo, pero a medida

que se acercaban Jeanne vio que tras los árboles había una abertura en la ladera de la propia montaña. La vegetación tapaba la entrada de una caverna, que quedaba oculta a la vista.

–Conocías este lugar –dijo le Duc señalando lo obvio.

–He estado aquí antes –asintió Montrovant–. Nuestra gente ha recorrido estos caminos durante siglos. ¿Crees que lo ha hecho abiertamente, apareciendo a la luz del día y saludando a la muchedumbre?

Jeanne no respondió. Nadie lo esperaba.

–Podías haber mencionado este lugar –espetó Gwendolyn con su habitual candor–. Puedes gobernar sobre tu progenie y sobre lo que te plazca, Oscuro, pero no presumas tanto conmigo. No soy tu chiquilla, y mi sire es... viejo.

Montrovant se tensó y giró sobre sus talones. La temperatura en el pequeño claro descendió varios grados, y Jeanne se encogió por dentro. Al final la tensión se disipó, y Montrovant rompió a reír.

–Me haces olvidar la seriedad del momento. Venid. Tengo algunas preguntas que hacer, y creo que es hora de obtener las respuestas.

Aseguraron con cuidado a los caballos en el exterior de la cueva, atándolos con la mejor protección posible. Jeanne cerró la marcha, lanzando una última mirada por encima del hombro. No había nada, como Montrovant había asegurado, pero se sentía mejor comprobándolo.

La cueva era profunda y regular, y tras unos pasos se hizo evidente que no era natural. Las paredes eran demasiado rectas, demasiado perfectas. Había nichos tallados para las antorchas, pero Montrovant los ignoró y se adentró sin titubeos en las tinieblas.

Recorrieron un estrecho pasillo y entraron en una cámara más grande y oscura. Montrovant avanzó hacia el centro y se detuvo frente a un grupo de bancos de piedra.

–No he estado aquí –dijo– desde que recorrí este camino con Eugenio. No estaba seguro de que todo siguiera igual.

Había señales de que no eran los primeros en usar la cámara, pero tampoco de que alguien hubiera estado en mucho tiempo. Todo estaba cubierto por una capa de polvo, y el aire tenía un gusto extraño. A Jeanne le recordó a una tumba, aunque no de forma desagradable. Escudriñó en las sombras y vio un montón de ropa apilada en una esquina y restos de dos hogueras (que parecían fuera de lugar), pero por lo demás todo eran sombras y tinieblas.

–Es un refugio seguro, una de las paradas que usábamos antaño y donde no puede alcanzarnos la luz del sol. ¿Habéis visto las curvas cuando hemos entrado? Están talladas de modo que la luz quede atrapada antes de llegar a esta cámara. Estaremos a salvo hasta mañana.

–¿Bastian no conoce este lugar? –preguntó le Duc.

–Claro que sí –respondió Montrovant mirando a su progenie–. ¿Dudas de mí cuando te he dicho que no nos seguirá?

Hubo un momento de tensión silenciosa, hasta que Jeanne apartó la mirada.

–Claro que no. Solo me preocupa.

–Es tu naturaleza –asintió Montrovant–. No nos seguirá, Kli Kodesh, no ganaría nada con ello. Por eso no tenemos nada que temer. Habrá momentos en los días venideros en los que no estaremos tan seguros, pero de momento no es así.

Le Duc asintió, sin atreverse a hablar. Gwendolyn nunca cuestionaba la palabra de Montrovant. Parecía satisfecha con desempaquetar sus cosas y escoger uno de los bancos de piedra. Jeanne sospechaba que también sabía de aquella caverna, lo que le hizo sentirse aislado y solo. Alejó la sensación de su mente.

Volviéndose hacia Gwendolyn, Montrovant sonrió de nuevo.

–Ahora, mi buena dama nos hablarás más sobre lo que, en nombre de los siete Infiernos, sucede en la fortaleza de de Molay, y sobre por qué tu sire me quiere allí. Después veremos si podemos formular un plan útil.

La mujer le observó desafiante, y Jeanne dio un paso atrás. Podía haber estado hablando fuera de lugar cuando presumió de su edad y la de Montrovant, o no. Desde luego, era más vieja que él, y la energía que restallaba en la caverna era antigua y poderosa. ¿Había presumido demasiado Montrovant aquella vez?

–Tendrás tus respuestas, Oscuro, pero no porque tú lo ordenes. No se me ha dicho que te niegue información, y no lo haré. Olvidas que no siento precisamente amor hacia Kli Kodesh, aunque me ofreciera lo que tú me habías negado.

–Por supuesto, el viejo también lo sabrá –notó Jeanne sombrío.

Gwendolyn le observó con cara de pocos amigos, pero no respondió.

–Hay poderes siniestros que operan en la fortaleza de Jacques de Molay, Montrovant. Hay cosas que ni el propio Kli Kodesh puede controlar, aunque no las tema.

–Hubiera jurado que los caballeros ya habían tenido más que suficientes tratos oscuros con Santos y su calaña –volvió a interrumpir Jeanne.

–¿Santos? –dijo Gwendolyn girándose–. ¿Dónde has oído ese nombre?

Le Duc la observó sorprendido por su estallido, pero Montrovant se puso en pie y la aferró por los hombros, girándola con brusquedad.

–¿Dónde está? –Las palabras rezumaban malicia y veneno–. Si sabes dónde está ese hijo de perra, debo saberlo.

–Tendrás pronto tu respuesta, en cualquier caso –respondió ella, mirándole atentamente–. En estos mismos momentos tiene tratos con de Molay. Es Santos el que ha guiado al Gran Maestro al camino que ahora provoca el ataque de Felipe.

Montrovant la liberó, volviéndose rápidamente.

–¿Sigue vistiendo las túnicas de un sacerdote, arrastrándose por túneles con sus ratas encapuchadas?

–Vive bajo tierra, sí –respondió Gwendolyn–, pero no es sacerdote. Camina en las sombras. Toma lo que desea sin preguntar, y de Molay le trae más. Otros han protestado, y todos salvo los más cercanos al Gran Maestro temen lo que está sucediendo, aunque nadie tiene el coraje o la fuerza como para retarle. Ahora es demasiado tarde.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Montrovant nervioso–. Nunca es demasiado tarde.

–Lo es para de Molay –respondió Gwendolyn volviéndose–. No abandonará sus sueños siniestros. Él y Santos han hecho caer la ira de Felipe sobre la cabeza de los Templarios, y derruirán la orden antes de terminar. Con él se trata de todo o nada, lo he sentido en su interior. Me he alimentado de él, Oscuro. –Se giró para encararse de nuevo con él y se acercó hasta que sus rostros estuvieron a meros centímetros–. Conozco su corazón. Cree que el único modo de lograr lo que desea es abrir un portal a las tinieblas, y pretende hacerlo.

Montrovant la observó largamente antes de hablar. Estaba buscando en sus ojos, y Jeanne se preguntó si no miraría aún más profundo.

–Había una cabeza –dijo Montrovant–. ¿Has oído algo sobre una cabeza sin cuerpo?

–Adoran a una imagen así –respondió Gwendolyn–. Han pintado símbolos y diagramas de algo similar, y aseguran que les proporcionará las respuestas. Se dice que la cabeza les guiará hacia

la verdad.

–Los tiene como tuvo a sus otros seguidores en Jerusalén --dijo Montrovant--. Les obligará a realizar el ritual y obtendrán respuestas, pero serán las de las preguntas del propio Santos. Busca lo mismo que nosotros, y no se detendrá ante nada para conseguirlo.

–Entonces debemos pararlo --intervino Jeanne.

–Sabes tan bien como yo lo difícil que será --dijo Montrovant, volviéndose para mirar a su progenie con una expresión preocupada--, y Kli Kodesh también lo sabe. Santos es el único ser que he conocido que podría ser más antiguo. Si los tesoros que busco están donde tu sire asegura que se encuentran --dijo volviéndose ahora hacia Gwendolyn--, ha preparado una nueva ronda de diversiones. Están justo bajo las narices de Santos.

Montrovant quedó en silencio y Jeanne aprovechó la ocasión para estudiarlo. Aquel era el momento que había estado esperando desde que dejarán atrás Tierra Santa, pero desde luego no era la situación con la que había soñado. Santos y los Caballeros Templarios estaban tras ellos, o eso habían pensado. Ahora todos asomaban en el horizonte, uno un recuerdo apagado y los otros una pesadilla recurrente. Tantos kilómetros, tantos años, todo para completar el círculo y enfrentarse al mismo reto que al principio. Al menos había sido el principio para él.

Los recuerdos de Montrovant eran mucho más lejanos, y se remontaban generaciones y décadas antes del nacimiento de Jeanne. Lo poco que había ido conociendo a lo largo de los años solo era un esquema contra el que situar el inminente enfrentamiento.

–Estaremos preparados --dijo al fin Montrovant--. No tengo poder que pueda resistirse a Santos una vez alcance su objetivo, pero nos queda algo de tiempo, y tenemos a Felipe. El ejército en el horizonte distraerá a de Molay. Sus seguidores estarán aterrados, y tendrá que emplear más energía de la que quisiera manteniéndolos a raya. Santos devorará su alma, pero no puede hacer mucho más por acelerar los acontecimientos. Es una carrera contra Felipe, y ahora también contra nosotros.

–Al menos tendremos la sorpresa de nuestro lado --dijo Jeanne, sin confiar demasiado en sus propias palabras.

Montrovant le sonrió.

–¿Crees que no sabe que estamos aquí? ¿Cómo descubrimos que sigue dedicándose a sus antiguos trucos? --dijo volviéndose rápidamente hacia Gwendolyn--. Me temo que tu sire se asegurará de

dejar caer ciertas pistas. Para él todo es un juego. Todo.

–No tiene contacto con Santos –replicó molesta Gwendolyn–. No lo haría.

–No tienes ni idea de dónde vienes –cortó Montrovant. Su voz bajó una octava y el aire se llenó con una extraña energía. El propio Jeanne se sentía ajeno a ella, pero la notaba a su alrededor.

–No confías en nadie –acusó Gwendolyn.

–No sobrevivirás tanto como yo si no aprendes esa lección –respondió el Oscuro–. Kli Kodesh puede divertirse de momento contigo, pero no es fácil entretenerle durante mucho tiempo. Nos venderá a todos por un espectáculo de medianoche. Debemos trazar planes pensando también en él. Si queremos llegar a la fortaleza de Molay, tomar lo que busco y salir sin ser destruidos, tendremos que hacer el mayor esfuerzo de nuestras segundas vidas. ¿Estáis preparados?

Miró a Jeanne, luego a Gwendolyn y por último volvió a su chiquillo. La vampira no estaba realmente incluida, pero la respuesta quedaba en el aire. Cuando llegara el momento, ¿podrían contar con ella? ¿Estaría con ellos, o tiraría Kli Kodesh de las cuerdas sutiles e invisibles que la ataban, sellando su traición?

–Lo más importante –siguió Montrovant– es que lleguemos hasta de Molay lo antes posible. Puede que tengamos que dejar los caballos atrás. No quiero cabalgar por un camino polvoriento cuando Felipe tome la fortaleza y entregue el tesoro a la Iglesia, o a sus propios cofres.

–Podrían vernos –dijo Jeanne.

–Podríamos sufrir muchas muertes horrendas, o ser empalados por estúpidos mortales, o arder a la luz del sol –replicó Montrovant, con la mirada ardiente–. Pero si nos acobardamos al enfrentarnos a un reto, bien podríamos ser polvo.

Nadie respondió. Se movieron entre los catres, eligiendo el lugar en el que descansarían, y se tumbaron para esperar el peso de la luz del sol. Montrovant había tomado sus decisiones y ninguno había protestado. Cuando cayera la oscuridad volarían, rápidos y libres. Aunque Montrovant había señalado los obstáculos que se interponían entre ellos y sus objetivos, el tono de su voz había incendiado la mente de le Duc. Era hora de ver qué les deparaba el destino. Por cómodo que se sintiera en los caminos, nunca podría librarse de la máscara rojiza que llevaba en la batalla. La oscuridad no guardaba más que preguntas, pero las respuestas escapaban a su comprensión.

Recibió la inconsciencia con una sonrisa.

Mordecai observó la puesta del sol desde el parapeto de su fortaleza. A pesar de los años transcurridos desde que Kli Kodesh le obsequiara con la sangre que reducía el dolor de la luz del sol, era incapaz de comprender la maravilla de algo tan sencillo como observar el ocaso. No se sentía cómodo con la luz brillante, pero en aquellas horas tranquilas entre el día y la noche se sentía dueño del mundo. Libre de la muerte, y menos inhibido por las restricciones de su especie. Libre de todo salvo de la responsabilidad, y ésta le daba un propósito que le hacía seguir adelante; otro don.

Los demás no solían unirse a él en aquella vigilia nocturna. Eran tranquilos y silenciosos, leales y devotos, pero carecían de imaginación. Cuando Mordecai y su antigua progenie les Abrazó iban hacia Tierra Santa para entregar sus vidas a Dios. Ahora hacían lo mismo, en cierto modo, aunque las vidas que iban a ofrecer habían quedado muy atrás.

–Casi es hora de partir –dijo una voz desde las sombras crecientes. Gustav estaba a unos pasos de la puerta, en el interior.

Mordecai asintió.

–Un segundo. La noche está sobre nosotros, y no tenemos que ir demasiado lejos.

Se quedó en la muralla, con el viento azotando los escasos restos de su pelo. Su piel era tan pálida que parecía traslúcida, como si brillara débilmente desde dentro. Su rostro desfigurado, la enorme nariz y las orejas puntiagudas no lograban destruir la belleza austera de sus rasgos. Era un Nosferatu, pero también mucho más. Era de la sangre de Kli Kodesh.

Giró sobre sus talones y entró en la torre. Las empinadas escaleras se abrían frente a él, y recorrió su hipnótica espiral hacia los niveles inferiores. Sabía que Gustav ya tendría a los demás dispuestos y en los establos. Estarían montados, esperando su orden.

En ocasiones como aquellas, deseaba más que cualquier otra cosa tener a alguien con quien hablar, alguien que le viera como a un igual. Ese era el coste de su don. No podía caminar entre los hombres,

aunque se acercaba más a la luz que cualquier otro Cainita que hubiera conocido. No podía caminar entre los suyos, tampoco. La sangre que corría por sus venas era demasiado valiosa, demasiado importante. Mordecai no se había alimentado de sangre humana desde que abandonaran Tierra Santa, y dejara allí también su hambre.

Entró en los establos y se dirigió directamente hacia su caballo. Gustav estaba junto al animal, con una mano en las riendas y la otra calmando a la bestia, a la que hablaba en voz baja. Mordecai tomó la correa y montó con precisión. Antes de que pudiera girar a su corcel. Gustav ya estaba preparado sobre su silla. Partieron sin una sola palabra.

Las puertas del establo se cerraron tras ellos y salieron a la noche. No todos sus seguidores se unirían a ellos en el camino: había que proteger la torre. Lo que se les había confiado había sido dispersado en pequeños grupos, pero no lo habían entregado todo. Ciertos tesoros, ciertos secretos debían protegerse de los mortales, que aún no estaban listos para ellos, si es que alguna vez lo estaban. Había que mantenerlos a salvo.

—¿Te dijo el maestro qué es lo que buscamos? —preguntó Gustav acercando su montura a la de Mordecai—. Debe ser algo realmente poderoso si quiere que nos encarguemos personalmente.

Mordecai no respondió de inmediato.

—Sé solo que los Templarios han reunido un gran número de reliquias en sus cofres a lo largo de los años. Entre esos tesoros había cosas que debían permanecer ocultas, y Santos ha llegado hasta ellas.

Los ojos de Gustav se iluminaron.

—¿Santos? Nos has hablado de él, pero nunca esperaba verlo vivo, u olfateando de nuevo en nuestros asuntos.

—No es tan fácil librarse del guardián —respondió Mordecai—. Es viejo, y puede sentir los objetos de poder más fácilmente de lo que tú puedes recorrer las líneas de tu mano. Su presencia verifica lo que el maestro me dijo. Debemos llegar allí antes de que Felipe prenda fuego al castillo, y tenemos que encontrar un modo de entrar y salir con lo que hallemos.

Gustav no respondió, pero Mordecai sintió sus preguntas. Una cosa era guardar secretos cuidadosamente en una torre, alejados de la vista y la intrusión del mundo. Otra muy diferente era entrar en medio de una guerra, infiltrarse en una fortaleza con gran vigilancia y marcharse con aquello que sus oponentes más codiciaban. Aun

ignorando todo eso, había que tener en cuenta a Santos, que se bastaba para hacer de aquella aventura algo muy arriesgado.

Mordecai agradeció el silencio. No tenía respuestas que ofrecer, y prefería no pensar en la imposibilidad de su tarea. El maestro no les llamaría si no hubiera esperanza, o un plan. Tendrían que esperar el momento adecuado en el que este plan fuera revelado.

Llevaban túnicas pesadas con grandes capuchas para ocultar sus rostros deformes, y el viento de la cabalgata hacía volar sus ropas como enormes alas. La carretera hacia su torre no era muy transitada, y aunque perdían mucho tiempo negociando un terreno traicionero nadie les vería pasar. Nadie se acercaba a la torre, ya que existían leyendas siniestras sobre el bosque que rodeaba aquellas murallas de piedra, leyendas que ya eran viejas cuando Mordecai llegó con sus seguidores con un carro detrás y polvo de Jerusalén en las sandalias.

Kli Kodesh les había enviado a aquel lugar. Kli Kodesh conocía las leyendas. Por lo que Mordecai sabía, *él* era el origen de las leyendas. Les perseguían, sí, pero eran poderosos. No más de una decena de viajeros había aparecido en sus puertas desde su llegada, y ninguno había regresado. No era difícil para los Condenados dar sustancia a las leyendas. De hecho, aquellos momentos habían demostrado ser enormemente entretenidos. Mordecai comenzaba a sentir el amor del anciano por la diversión. La torre desapareció a su espalda, y la carretera se abrió ante ellos. Mucha distancia que recorrer, horas para pensar, planear y rezar. Esto último era extraño, pero después de tantos años con Gustav y los otros, Mordecai no ignoraba la idea de que alguien pudiera estarles escuchando... aunque fuera un Condenado.

_____ 11 _____

Jacques despertó con la cabeza latiendo terriblemente y los ojos borrosos por la luz cegadora. Se reclinó sobre un costado enterrando la cara en las sábanas, pero el daño ya estaba hecho. El dolor le atravesó el cerebro y le arrancó de la inconsciencia. Con un gruñido se incorporó y se sentó, dejando que la cabeza le cayera entre las manos.

La luz le indicaba que había vuelto a dormir hasta demasiado

tarde. Los gritos de los vendedores y el sonido de los cascos de caballo eran señal de que el resto de los habitantes de la fortaleza había amanecido a su debido tiempo. Se preguntó por un momento qué hora sería, pero olvidó rápidamente la pregunta. Daba igual. Lo importante era detener los golpes en su cabeza y encontrar a Santos. La luz del día tenía algo que le permitía disminuir el miedo que sentía por aquel hombre pequeño. Ahora era el momento de enfrentarse a él y conseguir algunas respuestas.

Oyó una rápida llamada a su puerta. Los sirvientes debían haberle oído moverse, y se los imaginó allí, apretados contra la puerta, esperando el momento en que se levantara y requiriese sus servicios. Se pasó las manos rápidamente por el pelo y se sentó erguido.

–¿Sí?

–Tenemos comida, señor. Comida y vino...

–Traedme agua en lugar de vino –gruñó, lamentando el sonido al vibrar en su cráneo–. La comida la tomaré ahora.

La puerta se abrió y una muchacha de no más de quince años entró en el cuarto con una bandeja en las manos. De los pasillos llegaron voces apagadas, así como el sonido de los pasos en retirada mientras los demás sirvientes corrían a por el agua. Apretando los dientes por el dolor, Jacques frunció el ceño a la chica y le hizo un gesto con la cabeza para que se marchara. Ésta salió corriendo por la puerta como si tuviera el vestido en llamas, haciendo que de Molay estuviera a punto de sonreír.

Louis. En cuanto pensó en su amigo los recuerdos volvieron: la débil luz de una vela danzando, las sombras y los cánticos en una lengua cuyos sonidos reverberaban de un modo sobrenatural. Seguir a Santos en el círculo, agitándose y después bailando, saltando y arrojándose a un frenesí de oscuras emociones y promesas de poder. Louis había compartido aquellos momentos, pero no comprendía lo que Jacques sabía en lo más profundo de su corazón: Santos era la llave.

No había nada concreto que pudiera señalar, pero sabía que tenía razón. Con Felipe a pocos días de distancia, dirigiendo una hueste con el poder y la justicia de la Iglesia detrás, solo un milagro podía salvarlos. Había milagros tanto oscuros como luminosos, y desde el comienzo de sus estudios Jacques se había sentido extrañamente alejado de las cosas que le inclinaban hacia Dios y la luz.

No todos aquellos conocimientos habían procedido de Santos. Había secretos que se habían transmitido a través de generaciones de

Templarios, poderes concedidos por aquellos con la visión y el poder espiritual para reconocerlos y emplearlos. Eran suyos por derecho de nacimiento y por su cargo. Era Gran Maestro de los Caballeros del Temple, y eso no era poca cosa. Tampoco bastaban para detener a Felipe.

Ahora los fieles se reunían a su alrededor. Muchos de ellos nunca habían estado cerca de la torre central. Había otros que aún vivían y morían según el credo: ni posesión, ni más propósito que servir al Temple, a la Iglesia y al Señor. Había otros de los que Jacques dudaba que hubieran estado tras las murallas de ningún templo por miedo a arder en el acto. La orden había crecido de forma desproporcionada, escapando por completo a su control.

Como le sucedía antes o después a todos los imperios, el suyo se estaba desmoronando. Lo único que había mantenido en pie a Jacques y a sus seguidores durante tanto tiempo era el hecho de que la mitad de los gobernantes de Europa les debían dinero.

Louis estaba entre los que preferían luchar y morir a caer en deuda con alguien como Santos. Louis tenía el poder, y el propio Jacques, pero con de Chaunvier era más una cuestión de honor. De Molay quería conocimientos que aumentaran su propia posición; Louis los quería para la orden. Era una diferencia de opinión que los había separado poco a poco desde que Santos llegara a su puerta, y ahora los estaba llevando a su destrucción.

Salvo que él estuviera en lo cierto.

Se puso en pie con dificultades y engulló la fruta, inclinándose sobre la mesa y cerrando los ojos para protegerse del dolor de cabeza. La muchacha regresó instantes después con un odre de agua, que le sirvió en una copa. La tomó con mano temblorosa, sonriendo de nuevo, y la vertió sobre su cabeza.

—Mi señor —dijo la joven dando un paso atrás, casi dejando caer el agua al suelo. El caballero le sonrió con el agua cayendo por el pelo y resbalando hasta su mentón.

—Mucho mejor —dijo, riendo—. Ponme más.

Con una tímida sonrisa, la muchacha obedeció, y una vez más él derramó el agua sobre su cabeza, sintiendo cómo el frío le sacaba del letargo. Depositó la copa sobre la mesa y se pasó los dedos por los mechones largos y empapados.

—¿Quiere que le traiga un peine, mi señor? —preguntó la joven.

—¿Un peine? —dijo él mirándole confuso un instante. Después sonrió—. Oh, no creo que sea necesario —dijo—. Tengo mucho que

hacer. –Cogió el odre, se sirvió una tercera vez y se volvió a echar el agua encima, mientras la chica se apartaba confusa y maravillada.

Jacques lanzó la cabeza hacia atrás y rió como un trueno.

Después volvió la copa y la vació, dejando que el agua fresca cayera por su garganta y alejara la sensación de haber bebido arena dejada por el vino. Depositó el vaso con un golpe sobre la mesa y se giró, buscando su espada. La encontró apoyada contra la mesa junto a su cama y la tomó, ajustándose el cinto. Al menos no había estado tan borracho como para no cuidar de sus armas. La chica regresó al pasillo en cuanto se volvió, y Jacques se permitió dejar caer la cabeza sobre la palma de la mano en un último intento por concentrarse en ignorar el dolor. Podría engañar a los sirvientes y ahorrarse un escándalo innecesario, pero no alejar la palpitación.

Con una última mirada arrepentida a la cama, se dirigió hacia la puerta y salió con decisión al pasillo. Uno de los sirvientes, un chico de unos dieciséis años, estaba en pie, esperando en caso de que necesitara algo.

–Vete en busca de Louis de Chaunvier –le ordenó–. Dile que he ido abajo, y que requiero su compañía.

El muchacho asintió, bajando la mirada al suelo. Jacques esperó y el chico salió corriendo de repente, como un ciervo asustado. El caballero se volvió y se dirigió hacia las escaleras. No miraba a izquierda ni a derecha, ni supervisó el pasillo a su espalda para asegurarse de que el joven cumplía sus órdenes. Ya estaba absorto en lo que le aguardaba, y no había lugar para preocupaciones mundanas entre los estallidos de dolor de la sangre en sus sienes.

* * *

Santos oyó acercarse los pasos. Sabía que se trataba de de Molay. Solo uno de los suyos se atrevería a acudir a esas horas... solo. Sonrió en las sombras. El tiempo se les escapaba de entre las manos, y era bueno que el cabecilla de los Templarios se impacientara. Eso haría que los acontecimientos de los días venideros procedieran con mayor facilidad. Santos tenía que terminar lo que había empezado, y era necesario hacerlo antes de la llegada de Felipe. En su actual estado, de Molay sería maleable y estaría abierto a sugerencias más radicales de lo normal.

Tras él, perdida en las sombras de la cámara que había reclamado como propia, había una mesa baja de madera. Sobre ella

descansaba la cabeza, silenciosa y atenta, observando cada movimiento con una comprensión más allá del tiempo y las dimensiones físicas. Tenía todas las respuestas que Santos necesitaba y buscaba, y esperaba el ritual. Solo la mezcla perfecta de sonido y aroma, de ritmo y de métrica podía invocar su poder. Había pasado mucho tiempo desde que dispusiera de los recursos, y la última vez había terminado en desastre.

Un mortal. Un mortal medio Condenado había entrado en la cámara y le había impedido completar el rito. Solo buscaba un nombre. No había sido cuidadoso, y había permitido que la arrogancia rigiera sus actos. Había fracasado. El mortal le había costado todo, pero estaba dispuesto a recuperar lo que se le había arrebatado. Un poder que le quedaba se lo concedería, y lo observó con la sabiduría del universo capturada detrás de unos ojos ciegos y una lengua silenciosa.

Un golpe en la puerta devolvió a Santos al presente, y abrió la puerta. Allí le esperaba de Molay. La falta de sueño y el exceso de vino hacían que la mala noche del caballero brillara en sus ojos y en su postura encorvada, a pesar de la tensión con la que se manejaba.

–Entra --dijo Santos indicándole que se acercara--. Te estaba esperando.

–Hoy no quiero ninguna de tus mentiras oscuras, Santos --le saludó Jacques, entrando rápidamente en el cuarto--. Te hemos escuchado, hemos hecho lo que nos has pedido, hemos aprendido muy lentamente. Felipe marcha sobre el castillo y está a menos de una semana. Dame una respuesta, un modo de escapar.

–Todas las respuestas que me pides se encuentran en tu interior --respondió Santos, dándole la espalda. Midió sus pasos, sabiendo que la furia de de Molay aumentaría con las respuestas crípticas.

–Te burlas de mí --dijo Jacques con calma--. Te burlas de mí, te ríes a mi espalda, y pienso poner fin a esto. Me vas a decir los secretos que necesito para salvar a mi orden, mis posesiones y mi vida, o juro que lo lamentarás el resto de tu existencia sobrenatural.

Santos giró sobre sus talones con la mirada ardiente, y se acercó desafiante al caballero.

–Harías bien en vigilar el tono de tu voz --dijo--. También harías bien en recordar lo que has visto, y con quién. Eres polvo bajo mis pies, Jacques, una diversión momentánea en una vida tan larga que desafía a tu comprensión. No te necesito, pero tú a mí sí. ¿Quizá tu mente haya errado?

Ahora estaba cerca, tanto que podía sentir el ligero temblor que sacudía a de Molay. Lo bastante cerca como para ver la luz del miedo, unida a la locura de la total desesperación del hombre que tenía delante, desafiante a pesar de las consecuencias.

–Compartirás lo que sabes conmigo –siguió de Molay con gran esfuerzo–, o le diré a todos qué y quién eres. Admitiré todas las cosas siniestras que hemos hecho y contemplado, y me encargaré de que te arrastren a la luz del día que tanto pareces odiar, y de que te empalen para quemarte.

Santos se detuvo en seco. Hacía siglos que nadie le había hablado de aquel modo. Ni siquiera Kli Kodesh, el loco anciano que le había despojado de todo lo que tenía que proteger huyendo en la noche, había sido tan osado. La tentación de matar a de Molay y marcharse de allí era abrumadora. Anduvo cerca. Bajó la mirada y se concentró antes de hablar.

–Te mostraré algo que no esperabas –dijo–. Te mostraré la respuesta a tus problemas, a los míos, y la buscaremos juntos. Todo nuestro entrenamiento hasta ahora nos ha llevado hacia la realización del ritual necesario. Estamos todo lo dispuestos que podemos estar, y si no actuamos seremos destruidos.

–Muéstramela –dijo Jacques–. Muéstrame esa respuesta. Sabía que la poseías, pero dudaba. Louis me considera un loco por oírte siquiera.

–Tu amigo de Chaunvier no es un visionario –respondió Santos, su voz apaciguadora y silbante de repente–. Carece de tu visión y de tu poder. Tú serás recordado como un gran hombre, Jacques de Molay.

Mientras hablaba conducía a su invitado hacia la parte trasera de la estancia. Cuando llegaron hasta la mesa de Molay se detuvo en seco, con el rostro blanco por la confusión.

–¿Es una broma? ¿Me has traído aquí para mostrarme la cabeza arrancada de un pobre diablo, y me la ofreces como respuesta al ejército que aguarda en mi umbral?

La mano del caballero estaba en la empuñadura de su espada, pero Santos apareció a su lado, sujetando el brazo y conteniéndolo, evitando que la hoja fuera desenvainada.

–Escúchame, estúpido –siseó–, y no vuelvas a interrumpirme. No has hecho nada por merecer las respuestas que te daré. Has corrompido una orden antaño grandiosa que ahora se derrumba a tu alrededor. Tu único valor es que no puedo realizar solo el ritual.

Estarás agradecido y te inclinarás ante mí --siguió volviéndose para mirar directamente a de Molay, que comenzó a retirarse--, y harás lo que te he enseñado. Obedece o muere. ¿Dudas de mí?

El caballero se quedó inmóvil un instante, y Santos se vio obligado a admirar a regañadientes su coraje. No respondió inmediatamente, sopesando como estaba sus probabilidades. Un hombre menor se hubiera marchitado bajo su mirada. Un hombre más débil hubiera caído a sus pies, suplicando por su vida miserable.

--Haré lo que dices --respondió al fin--. Te ayudaré a encontrar tus respuestas, y las mías. Traeré a los demás y expulsaremos a Felipe de vuelta a su palacio. Haré todas estas cosas, pero sé consciente de algo: no me arrodillo ante hombre alguno. Sugierele de nuevo y veremos si tu poder es rival para mi acero. Prefiero morir aquí y ahora, en las sombras y engañando a mis seguidores, que someterme a tal deshonor.

Santos aguantó un tiempo la mirada de Jacques para terminar asintiendo. Lo que había dicho antes solo era cierto en parte. Aunque podía seguir su existencia de forma indefinida a pesar de de Molay, sus necesidades inmediatas incluían al caballero y a sus seguidores de forma muy directa. Estaban en una especie de punto muerto, y por algún extraño motivo era refrescante no ser visto inmediatamente como un superior.

--La cabeza es mucho más poderosa de lo que puedes imaginar --dijo al fin--. Ves un trozo amputado de alguien muerto hace mucho, porque solo observas la superficie. La cabeza no ha conocido cuerpo desde hace siglos, mas sigue preservada como la tuya o la mía. Los ojos están ciegos, la lengua queda, pero no siempre es así. ¿Qué hay de su mente? Ni siquiera estoy seguro de que sea tal, o de que se encuentre en la propia cabeza, pero lo sabe todo, y habla. Debemos dotarle de vida, tú y yo, y debemos hacerlo ahora, antes de que nos arrollen.

--Me agrada que comiences a comprenderlo como una posibilidad --dijo de Molay--. Hay muchos hombres, mujeres y niños en la fortaleza sobre nuestras cabezas. Pueden no saber de ti o no preocuparse por lo que hagas, pero dependen de mí para sobrevivir. No pretendo que esa fe sea malgastada. Quiero verles superar este trance.

--No te prometeré de forma insensata que sé que superaremos lo que nos espera --respondió Santos--. Pero sé que si hay un camino, si hay algo que pueda torcer las cosas en nuestro favor, o incluso

cambiar las tornas y aplacar a Felipe, la cabeza lo conoce.

Jacques asintió. Había oído lo bastante de lo que necesitaba como para aumentar su confianza quebrada, y las implicaciones de lo que Santos le había revelado comenzaban a ser claras. Se volvió hacia la cabeza y observó los párpados cerrados de unos ojos fríos y muertos. Nada. No sintió el poder del que hablaba aquel hechicero, pero sabía que era real. Algo le inquietaba, algo que no podía ignorar, como una voz que le susurrara desde lejos palabras que no podía comprender claramente.

–Traeré a los otros tan pronto como anochezca --dijo--. Será esta noche.

–Si no estamos preparados --previno Santos--, si lo hacemos sin estar dispuestos, podemos perecer.

–Si no lo hacemos caeremos con toda seguridad --respondió de Molay--. Mis exploradores sitúan a Felipe a tres días de aquí. Te daré dos para terminar nuestros preparativos. Nos reuniremos esta noche.

Santos asintió y el caballero se dio la vuelta, dirigiéndose hacia las escaleras que le llevarían arriba con su gente, sus guerreros. Los había ignorado durante demasiado tiempo y ya era hora de tener respuestas, fueran las que fuesen. Había estado viviendo durante demasiado tiempo en un mundo de dudas y preguntas.

Jacques sintió los ojos de Santos perforarle mientras se alejaba, pero no le dio la satisfacción de volverse. Que presumiera. Él tendría su momento, y si le proporcionaba todo lo que le había prometido quizá no lo matara por sugerir que se arrodillara bajo su propia fortaleza. La orden no carecía de caballeros poderosos, y aunque ese poder no era de gran utilidad en la presente situación, podía ser más difícil de ignorar de lo que Santos imaginaba. Jacques tampoco carecía de fuerza, solo de conocimientos que le permitieran emplearla en su ayuda.

Mientras llegaba a la planta principal del castillo sus primeros pensamientos fueron hacia Louis. Necesitaba a su amigo más que a ningún otro para apoyarle en lo que le esperaba. Habían pasado juntos la vida y el amor, y no podía pensar en otro a quien acudir. Necesitaba el sentido común de aquel hombre, su perspectiva fresca sobre las cosas.

Además, los dos podrían llegar a los otros mucho más rápido, No había tiempo que perder si querían extender el mensaje con la discreción y amplitud necesarias. No podía haber sorpresas. Necesitarían cada instante y cada gramo de concentración para

memorizar los cánticos y los pasos de la danza. Los dos días parecían cuestión de pocas horas cuando pensaba en el precio del fracaso.

Dobló una esquina y vio la silueta alta de Louis junto a otro hombre en el pequeño jardín interior. Se acercó rápidamente para saludarle, pero logró tragarse sus palabras a tiempo. La conversación de Louis le llegaba desde la pequeña distancia que los separaba, palabras que supuestamente solo eran para su interlocutor.

–No hablarás de Jacques de Molay de ese modo mientras yo siga en este castillo –decía Louis acalorado–. No tienes idea del peso al que está sometido.

–¿Qué no tengo idea? –protestó el otro–. ¿Felipe está en camino para pasarnos a todos por la hoguera, y me dices que no tengo idea del peso? Todos lo conocemos, y lo que quiero saber es exactamente qué infiernos tú y tu precioso Jacques pensáis hacer al respecto.

El rostro de Louis enrojeció y golpeó al hombre con el revés de la mano, derribándolo. Jacques quedó quieto unos instantes, sorprendido, pero después avanzó con mayor prisa. Louis estaba avanzando sobre su adversario caído, con nubarrones en su entrecejo.

–Louis –dijo de Molay–. Louis, espera.

Su amigo alzó la vista confuso y dio medio paso atrás, aunque por la expresión de sus ojos y su ademán estaba claro que no quería que le distrajeran.

–Jacques –dijo–. Yo...

–Lo sé, viejo amigo, lo sé –respondió el caballero–. No es el camino hacia nuestro objetivo, ya lo sabes. No dejes que la frustración te lleve a actos que no te son propios.

–¿Tú me dices eso? –respondió Louis de repente, venenoso–. ¿Por qué no vas, pues, a acobardarte en tus sombras y a demostrar que todos tienen razón?

Jacques se detuvo durante un largo rato, luchando para controlar su temperamento. Sabía que había verdad en las palabras de su amigo, pero no estaba acostumbrado a que sus hombres se enfrentaran a él, especialmente con otros presentes para informar a todos los demás.

Volviéndose hacia el hombre al que Louis había golpeado, que se estaba levantando del suelo con una mano en su mandíbula hinchada, se obligó a sonreír.

–Te sugeriría que encontraras otro lugar en el que ofrecer tus opiniones –dijo.

El hombre iba a hablar (Jacques lo notaba), pero se detuvo. Algo en los ojos que le contemplaban, la mirada de de Molay sobre la suya o el miedo hacia Louis le detuvieron. Asintió rápidamente y se dio la vuelta, escabullándose para regresar a al fortaleza.

–No dirá nada bueno de esto –gruñó Louis–. No podemos permitirnos más rumores sobre nuestra debilidad.

–Déjale hablar –respondió Jacques–. Tenemos asuntos más importantes que discutir.

Se acercó más para impedir que alguien pudiera oírlos.

»He visto a Santos –comenzó. Aunque Louis frunció el ceño al oír el nombre del maestro oscuro, guardó silencio. De Molay le habló entonces de la cabeza y de las palabras que acababan de intercambiar. Nada en el gesto de su amigo sugería su aprobación, pero no le interrumpió, aunque pasara mucho tiempo antes de que Jacques callara.

–Hemos abierto la Caja de Pandora, amigo mío –dijo al fin Louis–. No tenemos más opción que terminar con esto, o resistir aquí y encontrar la muerte. Debo confesar que me tienta esperar, pero mi corazón me dice que debemos intentarlo. Sea cual sea el coste para nuestras almas, sea cual sea la debilidad que Santos explote, debemos hacer todo lo posible.

–¿Me ayudarás entonces a reunir a los otros?

Louis le miró fijamente, buscando algo que evidentemente halló.

–Te ayudaré –dijo–. ¿Podía ser de otro modo?

Los dos se volvieron hacia el castillo, despidiéndose en la puerta. Sería otra noche de insomnio, pero, ¿qué les quedaba? Nada. No miraron atrás al separarse, pero los dos se alejaron con la vaga sensación de oír una risa.

_____ 12 _____

Ferdinand apuró sus pasos, avanzando hacia la capilla con la cabeza gacha y las orejas ardiendo, como si el Diablo le hubiera pescado haciendo algo y le pisara los talones. Había estado en el exterior de la cámara de Louis de Chaunvier, y había oído la acalorada conversación que había tenido lugar allí. Antes de que de Molay pudiera abandonar el cuarto él se había dado la vuelta y había corrido,

temeroso de ser descubierto. No era extraño que esperara fuera por si se le necesitaba. Sabía que era un miedo innecesario, ya que nadie sospecharía de la traición de un pobre sirviente. No, salvo que el insensato no tuviera el buen juicio de no correr.

Aunque su mente le decía que frenara y que fuera cauto, no podía obligar a su cuerpo a obedecer. Ya estaba lejos de la puerta de de Chaunvier, pero el corazón seguía saltándole en el pecho y sentía las piernas débiles. Temía que, si dejaba de correr, tropezara o cayera, lo que llamaría más la atención que su huida alocada.

Las puertas de la capilla del castillo estaban abiertas de par en par, como siempre, y entró, esperando un momento para asegurarse de que nadie le había visto. No podía permitirse un castigo por faltar a sus obligaciones, ya que necesitaba libertad para cumplir con las órdenes del Padre Kodesh. Ahora más que nunca, sabía que era imprescindible no cometer errores.

No había nadie más en el pequeño recinto. Se deslizó entre los bancos y el altar, atravesando un rayo de luz verde y escarlata que se filtraba desde los ventanales pintados. Su mirada fue atraída inexorable hacia arriba, y se vio mirando directamente a los ojos acusadores del Redentor. Aquella mirada profunda y apesadumbrada seguía cada uno de sus pasos, fijándolo al suelo como a un insecto entre la punta de una daga y la mesa. Arrastró su mirada hacia las sombras más allá del altar y atravesó el umbral.

—¿A qué vienes? —preguntó inmediatamente el Padre Kodesh—. Es un mal momento, es un momento peligroso para que estés aquí.

—Tengo noticias sobre Santos —musitó Ferdinand, deteniéndose para recuperar el aliento—. He oído a de Molay y a de Chaunvier discutiendo sobre él. Quieren acelerar las cosas, intentar pronto algo que Santos quiere de ellos.

—¿Cómo de pronto?

—No lo dijeron exactamente, pero de Molay mencionó que Felipe no podía estar a más de tres días. También dijo que esa... que esa cosa tenía que suceder antes de entonces.

—Eso no es ninguna sorpresa —dijo Kli Kodesh pensativo—. ¿Cuándo si no iban a actuar? No creo que Felipe y sus sacerdotes quieran unirse a ellos.

—Hay más —susurró Ferdinand con urgencia—. Santos les mostró una cabeza, algún tipo de amputación. Le habló a de Molay de sus poderes, y ahora nuestro señor está más convencido que nunca de que se trata de la salvación del castillo. Es un hombre poseído, y

parece haber convencido a de Chaunvier. Se reunirán de nuevo esta noche.

El Padre Kodesh se quedó quieto unos instantes, ensimismado. Si lo que decía Ferdinand era cierto, quizá el riesgo fuera mayor de lo que había imaginado. No había creído a Santos capaz de enseñar a tantos seguidores rituales tan intrincados en tan poco tiempo. Había olvidado que había adeptos de otra clase entre los Templarios... para los que una ceremonia así no era imposible. Si la cabeza era revivida nada escaparía a su poder, ni siquiera el propio Kli Kodesh. No tenía miedo de morir, pero había destinos peores incluso que una segunda muerte, y Santos no dudaría en mostrárselos.

–Has hecho bien en decirme esto –dijo al fin–, pero ahora debes marchar. No deben verte aquí, y tengo cosas que hacer antes de la caída de la noche.

Ferdinand asintió, volviéndose lentamente. Entonces se detuvo y miró por encima del hombro.

–¿Qué es lo que posee Santos, Padre? ¿Qué hay tan poderoso que es capaz de detener a un ejército?

–No es capaz –replicó el Padre Kodesh frunciendo el ceño–. Creo que de Molay piensa que es así, pero Santos conoce la verdad. La cabeza es un oráculo que puede proporcionar información imposible de obtener por otros medios: nombres, secretos... Si Santos preguntara mi verdadero nombre, aun yo estaría en peligro. Solo piensa en sus tesoros, en su orgullo perdido. Debemos ser los que vigilemos el impacto que todo esto puede tener. De Molay y sus Templarios están condenados; no dudes de que Felipe llegará; lo único que puede hacer por ellos la cabeza es decirles un modo de que algunos escapen, o cómo prepararse para morir. Santos se ha reído de todos ellos.

–¿Por qué no se lo dijisteis? –susurró Ferdinand, temiendo que la impertinente pregunta fuera la última. Para su sorpresa, el Padre Kodesh no parecía enfadado. Respondió con un extraño parpadeo.

–Es más divertido de este modo, ¿no crees?

Ferdinand no tenía respuesta, de modo que se volvió, con las orejas ardiendo y el corazón aún brincando en su pecho. *¿Divertido?*, pensó. Era espantoso.

Mientras dejaba la capilla, oyó la voz del Padre Kodesh flotar a su espalda y titubeó.

–Santos puede sentir mi presencia, Ferdinand... pero aún no está seguro de dónde me encuentro... Lo mantienen aislado en los niveles

inferiores. Encuentra a uno que esté cerca de Santos y menciona mi nombre. Eso bastará. Dile solo que le transmita a Santos los saludos del Padre Kodesh.

Temblando, el joven abandonó el lugar apresuradamente, esforzándose por frenar un poco sus pasos hasta alcanzar una velocidad más natural. Sabía que tenía que llegar a la cocina antes de que se le echara en falta, pero su mente bullía con tantas preguntas e imágenes que apenas podía respirar. ¿Con quién iba a hablar? Desde luego, no podía acercarse a de Molay, o a de Chaunvier, y decirles su "mensaje". Si sospechaban de que el Padre Kodesh tenía cualquier información sobre Santos, se enfrentarían inmediatamente a él, fuera sacerdote o no.

Dobló una esquina y estuvo a punto de chocar con un joven alto y delgado al que reconoció vagamente como un primo de de Molay que estaba de visita. Tenía casi la edad de Ferdinand, pero un porte altivo y distante, como todos los nobles. Miró al sirviente con un bufido, armando el brazo como si fuera a golpearle por su torpeza.

–Presta más atención --dijo al fin, conteniendo la mano–. ¡Casi me lanzas contra la pared!

–Lo siento, señor --se disculpó Ferdinand con voz temblorosa mientras pensaba a toda velocidad–. Tengo un importante mensaje del sacerdote, pero no sé cómo entregarlo. Tenía prisa por buscar ayuda.

–¿Para quién es ese mensaje? --preguntó el muchacho, irguiéndose regio–. Estoy seguro de que lo conoceré, y podré entregarlo por ti.

–Santos. Lo único que me dijo es que era un mensaje para Santos.

La tez del joven se tornó blanca, pero a pesar de todo logró no encogerse. Cuadró los hombros y observó atento a Ferdinand.

–¿Cómo sabes de Santos? ¿Qué has oído?

–No he oído nada --respondió Ferdinand cuidadosamente–, pero tengo un mensaje para él, si es que lo encuentro.

–Dime el mensaje --exigió el muchacho–. Lo veré esta misma noche, y podré decirle lo que sea.

Ferdinand dudó, como si estuviera decidiendo si podía o no confiar en el noble. Esperó lo suficiente como para que su nuevo "amigo" mostrara señales de impaciencia. Después asintió, acercándose a la pared y mirando furtivo a ambos lados para asegurarse de que nadie le oyera.

–Me pidió –susurró– que le dijera a Santos que el Padre Kodesh está aquí. Nada más que eso. Asegura que le conoce desde hace mucho, y que no es necesario nada más.

–¿Kodesh? –repitió el joven dubitativo.

Ferdinand asintió.

–Bien, transmitiré tu mensaje, pero para ser sinceros –dijo volviéndose para mirar con cuidado antes de hablar–, por lo que he visto, la última persona a la que Santos buscaría es a un sacerdote.

A Ferdinand le hubiera encantado hacer algunas preguntas, y creía haber podido obtenido respuestas, pero en ese momento Jacques de Molay dobló la esquina y el joven con el que hablaba se puso firmes como si hubieran tirado de unos hilos invisibles. El sirviente inclinó la cabeza y se apretó contra la pared de piedra, tratando de pasar lo más desapercibido posible.

–Aquí estás –dijo de Molay–. Chico.

Ferdinand alzó la mirada.

–Sí, tú. Quiero que vayas a la cocina y que traigas un buen odre de vino. Me reuniré en mis cámaras con Louis de Chaunvier, y necesitaremos algo para limar asperezas.

Ferdinand asintió, volviéndose para alejarse a la carrera por el pasillo. Tras él pudo sentir la mirada del joven. Habían quedado muchas cosas sin decir, cosas que evidentemente pesaban en la mente del caballero. El sirviente lamentaba no haber tenido ocasión de aprender más sobre ese "Santos" que tantos conflictos creaba. Por otra parte, el mensaje estaba entregado y él desaparecía del escenario. Era mejor estar a salvo y descubrir las cosas más extrañas en vida, cuando ya fueran historia.

No había muchas posibilidades de eso con el Padre Kodesh tirando de los hilos, pero de repente parecía un ideal a alcanzar. Se preguntó por qué nunca se había sentido satisfecho con el universo tal cual era. Ahora que sabía que no era como siempre había imaginado, echaba mucho de menos la seguridad y la normalidad. Sin embargo, la imagen del Padre Kodesh (si es que era realmente sacerdote, a la vista de lo que sabía) no dejaba de acosarle. Su noción de la realidad le era totalmente nueva.

Corrió hasta la cocina y preparó una bandeja con vino y copas, así como algo de pan y queso que llevar a de Molay. Lo último que quería era atraer la atención más de lo necesario por culpa de un servicio insatisfactorio.

* * *

Kli Kodesh salió de la capilla por una puerta trasera y comenzó a ascender por la fortaleza mediante una escalera de caracol que no había usado muchas veces en los últimos cincuenta años. Se remontaba a otros clérigos, a otros sacerdotes y otros tiempos. Probablemente Jacques de Molay no la conocería, aunque gobernaba oficialmente todo el castillo y a los Templarios. Era un secreto transmitido a lo largo de los años, y Kli Kodesh conocía muchos secretos.

Sabía que el cuarto de de Molay no estaría lejos de la coronación de la escalera, y que si llegaba al pasillo sin ser detectado no había muchas posibilidades de llamar la atención sobre él, o sobre su ruta de acceso. Siempre era buena idea controlar el entorno. Había menos lugar para las sorpresas, salvo que llegaran de él. Podía haber accedido de otros modos a los aposentos del Gran Maestro, pero prefería mantener su fachada como sacerdote de forma al menos aceptable.

Se detuvo en lo alto y escuchó. La puerta era una losa de piedra pulida que se fundía perfectamente con el muro. Cualquiera hubiera concluido que las escaleras no llegaban a ninguna parte, o que no estaban terminadas. Kli Kodesh sabía que no era así. Extendió cuidadosamente sus sentidos. Nada se movía en el pasillo al otro lado. No había respiraciones.

Empujó la losa y ésta se deslizó sin problemas. Atravesó la abertura y devolvió rápidamente la piedra a su lugar. Estaba a dos puertas de las estancias de de Molay. Se estiró la túnica y se puso la capucha sobre los mechones de pelo grisáceo que cubrían su cabeza como telarañas, acercándose a la puerta para llamar con los nudillos. No había tiempo para formalidades.

Podía sentir a los dos dentro, y oír sus voces apagadas. También sintió que no estaban dispuestos a levantarse a abrir la puerta. Sin titubeos, empujó la hoja, que encontró sin llave, y entró.

De Molay se puso en pie de inmediato, con el rostro oscurecido como la repentina llegada de la tormenta en un día despejado. Abrió la boca para proferir alguna maldición contra el intruso, pero se mordió el labio. Podría no conocer al Padre Kodesh, pero sí las túnicas del oficio, y sabía que se encontraba ante un hombre de la Iglesia. Ya tenía bastantes problemas, como para sumarles el sacrilegio y la blasfemia.

–¿Sí, padre? –saludó, controlándose rápidamente–. Son tiempos muy ajetreados, y me temo que no tengo tiempo para la confesión.

–Nunca te pediría eso –replicó Kli Kodesh–. Creo que los dos sabemos que sería demasiado interesante como para malgastarla en un solo sacerdote.

De Molay se detuvo, sorprendido. Lo que Kli Kodesh acababa de decir era la acusación más clara que nadie había osado hacer en su presencia, pero el tono empleado no mostraba la animosidad que cabía esperar.

–¿Qué queréis, padre? –dijo al fin–. Nos queda muy poco tiempo, y no tengo paciencia para juegos.

–Estoy aquí para ofrecerte esperanza –respondió Kli Kodesh–. Sé que se acerca ayuda que no esperabas.

–Salvo que se encuentre a dos días de aquí, y al frente de un ejército –intervino Louis de Chaunvier, recuperándose de la sorpresa por la repentina irrupción del sacerdote–, es demasiado tarde como para ayudarnos en nuestro presente problema.

–No necesita un ejército –respondió tranquilo Kli Kodesh–. Su nombre es Montrovant, y os ha apoyado y defendido, aunque no lo sepáis, desde los días de Hugues de Payen.

–¿Montrovant? –preguntó de Molay, sentándose en la silla con la mirada atónita. Su mente comenzó a trabajar y su expresión se transformó. Al principio mostró una ligera esperanza, después duda y por último furia. Se incorporó de nuevo, descargando los puños sobre la mesa con tal fuerza que derribó las dos copas de vino.

–¿Os atrevéis a venir a mí así? –gritó–. ¿Osáis burlaros de mí en mi hora más desesperada? ¿Montrovant? ¿Una leyenda? ¿Un mito? ¿Me ridiculizáis con héroes del pasado que podrían no haber existido siquiera?

–¡Jacques! –dijo Louis dolorido.

–No, es natural mostrar escepticismo –dijo Kli Kodesh levantando una mano para acallar a Chaunvier– No esperaba otra cosa, mas os digo la verdad. Tengo mis fuentes, y me dicen que el hombre conocido como Montrovant está a menos de un día de aquí, cabalgando a toda prisa para venir en vuestra ayuda. No dudes del pasado –añadió acercándose tanto que sus narices estuvieron a punto de tocarse–. Vuestra historia os define –dijo–, y aquellos que nieguen esta verdad están condenados a repetir los errores de sus predecesores.

–No hay hombre tan viejo –susurró Jacques–. Decís tonterías.

–Las cabezas sin cuerpo tampoco hablan –replicó Kli Kodesh,

dando un paso atrás y mostrando una expresión inescrutable e impávida.

Los dos caballeros le miraron. De Chaunvier estuvo a punto de ponerse en pie, y el rostro de de Molay se tornó blanco. Ninguno era capaz de hablar... ni de moverse. Tras un largo silencio, el sacerdote siguió hablando.

—No te sorprendas tanto, Jacques de Molay. Hay muchas cosas en este mundo que no alcanzas a comprender. Buscas respuestas más allá del reino de tu sapiencia, y con el mismo aliento niegas como locura algo que podría servirte igualmente. Santos no es lo que parece. Montrovant no es lo que has oído. Yo no soy un sacerdote normal. Hay capas de realidad, así como otras cosas en la vida.

—¿Quién sois? —preguntó de Molay—. ¿Quién sois, y por qué venís a mí?

—Conténtate con saber que lo he hecho —dijo Kli Kodesh—. En estos momentos se me conoce como el Padre Kodesh. He conocido a Santos y a Montrovant antes de que nacieras, o de que nacieran tu padre y el padre de tu padre. Repito que Montrovant está cerca, y que llega para ofrecer su ayuda.

—¿Debemos esperar, pues? —preguntó dubitativo Louis, sin saber qué hacer con los miles de preguntas que se agolpaban en su cabeza.

—Haréis lo que debáis hacer —respondió Kli Kodesh—. Sabed esto: entre Montrovant y Santos no hay amor. No trabajarán juntos, de modo que deberéis elegir.

—¿Por qué ahora? —intervino Jacques de Molay, incorporándose lentamente—. ¿Por qué ahora, cuando todo está tan cerca del final que parece gratuito ofrecernos ayuda de cualquier clase? ¿Por qué acude ahora, y no antes? Santos vino antes incluso de que le necesitáramos, y lo hizo trayendo conocimiento, enseñanzas y poder. Montrovant, si es en realidad el Montrovant que sugieres, nos ha abandonado hasta que nuestra situación ha sido tan desesperada que incluso su legendario poder palidece ante la amenaza. ¿Qué puede ofrecernos? ¿Combatirá en persona a Felipe? ¿Nos mostrará una magia que obligue a nuestros atacantes a retirarse? ¿Salvará la vida de mis seguidores?

—Sabes tan bien como yo que esa no es una opción. Montrovant es un hombre poderoso, pero no un dios. Te ofrecerá ayuda y respuestas, pero nada puede detener a Felipe. Ni Montrovant, ni Santos. Solo es una cuestión de qué respuestas crearás.

—¿Qué parte tenéis en esto? —preguntó Jacques—. ¿Qué queréis

ganar contándonos esto, llenando nuestras mentes de falsas esperanzas y leyendas sin sustancia?

–No gano nada –replicó el sacerdote–. Soy un siervo del Dios verdadero. Cuando tú seas ceniza y Felipe haya pisado sobre tu tumba, yo seguiré rezando los evangelios a otros.

–Perro insolente. –De Molay se puso en pie y desenvainó su espada, pero de Chaunvier fue más rápido y sujetó los brazos de su amigo, reteniéndolo.

–Escúchale, Jacques –dijo–. Por el amor de Dios, escucha a alguien que no sea el loco del sótano y el vino que diluye tu sangre. ¡Piensa! ¡Nos está ofreciendo esperanza! Nos está ofreciendo una respuesta que no depende de sombras y promesas que no comprendemos, y mucho menos controlamos. ¿Ni siquiera considerarás sus palabras?

–No consideraré la locura como una opción –atacó de Molay–. Por el amor de Dios, Louis escúchate. Te está hablando de un héroe fabuloso de nuestro pasado que llegará con su caballo para guiarnos a la victoria. Nos ofrece fantasmas que reemplacen algo que podemos ver frente a nuestras narices. Está tratando de alejarnos de Santos y de la verdad, aunque aún no adivine el motivo.

–No reconocerías la verdad aunque te tocara en el hombro y se ofreciera a ti –dijo Kli Kodesh, con una voz súbitamente fría y distante, como el viento del desierto–. Alimentas tu imaginación con imágenes que Santos aviva hasta convertir en llamas, y confías en él porque en caso de que mienta tú morirás. Te digo ya que ni Santos ni Montrovant pueden salvarte, Jacques de Molay, pero por representar las vidas de tantos que te sirven debes considerar tus opciones con cuidado.

Con esto, Kli Kodesh se volvió hacia la puerta y la abrió, saliendo al pasillo y cerrando tras él. Louis saltó, pero para cuando llegó al corredor, éste estaba vacío. No se oía el eco de pasos, ni había señal alguna del sacerdote que hacía un instante había estado con ellos.

–Deberías haber escuchado –dijo, volviéndose hacia su amigo–. Maldito seas, Jacques, deberías haber escuchado.

–¿Estás dispuesto a vender nuestras vidas de forma tan insensata que te quedarías en las almenas, escudriñando el horizonte en busca de señales de un sueño? –preguntó de Molay–. Oí sus palabras, amigo mío, y me encantaría creerlas, pero he visto a Santos, he sentido su poder, y lo único que tengo de este sacerdote son palabras. Debo actuar con lo que sé, no con lo que deseo.

–¿Y si estás confundido? –preguntó Louis, volviéndose hacia la

ventana para otear en la distancia, como si Montrovant pudiera aparecer en su caballo en aquel mismo instante, decidiendo el dilema.

–Entonces moriremos –respondió de Molay, agachándose para recuperar su copa del suelo. La volvió a llenar de vino y la apuró de un solo trago–. Moriremos y él nos dará la extremaunción con una sonrisa en los labios, maldita sea su alma.

Louis seguía mirando a lo lejos, sin responder. Estaba claro que su corazón no estaba en la decisión tomada, pero calló. Se inclinó sobre el alféizar y mantuvo guardia. Creía poder estar así hasta que Felipe llegara y le arrancara la cabeza de los hombros, pero no sería así. De Molay apuró otra copa de vino y le llamó.

–Es la hora, Louis. Santos está esperando y los demás se habrán reunido. Debemos ir.

A regañadientes, de Chaunvier se alejó de la ventana y se dirigió hacia la puerta, abatido y resignado. A lo lejos, demasiado como para poder oírlo, el sonido de los cascos de caballo resonaba en la oscuridad. La luz de la luna bañaba la fortaleza con un claroscuro de grises. Era una noche decisiva.

_____ 13 _____

El humor de Montrovant se había vuelto taciturno y silencioso a medida que viajaban, pero le Duc no sentía que la furia se dirigiera contra él o contra Gwendolyn. El viejo fuego había regresado a los ojos de su maestro, la antigua obsesión. Montrovant veía claramente en su cabeza la imagen de lo que buscaba. Jeanne aún no entendía cómo la posesión de una reliquia podía ser tan importante para los Lasombra. También tenía dificultades para comprender, especialmente después de la pobre bienvenida de Syd, por qué Montrovant quería hacer algo para ayudar a los demás miembros de su "familia".

Muchas preguntas, que fueron apartadas una vez más al enfrentarse a la acción. Cubrieron muchos kilómetros en las noches tras su partida de Holywell, deteniéndose solo para descansar y alimentarse. Notó consternado que Gwendolyn no se unía a ellos para cazar, ni parecía pasar hambre. Cabalgaba a su lado y los observaba con una profunda añoranza cuando el ansia se apoderaba de ellos,

aunque nunca participaba. Al final la curiosidad se hizo demasiado fuerte.

–¿Cómo puedes cabalgar noche tras noche con nosotros, viendo cómo bebemos sangre, y sin tomar nada para ti? Yo hubiera enloquecido de esperar tanto. Estás igual que hace tres días.

–Es Kli Kodesh –respondió ella suavemente–. Yo quería esa hambre. Sé que no me creerás. Nunca lo comprendí realmente, pero ahora sí, ahora que ya es demasiado tarde. La mía es una vida triste, sobreprotegida por un padre que temía lo que yo ansiaba noche tras noche. Pasión. Me alejó de cualquier peligro, pero eso es precisamente lo único que mueve mi corazón.

–Alphonse. Tu padre es Alphonse, ¿no? Montrovant me contó parte de la historia.

–Sí –sonrió Gwendolyn–. Alphonse. Veía su pasión. Veía su hambre, aunque se cuidaba de alejarse de mí en aquellos momentos. En realidad no soy hija suya.

–Eso me preguntaba, pero no quería contradecirle –dijo señalando con la cabeza a Montrovant, que cabalgaba delante de ellos escudriñando las sombras constantemente. Le Duc sabía que su sire estaría pendiente de cada una de sus palabras, quizá también de sus pensamientos, pero no daba señal alguna de ello. Era imposible saber si los escuchaba o los ignoraba.

–Es mi bisabuelo –siguió Gwendolyn–. Mi bisabuela aún llevaba en su seno a mi abuelo, el hijo de Alphonse, cuando éste fue Abrazado. Logró alejarse de ellos para no arrastrarlos a las sombras que le habían reclamado, pero regresó. Siguió a la familia, cuidando de ella siempre que le era posible. Me alcanzó en la carretera mientras trataba de escapar. Me hubiera llevado de vuelta con mi madre, pero le dije que escaparía de nuevo. Creí ser lo bastante fuerte como para tentarle, para que me llevara a las sombras y a la pasión que tanto ansiaba. Parece que tenía más posibilidades de lograrlo quedándome con mi madre. Me convertí en servidora de Alphonse, en sus ojos y sus manos a la luz del día. Me mantenía cerca, despertando antes de que la noche pudiera permitir acercarse a otros, y llamándome hija suya si alguien preguntaba. Me veía como a un cachorro. Asfixió cuanto quedaba de mis sueños. Entonces vi a Montrovant. No sé qué hubo diferente, qué me llevo a arriesgarlo todo de aquel modo. Hay algo en tu sire, algo indomable, algo... salvaje. Sabía que había motivos por los que muy pocos eran Abrazados, pero pensé que él podría romper las reglas. Sabía que Eugenio mantendría ocupado a mi

"padre" el tiempo suficiente, y que solo tenía que convencer a mi oscuro... Montrovant... para que me salvara.

–Pero fue Kli Kodesh el que te otorgó ese don, por supuesto –concluyó Jeanne–. ¿Tan malo es? ¿Tanta es la diferencia?

–Nunca sentí el hambre después de alimentarme de mi sire –respondió–. La oscuridad me da la bienvenida, pero puedo soportar el sol mucho mejor que casi toda nuestra especie. No tengo familia o clan salvo aquel que me hizo, aunque un día fue Nosferatu, antes de la maldición que le cambió hace mucho tiempo... atándolo a la no-vida de formas que no puedo comprender, y mucho menos explicar. Busca la destrucción definitiva como no he visto a nadie, pero ésta le elude fácilmente. Para él no soy más que una herramienta... y posiblemente una breve diversión en la eternidad. Me dio eternidad, Jeanne, pero no la que buscaba. Me dio un infierno.

Le Duc quedó en silencio, sopesando sus palabras. Trató de contar mentalmente las veces que había ansiado ver la luz del sol, de imaginar las noches sin el hambre; pensó en su sire sin el ademán depredador y felino que indicaba su poder. Una eternidad para vivir. Ni siquiera había considerado el impacto de ese concepto, y desde su Abrazo había tenido a Montrovant al lado; nunca había estado solo.

–No envidio tu dolor –dijo al fin–, pero no despreciaría tan fácilmente la magia del día, o el control que la ausencia del ansia te proporciona. Puedes encontrar pasiones de otro tipo, o poner tu mente en ello. Kli Kodesh puede estar aburrido, pues ha vivido lo bastante como para usar eso como excusa. A ti te aguarda el mundo entero.

La mujer le observó en silencio, hasta que una leve sonrisa asomó a su rostro.

–Me recuerdas a mi sire –dijo al fin.

–Entonces quizá sea más sabio de lo que das a entender –dijo Jeanne con una sonrisa.

De repente Montrovant frenó, haciéndoles un gesto para que le imitaran. Tenía la cabeza inclinada, como si estuviera escuchando algo, pero Jeanne sabía que había algo más. Estaba extendiendo sus sentidos, buscando... algo. Él no había notado nada extraño, pero no dudaba de las capacidades de su sire. La había visto demostrada en numerosas ocasiones.

–Estamos cerca del ejército –dijo al fin Montrovant–. A partir de ahora debemos ser más cautos. No mencionaremos a los Templarios salvo que estemos seguros de estar con alguien que puede hablar libremente. Debemos intentar no llamar la atención sobre nosotros

mismos. Pretendo conseguir información, pero debemos partir cuanto antes para sacarle ventaja a las tropas. Tenemos que alcanzar la fortaleza de de Molay antes que ellos, o habremos malgastado el viaje. El primero de los guardias está vigilando el camino, a un kilómetro y medio de aquí.

Más cerca de lo que Jeanne había sospechado. Montrovant se volvió y regresó al camino, aunque mucho más lento. No quería alarmar a los soldados del perímetro, que sin duda no tardarían en detenerlos e interrogarlos. Jeanne marchó detrás con Gwendolyn a su lado, parecía que un poco más cerca que antes. Sonrió.

Le Duc detectó a los guardias unos cinco minutos antes de que aparecieran de detrás de los árboles que los ocultaban. Montrovant marchaba lentamente, y cuando oyó una voz desde las sombras que le ordenó detenerse lo hizo con tranquilidad, volviéndose para ver acercarse a los dos soldados.

–¿Quién sois --preguntó uno malhumorado--, y a dónde os dirigís?

–Viajamos a las tierras de mi primo Claude --respondió Montrovant--. ¿Suced algo?

–El ejército de Felipe está en el siguiente valle --replicó uno de los guardias--. Tendréis que girar hacia un lado u otro. Nadie puede pasar, salvo los propios hombres de Felipe.

–¿Y no somos todos hombres de Felipe? --sonrió Montrovant, irguiéndose sobre la silla. Nada, ni la sombra de la estúpida sonrisa plantada en su cara, nada en el mundo podía robarle su presencia abrumadora y regia. La sangre real parecía rezumar de sus palabras--. Estoy seguro de que a Felipe no le gustaría saber de vuestra impertinencia. Esta es la carretera que conduce a donde yo me dirijo, y desde luego no voy a variar mi rumbo. Quizá pueda conseguir algo de vino en vuestro campamento, y algo de comida.

La reacción fue instantánea. Los dos hombres dieron un paso atrás, y el que había guardado silencio habló.

–No queríamos faltáros al respeto, señor, pero se nos ordenó que vigiláramos la carretera.

–Y hacéis un trabajo admirable --interrumpió Montrovant--, pero dudo de que vuestras ordenes incluyan causar problemas a los propios nobles del rey.

Los dos se movieron incómodos. Estaba claro que no querían dejar pasar a Montrovant, e igualmente claro que iban a hacerlo. Jeanne volvió a sonreír, pero agachó la cabeza para que no pudieran

verlo.

Justo entonces llegó el sonido de armas y las pisadas suaves de caballos procedentes del campamento. Jeanne escudriñó la oscuridad hasta que pudo distinguir a dos hombres más, acercándose lentamente.

–¿Vuestro relevo? –preguntó Montrovant, retirando el veneno de sus palabras.

–Sí, señor –respondió el primer guardia.

–Entonces vuestro problema, y el mío, están resueltos, ¿no? Podéis escoltarnos hasta el campamento.

Cuadrando altivo los hombros, un movimiento que Jeanne no creía poder dominar aun después de un siglo de práctica, Montrovant comenzó a avanzar de nuevo por el camino. Los dos guardias se acercaron como si fueran a protestar, pero Gwendolyn pasó junto a ellos y les obsequió con una brillante sonrisa. Había más poder en aquel gesto para un soldado en campaña que la postura regia de Montrovant. Por triste que pudiera ser, Gwendolyn también era hermosa, y la vieja sangre que corría por sus venas no hacía más que aumentar su belleza.

Los tres avanzaron por las sombras. Jeanne pudo oír a los cuatro guardias intercambiando rápidas palabras, y luego oyó a dos correr hacia ellos. Parecía que, a pesar del deseo de Montrovant de acercarse al campamento sin llamar la atención, iban a tener un séquito personal.

–¿Ha sido una guardia muy larga? –preguntó cuando los soldados llegaron a su lado. No se volvió para mirarlos, pero su tono era amistoso.

–Desde el anochecer –gruñó el primero—. Ha sido una noche larga y sedienta.

Cabalgaron en silencio otro trecho hasta que Montrovant volvió a hablar.

–Estoy más cansado de lo que imaginaba –dijo fingiendo un bostezo—. ¿Os gustaría hacer un alto con nosotros y compartir un trago? He traído vino como presente para mi primo, pero no creo que le moleste que tomemos un poco...

Los dos guardias se miraron y se encogieron de hombros. Ya no estaban de servicio, la carretera ya no era su problema y el vino gratis nunca era una oferta que se debiera rechazar.

–¿Cómo os llamáis? –preguntó Gwendolyn. Su voz era una octava más grave de lo normal, lasciva y sensual.

–Soy Pasqual –dijo el primero rápidamente–, y este pillo es Thomas.

Montrovan les sonrió, frenando a su caballo.

–Debemos detenernos a beber algo –dijo–. No creo que pueda seguir sin descansar un poco.

–Si no os importa os acompañaremos –dijo Thomas mirando a su compañero, para asegurarse de haber dicho lo correcto–. Aún queda un trecho hasta el campamento, y a esta hora tendríamos problemas para encontrar una botella.

–Excelente. Así sea –dijo Jeanne, hablando por primera vez–. Hace horas que no hacemos un alto ni bebemos un poco. Al menos yo estaba comenzando a sentir que la silla ya formaba parte de mi cuerpo. Iba a ser difícil andar así.

Todos rieron, y cualquier tensión que quedara desapareció. Jeanne sintió la sangre cálida fluyendo por las venas de sus nuevos compañeros, y se propuso ignorarla. Ya habría tiempo para alimentarse cuando supieran todo lo que querían, y no tenía sentido acabar con un guardia de vuelta al campamento principal.

Desmontaron cerca de un árbol grande y retorcido, y Montrovan exageró buscando en su mochila. Había traído vino de Holywell precisamente para una ocasión así. Los dos hombres no tenían modo de saber que ellos no necesitaban tales provisiones, y a veces el espacio extra en el equipaje era útil. Se volvió con una gran botella en cada mano.

Puso una a un lado y quitó fácilmente el corcho de la otra con la daga. Los dos guardias observaron el contenido aprobatorios, y cuando podían robaban alguna mirada de reojo a Gwendolyn, que les observaba entretenida, sonriéndoles cuando les pescaba e incluso guiñando un ojo a Thomas si se quedaba mirándola demasiado tiempo. Montrovan era un hombre imponente, y ninguno de los dos quería importunar a su mujer.

Sintiéndolo, Jeanne habló de nuevo.

–Muy mal, Andre –se dirigió hacia su sire–. Se te ha olvidado presentar a tu hermana y a tu compañero. ¿Qué clase de anfitriones quieres que parezcamos?

–Tienes razón, Antoine –replicó Montrovan sin perder un instante–. Yo soy Andre le Duc Puy, tercer heredero en la línea de una tierra tan pequeña que apenas se puede llamar tal, justo a este lado de las montañas –dijo señalando vagamente en la dirección por la que habían venido. Thomas y Pasqual no prestaban mucha atención a sus

palabras. Aún estaban pensando en que Jeanne había dicho que Gwendolyn era hermana de Montrovant, y miraban sedientos la botella que éste sostenía.

»Estos son mi hermana Janice y mi compañero de viaje, Antoine de Monde. Y esto –dijo acercando la botella a Pasqual–, es la mejor cosecha de las bodegas de mi padre. Espero que lo encontréis de vuestro gusto.

Pasqual ya había inclinado la botella para dar un largo sorbo y se la había dejado a Thomas, que hizo lo mismo. El vino pasó entonces a manos de Gwendolyn... tras un largo roce de sus dedos elegantes por parte del guardia. Se lo llevó a los labios sin apartar la mirada de Thomas e inclinó la botella, pero no bebió. Le llegó el turno a Montrovant, que hizo lo mismo, y a Jeanne. Si Pasqual notó que quedaba el mismo contenido, no hizo indicación alguna de ello.

–Así –dijo Montrovant mientras el vino llegaba a Thomas por segunda vez–, que Felipe se ha cansado al fin de los Templarios.

Thomas apenas notó que le habían hablado. Su mirada estaba fija en Gwendolyn, que le sonreía dejando caer la mirada tímida para alzarla de nuevo. Pasqual observó un instante a su compañero antes de responder.

–Corren rumores sobre cosas siniestras en la fortaleza de de Molay. Felipe no es intolerante, pero hay cosas que no pueden tolerarse. He oído de boca de alguien que estuvo allí que hay extraños que nunca salen a la luz del día, y misteriosos cánticos procedentes de los niveles inferiores a altas horas de la noche. Me habló de adoración a cosas impías, como si fueran algo común. Creo que los Templarios han caído de la fe.

–He conocido a algunos de esos caballeros –ofreció Jeanne–. Parecían guerreros seguros y honestos, aunque fanáticos en exceso.

–Oh, no todos son como de Molay –dijo Thomas rápidamente–. Mi hermano y dos de mis primos han hecho ese juramento, y no podréis encontrar hombres más honestos y temerosos de Dios. –Dio otro largo trago al vino cuando le llegó de nuevo la botella.

Jeanne observó el juego de la luz de la luna sobre el rostro de los guardias. Cuando el hambre se adueñaba de él, las cosas que normalmente no atraían su atención cobraban nueva vida. Podía ver el movimiento de los músculos de Thomas, el latido de la sangre en su garganta. Los ojos del hombre brillaban, y el aroma de la sangre era embriagador. Logró ignorar sus sentidos, asintiendo en las pausas apropiadas en la conversación para mostrar interés.

–Se dice que de Molay trafica con demonios, y que ha llevado hechiceros a su fortaleza. Mi amigo me contó --dijo bajando la voz, como si las sombras pudieran estar escuchando-- que oyó la música en persona, y que no empleaban la lengua del hombre. Él habla cinco idiomas, y ninguno de ellos le ayudó a discernir las palabras. Creo que de Molay ha invocado algo mucho mayor de lo que imagina.

Dio otro largo sorbo y volcó totalmente la botella, dejando que la última gota cayera en su garganta. Montrovant sonrió y tomó la otra. La abrió inmediatamente y se la entregó a Pasqual, que había ido moviéndose poco a poco hasta quedar sentado junto a Gwendolyn, tan cerca que sus piernas casi se rozaban. Jeanne podía sentir el calor del deseo recorriendo al guardia, la acumulación de sangre en su entrepierna.

Gwendolyn le miró y pudo ver en los ojos de su compañera un destello de... algo. ¿Hambre? Esa luz desapareció, y la vio cuchicheando y riendo de nuevo con el guardia. Le Duc maldijo en voz baja. Gwendolyn sabía lo que el calor añadido le estaba haciendo. Sabía que tenía hambre y se burlaba así de él. La furia bullía en su interior, pero cuando ésta alcanzó la superficie de su mente comprendió lo ridículo de la situación y la transformó en una sonora risotada. El sonido surgió de él en una oleada incontrolable.

Montrovant y Thomas dejaron de hablar un instante para mirarle, sorprendidos. Le Duc no podía contenerse. Necesitaba liberar la tensión que crecía en su interior, y la imagen de Gwendolyn con un imbécil borracho pendiente de cada gesto y cada palabra, sonriendo mientras hacía que el pulso de la sangre se acelerara, era excesivo.

–Per... perdonadme --dijo, poniéndose en pie y escabullándose en las sombras.

–Tiene problemas con el vino --dijo Montrovant disculpándole. Gwendolyn se volvió para evitar sonreír y romper también en carcajadas.

–Ah --dijo Thomas comprensivo--. Así habrá mucho más para nosotros.

–No para mí --dijo Gwendolyn--. No quiero perder la cabeza.

Pasqual farfulló alguna estupidez a su oído (sin duda, creyéndose galante) y Montrovant volvió a la discusión.

–Pero esos hechiceros --dijo, intentando parecer confundido--, ¿dónde los encontró? Francia no carece de magos y charlatanes, como ambos sabemos. ¿Son franceses?

–Se dice que no --respondió Thomas, repentinamente serio. Dio

otro trago a la botella—. Había uno en especial, un hombre pequeño y oscuro que apenas dejaba los niveles inferiores de la fortaleza. Ese era el que preocupaba a mi amigo. Tenía el aspecto de un turco, o de otro perro sarraceno. No es la mejor compañía para caballeros sagrados, pienso yo.

—Así es --asintió Montrovant. Su mente se movía a toda prisa—. ¿Tenía nombre ese hechicero?

—Sí --respondió Thomas, rascándose la cabeza con el fondo de la botella mientras pensaba. Había olvidado por completo pasársela a su compañero, y Pasqual estaba tan absorto en Gwendolyn que no recordaba para qué se habían detenido—. No estoy seguro de recordar lo que dijo. Me parece que era San algo, como un santo, pero no parece un hombre de Dios. Viste largas túnicas que parecen marrones, pero que cambian de color al moverse. Un tejido como mi amigo no había visto otro.

Montrovant se quedó muy quieto.

—¿Podía llamarse Santos? --dijo al fin.

Thomas se incorporó de repente, estando a punto de verter el resto del vino. Se detuvo un instante para comprobar que no había sido así.

—Eso es --dijo—. ¿Cómo lo sabíais? --Pareció suspicaz durante un momento, pero después recordó el vino y puso la botella vertical. Dejó que el resto bajara por su garganta y miró el recipiente vacío con reproche, como si hubiera traicionado alguna promesa.

Montrovant se había dado la vuelta. Sus hombros estaban tensos, y Jeanne regresaba después de haber recuperado el control, justo a tiempo para ver cómo su sire se giraba, se acercaba al guardia y lo apresaba con un rápido movimiento. Aferró al garganta de Thomas, vaciándole la sangre de las venas antes de que Jeanne pudiera siquiera protestar.

Gwendolyn propinó un fuerte golpe a Pasqual en la cara y lo dejó caer sobre su regazo. Inclino la cabeza a un lado, sonriendo a Jeanne a modo de invitación. Éste no titubeó. No podía imaginar en qué pensaba Montrovant, pero el hambre era demasiado poderosa como para ignorarla. Ya habría tiempo para aclarar las cosas más tarde.

Cayó sobre Pasqual, dejando que su cabeza se recostara sobre los pechos de Gwendolyn. Sintió cómo la mujer se inclinaba sobre él, notó sus labios cerca de su propia garganta mientras se alimentaba. Parecía en trance. Jeanne sabía que estaba leyendo sus emociones, compartiendo el calor del momento. Apretó su cuello contra los labios

de ella, arrastrando a Pasqual. Pareció pasar una eternidad antes de que arrojara el cuerpo a un lado. Cuando lo hizo no se alejó de Gwendolyn, sino que se quedó temblando en su regazo. Montrovant había terminado con Thomas y estaba en pie, paseando entre el campamento y un árbol, sumido en sus pensamientos.

En cuanto pudo, Jeanne recuperó al compostura y se liberó, incorporándose.

--¿Qué ha pasado? --preguntó-- ¿Qué te ha dicho?

--Es Santos --saltó Montrovant--. Por eso Kli Kodesh me quiere allí, por eso te envió --dijo volviéndose furioso hacia Gwendolyn--, para arrastrarme hasta aquí. Anteriormente no pudo lograr lo que quería de Santos sin usarme como señuelo, y piensa hacerlo de nuevo.

--No sé de qué estas hablando --respondió Gwendolyn, levantándose ante el tono acusatorio--. Solo he hecho lo que se me dijo, y he viajado contigo de buena fe.

Montrovant se calmó inmediatamente.

--Lo sé. He visto cómo trata Kli Kodesh a sus seguidores. Me enfurece no haber supuesto que esto sucedería antes o después.

--¿Quién es Santos? --preguntó Gwendolyn.

--Es un antiguo, y un guardián; eso es cuanto sé. Si de verdad quieres saber más deberías preguntar a tu sire. Eso es precisamente lo que pretendo hacer en cuanto lleguemos a la fortaleza. --Montrovant miró a sus pies, como si acabara de reparar en los cuerpos--. Debemos cabalgar. Aún nos queda media noche, y tenemos que llegar ante de Molay a tiempo.

Dejaron los cadáveres tras el árbol, tapándolos para que no se vieran desde la carretera, y Jeanne alejó a los dos caballos. Encontrarían el camino hasta el campamento y se enviaría una patrulla, pero en la dirección de la que habían llegado. Jeanne sabía que para la noche siguiente ya estarían muy lejos del ejército.

Pensó un instante en Gwendolyn, en cómo había compartido su hambre, en cómo se había sentido al estar tan cerca de alguien que no fuera Montrovant. También había notado la sangre que corría por las venas de la mujer, la vieja sangre, la maldición. Le había parecido embriagadoramente dulce. Pensó en Kli Kodesh. El viejo habría disfrutado de su viaje hasta ahora. Si había sido algo, era entretenido.

Montaron, y Montrovant los guió al galope alejándose de la carretera. La luna, aún en lo alto, iluminaba el camino. La carrera había comenzado.

De Molay y sus seguidores se deslizaron en silencio hacia los niveles inferiores. Eran hombres de diferentes estratos de la nobleza, diferentes provincias e historias, unidos bajo el manto de la oscuridad con un mismo propósito. Salvarían a los que dormían sobre ellos de cualquier modo posible, aun a costa de sus propias almas. Santos lo sintió mientras se acercaban a la cámara que había preparado con tanto esmero. Muchas veces había sentido la energía aumentar y el deseo fluir de un hombre a otro, pero esta vez era diferente. Él siempre había sido el foco, la fuerza que doblegaba cada alma a su tarea. De Molay, débil como era, maleable e ingenuo en el poder, era ahora su foco.

Tendría que someterlos a todo lo que tenían por delante sin comprometer sus principios básicos. De Molay era un salvador a sus ojos, el líder al que acudían en busca de seguridad. No eran hombres sencillos, sino líderes, gobernantes que habían renunciado a sus propios títulos y a sus tierras para seguir una causa superior. Eran hombres cuyas vidas dependían de sus decisiones, de su integridad y de su fe. No eran las herramientas fáciles con las que Santos había tratado en el pasado. Eran sus propios hombres, y tenía que recordarlo mientras los moldeaba para convertirlos en una fuerza unificada que le proporcionara las respuestas que necesitaba. Tenía que mantenerlos juntos lo suficiente como para satisfacer sus propias necesidades. Sería un reto, después de tantos años consiguiendo todo lo que deseaba. Observó cómo entraban por las puertas y sonrió. Muy pronto. Muy pronto sabría si estaba perdiendo o no el tiempo.

Jacques tomó su lugar habitual cerca del frente, con de Chaunvier a su lado. Se movían en silencio, formando círculos, anillos concéntricos que se convertirían en su protección y en su foco para lo que aguardaba. Algo fue mal nada más empezar. Uno de los más jóvenes, uno cuyo nombre ni siquiera recordaba, se movía en la parte delantera, lejos de su posición habitual. Maldiciendo en silencio, Santos se acercó inmediatamente para reprenderle.

—Con el mayor de los respetos —dijo el joven, haciendo brotar las palabras como si las hubiera mantenido allí encerradas—, he recibido un mensaje, un mensaje que debía entregaros a vos, y solo a vos.

Santos se detuvo en seco. ¿Un mensaje? ¿Quién, aparte de los congregados, podía saber de él? Su mente comenzó a trabajar, y la furia que había reprimido durante tanto tiempo bulló en su estómago. Antes de que el muchacho hablara, supo las palabras que diría.

–Debía deciros que el Padre Kodesh está aquí. Dijo que comprenderíais...

Santos estaba temblando. Luchó contra el calor de la rabia, contra las llamas de ira que amenazaban con salir del pozo negro que una vez había albergado su alma para calcinarlos a todos. Cerró los ojos y se retiró hasta topar con la pared de piedra de la cámara, junto al altar que contenía la cabeza. Quedó en silencio.

El muchacho, horrorizado por la reacción ante su mensaje, se retiró precipitadamente, chocando contra los caballeros congregados y obteniendo golpes y maldiciones de todas partes. Sin embargo, nadie le prestaba demasiada atención, ya que todas las miradas estaban puestas en Santos. El pequeño hombre tardó unos instantes en abrir de nuevo los ojos, y cuando lo hizo todos los presentes dieron un paso atrás. En su mirada ardía una horrenda luz, y sus rasgos se retorcieron de repente en una expresión impropia de un rostro humano.

–¡Preparaos! –gruñó secamente. Su voz estaba ampliada y distorsionada, resonando inquietante en toda la cámara. Todos cayeron de rodillas, bajando la cabeza hasta el suelo de piedra con los corazones palpitantes. Fuera lo que fuese lo sucedido, el nombre de *Kodesh* había provocado la mayor demostración de poder que Santos se había permitido en su presencia.

El cántico se alzó como si procediera de muy lejos, y el saber que se trataba de su maestro no hizo nada por calmar su miedo. Dentro de las frases que pronunciaba, mezcladas con el ritmo cortante y las pronunciaciones imposibles, oyeron palabras, nombres, que llegaban hasta ellos. Cada uno oyó uno distinto, sintiendo un tirón propio en su alma. No levantaron la cabeza, pero a medida que la oscuridad latente del cántico los inundaba sus voces se alzaron para unirse, atraídas por las palabras, por los nombres que no podían reconocer pero contra los que no había escapatoria. Los nombres, que eran su propia esencia, alimentaban el poder creciente de Santos.

A medida que el ritmo tomaba el control comenzaron a ponerse en pie lentamente, como si salieran de un largo sueño. Tropezaron los unos con los otros, agitándose en su puesto mientras echaban la cabeza hacia atrás al unísono, con los ojos aún cerrados pero

apuntados hacia arriba.

Al tiempo que el rito proseguía, cambiando de tono y aumentando su intensidad, se fueron parando. Los círculos se estrecharon y comenzaron a agitarse solo hacia delante, con los cuerpos tan pegados que no había modo de saber dónde empezaba uno y acababa el otro, con las túnicas fluyendo juntas con cada paso.

Santos parecía ignorarlos, observando más allá con una expresión aún horriblemente retorcida. Su voz retumbaba al hablar como si surgiera de una profunda sima. El nombre *Kodesh* le había provocado un frenesí que solo podía liberar mediante la llama del poder que surgía de su interior. Necesitaba sentir esa energía, experimentar la unión. Necesitaba saber que era demasiado tarde para los de arriba, que tendría éxito donde antes había fallado, y que tendría a Kodesh llorando a sus pies como había soñado en tantas ocasiones. Necesitaba sentir esa fuerza, y el mejor modo de lograrlo era la música.

Se acercó a cada uno de los participantes de la danza. La energía de todos ellos sería desviada hacia un único propósito: revivir a la cabeza, buscar las respuestas que le conducirían hasta su meta. Todos sabían que buscaban respuestas, pero no que solo se respondería a las preguntas de Santos. No comprendían el alcance de su servidumbre.

Podía ver a de Molay de vez en cuando, saltando cuando el círculo llegaba a un cierto punto. Los ojos del caballero estaban hundidos, huecos, poseídos. Otros tenían diferentes formas de soportarlo, pero el fin era el mismo. En lo más profundo de sus corazones sabían que Santos los gobernaba con más fuerza de la que nunca podría reunir de Molay. Sabían que jamás alcanzarían la libertad que buscaban, y que no habría respuesta contra Felipe y su ejército. El fin de los Caballeros Templarios tal y como los habían conocido había llegado, pero aún más cercana y evidente era la fuente de su propia destrucción personal.

El volumen de las voces caía y aumentaba según el ritmo, y Santos sintió crecer la energía en la estancia. Cerró los ojos, dejando que los sonidos se llevaran sus ideas de venganza y sus preocupaciones, concentrándose en su tarea. Aferró el poder que flotaba sobre ellos y a su alrededor y comenzó a canalizarlo a través de su propio cuerpo, dejando que le renovara y limpiara. Sintió sus piernas moverse en complejos pasos, aunque no lo hiciera de forma consciente, y gritó para liberar la tensión.

Se alejó girando del altar y se unió a los demás, tomando un lugar en el círculo e imitando sus pasos, alzando y bajando la voz dentro del ritmo de los demás, ayudando con sus palabras, más rápidas y completas. Las tejió con el sonido, la melodía con la armonía. Solo él conocía el significado del cántico, pero todos sentían el poder que encerraba, el poder que crecía a su alrededor y que los inundaba, el poder que prometía las respuestas que ansiaban.

Sabía que no alcanzarían el nivel necesario, aún no, pero sintió la tensión, el *ansia* por lograrlo que empapaba el corazón de los celebrantes. Sabía que podía lograrse, y pronto. Cada vez parecía más claro que si no lo lograban ya fracasaría de nuevo, y ese era un giro de los acontecimientos que en absoluto estaba preparado para soportar.

Bailaron y cantaron, y las horas pasaron lentamente hasta la llegada del amanecer. En un momento determinado, aunque nunca era un punto del que los otros pudieran estar seguros, el ritual terminaba. Los miembros regresaban al control de sus dueños. Las voces, roncas por el abuso, quedaban acalladas. En silencio, todos salían y se perdían por el pasillo que conducía a las escaleras hasta sus cuartos, el vino y las camas.

Santos permaneció en las sombras, viéndoles marchar. No miraban en su dirección. Para ellos no existía, o por lo menos en aquel momento. Era una herramienta, un medio para alcanzar un fin. Eso era lo que sus mentes se repetían una y otra vez, luchando por convencer a sus almas doloridas y hambrientas de Dios de que era cierto.

De Molay fue uno de los últimos en marchar. Se detuvo un instante, se volvió y observó el altar. Su mirada pareció perforar los ojos vacíos y ciegos de la cabeza. La luz de las velas bailaba en los muros, y el humo del incienso y las ofrendas se arremolinaba en la base del ara, dándole un aspecto sobrenatural. Al final bajó la mirada y se marchó. Santos se preguntó si había sentido realmente algo, si había recibido una visión pasajera. Sea como fuere, parecía satisfecho con lo que había contemplado.

El guardián le vio marchar en la oscuridad, pero no le siguió. Se giró hacia una dirección diferente, hacia la puerta en un lado de la cámara que conducía a sus propios aposentos. Tenía que sentarse y aclarar sus ideas. Había mucho trabajo que hacer, y para completarlo necesitaría de todas sus facultades. No era inmune a los rigores del ritual, simplemente estaba más acostumbrado a ellos. Se había

quedado sin fuerzas como todos los demás, y lo que les había robado lo había expulsado de su cuerpo para alimentar a la cabeza, como un modo de apoyar las peticiones que realizaba con su mente. Él no era el destinatario final del poder, solo la fuerza que lo redirigía.

Se sentó y cruzó las piernas, después los brazos, dejando que la cabeza le cayera sobre el pecho. Vacío su mente y flotó libre, dejando atrás su forma física y vagando en la dirección que su mente deseaba. Apagado y privado de la información de su conciencia, su cuerpo se recuperaba más rápidamente. Libre de ataduras físicas podía buscar la respuesta a distintas preguntas. Podía encontrar al otro, al eslabón perdido. Kli Kodesh era una espina clavada, pero no solía hacer su propio trabajo. El viejo Cainita se quedaba en las sombras, observando y sonriendo, rezando por que algo de interés surgiera de las cenizas de un mundo demasiado frío, demasiado distante como para calentar el despojo que era su corazón.

Santos conocía bien aquella desesperación, pero tenía un método propio, más directo, de tratar con ella. Vivía con un objetivo, con un foco, y éste le llamaba a pesar de los años de negación en los que había sido incapaz de cumplir con su cometido. Se le había encargado proteger ciertas reliquias, objetos de poder que sus creadores habían considerado demasiado peligrosos, demasiado importantes como para que estuvieran en manos mortales o inmortales. Durante más de un siglo había mantenido aquel juramento, añadiendo algunos secretos y aprendiendo otros sobre lo que debía mantener siempre a salvo.

Ahora esos tesoros (y sus secretos) le habían sido arrebatados, viendo negada su herencia. Inadvertidamente, Kli Kodesh había renovado las ganas de Santos por, sobrevivir. El reto se había demostrado inmenso, el miedo, la incertidumbre, todo se había unido para devolver a su mente y a sus actos unos niveles de energía e intensidad que los siglos habían minado. Podía sentirse agradecido por ello una vez recuperara lo que le pertenecía; sin el reto podía haberse podrido en las tinieblas, dejando sus tesoros al destino y a la historia. Ahora era algo personal.

Entró en las Tierras de las Sombras, dejando que la realidad desapareciera tras él. La familiar pátina gris y siniestra de la podredumbre se adueñó de las paredes de piedra; el polvo y los escombros llenaban los pasillos, y el pálido brillo presente noche y día en aquellas tierras sin vida lo iluminaba todo con un tono espectral. Las losas del suelo parecían devastadas por el tiempo, con grandes trozos partidos. Dejó que su espíritu vagara por las grietas.

La fortaleza era una ruina de murallas derruidas; las puertas no eran más que esqueletos de metal y madera podrida. Dejó que sus sentidos se extendieran más allá, tanteando. Sabía que en algún lugar los encontraría. Sea quien fuere al que Kli Kodesh había llamado en su ayuda estaba ahí, esperando a ser descubierto y vencido. Sintió la llegada de la muerte, de la carnicería. No quedaba mucho para ello. A su alrededor, en las sombras y más allá, aguardaban los muertos sin reposo, algunos con las cadenas de los esclavistas, otros absorbiendo imágenes de los vivos. Ellos también podían sentir lo que se avecinaba.

Se dirigió hacia la puerta principal y atravesó una zona de tierra quemada con una gran estaca en su centro. La madera estaba chamuscada, y el viento se arremolinaba en la base en todas direcciones, disipándose del mismo modo. Titubeó. Algo importante sucedería allí, alguien importante moriría. Pensó unos instantes en la posibilidad de esperar para ver si podía descubrir la procedencia de las cenizas, pero su mente le dijo que eso estaba más allá de sus objetivos; en los días venideros tendría ocasión de comprobarlo.

Mientras se desplazaba sobre el terreno vio restos de túnicas templarias, con las cruces rojas apagadas y rasgadas, colgadas en las ramas de los árboles, ondeando al viento. No había rastro de los cuerpos que las habían llevado, ni indicación de vida o de no-vida, salvo los fantasmas que aguardaban en las sombras. Éstos le ignoraban, y él a ellos. No tenía nada que compartir con los muertos. Siempre había secretos que aprender en su compañía, pero aquella noche solo necesitaba su reino.

Se dirigió hacia el lugar en el que aguardaba el ejército de Felipe. En aquel estado podía desplazarse mucho más rápido, y los kilómetros pasaban ante sus ojos a toda velocidad. El campamento apareció en el horizonte, con sus fuegos mortecinos danzando bajo la misteriosa luz del cielo.

Se movió entre ellos. Sentados alrededor de las hogueras había hombres con el rostro comido por la putrefacción, con miembros amputados y heridas horrendas y purulentas. Éstos bromeaban y reían con otros que sobrevivirían a la batalla, desconocedores del destino ya marcado en sus cuerpos fantasmales. Santos los ignoró. Extendió sus sentidos buscando algo extraño, algo más allá del mundo mortal de la sangre y la muerte.

Una vez o dos creyó haber detectado un ligero rastro de lo que buscaba. La esencia de su pasado le llamaba, y no podía discernir si

era su propia mente la que creaba las sensaciones, o si eran reales. No había concentración, solo susurros fantasmales que tentaban, sin llegar a satisfacer. La ansiedad por su incapacidad para estrechar su búsqueda en una zona determinada carcomía su control, y supo que debía volver. Su cascarón físico era vulnerable en aquel estado, y si algo iba mal necesitaría tiempo y esfuerzo para regresar. Montrovant bien podía estar esperando en las sombras, observando y riendo, pero no había tiempo que perder en aquello.

Con un suspiro de alivio, deshizo el camino. No se trató del viaje lento y concentrado para alcanzar el campamento de Felipe. Saltó a través de la distancia, de un mundo a otro, de la oscuridad y las sombras al brillo de la luz del candil; el espíritu insensible dio paso a la celda fresca y húmeda bajo la fortaleza. La piedra volvía a su lugar, sólida y aparentemente invulnerable al tiempo y a la destrucción. Sonrió mientras todo volvía a su lugar.

Se puso en pie y ordenó sus ideas. Tendría que cerrar asuntos rápidamente y sin errores. Había sentido el nivel de energía durante la ceremonia, mucho más adecuado a sus necesidades. Lo único que restaba era una última fuerza motriz, el deseo de sus sirvientes, y eso solo podía lograrse de un modo. Tendría que acudir a ellos y mentirles. De Molay estaba en una posición especialmente mala para dudar de las palabras de Santos, ya que necesitaba un milagro. Solo quedaba prometérselo y volver ese engaño en su favor.

Recorrió con decisión los pasillos, llegando hasta la escalera principal y subiendo sin titubeos. Arriba no le habían visto lo suficiente, y era hora de hacer una entrada como solo él podía. Era hora de terminar con todo.

* * *

Ferdinand apenas consiguió esconderse detrás del pilar al tiempo que Santos, con su túnica marrón, surgía del desembarco de la escalera que conducía a los niveles inferiores. No estaba seguro de porqué se escondía, pero algo en su interior se lo dijo y obedeció. Se apretó contra la piedra fría del muro con el corazón latiendo desbocado, y Santos pasó junto a él con la precisión de una serpiente. El hombre no miró a su derecha y no vio a Ferdinand acurrucado en las sombras... o no lo encontró lo bastante importante como para preocuparse.

El joven no se movió hasta pasados unos minutos. Se sentía

atrapado, como si un millar de ojos estuvieran fijos en él y su peso lo aplastara contra la pared. Su mente le decía que estaba a salvo, que no había sido detectado, pero no podía controlar el pánico que atenazaba su corazón.

Al final logró apartarse del muro. Miró a ambos lados del pasillo, inspiró profundamente y se volvió para seguir en la dirección que Santos había tomado. No quería seguirle. Quería darse la vuelta y correr lo más rápido que le permitieran sus piernas, huir de lo que se avecinaba, pero era incapaz. El Padre Kodesh querría saber, necesitaba saber qué iba a suceder. Santos nunca abandonaba los niveles inferiores, y debía ser algo importante lo que le llevaba arriba. No podía ignorarse algo de aquella magnitud.

Mientras comenzaba a moverse recuperó el coraje. No había rastro de su objetivo, pero no era difícil imaginar hacia dónde podía haberse dirigido. Solo unos pocos nobles tenían sus aposentos en los niveles superiores. La dirección que Santos había tomado era la ruta más directa hacia las cámaras privadas de de Molay.

Algo estaba sucediendo, algo importante. Ferdinand quería más que otra cosa llevarle al Padre Kodesh noticias sobre el asunto para lograr su confianza. Muchas cosas más allá de la realidad que él comprendía le habían atraído hacia las sombras. Necesitaba saber lo que Santos planeaba, y necesitaba saber que, cuando todo terminara, habría al menos una oportunidad de que él siguiera involucrado, de que se extendieran los límites de su existencia. Quería saber si no sería más que una herramienta momentánea, si se le concedería la oscuridad en la que el Padre Kodesh vivía osadamente, o si sería apartado y olvidado.

Dobló lentamente la última esquina. Tenía enfrente la puerta de de Molay, y miró para asegurarse de que el pasillo estuviera vacío antes de salir de las sombras y acercarse. Aquella era la mayor prueba de su valentía. Una cosa era arrastrarse por las sombras, y otra merodear abiertamente. Aunque no era extraño que un sirviente aguardara en la puerta del Gran Maestro, eso no eliminaba el miedo.

Se movió con cautela hasta encontrarse a un único paso de la entrada. Demasiado cerca como para no comprometerse. Cubrió el último trecho y puso la oreja contra la puerta. Al principio no oía más que el latido de su propio corazón, pero a medida que esperaba el miedo remitió y empezó a escuchar las voces al otro lado.

La primera le resultaba tan familiar como la suya propia. El señor Templario estaba inquieto, y su voz llegaba más clara de lo que sería

normal.

–¿Mañana? ¿Tan pronto? Pero si Felipe no estará aquí hasta dentro de tres días... ¿Por qué ahora? Ayer mismo tu visión nos aconsejaba que esperáramos.

–He tenido... sueños. –La voz que siguió a la de de Molay era resbaladiza, casi demasiado suave como para oírla, pero Ferdinand se concentró y descubrió que, a pesar de todo, las palabras eran claras y nítidas–. He visto esta fortaleza en ruinas, los esqueletos de tus seguidores por todas partes, y un gran terreno quemado en el patio principal, rodeando los restos de una estaca de madera. Hay menos tiempo que perder del que piensas, Jacques de Molay. Si queremos actuar debe ser ahora. Nuestra fe debe llevarnos en este momento, ya que nada más bastará.

–¿Cómo sabemos que has tenido *alguna* visión? –interrumpió iracunda una tercera voz. Era Louis de Chaunvier. Ferdinand reconoció de inmediato el tono áspero del gran caballero.

–No eres el único visitante nocturno que hemos tenido estas noches pasadas –siguió de Chaunvier–. Un sacerdote, aunque por mi vida que no le creo tal, vino a nosotros y nos dijo que otros se acercaban. Dijo que poderes de nuestro pasado regresarían. ¿Lo crees, Santos? ¿Crees que el pasado puede volver para hacerse ver en el presente?

–Montrovant. –La palabra escapó de la boca de Santos antes de que pudiera tragársela, y la reacción de los dos caballeros confirmó sus sospechas.

–¿Lo sabías? –musitó de Molay–. ¿Viene realmente, lo sabías y no hablaste? ¿No nos dijiste nada?

–El Oscuro puede llegar, sí –dijo al fin el guardián con voz neutra y controlada–. No hay nada que pueda hacer por vosotros, salvo veros arder y esparcir las cenizas que Felipe deje atrás. No es más que un hombre.

–Como tú –interrumpió de Chaunvier.

El corazón de Ferdinand le subió a la garganta al pensar en la reacción que podría seguir. Santos no era un hombre normal al que se le pudiera hablar de ese modo.

El esperado estallido no llegó. Hubo un largo momento de silencio y el guardián siguió como si no hubiera oído nada.

–No tenéis idea de a qué os enfrentáis, o de lo que tenéis en vuestro favor. Aquí operan otros poderes distintos a los que queremos invocar, viejos poderes que os aplastarán bajo su bota para que sirváis

a sus propios fines, o por pura y simple diversión. Para ellos sois menos que polvo. Si decidís confiar en ellos, eso es en lo que os convertiréis. No tenéis más que una opción, y está en el poder del oráculo que aguarda abajo.

–¿Y tú? –insistió de Chaunvier–. Entre esos viejos poderes que solo se sirven a sí mismos, ¿a quién sirves?

Solo silencio llegó durante unos instantes, y Ferdinand estuvo seguro de que el Templario había ido demasiado lejos. Milagrosamente, no llegaron gritos de dolor.

–No estoy aquí para debatir contigo –respondió Santos con tranquilidad. Aunque su voz era baja y apagada, el veneno era evidente en el tono, y sus palabras tenían un poder superior al del mero sonido–. Estoy aquí para advertiros y ofreceros un modo de seguir con vuestra patética existencia. Si la situación no fuera tan desesperada y no amenazara mi seguridad, así como la vuestra, te mataría muy lentamente, amigo mío, y mientras murieras te recordaría que eres un patético y débil mortal... y yo no. Puedes creerlo o no, como prefieras. Haced lo que os plazca en lo que ha de venir, pero creed esto: sobreviviré.

Ferdinand se retiró de la puerta. Algo le decía que la entrevista había terminado, y no quería enfrentarse al primero que decidiera salir de la estancia. Casi había llegado a las sombras cuando la puerta se abrió de repente y apareció Santos.

Milagrosamente, el joven se había deslizado en la oscuridad en el instante preciso. El guardián estaba enfadado, y avanzaba por el pasillo con pasos cortos y rápidos.

La voz de de Molay le seguía desde la cámara.

–Estaremos preparados. Iremos mañana después del anochecer.

Ferdinand se había envalentonado por su éxito al eludir dos veces a Santos, y no dudó tanto como antes a la hora de seguirle hacia los niveles inferiores. Quería saber si habría más paradas, o si desaparecería de vuelta a las mazmorras. Quería tener un informe completo que justificara el molestar al Padre Kodesh. Se deslizó por la pared de piedra, manteniéndose lo bastante lejos como para no avanzar hasta que la sombra de Santos doblaba una esquina. Tenía la mirada fija en cualquier giro que pudiera tomar el guardián en su regreso a las cámaras inferiores.

Le vio doblar la última esquina y apuró sus pasos, queriendo asegurarse de que el misterioso extraño desaparecía de la vista. Fue esta ligereza la que resultó fatal.

Cuando superó el último giro, una fuerte mano surgió de repente de la sombras y le agarró de la garganta, empujándolo contra el muro. Trató de gritar, pero no tenía aire.

Santos le observó como haría con un insecto al que decidir si aplastar o no con la bota. Entró en la mente y en el corazón de Ferdinand con ojos tan humanos como los de una estatua. El joven trató de luchar, pero no tenía sentido. La fuerza de su atacante era increíble, y sus pies apenas alcanzaban a tocar el suelo, levantado como estaba.

Ferdinand sintió un destello extraño y la mirada de Santos se iluminó.

—Kodesh —susurró. Nada más, solo ese nombre. Sin más titubeos, empujó al muchacho en su camino hacia las escaleras. El joven luchó, pero no logró nada. Le estaba arrastrando como a una muñeca de trapo, haciéndole rebotar dolorosamente en los peldaños de piedra. Santos avanzaba como si no llevara a rastras a un hombre tras él, y no prestaba más atención a los fútiles intentos de Ferdinand de la que prestaría a un cachorro desobediente.

A medida que las tinieblas lo engullían, el muchacho gritó con su mente, pidiendo ayuda a su maestro. No sabía si el mensaje llegaría a su destino, pero tenía que intentarlo. La fortaleza recuperó el silencio y la tranquilidad. Solo el sonido apagado de unos pasos en las escaleras de piedra indicaba que alguien se movía en la oscuridad, y ese ruido se fue apagando poco a poco hasta desaparecer.

_____ 15 _____

Mientras el inmenso peso del sol desaparecía de la Tierra, Montrovant y le Duc se levantaron en su refugio en el sótano de una casa abandonada y salieron en silencio hacia la superficie. Estaban a menos de dos horas a caballo de la fortaleza de de Molay, y su silencio reflejaba su tensión. Era un instante decisivo, equilibrado en el delgado hilo de la incertidumbre. Justo antes de cubrir aquel último trecho hacia las sombras crecientes, Montrovant se detuvo y paró a Jeanne, poniéndole la mano en el pecho.

Jeanne se deshizo de los últimos vestigios del letargo que nublaban su mente, haciendo que sus sentidos estuvieran alerta.

Había notado inmediatamente que Gwendolyn no estaba con ellos, pero eso no era extraño, ya que no temía la luz del sol. Aunque podía quemarle y acabar con ella, la soportaba durante mucho más tiempo. Apenas necesitaba descansar.

Desde arriba llegaba ruido de voces, y se esforzó por distinguir las palabras. Una pertenecía a Gwendolyn, y aunque sonaba agitada no parecía ser por el miedo. Nada en su tono indicaba un peligro inmediato, pero no podían saber con quién estaba conversando. La otra voz era más suave, pero de algún modo más poderosa. Jeanne sintió un escalofrío.

Se volvió hacia Montrovant, pero antes de que pudiera formular la pregunta su sire se había lanzado por la abertura, saltando a su derecha y rodando hasta quedar agazapado. Sin saber qué otra cosa hacer, le Duc le imitó tomando la dirección contraria, deteniéndose tras los restos de una muralla derruida.

La conversación al otro lado de la puerta se detuvo y la noche quedó en silencio. Jeanne notó muchas cosas al mismo tiempo. Gwendolyn estaba en el claro más allá de las escaleras que bajaban al sótano. A su lado había un hombre delgado y gris, con el cabello blanco cayendo como un manto. Su mente puso nombre a la imagen en el momento en que Montrovant le dio voz.

–Kli Kodesh.

Nada más se dijo durante un largo instante. Después, con una sorpresa que casi hizo que Jeanne se lanzara hacia las sombras, el viejo echó hacia atrás la cabeza y rompió a reír. Su cuerpo se sacudió y se dobló demente. Montrovant se quedó en pie, mirando fríamente los espasmos mientras Gwendolyn daba un paso atrás. Le Duc solo podía observar asombrado.

Montrovant se movió lentamente hacia delante, pero Kli Kodesh ni siquiera reparó en él. Aún estaba doblado por la risa, temblando de forma incontrolable. Jeanne escrutó los rasgos de su sire y vio la furia creciente. También él avanzó, para interponerse en caso de necesidad. La furia no bastaba para superar el abismo de poder que los separaba.

Montrovant habló primero.

–¿Para qué has venido, para presumir?

Kli Kodesh se incorporó un poco, recuperando lentamente el control. Montrovant se quedó esperando, como un padre haría frente a su hijo recalcitrante. Alzando la mirada y viéndole erguido, Kli Kodesh cayó sobre un costado y aulló histérico, sucumbiendo a un nuevo

ataque de risa.

Montrovant siguió avanzando, pero Jeanne estaba a su lado y le contuvo con un brazo. El vampiro se volvió rápidamente como si fuera a apartar a su seguidor y continuar, pero sus ojos se encontraron, titubeó y se detuvo. La furia no desapareció, y estaba claro que no se sentía contento con la interferencia, pero no siguió acercándose a Kodesh.

–¿Qué significa esto? –exigió volviéndose hacia Gwendolyn.

–No le llamé –respondió–. De haberlo hecho no hubiera acudido. Hace lo que le place.

–Como todos –espetó Kli Kodesh, ahogándose en el esfuerzo por formar palabras–. Como todos. Tú en especial deberías comprenderlo, Oscuro. Espero que perdones mi estallido. –Aún sonreía sin poder contenerse, pero su voz parecía más controlada–. Eres tan melodramático, saltando desde las sombras para capturarme... ¿Para qué?

–Eso estoy intentando comprender –gruñó Montrovant–. Entiendo que me has arrastrado una vez más. Entiendo que me enviaste a la mezquita de al Aqsa en una misión, plenamente consciente de que no lograría lo que busco, y de que bien podría no haber salido con vida. Entiendo que me enfrentaste a Santos con tus propios fines sin pensar ni un instante en cómo podría eso afectar a otros. ¿Olvido algo? ¿Hay otras razones por las que debería despreciarte, o he superado la prueba?

La risa del anciano, así como todo resto de humor, desaparecieron como el polvo al viento. Se irguió en silencio, atravesando a Montrovant con la mirada, aunque el Oscuro no se acobardó.

–No sabes todo lo que crees saber –dijo Kli Kodesh rompiendo el silencio–. Estás seguro de tener las respuestas, todas ellas, y de que tus planes te conducirán a la gloria y a los sueños que te has reservado.

–Y tú estás convencido de que el mundo no es más que un inmenso teatro creado para tu diversión –respondió Montrovant–. Al menos no me escondo en las sombras mientras los demás desarrollan mis planes.

Kli Kodesh se tensó, pero de nuevo no respondió. Jeanne esperaba que el anciano saltase ante la andanada de insultos y acusaciones, pero mantuvo su terreno.

–No tenemos tiempo para esto –dijo Kodesh–. Por diferentes

motivos hemos llegado una vez más a la misma carretera. Podía haberse tratado de otros, pero no ha sido así.

–Quizá nuestros caminos se hayan cruzado por azar --replicó Montrovant--, o quizá tú nos guiaras hasta aquí. --Era incapaz de eliminar el tono antagónico de su voz.

Jeanne no había visto casi nunca tan enfadado a su sire, y jamás en una situación en la que no pudiera dar salida a su furia sin que eso representara su fin.

–Admito haberte traído aquí --dijo Kli Kodesh--. Envié el mensaje con Gwendolyn para advertirte de lo que estaba teniendo lugar, y para hacerte saber que lo que buscas está muy cerca.

–¿El Grial está en la fortaleza? --dijo señalando con la cabeza el castillo de de Molay--. ¿Eso es lo que quieres que crea? Si de Molay tuviera algo así en su poder, ¿por qué necesita ayuda contra Felipe?

–Yo no he dicho que de Molay esté en posesión de nada. He dicho que lo que buscas está muy cerca.

–Más acertijos. Siempre lo mismo, anciano, tus palabras, tus actos... ¿Qué debo hacer ahora para entretenerte?

–No te pido que me entretengas. Pido tu ayuda. Santos está aquí.

–Santos... --El semblante ya serio de Montrovant se oscureció aún más--. Santos. Esperaba que hubiera regresado al oscuro agujero del que había salido.

–No es tan sencillo --respondió Kli Kodesh--. Santos no se convirtió en lo que es del mismo modo en que nosotros fuimos Abrazados. Él fue creado, y esa creación contenía un propósito. Es el guardián, y no se detendrá ante nada para encontrar lo que se le ha confiado. También busca venganza, pero lo que carcome su mente y lo que ennegrece su "corazón" es el fracaso en el desempeño de sus responsabilidades.

Montrovant no estaba convencido.

–¿Qué puedo hacer por ti que no puedas hacer por ti mismo, viejo? ¿Morir por segunda vez?

–Tiene a alguien... cercano a mí --respondió Kli Kodesh, apartando la mirada--. Tiene a uno de mis seguidores, uno con suficiente parte de mi esencia como para darle a Santos un poder que no puedo permitirme. Iría yo mismo a por él, pero temo que pudiera poseer la ventaja.

–Así que quieres que lo haga por ti --replicó Montrovant, escupiendo violentamente--. Tienes miedo, *tú*, y quieres que yo asuma los riesgos.

Kli Kodesh se encontraba cerca del claro, pero en un parpadeo apareció frente a Montrovant, con la cara casi pegada a la suya. Ni Jeanne ni Gwendolyn fueron conscientes del movimiento, e incluso Montrovant apenas pudo reaccionar antes de que el antiguo llegara junto a él.

–Presumes demasiado –siseó Kli Kodesh.

Montrovant se mantuvo firme, y Jeanne se maravilló ante su control. La tensión en el aire era lo bastante espesa como para cortarla con la espada, pero su sire no dio un paso atrás.

–Puedes destruirme si lo deseas –respondió fríamente–, pero diré lo que pienso. Para ser el que viene pidiendo ayuda, tienes un extraño modo de presentarte.

Kli Kodesh dio un paso atrás, pero sus ojos seguían ardiendo con un fuego frío.

–¿A quién tiene? –preguntó Jeanne, tratando de romper la furia y el veneno que emponzoñaban el ambiente.

Tanto Montrovant como Kli Kodesh se volvieron hacia él, como si les hubieran abofeteado. Parecía que habían olvidado que no estaban solos.

–Su nombre es Ferdinand –dijo al fin Gwendolyn– Es un sirviente de de Molay. El *Padre* Kodesh lo ha estado utilizando como informador.

–¿Ha sido Abrazado? –preguntó Montrovant.

–No –respondió Kli Kodesh dándose la vuelta–, pero he sido estúpido y he compartido demasiado con él, conocimientos que pueden ser tan peligrosos como la sangre en las manos equivocadas.

–Y por eso temes a Santos –terminó Montrovant incrédulo–. Después de todo lo que ha sucedido, tras hacerle huir hacia las sombras, aún le temes.

–No cometas el error de creer que porque Santos fue expulsado de Jerusalén no representa un gran peligro para ti –siguió el antiguo–. Aún conserva la cabeza, y por los informes que me trajo Ferdinand antes de ser... tomado..., ésta es la noche en la que el oráculo comenzará a hablar de nuevo. Los dos sabemos las consecuencias que eso podría acarrear.

–Obviamente, sabe que estás aquí –musitó Montrovant–, pero, ¿qué peligro representa para mí? Desconoce que ando cerca.

–Subestimas su ira y su capacidad para la venganza. Cuando el oráculo vuelva a hablar le preguntará por ti. Aunque estuvieras en la otra punta del mundo, igual seguiría haciéndolo. Fuiste tú el que le

arrebató su propósito... su razón para existir. Fuiste tú el que guió a de Payen hasta él, y a la Iglesia, y fuiste tú quien le expulsó de Tierra Santa con el rabo entre las piernas.

–¿Y qué podemos hacer? –interrumpió Jeanne–. Si lo que dices es cierto, debemos actuar inmediatamente. No tenemos acceso a la fortaleza, y Santos es demasiado poderoso para que un asalto directo sirva de algo.

–Tenéis una ventaja –respondió Kodesh–. He extendido noticias de vuestra llegada, y eres una figura legendaria, Oscuro. Al menos uno de los aliados más cercanos a de Molay aguarda tu aparición. Louis de Chaunvier es su nombre, y es el confidente más cercano al Gran Maestro. No confía en Santos, aunque está dispuesto a ayudar a de Molay. Si puedes llegar hasta él antes de que bajen a los niveles inferiores podrían encontrar un modo de entrar e interrumpir lo que va a suceder. Una vez roto, el círculo de poder que Santos pretende emplear para alcanzar el oráculo no podrá ser restaurado fácilmente, no a tiempo de hacernos daño.

–¿Y qué saco yo de esto? –preguntó Montrovant– Me has dado los acertijos habituales, pero debe haber más. Si voy a cabalgar a una batalla en tu nombre –dijo con una sonrisa cínica– debo saber porqué estoy luchando. ¿Cuándo me revelarás la situación del Grial? ¿Cuándo tus secuaces hayan tenido la oportunidad de cambiarlo de lugar?

–Tendrás tus respuestas –respondió Kli Kodesh–. No tengo motivo para hurtártelas, no una vez Ferdinand sea liberado.

Gwendolyn se acercó.

–¿Liberado, o muerto? ¿Por qué debemos liberarlo?

–Me divierte –respondió Kli Kodesh pasando la mano por su pelo blanco. Jeanne observó los ojos de su compañera mientras bajaba la mirada al suelo. La decepción era evidente. Ahora ya no era más que el juguete viejo. Kli Kodesh había encontrado nuevas diversiones.

–Sería más seguro acabar con él –opinó Montrovant–, y más sencillo. Una cosa es entrar y atacar rápidamente la fuente del peligro, pero salir de la fortaleza con un prisionero es otro asunto totalmente distinto.

–Ya te he dicho –sonrió Kli Kodesh– que casi veneran tu recuerdo. Tendrás toda la ayuda que necesites una vez el poder de Santos sobre ellos quede roto.

Montrovant le observó en silencio, tratando de leer las líneas inescrutables del rostro del antiguo. Kli Kodesh le devolvió la mirada

hasta que al final el más joven se retiró.

–Nunca he estado tan tentado de arriesgar mi existencia por la posibilidad de la sangre de otro --dijo al fin–. Tus palabras me tientan, pero mi corazón me dice que no sirves a otro que no seas tú, jamás. Hablas con acertijos, diciéndole a todos con quien te encuentras lo que quieren oír, pero lo único que se obtiene a cambio son más acertijos primero, y la traición después. No quiero ayudarte, y a pesar de todo me has retirado esa opción. Siento que dices la verdad en una cosa: el Grial está cerca. Si el tesoro que me arrebataste de entre los dedos en la Ciudad Santa no estuviera próximo, Santos tampoco estaría aquí. Si no me dices su localización, ¿qué otra opción tengo, salvo buscar la respuesta en el único lugar donde podría encontrarla? Iré a por Santos si eso me place --dijo titubeando, dando un paso adelante y mirando fijamente a Kli Kodesh–. Puede que libere a tu sirviente. No te confundas, porque al final encontraré lo que busco. Lo tendré en mi mano y beberé de sus profundidades, y sentiré el poder. Tus juegos, mentiras y engaños no importarán entonces más que las hojas que caen en la brisa del otoño.

Kli Kodesh se limitó a quedarse en pie y observarle con una expresión inescrutable. No apartó los ojos, ni reaccionó a los insultos. Miraba paciente a Montrovant, esperando a que terminara. Por muy enfadado que estuviera el Oscuro, malgastaba sus palabras. Kli Kodesh había acudido a ellos con un objetivo en mente, y de un modo u otro tendría lo que quería. Ahora se conformaba con sentarse y observar lo que sucedía. Jeanne lo leyó en el ademán del antiguo, en la posición de sus hombros. A le Duc le recordó a un padre con un hijo testarudo.

–Debemos ponernos en marcha si queremos alcanzar a de Chaunvier antes de que deje sus aposentos --interrumpió Gwendolyn–. Solo esperarán a que la luna alcance el centro del firmamento para comenzar, y antes incluso ya estarán en sus puestos en la cámara de Santos.

–Te necesitaré conmigo. --Las palabras de Kli Kodesh fueron suaves, pero golpearon a Gwendolyn como un martillo. La vampira giró sobre sus talones con los ojos abiertos y la boca presta a responder. Dio un paso hacia Montrovant, poniendo los brazos en jarras.

–Pero... he venido con ellos desde muy lejos para dejarlos ahora...

–Tu lugar está conmigo. ¿Lo has olvidado?

Gwendolyn bajo la cabeza al pecho y el fuego abandonó su voz.

–No, claro que no. ¿Cómo podría olvidarlo?

–Nos ha sido de gran ayuda –intervino Jeanne, consciente de que las palabras que dejaban sus labios violaban más límites de los que podía imaginar–. Conoce el interior de la fortaleza mejor que nosotros. ¿No sería mejor que estuviera a nuestro lado hasta que todo haya terminado?

–No puedo arriesgar ante Santos a otro tan cercano a mí –replicó Kli Kodesh con frialdad–. Debéis partir por vuestra cuenta. Nosotros tenemos otras cosas que hacer.

–Si descubro –dijo Montrovant, ignorando el último intercambio, salvo en lo que afectaba a sus planes– que estás empleando el tiempo en traicionarme mientras yo cumplo tus deseos, cometerás un error fatal. Hay cosas a las que temes, y otros poderes en este mundo aparte de ti. Te buscaré y acabaré contigo. En esto tienes mi palabra. Toma a la chica si tanto significa para ti, pero recuerda tu promesa.

Sin más palabras, Montrovant se volvió y se dirigió hacia las sombras. No se acercó a los caballos, ya que no había tiempo que perder. Ahora eran él y le Duc contra la noche, Santos y cualquier demonio que el anciano pudiera poseer. El tiempo de preocuparse por ser descubiertos en actividades sobrenaturales había pasado. Si fallaba en las horas siguientes, los caballeros no serían más que un recuerdo apagado; ya fuera Santos o Felipe el responsable, ese era su destino. Nadie que pudiera verle aquella noche tenía muchas probabilidades de sobrevivir a una más.

Además, si lo que Kli Kodesh le había dicho era cierto, no estarían esperando a Montrovant el hombre, ni a Montrovant el caballero. Esperarían a un salvador oscuro, a un poder que brillara en las sombras y expulsara a Felipe temeroso. No quería defraudar a nadie que pudiera estar vigilando.

Corrieron a toda prisa, dejando a Gwendolyn y a Kli Kodesh en la oscuridad contemplando su partida. Montrovant era el más rápido, pero le Duc lograba mantenerle a la vista, siguiendo a su sire por el sonido y el olor, tanto como por la observación de su forma de sombras. Los dos conocían el camino hasta la fortaleza de Molay. El aroma de la sangre tibia y fresca estaba en el aire, llegando hasta ellos desde las murallas y los salones y cámaras más allá.

Montrovant se movía como si ignorara aquel olor, pero le Duc carecía de su fuerza. El hambre devoraba su concentración. Luchó contra ella concentrándose en su sire y en el terreno ante ellos. Ya

habría tiempo de sobra para el hambre y la sangre una vez hubiera terminado la noche.

Buscó en su interior la neblina roja tan familiar y sintió el mundo ralentizarse, haciéndose sus movimientos suaves y fluidos. No veía y oía el paisaje tanto como lo sentía, fundiéndose con él. Recordó la bruma de sus días mortales, la sensación de buscar y acabar con la vida de otros. Lo sintió en el aire, en su sire a medida que corría tras su estela. Podría ser una noche para recordar. Oyó la risa de las fortunas y la fortaleza de de Molay se alzó ante ellos, atrapándolos en su inmensa telaraña.

* * *

Mientras Montrovant y le Duc desaparecían en la oscuridad, Kli Kodesh los observó como si pudiera llevarlos más rápidamente a su objetivo. Al fin se volvió hacia Gwendolyn, cuyos ojos seguían concentrados en el suelo a sus pies. Sus hombros mostraban su desesperación.

--Ven --le dijo suavemente--. Pronto volverás a verlos. De momento tenemos que reunimos con otros. En esta noche suceden más cosas de las que de Molay y Santos sospechan... más de las que Montrovant sospecha. No debemos retrasarnos, o será demasiado tarde.

Gwendolyn asintió. No parecía animada por las promesas, pero tampoco vaciló a la hora de obedecer. Si se oponía a él no había duda de que no volvería a ver a Montrovant, y su corazón no podía resistir eso.

Los dos partieron en la oscuridad, moviéndose en una línea paralela a la fortaleza. La noche recuperó su silencio, y la luna los observaba a todos con su ojo brillante y solitario. En las tinieblas frente a ellos, Gwendolyn sintió repentinamente a un grupo, todos Condenados. Casi se echó hacia atrás, convencida de que se trataba de una trampa, pero Kli Kodesh no hizo sino acelerar el paso. Le siguió con un pequeño grito, preguntándose a qué nuevo engaño sería arrastrada a continuación, si Montrovant creería que ella no sabía nada de nada... De repente, una noche que había parecido muy corta se mostraba como una dolorosa y eterna pesadilla.

Gwendolyn notó rápidamente que Kli Kodesh no se dirigía hacia la fortaleza, como había supuesto. A pesar de sus valientes palabras a Montrovant, parecía que sí temía a Santos. Al menos no deseaba un encuentro directo. Hasta que no sintió las demás presencias no compendió plenamente.

Todo había sido planeado, desde la partida melodramática de Montrovant hasta los discursos pidiendo ayuda... Nada era cierto, no completamente, Kli Kodesh los había llevado por caminos de falsedad cuidadosamente dispuestos para distraer la atención de sus verdaderos propósitos. Debería haberlo sospechado. Ferdinand no era más que un sirviente. Podía haber tenido más conocimientos sobre su sire que antes de la partida de Gwendolyn, pero eso no le convertía en un peligro. No tenía la Sangre, ni conocía el verdadero nombre del maestro. Sin alguna de las dos cosas, no tenía nada que Santos pudiera emplear con especial peligro si se enfrentara a Kli Kodesh. Al menos ella así lo entendía.

Rodearon una pequeña arboleda y pudo ver a alguien aguardando. El extraño le miró desde una gran distancia, pero lo reconoció de inmediato. Nosferatu. Gustav. Solo lo había visto una vez con anterioridad, pero la experiencia había sido tan intensa que nunca había podido apartar aquella imagen de su mente. Era poderoso, no mucho mayor que ella, pero sí un líder, mientras que ella prefería obedecer.

Los seguidores de Gustav se desplegaron junto a él ocultos en las sombras, formando un círculo de ojos rojos. Observaban atentamente los movimientos de Kli Kodesh, mucho más lentos de lo que podían ser, como si quisiera lograr un determinado efecto.

—Nos has llamado y hemos acudido —dijo Gustav sin más preámbulos—. ¿Qué quieres que hagamos? ¿Dónde están los tesoros?

—Están a salvo, por el momento —dijo Kli Kodesh, extendiendo una mano para apoyarla en el hombro enjuto del señor de los Nosferatu.

Gwendolyn volvió a sorprenderse por la cualidad traslúcida de la piel del vampiro, por el modo en que la sangre de su sire había retorcido incluso el horror que era un Nosferatu para lograr algo similar a la belleza. Gustav era alto, esquelético, con la cabeza totalmente

pelada y una nariz que parecía más un pico de ave, pero a pesar de todo no era feo. Tenía una luz imposible de apagar que brillaba en ángulos ocultos de su rostro, aumentando la cualidad expresiva de los ojos; una cara que hubiera parecido horrenda en otras circunstancias llegaba a mostrarse poderosa.

–Has hecho bien --siguió Kli Kodesh--. Montrovant ha partido, como sabía que haría, para lanzarse contra las fauces del demonio. Nunca le ha gustado esperar. Tenemos todo un día hasta la llegada de Felipe, y con la confusión que se producirá pronto en la fortaleza deberíamos ser capaces de entrar y salir de la tumba sin que nadie se entere. Debemos haber partido antes del amanecer.

Gustav asintió, pero quedaban preguntas en su mirada.

–¿Por qué ahora? --dijo--. ¿Por qué no esperar a que Felipe termine con de Molay y la zona esté de nuevo en calma? ¿Por qué arriesgarnos a ser vistos, capturados o algo peor? ¿Por qué llamar la atención de otros, de Santos o Montrovant, cuando no hay necesidad?

–¿Necesidad? --replicó Kli Kodesh con una sonrisa astuta--. Algo como la necesidad tiene numerosos matices e intensidades. Actuaremos como he dicho porque me place. No tendría sentido hacer esto si no fuera complicado. ¿Tan poco has aprendido en estos años conmigo, Gustav?

Dudó un instante, estudiando cuidadosamente al Nosferatu.

»Supongo que comprenderás que el único propósito de estos actos es el valor de la diversión.

Gustav no respondió, pero Gwendolyn no detectó alegría alguna en aquellos ojos fríos y grises. Se limitó a asentir y esperar. Ella aguardó también. No tenía ni idea de lo que se avecinaba, ya que su sire nunca había revelado tanta información secreta en su presencia. Sabía que Gustav y sus seguidores habían tenido un importante papel en el pasado del antiguo, un papel que continuaba en el presente y que cobraba valor con el paso del tiempo.

No podía imaginar qué había llevado al delgado y aristocrático Kli Kodesh a la sociedad con horrores como los Nosferatu, pero era evidente que había muchas cosas que no podía imaginar y que haría bien en descubrir. Se preguntaba, sabiendo lo que sabía de las diversas familias de Condenados, si su sire no sería él mismo un Nosferatu antes de su maldición... si ella no tendría esa misma sangre retorcida en sus venas, mantenida a raya por su mancha especial.

Demasiadas cosas dependían de lo que ocurriera en las siguientes horas. Tenía que escuchar, concentrarse y, cuando llegara

la ocasión, escapar y llevarle la información a Montrovant. Sabía que el Oscuro no confiaba en Kli Kodesh y que probablemente hubiera anticipado su traición, pero ella debía hacer lo que creía correcto.

Apenas podía evitar mirar a los cielos... Montrovant tenía su propio estilo. No había razón para creer que creería a su sire, aunque no había duda de que el antiguo detectaría tales cosas... ¿Importaba? Las runas habían sido lanzadas, y solo quedaba determinar su significado y actuar en consonancia.

No sería sencillo. El control de Kli Kodesh era magistral y completo, y no estaba solo. Lo único que necesitaba una vez escapara de él era que uno de sus seguidores mencionara su ausencia, y todo habría terminado. Le llamaría de vuelta y ella tendría que obedecer. Por mucho que su corazón luchara, el poder de la sangre ganaría la batalla, y no había modo de saber cómo reaccionaría Kli Kodesh a una traición así.

Los Nosferatu se acercaron aún más a Gustav y al antiguo mientras ella se retiraba a las sombras para observar. Hablaban en voz muy baja, y aunque conseguía captar algunas palabras, frases a medias y exclamaciones, no oía lo suficiente como para sacar algo en claro.

Seguían mencionando una tumba y tesoros, pero nada específico que lograra captar. Fuera lo que fuese lo que consumía su atención, no era ella. Siguió alejándose poco a poco en la oscuridad, sin dejar que su mirada se apartara del pequeño círculo que rodeaba a su sire. Si uno de ellos se volvía, o su Kli Kodesh ponía en ella su atención aunque fuera un instante, fracasaría. En ese caso, no tendría una segunda oportunidad.

Sus nervios estaban a flor de piel, pero los controló con fuerza de voluntad. Si se asustaba la verían. Necesitaba estar lo bastante lejos antes de poder escapar sin que nadie detectara un movimiento extraño en los límites de su percepción. Siguió retirándose, pensando que todo era demasiado fácil, que parecía que le estuvieran dejando partir, pero era demasiado tarde para echarse atrás. Se preguntó por un instante si Montrovant confiaría en ella en caso de llegar hasta él.

Cuando ya apenas pudo distinguir al grupo a lo lejos, se dio la vuelta y partió, moviéndose a tal velocidad que parecía un mero borrón. Avanzaba con miedo al brutal control que Kli Kodesh podía ejercer sobre ella, pero no sucedió nada. Desapareció acercándose a la fortaleza y se dirigió directamente hacia la muralla, sin dudar un instante al llegar a la base. Saltó sobre la superficie y corrió a tal

velocidad que parecía planear hacia arriba. Escaló la muralla como si dispusiera de peldaños y asideros tallados, y alcanzó ágilmente las almenas de un salto.

De su izquierda llegó un grito ahogado que le hizo ponerse alerta. Antes de apoyarse contra la pared ya había sentido al guardia, demasiado cerca como para no haberla visto. No tenía tiempo que perder preocupándose por testigos. Apenas un segundo después de haber tocado la piedra ya estaba de nuevo en el aire, rompiendo el cuello del hombre con unas fuertes manos que lo aplastaron contra la pared. El aroma de su sangre era agradable, pero no le atraía. Lo dejó caer y se volvió para comprobar el lugar por el que había venido, siguiendo la almena hasta la siguiente escalera.

Ahora que estaba dentro quería llamar la menor atención posible. Tenía que llegar rápidamente hasta Montrovant, y no podía lograrlo con un grupo de mortales furiosos detrás. Extendió sus sentidos en busca de la mente del vampiro, llamándolo. Sabía que era peligroso. Podía atraer la atención de Kli Kodesh si es que le estaba buscando. Sabía que si de verdad quería dar con ella no necesitaría más esfuerzo que para retorcerle el gaznate a un mortal, pero deseaba creer que había escapado sin que lo notara... al menos de momento. La idea de que incluso su búsqueda de libertad formara parte de un plan mezquino era más de lo que podía soportar.

No detectó señales inmediatas de la presencia de Montrovant, de modo que bajó por una escalera curva hasta el patio de la fortaleza y atravesó los jardines, deslizándose de árbol en árbol, de sombra en sombra, siempre alerta a que alguien pudiera detectar su paso. No captaba movimientos fuera del propio edificio y en el interior ardían pocas velas, menos de las que había esperado.

Sintió una extraña vibración en la tierra bajo sus pies, una energía que ascendía para acariciarla de forma obscena. Aceleró el paso para no seguir tocando aquel suelo. Oía su llamada, notó cómo buscaba en su alma para conseguir... algo. Retiró sus pensamientos lo más profundamente que pudo y se concentró.

Avanzó por el muro interior hasta que llegó a una puerta, que afortunadamente estaba abierta. Eso cambiaría cuando Felipe se acercara. De momento aprovechó la ventaja, entrando en un pasillo débilmente iluminado y dirigiéndose directa hacia el corredor central. Conocía el lugar lo suficiente después del tiempo que había pasado allí con Kli Kodesh antes de ser enviada a por Montrovant. Aquellos tiempos habían sido menos tensos, ya que el edicto de Felipe aún no

era más que un rumor y tenía libertad para vagar por la fortaleza.

Se acercó al cuarto de de Chaunvier. Allí era donde su sire había enviado a Montrovant y allí suponía que estaría, si no era demasiado tarde. En caso contrario todos se encontrarían abajo y el Oscuro se vería obligado a seguirles, esperando poder interrumpir la ceremonia antes de que fuera demasiado tarde. Si fallaba ya no habría tiempo para nadie: Santos encontraría las respuestas que buscaba y nada, absolutamente nada podría pararlo.

Llegó al nivel superior y se acercó a su destino, deteniéndose cuando dobló una esquina para regresar rápidamente a las sombras. Le llegaban voces del pasillo, y el paso firme de botas. Sintió a Montrovant, a le Duc y a otro inmediatamente. Debía ser de Chaunvier. Solo lo había visto una vez, y durante un breve tiempo, en misa. El "Padre" Kodesh había estado hablando del pecado del orgullo, y no lo había visto mirar ni una sola vez al suelo durante toda la plegaria. El caballero se dedicaba a observar con unos ojos fieros y orgullosos que no se inclinaban ante nadie.

Sabía que Montrovant sería consciente de que estaba allí, pero también que no era adecuado que de Chaunvier lo supiera. Ahora mismo se sentiría abrumado, hablando con una leyenda del tipo de historia sobre la que uno siempre busca confirmación. Montrovant había sido vital en la formación de la orden, aunque los caballeros que había conocido eran muy anteriores a los actuales Templarios. Las historias habían crecido hasta alcanzar proporciones mágicas, irreales. Ahora el mito recorría los pasillos de Jacques de Molay, y la verdadera pregunta era si podría impedir que se repitieran los errores de sus predecesores, evitando que el futuro los destruyera irrevocablemente.

Gwendolyn logró encontrar un nicho en el que ocultarse antes de que los tres pasaran. Sus voces se hicieron más claras al acercarse.

–Santos es una víbora –decía Montrovant–. No busca nada que no ayude a su propia causa, y creer por un instante que tiene vuestros intereses en mente es una insensatez. Escupirá sobre las cenizas de vuestra fortaleza y logrará la confianza de Felipe sin la menor culpabilidad. No le preocupa más que la venganza y la recuperación de lo que cree suyo, tesoros y poderes que pertenecen justamente a la Iglesia.

–¿La cabeza? –preguntó de Chaunvier–. ¿Es la cabeza uno de esos tesoros?

–La cabeza es un poder en sí misma –entonó Montrovant.
Gwendolyn hubiera sonreído ante el tono ominoso de su voz si la

situación hubiera sido otra—. No es parte de la obligación de Santos, sino algo que obtuvo de su asociación con los Capadocios. Es un erudito extremadamente docto en las artes oscuras. Esa cabeza es la clave de su poder, la respuesta a sus preguntas. Si Santos obtiene tu verdadero nombre puede controlar tu alma. La cabeza puede proporcionarle ese nombre, incluso el mío. Tal poder no puede salvaros de Felipe como asegura, a no ser que tengáis algún modo de obligarle a emplearlo sobre el propio Felipe... algo que dudo. El daño que puede hacer si logra sus planes está más allá de toda descripción.

—¿Qué hacemos pues respecto a Felipe? —preguntó de Chaunvier con tono agudo—. Si no vienes a ayudarnos, ¿por qué deberíamos escucharte?

—Hay cosas peores que morir a manos de Felipe —respondió Montrovant con tono neutro—. Mucho peores. Si crees que los breves años de tu vida son los únicos que importan en tu existencia, no has prestado atención a lo que Santos te ha estado diciendo. Hay poderes que no comprendes, cosas que esta noche están en equilibrio inestable, y que ni siquiera alcanzas a ver. Lo que importa es esto: Santos debe ser detenido. Jacques de Molay debe ser detenido. Ha sido arrastrado demasiado adentro. Puede que incluso sepa que se equivoca, pero que siga adelante porque no ve otra alternativa. No está preparado para darse por el bien de muchos. Lo tendrá todo o nada, y ahí es cuando Santos es más peligroso. Dejará seco a de Molay, y os arrastrará a todos con él. No tiene alma que perder, esa es la diferencia.

Después se produjo un gran silencio. Gwendolyn esperó hasta que los oyó descender las escaleras antes de salir de las sombras para seguirlos, manteniéndose contra la pared y alejada del grupo que marchaba delante.

En una ocasión vio a le Duc mirando por encima del hombro. Sus ojos se encontraron inmediatamente y sus mentes se unieron; solo duro un instante, y él asintió. Después se rompió el contacto y volvió a seguirlos a una distancia prudente, pero sabiendo que eran conscientes de su presencia. La energía que había sentido abajo crecía en intensidad, atravesando piedra y ladrillo para palparla con sus dedos fantasmales de impuro deseo. Sintió que no la buscaba a ella, sino a la sangre que corría por sus venas: la sangre de Kli Kodesh, la sangre que podía llevar a Santos hasta su sire y ser la fuerza tras su venganza.

El asalto no tenía la fuerza necesaria para ser eficaz, pero era un

insidioso recordatorio de lo mucho que había en juego. La cabeza le dio vueltas, y en un súbito instante de claridad vio que no había modo de que Kli Kodesh no hubiera previsto aquello, que le había dejado marchar siendo consciente de ello. ¿Cómo no iba a notarlo? La única pregunta era: ¿por qué lo había permitido, y qué esperaba de ella ahora que estaba dentro de la fortaleza? ¿Qué posible diversión podía representar que mereciera la pena arriesgar su sangre?

Los siguió hasta la planta principal del castillo; una vez allí, con Chaunvier a la cabeza, desaparecieron por las escaleras que se adentraban en los sótanos. Gwendolyn avanzó hasta el desembarco, pero titubeó. Si bajaba ya no había vuelta atrás. No sabía por qué se sentía atraída por Montrovant, pero al final los motivos no importaban. Comenzó el descenso y se fundió con las sombras. No detectaba más movimiento que el de aquellos a los que seguía, pero podía sentir que algo crecía, algo profundo y resonante que sacudía las paredes y que vibraba en la piedra del suelo, transmitiéndose a sus huesos.

Había comenzado. Sabía que la presencia de Chaunvier era necesaria para completar el ritual, pero no le habían esperado para empezar. Santos no era ningún idiota. No demoraría sus planes por un mortal, aunque su falta pudiera significar el fracaso. Su vida no corría demasiado peligro. Eran sus nuevos seguidores los que estaban en un grave riesgo. Les daba una energía y un poder que de otro modo nunca hubieran tenido, y quizá, a pesar de la traición de Chaunvier, fuera suficiente.

El cántico era lo bastante fuerte como para oírse claramente desde la posición de Gwendolyn, pero no podía distinguir las palabras. No pertenecían a ninguna lengua que conociera, ni siquiera a una que pareciera remotamente humana. Las sílabas eran demasiado fuertes, y al mismo tiempo complejas, para el habla mortal. Le recordaba a una extraña melodía rítmica, a un canto fúnebre. No existía un verdadero tono, pero los patrones sonoros eran claramente musicales.

Sintió crecer la distancia entre Montrovant y de Chaunvier. Al parecer, el señor Templario se había adelantado, entrando en la cámara como se esperaba de él, dejando a Montrovant en el exterior. El cántico cambió de forma sutil, añadiendo nuevos tonos a los anteriores y variando algunos de los presentes, como si se hubiera completado una alteración en la energía que fluía por las cámaras y túneles. De Chaunvier había unido su voz a la de los otros.

Santos parecía ignorar la invasión de Montrovant, le Duc y ella misma, pero eso no cuadraba con las historias que Kli Kodesh le había

contado sobre encuentros pasados. Si no era consciente de su presencia quería decir que otra cosa requería su atención exclusiva, y en caso de que sí supiera de ellos la situación era peor, pues indicaba que no le preocupaba. Sabía que, de haber un elemento inesperado, era ella. Montrovant era consciente de que estaba allí, igual que le Duc, pero no de Chaunvier, y era su mente la que Santos había llevado al cántico.

Gwendolyn dudaba de que el señor Templario tuviera la fuerza de voluntad necesaria para guardar algún secreto. Si Santos aún no sabía que estaba en peligro, lo descubriría muy pronto. La pregunta era si de Chaunvier llegaría a tiempo hasta Jacques de Molay para advertirle, y si recibiría bien el aviso. El guardián podía ser malvado, pero el Gran Maestro aún creía que era la única respuesta a sus problemas. No sería fácil apartar a ese hombre de sus creencias, y mucho menos con los hechizos de Santos tejiéndose a su alrededor.

Se acercó cuanto pudo a la pared y se deslizó hacia delante. Aún no veía las puertas de la propia cámara, y se preguntó dónde se ocultaba Montrovant, si es que así era. No había modo de predecir sus actos. Lo único de lo que estaba segura era de que no podía dejar que la ceremonia llegara a su fin. Apenas podía imaginar la clase de peligro a la que se enfrentarían si la furia de Santos se dirigiera directamente contra ellos, por no mencionar la del resto de los Templarios, que verían su presencia como un sacrilegio.

Escudriñó por la esquina y observó un instante el pasillo. Montrovant y le Duc estaban preparados a ambos lados de la puerta de la cámara, como si esperaran algo, una señal desde el interior o un momento en el que la concentración fuera demasiada para enfrentarse a una interferencia.

Se deslizó por la esquina sin hacer sonido alguno, acallando su mente. No bastaba. Montrovant levantó la cabeza desde su escondite en la entrada de la cámara, encontró su mirada y la detuvo. Nunca había visto tanta decisión, tanta intensidad en unos ojos. El vampiro asintió hacia la puerta de forma casi imperceptible y levantó una mano para advertirle que se quedara atrás.

Algo estaba sucediendo. La energía que momentos antes les había rodeado, impregnando el aire, estaba retirándose, deslizándose hacia el interior. Gwendolyn podía sentir la corriente de fuerzas como un remolino invisible que lo succionara todo hacia aquella estancia de sombras, ahogando los sonidos y fundiéndolos en una cacofonía de caos y tinieblas.

Extendió la mano hacia Montrovant, pero antes de que éste pudiera reaccionar, un grito surgió de la cámara. Se alzó como el aullido lastimero de un espíritu, como el gemido de un alma atormentada. Un escalofrío recorrió sus venas, y en ese momento supo que la voz era la de de Chaunvier.

La energía restalló y escapó fuera de control, ahora desenfocada pero todavía poderosa. En ese momento Montrovant saltó por la puerta y entró en la cámara, con le Duc detrás. Sin saber qué hacer, Gwendolyn corrió tras ellos con la cabeza agachada y la mente embotada. Para bien o para mal, ya no había vuelta atrás.

_____ 17 _____

Jacques de Molay apenas fue consciente de la llegada de Louis. Sabía que las cosas habían cambiado, que algo antes ausente en el cántico había variado para hacerse más poderoso. Lo sintió recorriendo su cuerpo, entrando y retrocediendo en oleadas que vaciaban sus pensamientos al llegar y que se llevaban su energía, su resolución. Siguió en pie bailando. Sus labios se movían y supo que las extrañas e incomprensibles palabras del cántico brotaban de su garganta, pero no tenía control alguno.

Estaba comenzando a preguntarse si quedaría algo de él cuando todo aquello terminara, y en cierto modo deseaba que así fuera. La sensación era de tal plenitud, de tal maravilla y poder, que convertirse en parte de la eternidad no parecía tan mala idea. No tanto como ser quemado vivo por Felipe y sus fanáticos, o traicionado por la misma Iglesia a la que había jurado servir.

Santos se movía junto al altar como una serpiente, eléctrico e hipnótico. Cuando Jacques miró no vio al hombre pequeño y delgado al que había pasado tantas horas escuchando y atendiendo, sino algo totalmente distinto. Este ser era alto, esquelético y poderoso. Agitaba sus brazos, y hebras de energía que Jacques nunca antes había visto se retorcían en el aire como un gran tapiz, restallando y rebotando sin control en las paredes. La energía latiente detrás de aquellas hebras se mezclaba con el ritmo del cántico, con los patrones de la danza. Se tejía en su propia mente y en su alma, como parte de él. Magia.

¿Cuántas veces había soñado con esa palabra, con esa noción?

Magia que podía controlar. Magia que abría puertas a cosas desconocidas y que resolvía problemas cuando su propia mente se encontraba con murallas. Aquello era imposible. Aun así bailaba, y cantaba y observaba el rostro muerto que les vigilaba desde el altar, con el corazón en la garganta aguardando el milagro que los salvara a todos.

Ahora la magia fluía a su alrededor como el agua en un río turbulento, y tampoco tenía control alguno. No estaba seguro de poder sobrevivir, y la idea de que el demonio del altar se preocupara por la salvación de su alma, por su gente o por su orden dejó de ser una fantasía para convertirse en algo totalmente surrealista. Santos no era humano. Caminaba y hablaba como un hombre, pero Jacques sabía que lo que veía ahora estaba mucho más cerca de la realidad, y que el resto no era más que una astuta fachada.

Esos pensamientos y otros llegaron y se fueron de su mente, pero no era capaz de aferrarlos o de darles una consideración coherente. Eran robados y reemplazados por las ideas que se suponía debía añadir al hechizo.

Descubrió que la magia no era totalmente obra de Santos. Sintió en esa fuerza a todos y cada uno de sus seguidores, la notó sangrando hacia el altar del mismo modo que él sentía su fuerza desvanecerse. No afectaba a su habilidad para cantar y bailar al ritmo de la música, o para seguir martilleando las palabras con una garganta que debía estar seca y dolorida. Esa fuerza era concentrada y devuelta por Santos. Tomaba su esencia y la destilaba a través de su cuerpo, empleándola para manejarlos como a títeres.

De repente Louis surgió a su lado. El rostro de su amigo aparecía y desaparecía, entrando y saliendo de las sombras con cada latido de energía que impulsaba la sangre por sus venas. Se concentró, aferrando los últimos hilos de su mente disuelta. Louis. Tenía que advertirle, hacerle saber lo que estaba sucediendo. Tenía que obligar a sus labios a formar palabras coherentes.

En un repentino instante de claridad fue capaz de ver los ojos de su camarada, aterrados e inyectados en sangre. Louis libraba la misma pelea en su propia mente, y se abría paso entre los demás hacia Jacques. Estaba intentando decir algo, liberarse del poder que lo ataba.

De Molay lo vio, así como a Santos alzándose a una altura imposible sobre ellos, o eso le pareció, para perforar a Louis con la mirada. Agitando sus manos en un nuevo patrón, sincopado con el

ritmo principal, el hechicero se acercó a de Chaunvier y Jacques vio a su amigo encogerse hasta casi caer de rodillas. La energía restalló amenazando con liberarse, pero Louis logró ponerse en pie. Pasó girando junto a de Molay, saltando con una precisión que sus miembros nunca hubieran alcanzado por su cuenta. El Gran Maestre vio sus ojos, y estaban muertos. Donde antes había habido una fuerte voluntad combatiendo por la libertad ahora no quedaba más que oscuridad inerte.

Era demasiado. El peso de la responsabilidad que había soportado durante tanto tiempo se derrumbó sobre él como una avalancha, abriéndose camino hasta su corazón. Dejó caer la cabeza hacia atrás y lanzó un grito que se elevó desde su interior para perforar el sonido, rompiendo el cántico y atacando al guardián como una espada.

—¡No! —logró gritar, siendo oído a pesar del sonido estrangulado y deforme. Santos giró hacia él, alzando de nuevo los brazos, pero ya era demasiado tarde—. ¡Basta! —gritó Jacques—. Basta. Esto... termina... aquí.

A su alrededor, los demás cayeron como moscas. La energía les había sostenido mientras Santos la dirigía, recirculándola hacia ellos para ser liberada de nuevo. Ahora el flujo se había detenido y no quedaba nada que los mantuviera activos. Jacques trastabilló, pero no se derrumbó. Consiguió mantenerse en pie, sosteniendo la mirada de Santos.

Éste tembló de rabia. El poder latía a su alrededor, y sobre el atar podía verse una bruma verdosa que rodeaba a la cabeza, que seguía muerta y silenciosa como la primera vez que Jacques la había visto. No sabía cómo, pero estaba convencido de que seguiría así. Santos dio un paso hacia delante, otro. Sus ojos ardían y sus manos comenzaban a moverse de nuevo. Sus labios se separaron para murmurar algo tan bajo que el sonido no se transmitía. Jacques sintió erizarse el vello de la nuca y supo que había cometido el último error de su larga vida. Tan claro como que su madre lo había parido, iba a morir allí.

Entonces el mundo explotó a su alrededor por segunda vez en breves instantes, y unos brazos fuertes lo aferraron por detrás y lo alejaron a rastras. No había tenido ocasión de resistirse, y tampoco tenía modo de saber de quién se trataba. Daba igual. Se desplazaban entre los cuerpos caídos hacia la puerta, y no eran los únicos. Una enorme figura oscura se había materializado en la puerta en el

momento del grito de Louis, con el cabello oscuro volando mientras se lanzaba dentro de la cámara con una elegancia y una velocidad imposibles. Una segunda sombra apareció en la entrada, no tan rápida pero igualmente decidida. Alcanzó a ver el brillo de una espada.

Después no le quedó más que agachar la cabeza y llevar la poca energía que quedaba en su cuerpo torturado hacia los pies. Alguien le sostenía, pero era evidente que no era mucho más fuerte que él.

–Maldito seas, Jacques –dijo Louis en su oído–, levántate y corre, o a Dios pongo por testigo que te llevaré escaleras arriba a patadas. Tenemos que dar la alarma... Estos hombres necesitan nuestra ayuda, y nosotros no estamos en condiciones de ofrecerla.

–¿Quién? –logró gruñir de Molay–. ¿Quién es?

–Montrovant. –Solo era una palabra, pero golpeó a Jacques como si le hubieran atravesado el corazón con una estaca. Había sido advertido. Le habían dicho que el Oscuro llegaría y él había elegido su propio camino, el camino equivocado. Ahora, mientras corría por salvar su miserable vida, veía a sus pies a hombres indefensos. No sabía si podía haber evitado todo aquello, pero sí que la culpa descansaba sobre sus hombros.

Atravesaron la puerta y llegaron al pasillo, esperando sentir en cualquier momento la llamada familiar de la mente de Santos obligándolos a regresar. No fue así. Oyeron gritos a su espalda, sonidos que ni Jacques ni Louis podían identificar, y de los que tampoco querían saber más.

En el pasillo, junto a la puerta, había una mujer. Jacques trató de detenerse para advertirle, para hacerle saber del peligro, pero Louis le arrastraba hacia delante. De Molay estuvo a punto de liberarse, pero entonces vio su rostro... su mirada. No estaba asustada, pero su belleza oscura desafiaba toda descripción; nunca había contemplado piel tan luminiscente u ojos tan profundos. Mantuvo la mirada solo un instante antes de que Louis siguiera empujándolo, pero la imagen de aquel rostro quedó grabada en su mente. Después vio el gris de las piedras y la dificultad de subir escaleras con su cuerpo debilitado para alcanzar los niveles superiores, el mundo que había conocido y al que había renunciado, aquellos a los que había condenado. Les debía un último esfuerzo. Les debía todo lo que le quedara, pero no podía borrar la imagen de la mujer. Se juró que, de sobrevivir a aquella noche, daría con ella y cataría el hambre de aquellos ojos, el tacto de su mente.

Desde abajo llegó el eco de una risa histérica y siniestra, lo que

les hizo redoblar sus esfuerzos. Louis pedía ayuda a gritos, tratando de atraer la atención de los guardias, de los sirvientes, de cualquiera que pudiera sacar a los demás de sus camas. Todos podrían morir cuando Felipe llegara al castillo, pero antes tenían que librar otra batalla en la que no debían fracasar. La risa no dejaba de burlarse de ellos mientras huían.

_____ 18 _____

Le Duc sintió que Santos era consciente de su presencia, pero también sabía que no esperaba el estallido y la traición de de Molay. La estancia era un caos de gritos y cuerpos golpeándose los unos a los otros en un esfuerzo frenético por escapar de algo que no podían ver. El guardián estaba en medio, agitándose como una serpiente confusa, barriendo el lugar con la mirada. Montrovant se movió y Jeanne le siguió. Había la suficiente confusión como para ocultar su entrada y darles unos segundos más. Jeanne sintió que su mente se retraía, que su mano volaba hacia la empuñadura de su espada, y las líneas tensas de su rostro se fundieron en una sonrisa siniestra. La bruma rojiza caía sobre su mirada, la locura de la batalla que le había protegido en su juventud y que le había llevado hasta Tierra Santa, hasta los Templarios y Montrovant. Le dio la bienvenida.

Puede que no tuviera nada que hacer en el conflicto que se avecinaba, pero si encontraba la muerte definitiva al menos sería como siempre había imaginado. Caería como un guerrero, golpeando la garganta del enemigo y viendo la sangre salpicar, ya fuera la suya o la del otro. Al final, no importaba. Toda la sangre terminaba siendo derramada. Santos era un enemigo digno, y aquel día era tan bueno como cualquier otro para morir por segunda vez.

Giró ágilmente en la dirección contraria a la que había tomado Montrovant, deslizándose entre los cuerpos como el mercurio, empleándolos como escudo y planeando entre las sombras cuando no había más cobertura. Nunca apartaba los ojos de Santos. El hombre no le prestaba atención, pero no confiaba en lo que veía, sino en su corazón. Su corazón le decía que anduviera con cuidado.

Vio al hombrecillo girar en su dirección y tejer un complicado patrón que produjo destellos de luz colgando de sus dedos.

Montrovant surgió de las tinieblas y avanzó hacia Santos y el altar frente al que estaba con tal velocidad que parecía volar. Sus ojos brillaban y sus labios estaban retirados en un gruñido.

Jeanne observó un instante, fascinado, cómo su sire se lanzaba contra el enemigo. Éste no hizo esfuerzo alguno por apartarse, ni mostró miedo. Un suave cántico atravesó la cámara y Jeanne comprendió que podía oírlo por encima de los gritos y los gemidos de los demás, que poco a poco se dirigían hacia la puerta aterrados. Se concentró, pero no podía distinguir las palabras. Creyó oír el nombre *Montrovant*, pero no podía estar seguro. Eso le hizo saltar a la acción. Avanzó con toda la velocidad y el sigilo posibles. No sabía si su sire le había visto, ni estaba seguro de que Santos no supiera de él, pero ya no importaba. No había más rivales a la vista, y la locura de la batalla exigía sangre. Se mantuvo cerca del suelo y fijó su vista en Santos, que se agitaba lentamente.

Tras el hechicero, una bruma de incienso y energía residual nubló los rasgos de la cabeza. La concentración de Jeanne varió. La cabeza era tan peligrosa como el guardián. ¿Podían ignorarla en un momento así? El ritual no se había completado, pero, ¿quién sabía qué propiedades podía poseer, o qué se necesitaba para liberarlas? ¿Cómo saber si estaban al borde de una destrucción que no podían comprender ni combatir?

Santos dio un paso atrás y le Duc se detuvo, quedándose tenido y quieto, observando. El salto de Montrovant le había permitido atacar la garganta de su rival, atravesando la cámara como un gigantesco pájaro de presa. El hechicero mantenía el terreno, y en el último segundo golpeó con un brazo en un gesto de desprecio. Montrovant cayó sobre su enemigo, pero fue apartado a un lado, rechazado por una fuerza imposible. Santos trastabilló pero se mantuvo en pie, y el vampiro rodó y desapareció de la vista.

Jeanne se movió. Saltó hacia el altar, tomando la cabeza por los pocos cabellos grisáceos que le quedaban y girándola en el aire como una honda. Vio los ojos muertos dando vueltas... y después solo a su objetivo.

Santos se volvió con la mirada ardiente, pero le Duc ya no pensaba. Con un aullido de rabia, trazó un amplio arco con la cabeza y la aplastó contra el cráneo de su rival, obligándole a retroceder. Los cabellos resistieron y Jeanne volvió a girar su arma, buscando un segundo golpe. Santos se recuperó rápidamente y atacó con una pierna, barriendo los pies de le Duc. La cabeza salió volando hacia las

sombras.

En el instante en que la concentración del guardián se rompió mientras observaba volar la cabeza y formaba una negación que nunca llegó a pronunciar, Montrovant saltó de nuevo. Esta vez el hechicero ni siquiera lo vio venir, y los dos cayeron dando tumbos por el suelo en la oscuridad. Jeanne avanzó con la espada preparada, pero no podía ver claramente quién estaba encima en cada momento. La velocidad de los dos rivales era asombrosa, y la fuerza de sus golpes bastaba para hacer temblar el suelo de la cámara. Le Duc saltaba de un lado a otro, aguardando.

Oyó un grito ahogado que reconoció como de su sire. Se acercó, pero seguía sin saber si podía dañar a Montrovant. Con una maldición alzó la hoja, preparado para golpear con todas sus fuerzas, ignorando las consecuencias. No llegó a descargarla.

Gwendolyn se materializó de las sombras con una furia repentina, gritando enloquecida.

—¡Déjale marchar! —gritó—. ¡No es el Oscuro a quien quieres! Buscas la sangre de Kli Kodesh, y te aviso de que la tienes ante ti. Mata a Montrovant y nunca la verás derramada... nunca sabrás el nombre que has ansiado a lo largo de los siglos. Te lo juro.

Santos la oyó, y sus palabras tuvieron el efecto deseado. No liberó la garganta de Montrovant, pero alzó los ojos para mirarla. Su cabeza estaba inclinada hacia un lado, como la de un perro que hubiera oído algo extraño. En ese instante Jeanne golpeó.

Puso cada gramo de la fuerza concedida por su segunda vida en ese tajo, cortando en un arco ascendente que situó la hoja bajo el mentón de Santos, atravesando limpiamente la piel de la garganta. El anciano estaba mirando a Gwendolyn cuando su cabeza pareció saltar de los hombros, trazando el mismo arco que la otra momentos antes.

Cuando la laringe cedió se produjo un sonido ininteligible para hacerse después el silencio. Jeanne y Gwendolyn miraron inmóviles cómo la cabeza volaba y Montrovant se liberaba, arrojando el cadáver desecado de lo que había sido Santos a un lado, con un gesto de desagrado.

No hubo sangre alguna. El guardián se convirtió en polvo, dejando el fuerte olor de las especias. Lo que quedaba de su cuerpo no podía soportar el peso de su túnica, que se derrumbó en el suelo. Montrovant se incorporó junto a Le Duc, observando los restos.

—¿Qué era? —preguntó Gwendolyn—. ¿Qué clase de ser se convierte en polvo tras su muerte?

–No creo que podamos comprender su muerte más que sus poderes --respondió Montrovant--. Hemos vencido. De momento nos debe bastar.

Se volvió hacia las puertas que conducían arriba, a la fortaleza.

–Regresarán pronto. Tendré que hablar con de Chaunvier y de Molay, explicarles porqué estoy aquí y rezar para que sepan dónde guardan sus tesoros, dónde está el Grial. Apenas nos queda tiempo.

–¿Cómo sabes el tiempo que nos queda? --preguntó Jeanne, aún aturdido por la locura de la batalla.

–¿No los oyes? --preguntó Gwendolyn, mirándole con su sonrisa enigmática--. Los hombres de de Molay están en las escaleras gritando, y el nombre de Felipe está en sus labios. Vienen a rescatarte, pero solo porque temen más al rey que al poder roto de Santos.

Jeanne los oyó cuando logró concentrarse. Pies bajando por las escaleras, ruidos de armas y armaduras acercándose.

–La cabeza --dijo Montrovant rápidamente--. Debemos cogerla y sacarla de este lugar. Es demasiado poderosa como para que caiga en manos de Felipe, o en las de la Iglesia. Debemos alejarla de aquí para que no haga más daño.

–Yo la tomaré --dijo Gwendolyn--. La llevaré a la muralla trasera de la fortaleza, donde se encuentran la montaña y el océano. No hay modo de que Felipe, de Molay o ningún otro me siga hasta allí.

Montrovant se quedó quieto, mirándole a los ojos y tratando de leer cualquier emoción o engaño que pudiera haber tras esas palabras. Satisfecho, se dio la vuelta.

–Te alcanzaremos cuando todo esto haya terminado --respondió--. Tenemos que ir tras el Grial.

–Espera --le dijo Gwendolyn mientras se dirigían hacia la puerta.

Montrovant se volvió, altivo y orgulloso, con los ojos brillando.

–Mencionaron una tumba --señaló--. Kli Kodesh. Tiene a otros cerca, Nosferatu. Están fuera de las puertas.

–Sabía que no podía confiar en él --escupió--. Muy bien. Nos encargaremos de de Molay y sus hombres, y después de ese viejo traicionero, de un modo u otro. Esta noche tendrá toda la diversión que quiera... puede que más de la que desea.

–Creía que Santos y tú os destruiríais --intervino Jeanne.

–No. Sabía que uno de los dos sobreviviría. También sabía que el conflicto le daría tiempo. Recemos por que no haya sido demasiado.

Se volvió hacia la puerta y desapareció como si se desvaneciera

en el aire. Le Duc lanzó una última mirada a Gwendolyn, tratando sin éxito de leer su expresión inescrutable. Después siguió a Montrovant hacia los pisos superiores. Nada importaba ya salvo llegar hasta el final, y la bruma no había desaparecido lo bastante como para rehuir la llamada de la batalla. Si Felipe se acercaba de verdad, y si Montrovant planeaba apoyar a de Molay, o incluso abrirse paso para escapar, era probable que su espada bebiera una vez más antes de que terminara la noche. Mientras subía peldaños a la carrera, rezó por que así fuera. Llevaba demasiado tiempo de paz. El aroma de la sangre, su sabor inundaba el aire, llevándole cada vez más hacia el frenesí. No podía parar para alimentarse, no ahora... pero sí pronto.

No lograba oír a Montrovant en las escaleras pero sentía el rastro dejado por su sire, que seguía la misma llamada de la sangre, dejándose llevar hasta el nivel superior ignorando las miradas de los que les rodeaban.

Su primer pensamiento fue que Montrovant había regresado al cuarto de de Chaunvier, pero mientras ascendía por la fortaleza comprendió que no era así. Habían superado ese nivel y se dirigían hacia la murallas y las torres que había más arriba. Montrovant se encaminaba hacia el cielo abierto, y Jeanne redobló su paso, corriendo sin descanso.

Era vagamente consciente de Gwendolyn, que marchaba tras él. La vampira guardaba silencio, pero podía sentir su tensión. Kli Kodesh le podía llamar en cualquier momento. Podía querer ayudar a Montrovant (su "Oscuro", como le llamaba), pero la decisión no era solo suya. Su única esperanza era que su sire estuviera demasiado involucrado en sus subterfugios con los Nosferatu como para preocuparse por ella. La otra posibilidad era que, por independientes que parecieran sus actos, fueran exactamente lo que Kli Kodesh esperaba de ella. Jeanne sabía que tendría que vigilarla, además de cumplir con cualquier otra responsabilidad con la que tuviera que cargar. Montrovant la ignoraría por insignificante, pero Jeanne no podía permitirse lo mismo.

Llegó al final de las escaleras y voló hacia el umbral bajo de madera que había al final de un corto vestíbulo. Podía sentir la brisa de la noche llegar desde la abertura y oía el ruido de pasos y los gritos, las voces que los otros habían escuchado desde abajo. Sabía que sus propios sentidos no eran lo que podían llegar a ser, pero era más joven en la Sangre que ellos. También sabía que disponía de sus propios talentos, de fuerzas que los otros ni siquiera sospechaban.

Podía sentir el pulso de la sangre a través de muchas venas, el latido de incontables corazones. Durante un segundo se detuvo ante el repentino impacto de la seductora sensación. Trastabilló hasta la muralla de la fortaleza y el impacto le hizo regresar al presente.

Abajo, podía oírles marchar, cientos, miles. Podía oír los gritos: "¡Hechiceros! ¡Paganos! ¡Muerte a de Molay!"

Tantos corazones fuertes bombeando la deliciosa sangre, tantos pensamientos flotando en la brisa, confundiendo su control ya debilitado. Se obligó a frenar sus pasos, controlando también su mente, pidiendo ayuda a Montrovant, o al menos su dirección. Había golpeado la pared a tanta velocidad que había perdido a su sire, y lo último que deseaba en aquel momento era quedar abandonado en la muralla de un castillo lleno de mortales en busca de sangre. No le conocían como a Montrovant. Le recordarían si comprobaban los libros, los registros (su nombre estaría presente), pero no bastaba.

Pasó junto a dos guardias que corrían por la almena con la mirada fija en el ejército a sus puertas. Los vio acercarse a una escalera de asedio que no había advertido, sacudiéndola violentamente antes de derribarla con un grito. Oyó el aullido de furia de los que escalaban mientras caían hacia la oscuridad, aplastados por el peso de sus armas y armaduras. El golpe, los gritos y gemidos daban fe de la buena puntería (o la fortuna) de los guardias, que no solo habían acabado con los enemigos que trepaban.

Vio a Montrovant delante de él. El Oscuro había saltado a una esquina de la muralla y se alzaba como un inmenso espectro recortado contra el cielo, observando a la hueste. Tenía la cabeza echada hacia atrás, con los colmillos extendidos y los ojos convertidos en pozos de odio y furia. A cada segundo que pasaba Jeanne lo veía menos como un hombre... y más como un semidiós que no prestaba atención a las flechas que silbaban sobre su cabeza. Se mantuvo inmóvil durante lo que pareció una eternidad, pero Jeanne apenas había logrado ponerse de nuevo en movimiento cuando Montrovant se retiró de la almena y se acercó hacia él rápidamente.

—Tenemos que bajar —dijo—. Sucede algo. La Iglesia está con Felipe, pero no solo eso... hay otros. No puedo asegurar quién, o qué, pero viaja con ellos y crea un aura de antiguo poder que se extiende... Debemos movernos para que el manto no nos cubra como un sudario.

Le Duc titubeó.

—¿Quieres decir que nos vamos?

—Salvo que sientas la repentina necesidad de morir por la orden

que dejaste hace mucho –indicó Montrovant–, sugiero que nos marchemos, sí. Lo que buscamos no está tras estos muros. Lo sentiría si así fuera, y no hay duda de que Santos lo tendría en su poder. Si nos quedamos, es casi seguro que no nos marcharemos por nuestro propio pie.

El modo directo en que Montrovant expuso sus opciones atravesó como una espada la niebla que cubría la conciencia de le Duc. Gwendolyn apareció de repente a su lado, pero Montrovant apenas le dirigió una mirada. Se volvió y regresó a las escaleras.

Jeanne le siguió, agarrando a Gwendolyn por el brazo. La quería lo más cerca posible, de modo que pudiera vigilarla. Ella no se resistió, pero parecía perpleja.

–Dice que tienen a alguien... algo con ellos. Tenemos que marcharnos de inmediato.

–Pero... –Gwendolyn miró por encima del hombro. Los guardias habían logrado repeler el ataque. Abajo podían oír el ruido de botas, cascos de caballos y armas. De momento parecía que Felipe se retiraba, que la fortaleza no caería tan fácilmente, al menos aquella noche.

–No hay nada que podamos hacer. No somos suficientes, no con lo que han traído contra nosotros. Debemos marcharnos.

Gwendolyn asintió y le siguió, y Jeanne le soltó el brazo. Montrovant ya había desaparecido en las entrañas de la fortaleza, y los dos corrieron escaleras abajo como una ráfaga de viento, cargando hacia el nivel inferior. Jeanne titubeó, pero su compañera le cogió de repente del brazo y tiró de él. Podía haber perdido la pista de su sire, pero ella no. Siguió su estela y descubrió que regresaban a los sótanos.

Todos los que dejaban atrás les miraban, pero nadie hacía preguntas. Montrovant llegó a las plantas inferiores como una piedra en el agua y se abrió camino por los pasillos, atravesando la cámara en la que Santos y la cabeza habían amenazado con destruirlos a todos hacía solo unos minutos. La batalla se desarrollaba arriba y en el exterior de las murallas. Nadie tenía fuerzas suficientes para concentrarse en una nueva amenaza de las profundidades.

Jeanne se preguntó cuál era el propósito de regresar a aquel lugar. Santos estaba muerto, o desaparecido de momento; no quedaba nada de valor salvo que Montrovant buscara la cabeza, y eso era difícil de entender. Si era el caso, ¿por qué la había dejado allí, para empezar?

Sin embargo, no se detuvieron en la cámara del ritual. Montrovant pasó como un ciclón sin prestar más atención y corrió hacia el pasadizo que se abría al otro lado. El suelo comenzaba a ascender de nuevo cuando le Duc sospechó que se trataba de una salida. Se detuvo a la espalda de su sire, que se encontraba frente a lo que parecía un sólido muro que bloqueaba el paso.. Sin titubeos, Montrovant dio un paso adelante, pasó las manos por la superficie de piedra y oprimió rápidamente una secuencia de muescas. La losa se hizo a un lado sin siquiera un chirrido, a pesar de pesar toneladas.

Se giró con una rápida sonrisa.

–Vi entrar antes a uno de los caballeros. Sabía que encontraría los pestillos si me fijaba bien. No pensé que necesitáramos una ruta de escape hasta que sentí lo que nos aguardaba fuera.

Otro misterio. Había habido puertas y pasadizos así en Jerusalén, pero Jeanne nunca había tenido ocasión de hablar del asunto, y desde luego aquel no era el momento adecuado.

Montrovant se lanzó hacia la oscuridad tras el portal y Jeanne le siguió a la carrera. Sintió a Gwendolyn a su lado, y se alegró de que así fuera. La piedra se cerró tras ellos como si dispusiera de un mecanismo de tiempo, y quedaron sumidos en la oscuridad total. La ausencia de luz calmó los nervios de le Duc, que sintió cómo la confianza regresaba poco a poco. Al frente podía sentir el movimiento del aire frío. ¿La libertad? ¿Felipe? Solo los siguientes instantes lo dirían.

_____ 19 _____

Más allá de las principales líneas de la batalla, el grueso del ejército de Felipe había comenzado a atrincherarse para el asedio. No había muchas esperanzas de que el tanteo inicial arrollara a los defensores de la fortaleza. Podían pasar días, incluso semanas, antes de que lograra atravesar las murallas y derribar las puertas. No importaba. El tiempo estaba de su parte; el tiempo, la sed, el hambre, todas las debilidades de la humanidad.

Las tiendas del rey se encontraban lejos del frente, y tras ellas se levantaba otra agrupación, de menor tamaño pero muy elegante para un viaje así. Las tiendas eran de color escarlata, y había tantos

sirvientes corriendo entre ellas como guardias vigilando el perímetro del campamento. Figuras con túnicas marrones aguardaban estoicas en la entrada, con armas que parecían tan fuera de lugar como los hombres que las portaban colgadas de los cinturones.

En la tienda central había tranquilamente sentada una figura alta y delgada, sumida en sus pensamientos. Toda su concentración estaba depositada en su propio interior. No podía permitir que la menor chispa de su verdadero yo escapara a las murallas de su control, pues debía conservar intacta y creíble su máscara de humanidad. Había presentes más enemigos que Jacques de Molay, y no podía tomar a la ligera a ninguno de ellos. Había sentido la muerte de Santos, el guardián, entre otros. El roce efímero y fantasmal de la vieja esencia de Kli Kodesh flotaba en las sombras, pero no llegaba a mostrarse claramente. No podía saber con seguridad si el anciano le detectaba a él o no. Era aún menos probable adivinar la posible reacción de Kodesh ante su presencia. De momento era mejor que nadie supiera que se encontraba allí, o eso pensaba.

Los monjes estaban siempre cerca, y sabían de su "condición". No podía viajar a la luz del día, pero necesitaba dormir. En ocasiones lo tenían que llevar a hombros, en otras en carro. Era una penitencia, o eso creían. Había viajado así cientos de kilómetros, y a cada momento crecía el peligro de la sospecha, multiplicándose los relatos sobre su devoción al Señor y a la Iglesia. Tendría que terminar pronto o marcharse; posiblemente eso fuera lo mejor: no podía dejar que se supiera la verdad.

Quería llamar a los otros, unirse a ellos. El camino le había traído añoranzas que no sabía que aún existieran, un deseo por el camino abierto y las estrellas brillando en el firmamento de tierras nuevas. Todo aquello llevaba muerto mucho en su interior, por lo que la llamada de la aventura y la carretera le hacía sentirse vivo. Sonrió al pensar en ello.

Las entradas de la tienda se abrieron y Bartholomew, uno de sus sirvientes, pasó. No habló, sino que dio un paso al frente, casi arrastrando la capucha de su túnica al inclinarse. En la mano sostenía un trozo de papel que situó a los pies de su maestro. Se retiró sin más palabras, sudando profusamente y respirando con dificultad.

Bajando la mirada, el delgado sacerdote leyó rápidamente el mensaje. Era la caligrafía audaz y arrogante de Felipe.

"Los tenemos atrapados como a ratas. Pronto, la Iglesia tendrá ocasión de purificarlos. Solicitamos vuestra bendición del próximo

asedio. Los hombres están inquietos, ya que la misma puede significar la diferencia entre días y semanas".

Como representante de la Iglesia era su deber otorgar la bendición. Debía sancionar el derramamiento de sangre en nombre de Dios, y el mensaje era el modo de Felipe de pedirle que la llevara a cabo esa misma noche. Había tiempo. Aún quedaban horas para que saliera el sol, y hacía mucho que no caminaba libremente entre los hombres. Otra emoción estúpida, lo sabía, pero que también le hacía sonreír.

Se puso en pie, tratando de mantener la concentración que le permitía conservar la guisa estoica y neutra que vestía en compañía mortal, un escudo contra la detección. Se dirigió con decisión hacia la entrada de la tienda y apartó a un lado la tela, saliendo al exterior. Los monjes le miraron sorprendidos antes de regresar a su vigilancia silenciosa. Había otros asuntos que requerían su atención.

Los dejó atrás y avanzó por el campamento. Su túnica de color rojo oscuro brillaba en la oscuridad como un líquido negruzco, y el susurro de la seda contra sus muslos al moverse era rítmico e hipnótico. Se desplazaba con una elegancia que hubiera avergonzado a un bailarín, y se dirigió directamente hacia la tienda de Felipe. No había motivo alguno para perder tiempo.

Se detuvo en el exterior, y al verlo los guardias entraron inmediatamente para avisar. En realidad, aunque respetaban a la Iglesia, el Obispo Euginio les ponía muy nerviosos. Éste sentía su miedo mientras trataban de ser el primero en anunciar su llegada... y en no ser el que tuviera que darle la bienvenida. Se deleitó con su pánico y se sorprendió ante lo mucho que disfrutaba de aquella sensación.

—Su Eminencia —dijo un joven y enorme espadachín, dando un paso adelante y arrodillándose con la cabeza inclinada.

La puerta de la tienda se abrió para dejar paso a sus ocupantes. Allí estaba Felipe, descansado del viaje y la batalla nocturna. Sus ojos estaban encendidos con la idea de la victoria tras una marcha tan larga y se sentía animado, sin duda con la ayuda del vino. Salió de la tienda y se arrodilló rápidamente, aunque no de forma reverente, tomando la mano del visitante para llevarla a sus labios.

—Os agradezco que hayáis venido —dijo—. Hoy es un gran día, o lo será cuando salga el sol. Será agradable afrontarlo con la bendición de nuestro Señor.

—No estoy seguro de cómo percibirá exactamente nuestro Señor

tanta violencia --respondió, poniendo fácilmente en pie a Felipe y siendo consciente de que el hombre se asombraba ante su fuerza--. Ofreceré mi bendición, a pesar de todo. Debemos acabar con esto lo antes posible.

--Estoy de acuerdo, Su Eminencia --respondió Felipe--. La guerra es mucho más agradable cuando la cantan los bardos que cuando uno la vive directamente. Estaré encantado de regresar a mi castillo con mi esposa, y de pasar unas cuantas semanas, o pude que años, decidiendo el destino de los ladrones de ganado.

--Hagamos esto. Que no se derrame más sangre sin las bendiciones e invocaciones adecuadas. Que ésta sea una batalla para los devotos y los justos.

--Por supuesto --dijo el rey secamente--. ¿Cómo podría desearlo de otro modo? De no ser por las atrocidades cometidas no me encontraría en modo alguno en tierras de Jacques de Molay, ni, estoy seguro, me vería en tan grata compañía.

Se volvió hacia el guardia que había visto llegar al visitante y le dio órdenes. El joven marchó precipitadamente a extender la noticia. Todos los que no estuvieran heridos o en la línea del frente debían reunirse.

Había sido una conversación breve, como era de esperar. Felipe estaba tan intimidado como los demás, tan incómodo como cualquiera. Atribuía su miedo a Dios, a los principios de la Iglesia y a la fe, a su crianza, a una vida dedicada a una fe que no solía dar nada a cambio. La Iglesia se estaba convirtiendo rápidamente en un agente del miedo, en otro camino hacia el poder para aquellos que no disfrutaban de sangre real.

Nada de eso importaría en los momentos siguientes. Lo que provocaba miedo por una parte podía inspirar grandeza por la otra. Bendeciría sus armas, pondría las palabras y el poder de Dios tras las muertes que causaran y marcharían a la batalla con el fulgor de la fe ardiendo en su mirada y en su brazo. Ya había ocurrido en las cruzadas, en las páginas e historias de la Biblia, retorcidas con el paso de los años.

Había visto muchas batallas así, demasiadas tragedias atribuidas a una fuerza luchando por el bien superior, como para poner ninguna fe en otros poderes que los suyos. Por fortuna, en todos los siglos de su vida, éstos nunca habían flaqueado.

Caminó con decisión entre las filas de los hombres de Felipe sin mirar a los lados, concentrándose en el espacio sobre las cabezas de

los que tenía enfrente. No necesitaba mirar a dónde se dirigía. Sus sentidos eran lo bastante agudos como para guiarle, y en cualquier caso los soldados se apartaban a su paso. Estaba convencido de que aquellos cretinos supersticiosos moverían tiendas y talarían árboles con tal de despejar el paso, si creían que eso ayudaría a sus almas en el camino al "Cielo".

A lo lejos podía oír los sonidos de la batalla. A su alrededor surgían pequeños fuegos, algunos con el aroma de la comida, otros encendidos para alejar a los insectos y ayudar a dar la sensación de un gran ejército que engañara a los defensores de la fortaleza.

Podía distinguir pequeñas figuras escabullándose en las almenas, sombras contra la pálida luz de la luna, las cercanas luces de las hogueras y el rojo profundo de los fuegos cerca de las máquinas de asedio, la brea que se arrojaría por encima de la muralla, pegándose a las paredes y a los hombres, convirtiéndolos en cenizas...

–Alabado sea el Señor –musitó.

–¿Qué, Padre? –preguntó un soldado cercano, revoloteando a su alrededor como un pájaro nervioso–. ¿Puedo ayudaros en algo? ¿Suced algo?

–Nada –dijo apartándolo a un lado y siguiendo la línea que se estaba formando. Se preguntaba si, después de todo, podría dar voz a las palabras vacías que debía decir para apaciguarlos. Ahí, en alguna parte, Montrovant y los otros aguardaban, buscando lo que no podía ser hallado. Había asuntos mucho más importantes que la inminente batalla o la vida de unos pocos caballeros, incluso la de un rey.

Felipe le indicó que debía acercarse y así lo hizo, aunque nada en sus ademanes sugería que era debido al deseo de estar cerca del monarca.

–¡Hay un gran mal en esta tierra! –gritó Felipe–. Una abominación para a ojos de nuestro Señor. Hombres que adoran ídolos, ignorando al Dios de sus padres y los padres de sus padres por la promesa de poderes impíos. Debemos poner fin a esto, expulsar a ese mal de vuelta a las tinieblas de las que surgió. Caminamos en las sombras del Señor. Actuamos en nombre de su Iglesia. Esta noche recibiremos su bendición definitiva y pronto, muy pronto, prevaleceremos en la tarea que se abre ante nosotros.

Se dio la vuelta y cerró los ojos antes de continuar.

–El Obispo Scarpocci administrará el sacramento.

Dando un paso al frente, Eugenio inclinó la cabeza y comenzó a rezar en voz alta y desapasionada. Todos los congregados agacharon

también la cabeza. El silencio se hizo rápido y completo, y sus palabras resonaron en las lejanas murallas de la fortaleza, pues tal era su poder. Eran palabras de alabanza, promesas de victoria y garantías de fuerza divina. Eran mentiras y engaños cuidadosamente elaborados, tejidos en las creencias que una vez habían hecho a los Templarios unirse a su causa.

_____ 20 _____

Kli Kodesh y Gustav hablaban en las sombras de una de las grandes tumbas. No habían contado con que Felipe fuese tan rápido, y afuera estaban sucediendo otras cosas que escapaban a sus planes.

A Gustav no le gustaban los planes que se salían de los confines cuidadosamente marcados, y aunque no podía sentir con precisión lo que sucedía, sabía que su maestro era perfectamente consciente de ello.

–Hay algo... alguien... con Felipe –dijo al fin–. No estoy seguro de quién se trata, pero es viejo, poderoso.

–Lo conozco –respondió impaciente Kli Kodesh– No nos dará problemas. Está aquí como emisario de la Iglesia.

–La Iglesia nunca ha sido nuestra amiga, y eso parece darle licencia para hacer lo mismo.

–Te aseguro que Eugenio no es una amenaza. Debemos sacar nuestra mercancía de aquí inmediatamente, esta misma noche. Montrovant puede estar distraído, pero no es idiota. Y hay que pensar en esa perra. Ya le habrá dicho que tenemos un plan.

Gustav miró largamente a su maestro, tratando de valorar lo que observaba en aquellos ojos viejos y grises. No creía que Gwendolyn hubiera escapado por sus propios medios. Tampoco creía que él pudiera haber hecho lo mismo. No respondió. No por primera vez, se vio obligado a sopesar su propia importancia en los planes del antiguo. No por primera vez se sintió muy desdichado con las conclusiones.

–Si Montrovant es consciente de nosotros –dijo al fin–, mover los tesoros sería hacer lo que desea. Si los dejamos aquí podríamos escapar, distrayéndole.

–Nos los llevaremos esta noche –respondió Kli Kodesh sin titubeos.

–Nos alcanzará.

–¿Le temes, Gustav? ¿Tienes tan poca fe en mí que crees que alguien tan joven puede tomar algo que yo no desee?

–No temo nada. Si lo hiciera, no te seguiría en tus eternas... diversiones.

Se produjo un momento de tenso silencio en el que podría haber sucedido cualquier cosa. Gustav esperó inmóvil a que Kli Kodesh decidiera su destino. El tiempo de los bailes y las estupideces había pasado, y todos se habían detenido al oír alzarse la voz de Gustav.

El rostro de Kli Kodesh se rompió en una incontenible carcajada. Cayó al suelo, doblándose por la mitad y dejando que su cabello de nieve se arrastrara. Temblaba de forma incontrolable mientras golpeaba violentamente la cabeza contra la tierra, como si tratara de sacudirse el humor del momento y recuperar el sentido.

Gustav no se movió. No era lo bastante insensato como para creer que el anciano era vulnerable en aquella postura, ni estaba dispuesto a retar un poder así con su vida como precio. Se quedó quieto mientras sus seguidores se reunían a su espalda, observando en silenciosa fascinación hasta que Kli Kodesh recuperó algo de control y se arrodilló, mirando sorprendido a su alrededor durante un instante. Sus ojos se aclararon repentinamente.

–Empaquétalo todo, Gustav. Nos vamos en menos de una hora.

No tenía sentido seguir discutiendo. Volviéndose en silencio, Gustav hizo un gesto a los demás para que comenzaran a mover la piedra de la entrada de la tumba. Algunos ya se acercaban con un pequeño carro tirado por caballos. Dentro había varias cajas de madera con bandas de acero. Estaban abiertas y vacías.

Kli Kodesh se echó hacia atrás y observó, aún temblando por el ataque de risa que le había robado el sentido hacía un instante. Atendía, pero su mente estaba muy lejos, rastreando, planeando posibilidades que solo él podía ver.

Eugenio no debería haber venido. Debería haberse quedado a salvo en su monasterio, donde era feliz. Debería ignorar la extraña búsqueda de su progenie y dejarle con sus diversiones, pero allí estaba. Debía tratarse de algo más que el deseo de ayudar a Montrovant. La llamada de la sangre era muy fuerte, pero los riesgos de exponer su posición eran inmensos. El Lasombra tenía demasiado que perder como para tratarse de un simple rescate de su progenie.

¿Qué era, entonces? Con el ceño fruncido, Kli Kodesh siguió concentrándose, observando la oscuridad que los rodeaba mientras

los Nosferatu embalaban rápidamente los contenidos de la tumba en el carro, preparando la marcha. Maldito Eugenio. ¿Qué *quería*?

* * *

Jeanne se esforzó por mantener el ritmo, con Gwendolyn avanzando fácilmente a su lado. Montrovant se había lanzado por una zona más clara frente a ellos, y pudo ver inmediatamente que se trataba de un umbral. La luz era la de la luna, y habían aparecido justo en el exterior de las murallas, en el lado opuesto al de Felipe y su ejército. A su derecha había un acantilado que caía casi vertical hacia la playa rocosa. Las olas que rompían contra la costa eran rítmicas e hipnóticas, pero Jeanne estaba concentrado en su sire.

El enorme vampiro se había detenido, girando la cabeza a un lado y a otro como si estuviera confuso. Jeanne expandió sus propios sentidos, buscando la posible causa. Sintió a otros, presencias poderosas. Una era conocida: Kli Kodesh. Había otra, sin embargo, dolorosamente familiar, y casi tan vieja. No podía ponerle nombre, pero al acercarse Montrovant lo hizo por él.

–Eugenio.

Jeanne titubeó, agarrando otra vez a Gwendolyn para mantenerla alejada. Tenía que estar seguro de que había oído bien, y debía saber cómo reaccionaría su sire. ¿Eugenio? ¿Allí? ¿Por qué, después de tanto tiempo, y qué significaba eso para ellos?

–Debemos movernos –dijo de repente Montrovant, volviéndose hacia ellos. Sus ojos ardían intensos–. Eugenio ha venido, y está con Felipe. No sé a qué viene esto, ni con qué razón, pero si estuviera aquí para ayudarnos hubiera dejado sentir su presencia mucho antes. De no ser mi sire no le hubiera reconocido. Su mente está fuertemente escudada.

–Kli Kodesh también está cerca –intervino Gwendolyn–. Puedo sentirlo. Está... inquieto... por algo.

Montrovant se detuvo un instante. Si Kli Kodesh estaba distraído, al parecer había otros cuyos planes se habían complicado con aquel giro de los acontecimientos. Se volvió sobre sus talones y corrió tan rápido en la noche que prácticamente desapareció antes de que Jeanne pudiera partir en su busca, maldiciendo.

Avanzaron por el borde del acantilado, trazando una línea recta que los alejaba directamente de la fortaleza. Los fuegos al otro lado brillaban alrededor de las murallas, marcando la silueta del castillo con

rosas y magentas contra el profundo cielo de ébano. De Molay y los otros no podrían resistir mucho tiempo. Parecía que los días de los Templarios estaban contados. Todos morirían, pero no el Oscuro.

Mientras salían del claro que rodeaba el castillo vieron un pequeño edificio de piedra a su izquierda. Una iglesia. Jeanne no estaba seguro de cómo lo sabía, pero el lugar tenía un aura extraña que le llamaba. Le hacía sentir frío, el frío y el vacío que el lugar había padecido los últimos cincuenta años. La mitad de las paredes había cedido al paso del tiempo, y las ventanas estaban abiertas y cubiertas de enredaderas. La pequeña torre que antaño albergó la campana estaba derruida, y la luna arrojaba sombras inquietantes.

Más allá había una puerta que se había desprendido de la valla que se descomponía a ambos lados, y fue allí por donde pasó Montrovant. No prestaba más atención a sus compañeros de la que daría a un insecto molesto que revoloteara por su cabeza, y por un instante Jeanne pensó en detenerse, parar a Gwendolyn y dejar que el insensato muriera. Sabía que eso resolvería muchos problemas, pero había otros peligros aún peores, y alguno podía acechar a su espalda. Aunque Kli Kodesh no estuviera interesado en acabar con ellos, con toda seguridad Eugenio no tenía su bienestar como principal preocupación. Aunque ninguno de los dos se preocupara por una pareja tan joven de vampiros, sin duda alguna necesitarían la fuerza y la habilidad de los tres para lograr sobrevivir.

Montrovant avanzaba ahora con más cautela. Jeanne se relajó un poco mientras él y Gwendolyn llegaban hasta su altura. No frenó el paso hasta que estuvo junto a su sire, ya que no quería que volviera a salir corriendo de repente, dejándolos atrás. Fuera lo que fuese lo que les aguardaba, todos participarían en ello. Gwendolyn parecía satisfecha con dejarle abrir la marcha, y le Duc agradecía que no le cuestionara. No había duda de que tenía derecho a hacerlo, pero en aquel momento solo hubiera servido para frenarlos.

La impresión de que no estaban solos crecía a cada instante. Jeanne podía sentir el peso de unos ojos atravesándolo por todas partes. Ignoró la sensación y se concentró en sentidos más prácticos: la vista, el oído... el tacto. Sabía que Montrovant, y también Gwendolyn, eran más capaces que él de detectar problemas, pero sus instintos eran diferentes. Los suyos eran los de un guerrero nato, sin la carga de un pensamiento cuidadoso o una planificación mezquina. Cosas que podrían no registrarse en la mente de Gwendolyn podían alertarle a él inmediatamente. Montrovant no podía confiar en no pasar

por alto una advertencia así. Para eso tenía a Jeanne.

Las tumbas que les rodeaban estaban derruidas y cubiertas de maleza, con pocas excepciones. Al parecer, quien cuidaba el cementerio había abandonado hacía mucho su responsabilidad. Algunos monumentos estaban lo bastante despejados como para leer las inscripciones. Parecía que los que no dejaban familia no tenían a nadie para mantener su tumba... ni para llorar su pérdida en aquel lugar desolado.

—¿Dónde están? —preguntó al fin Gwendolyn—. Puedo sentirlos. Kli Kodesh, los otros, pero no sé desde dónde nos observan.

—Estamos rodeados —respondió Montrovant—, pero es un engaño. Se pretende que nos concentremos en el peligro inminente de los que han dejado atrás mientras los demás huyen con lo que buscamos. Nos rodean para confundir nuestros sentidos. El resto está moviéndose... aquí.

Se volvió repentinamente y señaló la línea quebrada del acantilado. Jeanne frunció el ceño. En aquella dirección la caída hacia el océano era aún más empinada y cruel que la que había junto a la muralla. El acceso desde allí era imposible para una fuerza invasora, y casi para un solo hombre con talento. No representaban un gran reto para alguien como Kli Kodesh, pero, ¿cómo esperaba escapar una vez descendiera? Algo no marchaba bien.

—Es otro truco —exclamó de repente Jeanne—. No hay razón para que se arriesguen a que los alcancemos en el acantilado, y no pueden escapar con un cargamento importante si no piensan destruirnos aquí.

Montrovant se giró, sorprendido, pero asintió. Se concentró y sonrió.

—Si planean aniquilarnos, será el propio Kli Kodesh el que tenga que hacer el trabajo. Entre ellos no hay otro lo bastante poderoso.

—Entonces Gustav no está aquí —dijo Gwendolyn—. Ya era viejo en la Sangre cuando bebió de mi sire. Estaba con él cuando escapé.

Montrovant volvió a asentir. El antiguo Nosferatu no se encontraba en las cercanías, y esa era razón suficiente para creer que Jeanne tenía razón. Se estaba desplazando en otra dirección, escudaban sus movimientos de algún modo.

—Podemos sentarnos y esperar a ver lo que nos han preparado —dijo Montrovant—, o intentar ser más listos y seguir a Gustav.

—No tengo estómago para esperar —respondió Jeanne.

—Quiero marcharme de aquí —aceptó Gwendolyn—. Me están volviendo loca, y me queda mucha eternidad por delante como para

afrontarla sin mi buen juicio.

Montrovant sonrió. Jeanne sabía que nunca había pensado en darles una verdadera elección. Probablemente se estuviera concentrando, tratando de determinar adonde podía haber ido Gustav. Él solo sentía una masa confusa con una poderosa señal a su izquierda. Esa señal era la de Kli Kodesh, y entonces supo lo que debía hacer.

—Es el anciano el que los escuda --gritó—. Está desplazándose alrededor del flanco del ejército de Felipe.

Maldiciendo, Montrovant saltó a la acción, corriendo hacia Kli Kodesh a tal velocidad que desapareció antes de que sus dos compañeros pudieran reaccionar. Le siguieron lo mejor que pudieron, pero ni habiendo estado preparados podían superar la pasión y la velocidad del Oscuro. Se oyó un grito en las sombras, una maldición.

Jeanne se acercó y se detuvo. Montrovant estaba de rodillas, temblando en su esfuerzo por ponerse en pie. La furia y el odio brillaban en sus ojos, que ardían como carbones encendidos.

Sobre él se encontraba Kli Kodesh con una mano extendida y la palma hacia abajo, como si apretara físicamente a su rival contra el suelo. La mirada del anciano refulgía, pero con la locura y la risa, no con furia.

—¡No! --gritó Gwendolyn. Jeanne se acercó a ella, pero de nuevo fue demasiado lento. La mujer saltó aullando de ira y atacó los ojos de su sire con las manos convertidas en garras. Kli Kodesh alzó la mirada, entre confuso y contento. Sus ojos se encontraron y Gwendolyn cayó al suelo, cediendo sus piernas y acabando con la cara aplastada contra el suelo húmedo. Avanzó hacia ella, con su sonrisa reemplazada por una mueca furiosa. Olvidó a Montrovant durante un instante.

Jeanne vio al Oscuro prepararse para saltar y lanzarse a la refriega. Sabía que era un gesto insensato y probablemente fatal, pero era incapaz de detenerse. Su sire no tenía posibilidad alguna contra alguien de tal poder, pero si quería tener una oportunidad de probarlo necesitaba una distracción.

—Déjala --gritó le Duc mientras saltaba de las sombras—. Déjala y enfréntate a mí, viejo. Ya me he cansado de tus malditos juegos.

Tenía la espada en la mano, aunque no recordaba haberla desenvainado, y la rabia fluyó por su venas apagando todo pensamiento racional. Aquel loco sonriente había jugado con ellos una y otra vez, y ahora estaba allí burlándose, controlándolos como a los

títeres de un espectáculo. Era intolerable.

Trazó un amplio arco con la espada, apuntando a la garganta de Kli Kodesh. Por supuesto, no alcanzó su objetivo, pero al menos el antiguo había dejado de avanzar hacia Gwendolyn. Una enorme sombra se materializó a la derecha, chocando contra el vampiro y derribándolo. Jeanne tiró la espada a un lado y saltó sobre ellos. Montrovant no podría contenerlo, pero, ¿y los tres? ¿Qué sucedería?

Cayó sobre la montaña de huesos y músculos y logró distinguir el cabello oscuro de su sire, agitándose salvaje en el viento de la noche. Aferró las piernas de Kli Kodesh y las apretó, rezando por que Montrovant tuviera en mente algo más que atacar y morir. Gwendolyn estaba a su lado, agarrando uno de los brazos del poderoso vampiro.

Alzando la mirada, Jeanne pudo ver que Montrovant tenía la garganta de Kli Kodesh agarrada entre los dedos, y que estaba sujetando firmemente la cabeza del anciano contra el suelo.

--¿Dónde está? --gritó--. ¿Dónde se lo han llevado? Respóndeme, o por todo lo que es sagrado tu sangre será derramada por última vez esta noche.

El viejo dejó de repente de luchar, pero ninguno aflojó su presa. Jeanne sabía que era demasiado fácil; momentos después, cuando las emociones de su cautivo volvieron a cambiar y se convirtieron en un ataque de risa, supo la verdad: no eran más que los juguetes de un loco.

Montrovant se enfureció aún más ante las risas de Kli Kodesh. Éste se retorció a un lado y a otro, golpeando el suelo con las manos a pesar de tener un brazo sujeto por Gwendolyn, y pateando a pesar de la fuerza que ejercía Jeanne.

Mientras la bruma rojiza se levantaba poco a poco de su mente, le Duc supo que no estaban solos. Los Nosferatu. Montrovant no les había prestado más atención que a una bandada de insectos, pero Jeanne se puso en pie buscando su espada y alzándola para defenderse. Gwendolyn también se incorporó, pero no hizo nada por atacar o protegerse. Miraba con frialdad a la banda etérea y desfigurada que les rodeaba poco a poco.

Entonces, sin esfuerzo aparente, Kli Kodesh puso las manos sobre el suelo y se incorporó, a pesar de los esfuerzos de Montrovant, encontrando el equilibrio. El joven vampiro no liberó su presa y los dos se quedaron quietos; el anciano sonreía ante la cara de su enemigo, que mostraba tal furia que Jeanne temió que hubiera perdido la razón.

Con un violento esfuerzo, Montrovant levantó a Kli Kodesh del

suelo y lo arrojó a un lado, aplastándolo contra el muro de piedra de una tumba. Sorprendido, el anciano volvió a ponerse en pie y se limpió el polvo tranquilamente mientras el Oscuro se acercaba a él una vez más.

–Sabrás que estás perdiendo el tiempo --dijo Kli Kodesh--. Me he llevado los tesoros de aquí con Gustav, y si no lo alcanzas antes del amanecer será demasiado tarde.

Montrovant se detuvo y se quedó inmóvil. Jeanne podía sentir las emociones luchando en la mente de su sire. Otra persecución, más mentiras probablemente, y aquel loco sonriente burlándose de ellos. Tentaba a Montrovant con una pieza tras otra del rompecabezas, pero el antiguo tallaba nuevos enigmas constantemente.

–¿Por qué debería creerte, viejo? --respondió al fin Montrovant--. ¿Por qué, después de enviarme por dos veces a una destrucción casi segura, en ambas para distraer a tus enemigos y conseguir un poco de enfermiza diversión para tu mente pútrida y caduca? Dime por qué deben a creerte, porque todos mis instintos me dicen que mientes una vez más, y estoy harto de que jueguen conmigo.

–Así sea --dijo Kli Kodesh, aún sonriente--. ¿Te quedarás y amenazarás mi existencia? ¿Rodeado como estás, poderoso como soy, prefieres no conseguir matarme a perseguir tus sueños? Esperaba mucho más de ti, mucho más. Tengo que decir que me siento un tanto defraudado, Oscuro. --En aquellos labios viejos y burlones el nombre parecía vacío. Era evidente que los dos habían visto tinieblas más profundas.

De repente se produjo una agitación entre los Nosferatu, y tanto Kli Kodesh como Montrovant se volvieron hacia el anillo exterior, como si hubieran oído algo muy a lo lejos. Momentos después oyeron acercarse el crujido constante de las ruedas de un carro, acompañado por el ruido de pisadas. Muchas pisadas. Los Nosferatu regresaron a las sombras y Jeanne pudo sentir su miedo, aunque en aquel momento no conocía la naturaleza del peligro.

Montrovant se quedó como una estatua, esperando. El anciano estaba junto a él, a pocos metros, y por primera vez desde su primer encuentro en Jerusalén, Jeanne vio una expresión de asombro en sus rasgos impassibles.

Una figura alta y delgada avanzó entre las tumbas, y a su espalda caminaba un grupo de monjes. A medida que se acercaba, el hombre se quitó la capucha y dejó que su largo cabello flotara al viento, mostrando una mirada brillante.

–Euginio –dijo Montrovant apenas sin voz–. ¿Que...?

–Creía que ya era hora de acercarme a ver en persona lo que estaba sucediendo –tronó la voz del Obispo Scarpocci–. Veo que hay más fuerzas involucradas aquí de las que se me hicieron creer.

Kli Kodesh volvió a sonreír y avanzó unos pasos. Jeanne podía sentir el poder que emanaba del recién llegado, la llamada de la sangre que le atraía con más fuerza incluso que Montrovant.

–Esto sí que es divertido –cacareó Kli Kodesh–. Mejor incluso de lo que había planeado. Vosotros dos, aquí, juntos. Hilarante.

–Ya ves –respondió Euginio–; sabía que no podrías resistirte a involucrarte en todo esto. Sabía que te encontraría aquí, y en ese caso que también encontraría lo que busca Montrovant.

Kli Kodesh volvió a sonreír.

–Has encontrado a tu cachorro –dijo ignorando a Montrovant como haría con un niño–, pero eso es todo. No hay tesoros para ti aquí, ni griales ni reliquias, obispo. Más te valdría volver corriendo a tu prisión de piedra y dedicarte a cosas que comprendas.

Montrovant volvió a avanzar hacia Kli Kodesh, pero el Obispo Scarpocci alzó de nuevo la mano y le indicó que se retirara. Con una sonrisa que igualaba a la del loco hizo una señal a sus seguidores, que avanzaron lentamente. Volvieron a oírse las ruedas.

Un instante después apareció el carro. En el asiento del carretero, encadenado, se sentaba una figura con túnica.

Jeanne observó el carromato y se volvió primero hacia Euginio, después hacia Kli Kodesh. Éste había quedado en silencio, abriendo la boca atónito. Alcanzó a pronunciar una única palabra.

–Gustav.

–La diversión acaba de empezar –dijo Euginio.

_____ 21 _____

Jacques se tambaleaba por el salón principal de su fortaleza. Había gritos por todas partes, mujeres sollozando en las esquinas y jóvenes corriendo de un lado a otro, gimoteando asustados. Sus hombres defendían las murallas, aunque a duras penas. Felipe había redoblado sus ataques, y Jacques supo que sus horas estaban contadas. Su mente se encogió al recordar los acontecimientos. Había

tantas cosas que podía haber hecho de otro modo... tantos a los que no tenía porqué haber arrastrado con él...

Ahora vagaba, chocando contra las paredes y maldiciendo, hacia sus aposentos. No había nada más que hacer. Se sentaría en su silla, la misma que había usado durante décadas. Se serviría una gran copa de vino, y otra, y seguiría hasta que no quedara nada de su mente. Sin dolor. Sin imágenes de hombres ardiendo, cayendo de las almenas de la fortaleza tratando de combatir a un rey que luchaba con la misma Iglesia a su espalda a la que Jacques había jurado defender. Sin miradas acusadoras, sin gritos de miedo. Vino rojo para lavar la sangre roja que manchaba sus manos.

Subió dando tumbos por las escaleras. Hasta que no estuvo a punto de alcanzar el último escalón no sintió una mano fuerte en su hombro, empujándolo hacia atrás. Se inclinó hacia delante para conservar el equilibrio y no caer escaleras abajo, pero el movimiento le hizo desplomarse. El dolor y la furia ardieron de repente, barriendo la melancolía que le había poseído segundos antes.

–Maldito seas, yo... –Se volvió y se quedó en silencio. Louis estaba allí, con una mano en su hombro, mirándole con tal reproche y desdén que perdió su coraje en un instante.

–Tiene que terminar, Jacques. No podemos escabullimos para ahogar nuestras penas mientras esta gente, que confía en nosotros, muere. Por el Dios en el que aún creo, no dejaré que suceda.

Jacques no respondió inmediatamente, por lo que Louis le sacudió insistente.

»¿Me oyes? Debemos hacer algo... ahora, en este mismo instante.

–¿Y qué quieres que haga, Louis? –preguntó, liberándose de la mano y volviéndose para encararse con él– ¿Quieres que me lance contra las hordas de atacantes y que las venza con la fuerza de mi brazo y el coraje de mi corazón? ¿Harás que intervenga Dios? ¿Crees que debo pedirle ese favor? ¿Qué piensas que puedo hacer para arreglar las cosas? ¡Dímelo ahora, que estoy sin palabras y sin ideas!

La reacción de Louis fue repentina y violenta. Jacques apenas tuvo tiempo de comprender que su amigo armaba el puño antes de que el golpe en la mandíbula lo lanzara hacia atrás. Agitó los brazos como pudo para recuperar el equilibrio, pero era demasiado tarde. Cayó sobre las escaleras con enorme fuerza, golpeándose la cabeza contra la pared. Antes de que pudiera gritar Louis estaba sobre él, aferrándole la garganta.

--Maldito seas --gruñó de Chaunvier con la mirada ardiente--. Te vas a levantar y vas a venir conmigo a buscar un modo de poner fin a todo esto. Te he seguido, te he escuchado y es posible que te haya dado el control de mi alma a ti y al demonio que guardabas abajo. No te veré arrastrar a otros por el mismo camino para que puedas pasar tus últimas horas agarrado a una botella, llorando en tu cuarto. Te defenderás como un hombre, o te mataré aquí mismo y le ahorraré el esfuerzo a Felipe.

Jacques parpadeó confuso, y entonces su mirada se aclaró. Se puso en pie temblando, con Louis aún sujetándole del brazo, esperando una respuesta.

--Tienes razón, por supuesto --dijo apartando la mano de su amigo--. No tengo derecho a rendirme, aunque mi alma esté condenada. Es posible que sea el momento de que tú y yo le hagamos una visita a Felipe, o de que le demos la bienvenida en nuestros salones.

--¿Te arrepentirás? --preguntó Louis.

Jacques le devolvió la mirada. --No. He fallado en mi búsqueda, pero eso no cambia la pérdida de mi convicción. Con criaturas como Santos en el mundo, ¿cómo tener fe en poderes superiores?

--Esa es la diferencia entre nosotros, Jacques --replicó Louis--. Con criaturas como Santos sueltas por el mundo, no podemos sino rezar a poderes superiores.

De Molay palmeó la espalda de su amigo y sonrió por primera vez en tanto tiempo que le pareció un gesto extraño. Empezó a bajar las escaleras, pidiendo a gritos su armadura y su espada. Louis marchaba tras él. Eran caballeros y sabían cómo resolver mejor la situación: juntos, con las espadas desenvainadas y la mente libre de toda preocupación. Si lo hubieran recordado antes, era posible que no se hubieran visto arrastrados a aquella oscuridad.

* * *

El aire parecía cargado de energía. Caballeros y sirvientes corrían alocados por todas partes, reuniendo armas y calzándose la armadura. Jacques los había llamado a todos al patio, y corrían numerosos rumores sobre lo que planeaba. Algunos pensaban que de Molay ordenaría un ataque, sacrificando sus vidas en un loco asalto final. Otros creían que se rendiría y que se pondría a merced de Felipe. También había quien creía que había encontrado un modo de

evitar al ejército que aguardaba en sus puertas, y que lograrían escapar para luchar otro día.

Algo era cierto: iba a actuar. Esa era la mejor noticia que habían oído desde la llegada del edicto de Felipe. No había nuevos rumores sobre extraños en las catacumbas de la fortaleza, pero se decía que las cosas habían cambiado. También era evidente que su señor no había regresado a los niveles inferiores. No se hablaba más de diablos o de magia negra. Jacques se movía como un poseso, pero estaba alimentado por el espíritu de los Templarios, y ese era un espíritu familiar.

La mayoría se reunió en el exterior en un tiempo sorprendentemente breve, y Jacques no perdió un instante. Saltó sobre un carro para que todos pudieran verle y alzó las manos pidiendo silencio. En aquel momento, observando a los demás desde arriba, parecía todo un señor Templario. Vestía su armadura completa y sus ojos irradiaban fuego: era el Jacques de Molay de siempre.

–Os he reunido aquí para daros una última elección –gritó–. Os he llevado a una situación que podría costaros vuestras vidas, y lo lamento. No cambiaría nada de lo que he hecho, salvo que habría repetido todos y cada uno de los pasos yo solo. Os he causado un gran pesar, y por ello espero que vosotros, y Dios, podáis perdonarme.

Se produjo un murmullo, pero murió rápidamente cuando siguió hablando.

–Felipe aguarda tras esas puertas. La Iglesia está tras él, dispuesta a dar muerte a aquellos que no renuncien a los votos por los que hemos jurado vivir. Ha proclamado al mundo que todos nosotros, todo lo que defendemos, es oscuro y malvado. Ha dicho que somos servidores de Satanás, y por ello él y sus seguidores han declarado que debemos arrepentimos o morir.

Hizo una pausa, observando a todos los reunidos en silencio, escrutando sus caras.

–No tomaré esa decisión por nadie. Nuestra orden no morirá aquí hoy. Sabéis que nos extendemos más allá del control de Felipe, más allá de cualquier frontera impuesta por el Papa. Hay lugares a los que podemos ir, modos de continuar con el servicio que hemos iniciado. Os ofrezco esos caminos. Podéis marchar y renunciar a la orden, renunciar a mí, y salvar vuestras vidas. No fue vuestra elección ponerla en peligro, pero haré que sí lo sea el conservarla.

–¿Qué hay de vos? –gritó un caballero alto desde las escaleras que conducían de vuelta a la fortaleza–. ¿Qué haréis?

–Mi tiempo aquí ha terminado –declaró estoico–. Felipe no aceptará mi arrepentimiento aunque se lo ofreciera, lo que no haré. He vivido demasiado de este modo, y he quemado demasiados puentes a mi paso. No os diré todas las cosas que he hecho, ni las que he visto. –Pasó la mirada entre sus filas rápidamente, como si esperara algún reto a sus palabras–. Solo diré esto: en nuestro mundo hay mucho más de lo que alcanza la mirada de Felipe, o incluso la de la Iglesia. No dejéis que os cierren los ojos. Partid como hombres libres y encontrad a vuestras familias, vuestros hogares. Mantened nuestros secretos vivos en el mundo. Demasiados grandes hombres me han precedido como para permitir que todo termine aquí.

El murmullo creció rápidamente, y Louis de Chaunvier subió al carro para situarse junto a Jacques.

–Yo también me quedaré –gritó–. El que quiera resistir con nosotros como hermanos puede quedarse. Este mismo día enviaremos un mensaje a Felipe para que deje partir en paz a los que deseen arrepentirse. Sabed esto: si permanecéis con nosotros, vuestras vidas estarán en peligro. Felipe nos quemará en la hoguera, pues no tiene otra opción. Los secuaces de Roma revolotean a su alrededor como insectos esperando su turno para alimentarse de un resto putrefacto. Habrá torturas, dolor y muertes espantosas.

Pequeños grupos comenzaron a separarse. Jacques permaneció impassible viendo cómo muchos marchaban hacia la fortaleza, algunos para recoger sus pertenencias y otros para tomar sus armas con la esperanza de morir limpiamente antes de que Felipe los capturara y los quemara vivos. Nada más podía decir. Su futuro estaba en las sombras que brillaban a la luz de las hogueras, real como las propias murallas del castillo. Lo oía en el entrechocar de las armas y en los gritos de un enemigo al que una vez había llamado hermano.

Louis volvió a ponerle la mano en la espalda.

–Iré a organizar a los que se marchan. Necesitarán las provisiones más que nosotros, y creó que no será fácil conseguir que salgan de aquí en calma.

Jacques asintió. No tenía palabras, pero logró formar una última pregunta.

–¿Dónde crees que está, Louis?

–¿Felipe?

–Montrovan. El Oscuro. Estuvo aquí cuando más le necesitamos, pero ahora no parece más que un sueño. ¿Crees que aún nos vigila? ¿Crees que aprueba lo que hacemos?

Louis pensó un largo tiempo en la pregunta y luego se encogió de hombros.

–No parecía juzgarnos, Jacques, solo advertirnos. Ésta no es su lucha, ya no. Deberíamos agradecerle que haya llegado a tiempo para devolvernos nuestras almas.

–¿Lo hizo? –Se dio la vuelta y se dirigió hacia los establos, con los hombros erguidos y el paso firme. No volvió la vista atrás.

Louis lo vio marchar y se volvió hacia el caballero más cercano, dándole órdenes para que enviara un mensajero a Felipe y reuniera lo que quedaba de los suministros. Tendrían que empaquetarlos y distribuirlos rápidamente, o sería demasiado tarde. Una vez Felipe tomara la fortaleza todos estarían condenados, y no era probable, aunque estuviera dispuesto a perdonar la vida de los "arrepentidos", que fuera generoso con la comida, las medicinas y otros suministros. Sus hombres llevaban demasiado tiempo lejos de sus casas.

A lo lejos pudo oír el ruido de caballos y los gritos del ejercito invasor. Pensó que era una buena noche para morir.

22

Jeanne vio a Kli Kodesh observar el carro durante un largo tiempo, sin buscar la mirada de Gustav. En su ademán no se advertía la derrota. Comenzó a pensar rápidamente en las posibilidades. ¿Qué más podía haber planeado? Los Nosferatu que había reunido a su alrededor, con Gustav encadenado, no eran rival para Eugenio, o para Montrovant, ya puestos. Kli Kodesh podía destruirlos personalmente a todos, pero no sin un precio, y no sin arriesgarse a ser vencido. Estaba protegido de la muerte definitiva por su maldición, pero no así su sangre. Jeanne podía sentir su atracción, y era consciente de que el potencial que corría por sus viejas venas llamaba a Montrovant y al obispo con más fuerza todavía.

–Ya veremos lo que tenemos y lo que no –dijo Eugenio. Hizo un gesto a los monjes reunidos a su espalda, que se acercaron al carro. Gustav los miró, pero no podía hacer nada por impedirles registrar, y lo sabía. Jeanne observaba fascinado.

Kli Kodesh no hizo movimiento alguno para interrumpir las órdenes del obispo, lo que resultaba extraño. Algo inquietaba a

Jeanne, algo que pasaban por alto.

Los monjes retiraron el lienzo que cubría el carro para revelar un gran cofre de madera. Montrovant avanzó de repente, saltando sobre el carromato y apartando a los monjes. Éstos no se resistieron, escabullándose en todas direcciones. Eugenio no dijo una palabra, y se limitó a mirar.

Montrovant no titubeó. Cogió la tapa del cofre y, aunque estaba bien cerrada, tiró de ella hasta que la sacó de sus goznes. Se quedó allí un largo instante, observando los contenidos del cofre. Jeanne estaba desesperado por saber lo que había dentro, pero sabía que no era recomendable interrumpir el instante.

Montrovant metió la mano en la caja y sacó una larga y gruesa cadena de oro puro, bajo sus dedos apretados colgaba una delicada cruz a la luz de la luna. Era antigua, y había algo más. Jeanne podía sentir un poder emanando de su interior, una presencia. Montrovant la sostuvo largo rato y la devolvió con disgusto a la caja. Saltó a tierra y se dirigió a Eugenio.

—No está aquí.

—¿Qué no está aquí? ¿A qué te refieres?

—Me refiero a que hemos capturado el tesoro equivocado. Hay objetos poderosos en ese cofre, cosas que dudo que algún mortal haya sostenido o sentido desde hace cientos de años, pero no está el Grial.

Eugenio se volvió hacia Kli Kodesh, que los miraba con una sonrisa burlona.

—¿De verdad creíais que enviaría algo así con la protección de uno solo, aunque sea Gustav? ¿Pensabais que lo iba a entregar tan fácilmente?

—¿Dónde está? —gruñó Montrovant— ¿Qué has hecho con él?

—¿Qué te hace pensar que lo tuve alguna vez? —respondió Kli Kodesh—. En realidad, ¿qué te hace creer que lo que buscas es una copa? ¿Qué te hace creer que el recipiente que contuvo la sangre que buscas era algo tan sencillo?

—Hablas con acertijos —interrumpió Montrovant, de nuevo lleno de furia. Dio un paso hacia el antiguo antes de recuperar el control—. Estoy *cansado* de tus juegos.

Jeanne apenas escuchaba aquella conversación. Había algo esperando a formarse en su mente que era importante, pero para comprenderlo tenía que aislarse del entorno. Gwendolyn había notado su concentración y se había acercado a él, escudándolo de Kli

Kodesh. Le Duc no comprendía el sentido de aquel gesto inútil, pero al verlo perdió cualquier reserva que pudiera quedarle hacia su compañera de viaje. No sería de ninguna ayuda contra su sire, pero no porque no le odiara.

La comprensión llegó con la sutileza de una estampida de caballos salvajes. Los otros. Había olvidado por completo a los que escalaban las paredes del acantilado para llegar al océano. Tanto él como Montrovant habían estado tan seguros de que aquel grupo era un señuelo que lo había apartado de su mente. El amanecer no estaba lejos, y no quedaba mucho tiempo para actuar.

–¡Barcas! –gritó antes de que pudiera temprar su reacción con precaución. Montrovant se volvió hacia él, dispuesto a liberar su frustración hacia Kli Kodesh en alguien menos poderoso, pero algo en aquella palabra le alcanzó. Jeanne vio la luz de la comprensión en la expresión de su sire, y el rostro confundido de Eugenio.

–Los acantilados, maldito seas –escupió Montrovant a Kli Kodesh–. ¡Lo enviaste a los acantilados!

El Oscuro saltó hacia las sombras, pero Kli Kodesh era más rápido. Jeanne supo inmediatamente que tenía razón. Sus planes habían sido desvelados, y el antiguo no estaba dispuesto a permitir que fueran desbaratados por Montrovant o por nadie. Los dos cayeron enredados por segunda vez aquella noche, pero Eugenio se lanzó hacia ellos y los separó.

–¿Te atreves a retarme? –espetó Kli Kodesh.

Eugenio metió la mano en su túnica y sacó un pequeño pendiente. Era un símbolo egipcio, un *ankh*. Lo sostuvo frente a él y comenzó a cantar en un lenguaje que Jeanne no comprendía. La luz en los ojos de Kli Kodesh pasó de la furia a la preocupación, y comenzó a retirarse.

Montrovant no titubeó. Saltó hacia los acantilados, y sin una mirada atrás Jeanne partió tras él. Sabía que Gwendolyn también estaba a su lado, pero no podía detenerse a comprobar si mantenía su ritmo. Tras ellos el cántico proseguía, y pudo oír a Kli Kodesh responder con maldiciones propias y extrañas frases ininteligibles. El poder que había inundado la zona era asombroso, y estaba más allá de cualquier cosa que Jeanne hubiera experimentado jamás, aun en presencia de Santos.

No sabía por cuánto tiempo podría contener Eugenio al anciano, pero dentro de poco no importaría. Tendrían la cabeza de los Nosferatu en los acantilados o ya sería demasiado tarde. Llegados a

ese punto, poco habría que Kli Kodesh pudiera hacer para detenerlos. Podía seguirles y acabar con ellos, pero ya sabrían si estaban o no en lo cierto.

A Jeanne no le importaba tanto el Grial como a Montrovant, pero estaba comenzando a sentir su misma fiebre. Nunca antes le había parecido tan real como en aquel instante, y las implicaciones, incluso para alguien ajeno a los asuntos de la Iglesia, eran inmensas. Había visto el poder de otros objetos, y sus sentidos agudizados le concedían la capacidad de percibir la fuerza que la fe podía dar a un mortal. ¿Cuál sería el poder, el aura de un objeto tan prodigioso como el Grial? ¿Qué quería decir Kli Kodesh al preguntar a Montrovant si sabía que era una copa lo que había contenido la sangre que buscaban?

Demasiadas preguntas, y ninguna tan importante como mantener el paso de su sire, que devoraba la distancia como una tormenta. No prestaba atención a sus seguidores, ni parecía reparar en el terreno que atravesaba. Se dirigía directamente hacia los acantilados, y Jeanne comenzaba a temer que desapareciera de la vista antes incluso de que Gwendolyn y él llegaran hasta el borde.

Al llegar a su destino, Montrovant no titubeó. Saltó al cielo nocturno y forzó la transformación, extendiendo los brazos y agitándolos mientras se convertía y las alas apergaminadas le mantenían en el aire. Trazó un círculo antes de caer en picado.

Jeanne carecía de aquella capacidad. Observó el precipicio y las olas que rompían abajo. No había señal alguna de un barco, y no detectaba movimiento en la pequeña costa arenosa. Nada.

Gwendolyn apareció junto a él, apartándolo del borde del acantilado. Se separó de ella enfadado.

—Montrovant está ahí abajo —gruñó—, y si no encontramos un modo de seguirle enseguida se marchará.

—No irá lejos —dijo ella con urgencia—. Algo está sucediendo en la fortaleza, algo importante. Kli Kodesh ha dejado atrás al obispo y a los otros, que también se están marchando. Todos se dirigen al castillo de de Molay.

—¿Qué significa eso? —preguntó—. ¿Por qué iban a regresar allí?

—No lo sé —respondió Gwendolyn—, pero no siento a ninguno de los otros. Si los Nosferatu estuvieron aquí, encontraron hace mucho un modo de escapar. No podremos alcanzarlos antes de que amanezca.

Jeanne se inclinó para observar el fondo del acantilado, pero seguía sin ver nada. Extendió sus sentidos buscando al Oscuro, y no

detectó más que un breve destello de la esencia de su sire, alejándose a toda velocidad en lo alto.

–Esperaré aquí su regreso. Después marcharemos a la fortaleza para ver qué sucede.

–Esperaré contigo, pero el amanecer no tardará en llegar. No puedes quedarte mucho más. Montrovant volverá con o sin lo que busca, y se procurará cobijo. Lleva vivo mucho más que yo, y debemos confiar en que sepa cuidar de sí mismo.

–Está la tumba --respondió Jeanne--. Podemos regresar a la tumba y esperar. Antes o después acudirá allí, aunque solo sea para descubrir qué ocurrió entre Euginio y Kli Kodesh.

Gwendolyn asintió y se volvió hacia el mar, siguiendo la mirada de su compañero sobre las olas. Jeanne la observó y se preguntó cuánto sabría, cuánto podía ver y sentir que quedara más allá de sus propias habilidades. La mujer inclinó la cabeza como si escuchara un sonido muy lejano, pero guardó silencio.

* * *

Felipe había enviado miembros de su guardia personal en busca del Obispo Euginio Scarpocci en cuanto los mensajeros llegaron de la fortaleza, pero no daban con él. No importaba. Después de tanto tiempo en la carretera, de tantos días de marcha y de noches en tiendas frías y húmedas comiendo bazofia, estaba a punto de vencer. La Iglesia era parte de su victoria y quería que el obispo estuviera allí para que presenciara y bendijera su triunfo, pero no podía esperar indefinidamente. Habría mucho tiempo la noche siguiente, cuando la "condición" de Scarpocci le permitiera salir de su tienda para los rezos y plegarias. Quizá fuera adecuado que aquella noche fuera solo suya.

Los mensajeros, dos jóvenes caballeros apenas con edad para cabalgar y llevar una espada, estaban sobre sus monturas temblando de miedo. Los dejó así para saborear el momento. No tenía intención de hacerles daño ni planeaba una carnicería contra los ocupantes de la fortaleza, pero no había razón para decirlo en aquel momento. No había duda de que su reputación le precedía, y disfrutaba del pánico de los jóvenes.

Decidió que ya había esperado suficiente. Hizo una señal a uno de los guardias, que indicó a los dos caballeros que avanzaran. El rey aguardó a que reunieran coraje para hablar. No lo hicieron inmediatamente, ya que vigilaban temerosos a los soldados armados a

sus costados. Al final, el mayor de los dos alzó la mirada hacia Felipe.

–Su alteza –comenzó, con voz aguda y temblorosa–. Jacques de Molay, Gran Maestro de la Orden de los Caballeros Mendigos del Templo de Salomón, me ha solicitado que os transmita la siguiente petición. Desea abrir las puertas de su fortaleza y permitir que partan los que sienten la necesidad de arrepentirse, como habéis ordenado. También solicita que, en tal caso, no caiga castigo alguno sobre estos liberados.

–Ningún daño caerá sobre hombre alguno que se arrepienta de sus pecados en nombre de Dios y que jure lealtad a la Madre Roma –respondió grandilocuente el rey– Regresad con vuestra respuesta, pero añadid lo siguiente. Decidle a Jacques de Molay que se perdonará la vida de todos los arrepentidos, pero no la de los que permanezcan dentro. Decidle que descubriremos la verdad que hay tras las historias sobre su maldad, y que el Señor tendrá su venganza. No hemos venido en mi nombre, sino en el del Dios, y no toleraremos que obra alguna de Satanás florezca en tierras que me tengan como soberano.

La cabeza del segundo caballero se alzó ante estas palabras, y en su rostro se adivinó un sorprendente coraje.

–Jacques de Molay no sirve a mal alguno –dijo lentamente. Su compañero se volvió hacia él con abyecto terror, pero el más joven no se arrepintió.

–Los caballeros han apoyado a la Iglesia desde estas costas hasta Tierra Santa y más allá. Han defendido la monarquía en tiempos turbulentos, tanto con sus cofres como con su acero. Es triste este día al que hemos llegado.

–¿Quién eres, joven? –preguntó Felipe.

–Mi nombre es Antoine Cardin –respondió orgulloso–. Mi padre sirvió en la orden, y su padre antes que él. Mi bisabuelo sirvió a las órdenes del mismísimo Hugues de Payen.

–Una grandiosa historia –replicó el rey–, y una de la que estar orgulloso. Pero no eres ciego, de modo que puedes ver lo que ha sucedido. La orden a la que sirves no es la que imaginó Hugues de Payen. Adoración de ídolos. Hechicería. Orgullo frente a la Iglesia. Estos son pecados que no pueden ser ignorados, y estos y muchos otros se han cometido tras esas murallas. Te conmino, Antoine, a que reconsideres lo que significa servir a la Iglesia, y a que reconsideres igualmente el valor de tu vida. Si no rechazas tus votos morirás, y te veré arder antes de que el sol se alce mañana.

Cardin no habló, sino que volvió grupas a su caballo y se dirigió hacia la fortaleza sin mirar atrás. Su compañero, al borde del pánico, se giró y siguió al joven caballero al galope. Felipe se quedó quieto viéndolos marchar, sumido en sus pensamientos.

Se preguntaba cómo un hombre como de Molay podía inspirar tal fanatismo. Sabía que sus propios hombres le abandonarían sin dudar de encontrarse en una situación igual. No podía culparlos; nadie quería morir. Se preguntó cómo sería preocuparse tanto por algo que mereciera la pena dar la vida por ello. Se encogió de hombros y se volvió hacia el campamento, dando órdenes a sus comandantes mientras entraba en su tienda. Se lo podía preguntar al propio de Molay, una vez descansara y la fortaleza estuviera en su poder.

Ya habían comenzado los preparativos para la evacuación, y el sol comenzaba a asomar en el horizonte.

* * *

No había señal de Montrovant, y el dolor del sol terminó siendo excesivo para Jeanne. Gwendolyn estaba en silencio a su lado, esperando su señal. Le Duc sabía que sería ella la que debía buscarle refugio, pues no lo necesitaba tanto como él. Se preguntó, y no por primera vez, por la sangre que le había dado a Gwendolyn su don (o su maldición), atemperando el miedo al sol y arrebatándole el hambre que a él le motivaba noche tras noche.

–Vendrá –dijo la mujer suavemente–. Debemos alejarte de la luz.

Asintiendo, Jeanne dejó que le guiara alejándose del acantilado, y la repentina liberación de la concentración en el horizonte por el que había desaparecido su sire hizo que el dolor y la sensación de peligro inundaran sus sentidos. La agonía lo atravesó y le hizo gritar, por lo que corrió hacia el cementerio con todas las fuerzas que le quedaban. Sintió crecer el hambre, pero no había tiempo ni modo de alimentarse, no con el sol alzándose y un ejército acampado a escasos kilómetros.

Gwendolyn había llegado a la tumba antes incluso de que él alcanzara el claro. No había señal de los otros, solo huellas y los surcos que el carro había dejado en la tierra. No tenía tiempo para preguntarse por lo que había sucedido. Entró en la oscuridad apaciguadora de la tumba con un gruñido y Gwendolyn pasó tras él, devolviendo la piedra que sellaba la entrada a su sitio con facilidad. La luz desapareció y el dolor se alivió tal y como había llegado. La

oscuridad lo reclamaba.

–Yo... –comenzó.

–Sssh –le acalló Gwendolyn–. Descansa. Cuando el sol haya vuelto a desaparecer iremos a la fortaleza a ver qué ha sucedido. El Oscuro regresará... No es tan fácil de vencer, piensen lo que piensen Kli Kodesh o el obispo.

Mientras Jeanne perdía el sentido, creyó oír gritos y el choque de las armas, pero todo desapareció en la oscuridad. Mucho después de que su mete se apagara, Gwendolyn se sentó a su lado y observó la entrada, escuchando lo que sucedía más allá. Pudo sentir cómo las puertas de la fortaleza se abrían y el ejército de Felipe entraba como un tornado. Pudo sentir cómo los supervivientes marchaban cansados por la carretera y regresaban a sus hogares, con sus familias. Aún seguía escuchando cuando Jeanne despertó.

Lo primero que notó el vampiro fue que la puerta se estaba abriendo, y que no veía a Gwendolyn. A continuación llegaron los gritos y el sonido acre del humo y el hollín.

Montrovant apareció en el umbral, ojeroso y agotado, aunque sus ojos brillaban con increíble intensidad. Dijo una única palabra, "Ven", y se dio la vuelta. Jeanne se puso en pie y le siguió. Las sombras estaban iluminadas por el brillo de fuegos lejanos, y con Gwendolyn a su lado y Montrovant cabalgando con decisión frente a ellos, regresaron por última vez a la fortaleza de Jacques de Molay.

_____ 23 _____

Al principio siguieron a Montrovant en silencio, sin querer sacarle de su ensueño. Al final, sin volverse para dirigirse a ellos, comenzó a hablar.

–Cuando salté del acantilado –comenzó– apenas pude sentirlos en el horizonte, pero creí que habría tiempo suficiente para alcanzarlos. Sabía que no me podíais seguir, pero no había tiempo para explicaciones. Si perdía un solo instante se nos escaparían.

–¿Los encontraste, pues? –preguntó Jeanne.

–No. El sol se alzó y supe que, aunque llegara hasta el barco, me negarían el refugio y sería destruido. Seguí tanto como me atreví y memoricé su rumbo, pero no podía hacer más. Apenas logré regresar a la costa, y no cerca de aquí, antes de que la luz quemara demasiado

como para continuar. Encontré una pequeña caverna justo sobre las rocas y me arrastré todo lo adentro que pude. Allí me quedé mientras el sol ardía y el barco se alejaba cada vez más en el mar. Cuando oscureció volé una vez más, pero no vi nada. Ni una señal, ni una pista. Volví aquí directamente, aunque sabía que Kli Kodesh y los otros habrían desaparecido. Esperaba encontrarlos aquí.

–¿Qué hay del humo? –preguntó Jeanne, que no quería cambiar de tema pero que no podía contener la curiosidad.

–Quemarán a los herejes en la hoguera esta noche –respondió Montrovant con seguridad–. Los que no hayan renunciado a los votos templarios morirán.

–¿Quién sería tan estúpido como para morir por esa causa? –preguntó Jeanne–. ¿Por qué no pretender que capitulan, marchándose para reagruparse?

–Porque no piensan como tú, amigo mío –dijo Montrovant, sonriendo por primera vez desde su regreso–. Jacques de Molay morirá, y creo que también su amigo Louis de Chaunvier. Hay otros, algunos fanáticos, otros estúpidos. Todos arderán antes de que la tierra se haya enfriado por el calor del sol.

Gwendolyn sintió un escalofrío y se protegió con los brazos. Vivir después de la muerte no significaba que se le perdiera miedo, que se superara el terror ácido y paralizante al olvido. El fuego era tan peligroso para ellos tres como para de Molay, y Jeanne se preguntó por unos instantes si estaban realmente a salvo. Desde luego, Felipe no podía dañarlos, no por su cuenta, pero Eugenio aún no había explicado el secreto que le había hecho salir de su monasterio, su refugio. Kli Kodesh tampoco había hecho conocida su presencia, y los dos estaban cerca. Hasta Jeanne podía sentirlos.

Los dos antiguos guardaban silencio y Montrovant los ignoraba, acercándose cada vez más a la fortaleza. Podían ver a lo lejos el fulgor de las llamas, y al acercarse a la zona despejada frente a las murallas la luz se hizo más brillante. Las voces se materializaban del silencio, gritos de dolor, de misericordia... los gritos de alegría de los espectadores. El hedor de la carne quemada inundaba el aire, recordándole por un instante a Jeanne los banquetes y los torneos, días que se le habían denegado hacía ya mucho.

Llegaron al anillo exterior de asedio y Montrovant comenzó a abrirse paso lentamente. Se mantuvo en la zona en sombras que rodeaba la fortaleza, prefiriendo quedar detrás de la estaca, el lugar donde se concentrarían todas las miradas. No quería llamar la

atención sobre sí mismo, pero tenía que saber. Tenía que ver.

Jeanne tampoco quería perderselo. Había sido uno de aquellos hombres, había vestido las túnicas blancas de los Templarios y había cabalgado a su lado. Había conocido a Hugues de Payen, el enorme y orgulloso fundador de la orden, y había vivido los primeros conflictos a los que habían hecho frente. Aunque ahora estaba más allá de tales preocupaciones, era difícil desvincularse totalmente.

Se abrieron paso entre la multitud hasta llegar al fin a las primeras filas. Un hombre colgaba de una estaca en el centro del claro, medio chamuscado mientras las llamas lamían sus piernas y su torso. Gritaba, pero nadie le escuchaba, o al menos no sus gritos de auxilio. Oían su dolor, los gemidos, pero no se preocupaban por él. No habían venido para ver su salvación, sino su destrucción.

El hombre era Jacques de Molay, y Jeanne sintió una punzada de dolor, una sensación de pérdida difícil de explicar. El señor Templario había tomado malas decisiones. Había estado a punto de venderlos a todos a una esclavitud mucho peor que cualquier castigo que Felipe pudiera imaginar, y eso incluía la muerte. Había estado dispuesto a sacrificarlo todo, a todos, por buscar la respuesta a preguntas que nunca había llegado a comprender por completo. Y, sin embargo, era el Gran Maestro. No era un puesto que alcanzara nadie que no lo mereciera.

Jeanne pensó que el fin debía estar cerca, pero de repente la expresión del hombre recuperó su lucidez. Aunque las llamas restallaban a su alrededor, consumiendo todo su cuerpo salvo la cabeza y los hombros, incendiando su cabello como un halo de fuego, sonrió, y contra todas las leyes de la naturaleza y de Dios, comenzó a hablar.

—¿Estás preparado para arrepentirte de tus pecados? --tronó entonces una voz—. Jeanne se volvió asombrado. Kli Kodesh se encontraba un paso más allá del círculo de los atónitos espectadores, y a su lado estaba el Obispo Scarpocci. Kodesh vestía las túnicas de un sacerdote, y nadie parecía consternado por ello. Le Duc olvidaba que el antiguo había vivido en el templo bajo la guisa de un monje.

—Hay tiempo para salvar tu alma, que no tu vida --siguió—. ¿Qué dices, Jacques de Molay? ¿Arderás ahora y eternamente por tus pecados, o darás la bienvenida a los brazos de Dios?

—Arderé --croó de Molay, luchando para pronunciar las palabras con sus labios chamuscados, doblándose por el esfuerzo—. Arderé, pero tú vendrás detrás de mí, Felipe. Tú y el cobarde al que llamas

Papa os uniréis a mí en la corte del Todopoderoso antes de que haya pasado un año. Eso os prometo. Los Caballeros del Temple no morirán... vosotros sí.

Mientras hablaba sus ojos perforaban las sombras, ignorando a Kli Kodesh, superando a Eugenio y depositando todo su peso en la mirada fascinada del Rey Felipe. El monarca se mantuvo firme, pero Jeanne pudo advertir un ligero temblor en su cuerpo.

Las mandíbulas de de Molay seguían moviéndose, pero no emitió más sonidos. Le Duc trató de leer los labios devastados para saber a quién maldecía, pero no fue capaz. Las llamas se alzaron engullendo al caballero y reduciéndolo a polvo.

—Cenizas a las cenizas --susurró Montrovant, como si se burlara de los pensamientos de Jeanne--, polvo al polvo.

El vampiro se dio la vuelta y momentos después fue tras él. Gwendolyn hizo lo mismo, pero se detuvo inmediatamente al tiempo que Montrovant se tensaba: los dos habían sentido la misma llamada. Montrovant se giró, cogiéndola del brazo, acercándola y guiándola a través de los guerreros, caballeros y sirvientes reunidos. Kli Kodesh invocaba a su chiquilla, pero parecía que el Oscuro no estaba dispuesto a dejarla marchar.

Sostuvo fuertemente las manos de Gwendolyn entre las suyas y se volvió hacia Jeanne.

—Ve con ellos --le dijo-- y adviérteles que ella está ahora con nosotros, y que proseguiremos con nuestra búsqueda. Diles que todo ha terminado de momento.

—¿Y si no escuchan? --preguntó le Duc.

—Entonces regresa, si puedes --terminó Montrovant—. Si no lo logras yo iré detrás de ti. Creo que nuestro amigo estaría de acuerdo en que ésta es en verdad una buena noche para morir --dijo señalando con la cabeza al esqueleto sonriente envuelto en llamas.

* * *

Jeanne rehizo sus pasos entre la multitud a toda prisa. No tenía paciencia para los que aplaudían el espectáculo de un hombre quemado vivo, y se abrió camino ignorando las protestas. Los dos "sacerdotes" se habían retirado de momento de las primeras filas, probablemente hasta que la siguiente víctima fuera llevada a la pira. Jeanne pretendía encontrarlos antes.

Vio los colores de la Iglesia ondeando sobre uno de los

pabellones y se dirigió directamente hacia él, barriendo con la mirada a todos los que iban de un lado a otro, atento a cualquier señal de Euginio o Kli Kodesh. Los sintió antes de verlos, y Euginio le recibió en la entrada de su tienda, posando una mano apaciguadora en el hombro del guardia al que le Duc iba a apartar para entrar. Comprendió que sabían de su llegada, posiblemente desde el momento en que Montrovant le dio la orden.

–Así que el Oscuro envía a su cachorro –dijo suavemente el obispo–. Entra, Jeanne le Duc, tenemos mucho que discutir. Siempre es agradable dar la bienvenida... a la familia.

Jeanne sintió un estallido de furia que amenazaba con engullir sus pensamientos, pero lo aplacó. Estaba allí por un motivo, y ese no era perder la vida en un intento fútil por replicar a Euginio. Agachó la cabeza y entró en la tienda mientras el obispo apartaba las telas que cubrían la entrada. Tenía enfrente a los dos antiguos.

–¿Qué hace él aquí? –preguntó antes de recuperar el control de su razón.

Kli Kodesh sonrió y se levantó de su asiento.

–El obispo y yo hemos llegado a una especie de acuerdo –dijo–. Creo que tu sire lo encontrará... entretenido.

Jeanne se mordió el labio para evitar responder. Ya había sufrido lo suficiente las "diversiones" de aquel anciano como para llenar varias vidas, pero no era el momento de decírselo. No hasta que tuviera lo que había venido a buscar.

–¿Acuerdo?

–Parece –intervino el Obispo Euginio– que el "Padre" Kodesh nos ha hurtado los tesoros una vez más cuando casi los teníamos en nuestro poder. Tu presencia aquí indica que Montrovant no alcanzó el barco a tiempo.

–No –se limitó a responder–. No lo logró.

–Entonces todo está acordado –dijo Euginio con resolución, volviéndose para asentir a Kli Kodesh–. Llevaremos el asunto ante la Iglesia tras mi regreso, pero tienes mi palabra de que aceptarán. No carezco de influencia en Roma.

–No lo dudo –respondió Kli Kodesh–. Llevas tanto tiempo encerrado en el monasterio que comenzaba a preguntarme si alguna vez podrías liberarte, pero nunca cuestioné tu influencia. Tu nombre se habla en lugares mucho más alejados de Roma que éste, y con respeto.

–No quiero oírte más –saltó Euginio. Jeanne los observaba

detenidamente. Al parecer, en el interior del pabellón las cosas no eran tan civilizadas como había imaginado.

–Tu orden guardará los tesoros, manteniendo un contacto constante con la Iglesia y con Montrovant. Esas son las condiciones. Pondré al Oscuro en una fortaleza no muy lejos de la montaña en cuestión, y harás que tus seguidores le informen allí. Un representante de la Iglesia, salvo que las cosas hayan cambiado desde mi partida, el Obispo Santorini, se comunicará con Montrovant y con la orden. No es consciente de mi naturaleza, pero sabe lo bastante como para temerme. Confío en que Montrovant no tenga problemas para ganarse el mismo "respeto". A la primera indicación de traición todo habrá terminado.

–De acuerdo –dijo Kli Kodesh, con una leve sonrisa en los labios.

–¿Orden? –interrumpió Jeanne.

–Guardarás silencio hasta que vuelva a hablarte –saltó Eugenio–. Llevarás a Montrovant las instrucciones que te voy a dar y le convencerás para que las siga, o tanto tú como él acabaréis en la misma pira que de Molay. ¿Entendido?

Le Duc miró con tranquilidad al obispo, aunque la furia bullía en su interior. No reconoció las palabras del obispo, ni las negó. Se limitó a mirar aquellos viejos ojos eternos y esperó.

–Dile al Oscuro que me reuniré con él en las murallas de mi monasterio dentro de dos semanas. Dile que se prepare para la tarea de construir una nueva orden, una nueva generación de caballeros. Dile que no todo es lo que parece, y que debe hacer lo que le ordeno. Dile que busque en su corazón y que confíe en mí. Hablaré con él cuando pueda, pronto. ¿Lo recuerdas?

Las palabras estaban grabadas en la mente de Jeanne, pero titubeó un instante. A pesar de su evidente desventaja, quería estar seguro de que no mostraba miedo. Quería que aquel viejo vampiro arrogante supiera que, desde luego, las cosas no eran lo que parecían, que a pesar de lo que pareciera en aquel momento, no tenía toda la ventaja. Asintió.

–Muy bien –dijo Eugenio–. Vete y entrega mi mensaje. Debéis salir de esta zona rápidamente.

–¿Qué hay de Gwendolyn? –preguntó le Duc–. Desea acompañarnos, pero –dudó mirando a Kli Kodesh– la decisión no es totalmente suya.

–Puede ir donde le plazca –rió el anciano–. La volveré a ver. Volveré a veros. Os veré a todos convertidos en polvo, y habrá nuevas

diversiones.

Jeanne se giró, ignorando los insultos del antiguo. Atravesó la entrada de la tienda y se perdió hacia las sombras. Tras él le llegaban las risas burlonas. Una única palabra inundaba su mente, notando desde el interior del pabellón: "polvo".

24

Los ojos de Montrovant se entrecerraron peligrosamente mientras Jeanne entregaba el mensaje de Eugenio. Habló rápidamente, sin comentar o embellecer las palabras. La idea central es que su búsqueda había terminado. No solo no había conseguido el Grial, sino que ahora se esperaba de él que mantuviera contacto con los Nosferatu de Kli Kodesh, sin saber realmente si ellos tenían o no el tesoro, e incapaz de actuar. Era un momento agridulce, y cuando terminó, su chiquillo dio un paso atrás, estudiando su expresión.

Un mundo de emociones y una añoranza que surgió de su misma alma apareció en su expresión. Años, siglos, una vida. Todo lo había dedicado a ese único propósito, ¿y para qué? ¿Para convertirse en el perro guardián de la Iglesia? ¿Un guardián de guardianes, asignado solo por poseer poderes de los que carecían los hombres santos?

Habló.

–Parece que, de momento, nuestros días de viajes están contados, Jeanne. No sé si Kli Kodesh tuvo alguna vez el Grial, pero si es así no podemos permitirnos una negativa. ¿Dices que Eugenio le advirtió de que la traición terminaría nuestro acuerdo?

Le Duc asintió.

–Entonces nuestro curso de acción está claro. Iremos a esa montaña, los observaremos como se nos ha indicado y encontraremos el modo de provocar su traición.

Con una risa repentina, el enorme vampiro palmeó de buen humor la espalda de su chiquillo.

–¿Os uniréis a nosotros, milady? –preguntó a Gwendolyn, volviéndose hacia ella y ofreciéndole su brazo.

Ésta sonrió y lo aceptó, ofreciendo el otro a Jeanne. Aún quedaban horas hasta el amanecer, y de repente sintieron la necesidad de correr, de correr y no mirar atrás, ignorando toda precaución.

Montrovant tomó la mano de Gwendolyn y partió hacia la noche. La mujer le seguía con facilidad, y Jeanne los vio alejarse con una ligera sonrisa. Alzó la mirada hacia la luna, sintiendo cómo su luz plateada lo bañaba. Corrió tras ellos.

Un repentino vértigo le asaltó y tropezó, golpeándose el mentón contra el suelo. Algo estaba sucediendo, algo nuevo... y tenía problemas para orientarse.

La luna les había llamado y habían respondido. Tras ellos, el humo se alzaba desde la fortaleza de Jacques de Molay... oscuro, amargo, definitivo.

EPILOGO

Bajo el castillo del Gran Maestro, en una estancia silenciosa de piedra húmeda, la cabeza yacía olvidada en una esquina. El polvo que había sido Santos cambió. Al principio el movimiento fue leve, apenas una brisa, una promesa susurrada en la oscuridad de la mazmorra. Creció. La energía comenzó a solidificarse en la zona, y el espíritu del guardián se extendió, buscando, encontrando gusanos arrastrándose en una de las esquinas más húmedas. Profundizó un poco más y dio con sus nombres, y el aire vibró para formar el sonido. El cambio fue lento, angustiosamente lento. Lo que pasaba por conciencia estuvo a punto de abandonarlo, pero ya había experimentado la transformación.

Se arrastró lentamente por el suelo, ciego, empleando sus demás sentidos. No tenía fuerza para buscar una forma mayor, un nombre más complejo. Se deslizó sobre el suelo de piedra hasta llegar a la masa sólida de la cabeza y comenzó a arrastrarse hacia arriba. No se detuvo hasta alcanzar la oreja, y con un esfuerzo supremo se introdujo en ella. Una vez allí, profundizó cuanto pudo. Exhausto, descansó.

Todo pensamiento, toda función se apagaron. Podía esperar. Sobreviviría. Volvería. Nada importaba, solo el regreso a su misión... su deber. Poco le importaba tardar un año o un siglo. Eso no significaba nada para él. Un último pensamiento, un nombre, apareció en su mente como un destello antes de sucumbir a las tinieblas.

Montrovant.

Mientras caía en el vacío, unos ojos grises se burlaron de él y una risa siniestra aplastó su alma.

{Final vol.2}